

ELEMENTOS

DE

ANALOGÍA CASTELLANA

Y TEXTO DE LECTURA PARA EL CURSO CORRESPONDIENTE

Obra adaptada a los Programas Vigentes
en los Colegios Nacionales y Establecimientos similares

POR

RENÉ BASTIANINI

Vicorrector del Instituto Nacional del Profesorado Secundario,
y Rector del Colegio Nacional «Bartolomé Mitre»
anexo a dicho Instituto.



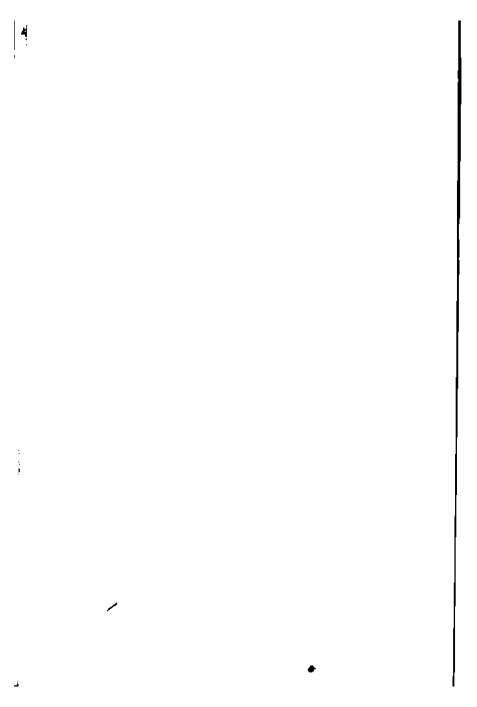
ENOS AIRES

A. GARCÍA SANTOS

100, esquina a Bolívar

1919





ELEMENTOS DE ANALOGÍA

Y TEXTO DE LECTURA

PARA EL CURSO CORRESPONDIENTE

100

DEL MISMO AUTOR

EL QUIJOTE DE MIGUEL DE CERVANTES.

Das conferencias publicadas por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, en el tomo "Conferencias de Extensión de la Enseñanza Secundaria"; Buenos Aires, 1913.

PROSODIA Y ORTOGRAFÍA CASTELLANA.

Texto arreglado a los programas vigentes en los Colegios Nacionales, con desarrollos complementarios en cada capítulo; Buenos Aires, 1914..... 1 tomo.

ANALOGÍA CASTELLANA.

Texto arreglado a los programas vigentes en los Colegios Nacionales, con desarrollos complementarios en cada capítulo; Buenos Aires, 1915..... 1 tomo.

SINTAXIS CASTELLANA.

Texto arreglado a los programas vigentes en los Colegios Nacionales, con desarrollos complementarios en cada capítulo; Buenos Aires, 1916..... 1 tomo.

TABLAS DE LA PREPOSICIÓN CASTELLANA.

Modelos de uso castizo de la preposición castellana, tomos de los mejores autores; Buenos Aires, 1915, 1.er fascículo.

COMPENDIO DE LA GRAMÁTICA CASTELLANA.

Texto adaptado a la enseñanza de las Escuelas Comunes, Normales, Especiales, etc.; Buenos Aires, 1916.... 1 tomo.

ELEMENTOS DE PROSODIA Y ORTOGRAFÍA CASTELLANA y texto de lectura para el curso correspondiente.

Obra adaptada a los programas vigentes en los Colegios Nacionales y establecimientos similares; Buenos Aires, 1917..... 1 tomo.

ELEMENTOS DE ANALOGÍA CASTELLANA

Y TEXTO DE LECTURA PARA EL CURSO CORRESPONDIENTE



OBRA ADAPTADA A LOS PROGRAMAS VIGENTES
EN LOS
COLEGIOS NACIONALES
Y ESTABLECIMIENTOS SIMILARES

por

RENÉ BASTIANINI

VICERRECTOR DEL INSTITUTO NACIONAL DEL PROFESORADO SECUNDARIO
Y RECTOR DEL COLEGIO NACIONAL «BARTOLOMÉ MITRE».
ANEXO A DICHO INSTITUTO



BUENOS AIRES
LIBRERÍA DE A. GARCÍA SANTOS
Calle Moreno 500, esquina a Bolívar

1919

*Es propiedad. Queda hecho el
depósito que marca la ley.*

766813

DOS PALABRAS

No son los ELEMENTOS con que se inicia este volumen sino una edición abreviada de mi ANALOGÍA, en el sentido de eliminar cuantos desarrollos complementarios alargaban los capítulos de la mencionada obra, sin aplicación inmediata a los cursos respectivos; quedando en cambio totalmente en pie lo necesario para que estas páginas sigan conteniendo, en su integridad, la teoría exigible como fundamento o resumen de la ejercitación práctica en que ha de consistir la enseñanza efectiva de la materia.

Tal reforma, fuera de su propósito inmediato, ha permitido, por otra parte, ampliar la esfera de la presente obra con un agregado a todas luces eficazísimo, cual es el texto de lectura. Espero que sus páginas, seleccionadas y revisadas con meticulosa atención, a más de ofrecer, conjuntamente con variados modelos del habla actual castellana, un ancho campo para la ejercitación a que más arriba me referí, susciten en el espíritu de los alumnos un reflejo de la sencilla y sana visión de las cosas, sin reticencias ni dobleces, que deliberadamente constituye el carácter general de todas ellas.

R. B.

ELEMENTOS
DE
ANALOGÍA

SECCIÓN PRIMERA

CONCEPTO DE LA ANALOGÍA Y OTRAS NOCIONES PREVIAS

CAPÍTULO I

CONCEPTO DE LA ANALOGÍA

Concepto corriente de la Analogía.—1] Se define generalmente la *Analogía*, como la parte de la Gramática cuyo objeto es el estudio de las palabras tomadas aisladamente; y es habitual admitir: 1.º, que debe fundarse en la *estructura* de las palabras para clasificarlas en *sustantivos, pronombres, adjetivos*, etc., y 2.º, que sólo abarca el estudio de las *palabras aisladas*.

2] Ambas ideas son erróneas, y es necesario desechárlas.

Las partes de la oración. Cuestiones a que da lugar este concepto: A. Que no hay en absoluto partes de la oración sino funciones gramaticales.—

3] Todo el mundo sabe que hay palabras susceptibles de ser, ora *una parte de la oración*, ora otra. Así, *sobre*, en el siguiente ejemplo: *ponga usted lo que sobre en el sobre que está sobre la mesa*, es primero *verbo*, luego *sustantivo*, y por fin *adverbio*.

4] Mas lo que no es tan sabido, es que todas las palabras existentes pueden ser gramaticalmente más de una sola cosa, y muchas de ellas sucesivamente hasta tres, cuatro, y más de las llamadas *partes de la oración*, como resulta de considerar en los siguientes ejemplos, las palabras *alto*, *fuerte*, *comer* y *claro*: *Hacer alto* (sust.); *hombre alto* (adj.); *hablar alto* (adv.); *¡alto!* (interj.). *El fuerte* (sust.); *viento fuerte* (adj.); *gritar fuerte* (adv.). *Comer* (verbo) *moderadamente*; *se lo quitó de su comer* (sust.). *No veo claro* (adv.) *en este asunto*; *pues es raro en tu claro* (adj.) *talento*; *se escapó por un claro* (sust.) *del bosque*.

5] Siendo así, no basta atender a la estructura de una palabra aislada, es decir, a su aspecto externo, para decir lo que es, y clasificarla como *sustantivo*, *adjetivo*, *pronombre*, etc.; sino que debe tomársela en el conjunto de que forma parte, y, de su sentido *en ese conjunto*, sacar lo que es. Ejemplo: ¿qué es la palabra *sobre*, tomada aisladamente? Nadie lo sabe; puede ser muchas cosas. En cambio es fácil ver que en el ejemplo: *ese sobre está roto*, es sustantivo; verbo en este otro: *guarde usted lo que sobre*; y preposición en el siguiente: *el acroplano pasó sobre la ciudad*.

6] De todo esto resulta que, cuando se nos pregunte: «¿qué es tal palabra gramaticalmente?», deberemos contestar: «dónde?; ¿en qué conjunto?; ¿en qué cláusula?»

7] También resulta de lo anterior, ser erróneo pensar en *partes de la oración*, sin más; es decir en palabras que sean siempre y únicamente una sola cosa: *sustantivos*, *adjetivos*, *pronombres*, etc. Lo que hay

en verdad, son *funciones* u *oficios*, de *sustantivos*, *adjetivos*, *pronombres*, etc., que llenar; y que las más diversas palabras pueden encargarse de ello, como también tomar una cualquiera de dichas palabras a su cargo sucesivamente dos, tres, o más funciones, según hemos visto con la palabra *sobre*. De donde fluye, que cuando queramos saber qué oficio desempeña una palabra, o, como se dice generalmente, *lo que es*, será necesario considerar, no su *estructura*, es decir, su aspecto externo, sino su *sentido* en el conjunto de que forma parte.

B. Que las funciones gramaticales pueden ser desempeñadas no sólo por palabras aisladas, sino también por frases y oraciones. — 8] Cuando decimos: *El niño privado de la vista; el niño que no ve*; es lo mismo que si dijéramos: *el niño ciego*.

Luego las expresiones *privado de la vista*, en el primer ejemplo, y *que no ve*, en el segundo, equivalen a la palabra *ciego*, es decir que son *conjuntos* de palabras, o *complexos*, o *entidades elocutivas*, llámeselas como se quiera, que, en los citados ejemplos, desempeñan el oficio de *adjetivo*, pues *ciego* es allí adjetivo.

9] Dando un paso más, haremos observar que dichos *complexos* o *entidades elocutivas* encargados de *oficios* o *funciones gramaticales*, pueden ser *frases* u *oraciones*; frases si no contienen ningún verbo en modo personal; y *oraciones* en caso contrario. De donde resulta, refiriéndonos siempre a los ejemplos considerados, que *privado de la vista* es allí un *adjetivo frase*, y *que no ve* un *adjetivo oración*; por tener, en los citados pasajes, dicha frase y dicha oración, respectivamente, el mismo valor que el adjetivo *ciego*.

10] Por dos razones se emplean *complexos* o *entidades elocutivas* en lugar de palabras, para desempeñar las funciones gramaticales: 1.º), para dar mayor variedad a la expresión; 2.º), para suplir la falta de términos adecuados. En el primer caso están los ejemplos consignados en 8], donde *privado de la vista* y *que no ve*, están en lugar de la palabra *ciego*; en el segundo caso está por ejemplo el adverbio frase *al entrar el próximo verano*, en el ejemplo siguiente: *dijo que volvería al entrar el próximo verano*, pues es muy sabido que no existe en nuestro idioma una palabra con igual significado que dicho adverbio frase.

Concepto cabal de la Analogía.—11] Con todo lo anterior, queda probado: 1.º que no hay, *en absoluto*, «partes de la oración», sino *funciones gramaticales* a cargo de expresiones susceptibles de pasar, según los casos, por dos o más de ellas; y que, por lo tanto la *Analogía* no puede guiarse por la estructura sino por el sentido, para establecer en cada caso de qué función se trata; 2.º que las funciones gramaticales no son desempeñadas tan sólo por vocablos, sino también por frases u oraciones; y que, por ende, la *Analogía*, encargada de estudiar dichas funciones, no puede ceñirse a las palabras aisladas.

12] Llegamos así a la siguiente definición de la *Analogía*, más de acuerdo con la realidad, y aun con lo que es efectivamente dicha parte de la Gramática hasta para quienes la definen del modo que acabamos de criticar: *Analogía es la parte de la Gramática que fija, estudia y clasifica las funciones gramaticales, y establece en qué condiciones las palabras o los complexos de palabras desempeñan cada función; es de-*

cir qué palabras o complejos pueden desempeñar a cada una de aquéllas, y de qué propiedades o accidentes se revisten en cada caso.

Esta manera de ver, da un aspecto nuevo a los capítulos de la segunda parte del presente libro.

¿Cada uno de ellos se propone estudiar las palabras que *son* sustantivos, adjetivos, etc.? No por cierto, sino esto otro: establecer lo que significan y requieren las funciones de sustantivo, adjetivo, etc.; qué palabras o complejos *pueden ser* sustantivos adjetivos, etc.; y, por fin, de qué caracteres se revisten unas y otros inmediatamente, desde el momento en que su papel los lleva a ser sustantivos, adjetivos, etc.

13] Así entendida la *Analogía*, permite además estudiar muchos hechos gramaticales que de otra manera quedarían sin poder ubicarse en ninguna parte; y, por fin, admite en su seno el estudio de la *Propiedad*, o sea el *Uso acertado de los términos*, que generalmente no se incluye, o se considera aparte.

CAPÍTULO II

OTRAS NOCIONES PREVIAS

Funciones variables e invariables y accidentes gramaticales. — 14] Las funciones u oficios gramaticales pueden *ser variables e invariables*.

15] Las primeras se caracterizan por estar sujetas a uno o más de los cambios estudiados más abajo con el nombre de *accidentes gramaticales*, y que son: el *género*, el *número*, la *declinación* y la *conjugación*.

16] Dichas funciones variables, son: el *sustantivo*, el *pronombre*, el *adjetivo*, el *artículo* y el *verbo*.

17] Las funciones invariables se distinguen por carecer de *accidentes*, y son: el *adverbio*, la *preposición*, la *conjunción* y la *interjección*.

18] Sentadas estas generalidades, vamos a considerar ahora en particular, cada uno de los accidentes de las funciones variables.

Del género. — 19] El género es el accidente mediante el cual damos a conocer si nos referimos a seres del sexo masculino o femenino, como en el *niño*, *la niña*; el *hombre*, *la mujer*; etc., o a objetos o cualidades a que atribuimos imaginariamente uno u otro sexo, como en *la jarra*; *el jarro*; *el balcón*; *la ventana*; *la bondad*; *el instinto*, etc.; o a cualidades a que negamos ese atributo: *lo bello*; *lo triste*, etc.

20] Son, por consiguiente, tres los géneros: el *masculino*, que distingue los nombres de seres pertenecientes a dicho sexo, o de cosas o cualidades que imaginariamente revestimos de él; *el feminismo*, que hace lo propio para el otro sexo; y el *neutro*, reservado a las cualidades que nos aparecen como no pertenecientes ni a uno ni a otro.

21] A más de los tres géneros citados, suelen mencionar las gramáticas el *común*, el *epiceno* y el *ambiguo*. A su tiempo nos será fácil probar que estos últimos no deben incluirse entre los géneros, no pasando de maneras de ser especiales de algunas palabras, que, tomadas en la cláusula, son en realidad *masculinas* o *femeninas*; y que, por lo tanto, no hay en nuestro idioma sino género *masculino*, *femenino* y *neutro*.

22] El castellano se vale de los siguientes medios, para expresar el género de los vocablos o entidades clodutivas:

a) de palabras especiales para cada género: *hombre, mujer; caballo, yegua; toro, vaca*, etc.

b) de terminaciones: *niño, niña; buco, buena; que viene cansado, que viene cansada; muy contento, muy contenta*, etc.

c) de referir las palabras o complexos a otras palabras de las clases a) o b), y, por lo tanto, de género conocido: *hombre triste, mujer triste; el plasma; la azumbre; la lilac; niño alegre, niña alegre; el anciano que no ve, la anciana que no ve*, etc.; donde el género de las palabras y complexos *triste, plasma, azumbre, lilac, alegre* y *que no ve*, se deduce del de las palabras de que van acompañadas o que acompañan.

Del número. — 23] Mediante el número indicamos si nos referimos a un sólo ser, objeto o cualidad, o a más de uno.

24] Los números gramaticales son pues, dos: el *singular*, en el primer supuesto, el *plural* en el segundo.

25] El castellano se vale de los siguientes medios para evidenciar el número gramatical de los vocablos o complexos:

a) de formas especiales para cada número, como en *yo, nosotros; tú, vosotros*.

b) de terminaciones apropiadas: *toro, toros; almacén, almacenes; albalá, albales; privado de la vista, privados de la vista; extremadamente hermoso, extremadamente hermosos; que no ve, que no ven*, etc.

c) de referir las palabras o complexos a otras palabras de las clases a) o b), y, por consiguiente, de nú-

mero conocido: *la crisis, las crisis; este cortaplumas, estos cortaplumas; hombre sin ningún escrúpulo, hombres sin ningún escrúpulo; el coche en que vinimos, los coches en que vinimos, etc.*

De la declinación. — 26) Las palabras y complejos en la cláusula, *sin cambiar de significado*, pueden hallarse en relaciones muy diversas, como es fácil comprobarlo. Tomemos, verbigracia, la palabra *selva* en la siguiente serie de cláusulas, y lo dicho resultará evidente: *la selva crece; lei las leyendas de la selva; el poeta dedica sus versos a la selva; los exploradores descubrieron la selva; ¡oh selva! ¡cuán hermosa eres!; el dirigible pasó sobre la selva; el ejército entró en la selva; esta comarca sería muy seca sin la selva, etc.* Con los complejos sucede lo mismo: véase sino el muy diverso rol que desempeñan la frase *hacer eso* y la oración *que regrese su hijo* en las cláusulas siguientes: *hacer eso conviene; desempeña la función de verbo la primer palabra de hacer eso; ahí tienes lo necesario para hacer eso; deseo hacer eso; no moriré sin hacer eso, etc.; urge que regrese su hijo; manifiesta el deseo de que regrese su hijo; trabaja para que regrese su hijo; anhela que regrese su hijo; sanará con que regrese su hijo, etc., etc.*

27) Ahora bien: esas diferentes relaciones en que pueden hallarse en la cláusula los vocablos y entidades elocutivas, los unos con respecto a los otros, son precisamente a lo que se da el nombre de *casos gramaticales*.

28) En castellano, lo mismo que en latín, los *casos* son seis, y los mismos en ambos idiomas. Sus nomi-

bres son: *nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo y ablativo.*

a) En *nominativo* se pone aquello de que se habla, es decir, el sujeto de las cláusulas y oraciones. En los ejemplos consignados en 26], están en *nominativo*: *la selva* (en: *la selva crece*); *hacer eso* (en: *hacer eso conviene*); *que regrese su hijo* (en: *urge que regrese su hijo*). El *nominativo* se forma, como puede verse, sin palabra auxiliar de ninguna especie; el sentido lo descubre.

b) En *genitivo* se pone el término que guarda con un nombre o pronombre alguna relación de dependencia. En los ejemplos citados en 26], están en *genitivo*: *de la selva*; *de hacer eso*; *de que regrese su hijo*. Otros ejemplos; *el libro del maestro* (propiedad del maestro); *el cuadro de Murillo* (ejecutado por Murillo).

En castellano el *genitivo* se forma siempre mediante el agregado de la partícula *de*, salvo la excepción de la palabra *cuyo*, que ya es de por sí un *genitivo*, y el único de su clase en el idioma; *Este es el libro cuyo elogio lei* — *este es el libro del cual lei el elogio*; *¿Cuyas son estas flores?* — *¿de quién son estas flores?*

Lo anterior, no importa decir que *de* sea siempre señal de *genitivo*: hay *ablativos* con *de*, como veremos.

c) El *dativo* indica beneficio, provecho, perjuicio, y, en general, *consecuencias*: es el caso privativo de aquello sobre que recaen las consecuencias de la acción de los verbos, o, si se quiere, lo que expresa el *destino* de ellas.

En los ejemplos citados en 26], son *dativos*: *a la selva*; *para hacer eso*; *para que regrese su hijo*.

El *dativo* responde a las preguntas *¿a* o *para qué*

o *quién?*, y se construye con las palabras *a* o *para*, como se ha visto. Las únicas excepciones a esta regla en castellano, se dan con el empleo de las palabras *me*, *nos*; *te*, *os*; *le*, *les* y *se*, cuando son dativos de *yo*, *nosotros*; *tú*, *vosotros*; *él*, *ellos* y del pronombre reflexivo de 3.^o persona, que tienen además los dativos corrientes *a* o *para mi*, *a* o *para nosotros*, *as*; *a* o *para ti*, *a* o *para vosotros*, *as*; *a* o *para él*, *ella*, *a* o *para ellos*, *as*; *a* o *para sí*.

Las partículas *a* y *para*, no son exclusivas del dativo; *a* pertenece al acusativo y al ablativo, y *para* al ablativo.

d) En *acusativo* se pone aquello sobre que recae la acción o el significado del verbo, y no ya sus consecuencias. En los ejemplos dados en 26], son acusativos: *la selva* (en: *los exploradores descubrieron la selva*); *hacer eso* (en: *deseo hacer eso*); *que regrese su hijo* (en: *anhela que regrese su hijo*). También son acusativos: *a Juan* (en: *vi a Juan*); *a Dante* (en: *estoy leyendo a Dante*), etc.

El acusativo responde a las preguntas *¿qué?*, *¿qué cosa?*, *¿quién?*, *¿a quién?*, y se construye con la palabra *a* o sin nada; si acontece esto último, «y en el sentido puede haber ambigüedad, el acusativo se distingue por ir detrás del verbo: *la corriente desvió el arenal*; *al arenal desvió la corriente.*» (Academia).

e) En *vocativo* se pone el nombre de la persona, cosa o cualidad a que se dirige la palabra. Ejemplos: *esto*, señores, *es lo que pasó*; *¡ah!* madre mía!; *¡oh sol, yo te saludo!*; *¡virtud!* *no eres más que una sombra!*

El vocativo se forma sin agregado alguno, o anteponiendo las exclamaciones *¡oh!*, *¡ah!*

f) En *ablativo* se admite que están los vocablos o complejos, cuando indican una circunstancia de cualquier clase que sea, como procedencia, tiempo, lugar, situación, modo, orden, instrumento, materia, calidad, etc.

Están en ablativo en los ejemplos reunidos en 26]: *sobre la selva, en la selva, sin la selva; sin hacer eso; con que regrese su hijo.*

El ablativo se forma generalmente mediante alguna de las palabras *a, ante, bajo, con, contra, de, desde, en, entre, hacia, hasta, para, por, según, sin, so, sobre y tras*; ejemplos: *sucedió a su llegada; está bajo la mesa; está enferma desde el martes; préstamela por un día; el aeroplano pasó sobre la ciudad.*

29] La serie de los *casos*, se llama *declinación*; y hacer pasar una palabra o entidad elocutiva por la serie de los casos, se llama *declinar* esa palabra o entidad.

En 26] se observan ejemplos de *declinación* de vocablos, frases y oraciones.

De la conjugación. — 30] La *conjugación* es el conjunto de los diversos cambios experimentados en la cláusula por los vocablos y frases que desempeñan allí el oficio de verbo, y mediante los cuales expresan las múltiples circunstancias en que pueden hallarse.

Estas circunstancias son demasiado numerosas e intrincadas para hacer aquí de ellas una exposición ni siquiera resumida; ni sería posible, por otra parte, sin entrar en el estudio mismo del verbo, que no es de este momento y lugar; baste, pues, por ahora, la simple mención de tan importante grupo de accidentes; y cuan-

do lleguemos al verbo, será el momento de estudiarlo en todos sus aspectos y detalles.

Palabras simples y compuestas. — 31] Es *simple*, toda palabra a cuya formación no contribuye ninguna otra palabra; ejemplos: *campo, cielo, gloria, pensar*.

32] Llamaremos, en cambio, vocablos *compuestos*, a todos los que, además de escribirse en una sola palabra, consten de más de un vocablo o de vocablos y partículas inseparables antepuestas; siempre que, en el número de sus componentes, estén o no modificados, aparezca por lo menos uno perteneciente al castellano y con valor propio. Ejemplos: *entrecano, malgastar, sobreponer, enhorabuena, tráeme, vete, correvedile, abstraer; disentir, desconfiar, disconforme, gatomaquia, pericráneo, carricoche, barbilampiño, chismografía*.

33] Para que pueda tenerse una idea de las muchas combinaciones de donde resultan *palabras compuestas*, convendrá reparar en la siguiente lista: *bocamanga, barbilindo, salvoconducto, maniobrar, quitasol, verdinegro, vanagloriarse, nuestromo, cualquiera, semoviente, pasavolante, ganapierde, vaivén, correveidile, anteayer, menosprecio, malcontento, malgastar, condiscípulo, entrecano, sobreponer, demás, subdelegación, subdelegable, subdelegar, además, quehacer, penseque, enhorabuena, hazmerreir, milenrama, trasanteayer, abstraer, disentir, monomanía, protonotario, semicírculo, perdurable, exponer.* (Academia).

34] No han de confundirse los vocablos *compuestos*, con las *frases* y las *locuciones*: los primeros se escriben siempre en una sola palabra, y las frases y locuciones en más de una.

Según esto, *pez espada, hombre lobo, rey profeta, po-*

co a poco, a propósito, en derredor. y tantas otras parecidas, no serán palabras compuestas.

Palabras primitivas y derivadas. — 35] Se llama *primitivo* el vocablo no proveniente de otro *del idioma*, como: *reloj, ópalo, correr, calor, bueno, blanco, lavar, atender, tú, bastante.*

36] Es, en cambio, *derivado*, el que procede de otro perteneciente al idioma. Así, son derivados de los primitivos enumerados en 35]: *relojero, opalino, corretear, caluroso, bondad, blanquear, lavatorio, atendible, tutear, bastantear, bastantear.*

SECCIÓN SEGUNDA

ESTUDIO DE LOS OFICIOS GRAMATICALES EN LA CLÁUSULA

CAPÍTULO I

DEL SUSTANTIVO

Concepto y definición. — 37] Daremos el nombre de *sustantivo* a toda palabra o entidad elocutiva que, en la cláusula, designe *seres, cosas o cualidades tomadas en sí.*

Entiéndese por *cualidades tomadas en sí*, por oposición a las *cualidades tomadas en los seres o cosas*, las que consideramos aisladamente de los seres y cosas en

que aparecen; así cuando decimos; *la bondad o lo bueno* nombramos una cualidad *tomada en sí*, es decir prescindiendo de todo lo que pueda ser bueno; mientras que, cuando decimos *mujer buena, trigo bueno*, nombramos, en cambio, cualidades tomadas *en los seres o cosas*.

Sustantivo vocablo, frase y oración.—38] Los *sustantivos* pueden ser *vocablo, frase u oración*. Antes de entrar en materia, vamos, pues a decir algunas palabras de cada una de estas tres formas.

39] El *sustantivo vocablo*, como su nombre lo indica, consta de una sola palabra.

El *sustantivo vocablo*, puede ser *simple o compuesto*. (Véase 32] a 34].)

40] Los *sustantivos frase*, son entidades elocutivas, sin verbo en modo personal, y destinadas a reemplazar o suplir a sustantivos vocablo. Ejemplos: *En el camino de la virtud es perder el tiempo el pararse uno* (Quevedo.); *En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer* (Cervantes.); *El general esperaba haberlo sorprendido*; *No es fácil el escribir un buen poema*; *Os explicaré ese «entre dos luces» que no entendéis*; *Al cabo de cuatro o cinco oh túes* (plural de *oh-tú*) *y de otros mil y quinientos despropósitos, se halla*, etc. (Jovellanos.).

41] Los *sustantivos oración*, son oraciones destinadas a reemplazar o suplir a los sustantivos vocablo o frase. Ejemplos: *Me complace que trates a esa persona*; *Conviene que lo declaremos así* (*sustantivos oración en nominativo*). *Deseo que colaboremos en ese proyecto*; *Siento que cambies de parecer* (*sustantivos oración en*

acusativo). No presto atención a que charle o deje de charlar (*sustantivo oración en dativo*).

42] Téngase bien presente, una vez por todas, que las frases y oraciones investidas de funciones gramaticales determinadas, como ser sustantivo, adjetivo, adverbio, etc., son unidades indisolubles expresivas de ideas netamente circunscritas, y por lo tanto unidades no susceptibles de ser descompuestas en sus palabras componentes, sin destruir la idea representada. A pesar de ello, y empleando términos de don Eduardo Benot, creador del sistema de las *entidades elocutivas*, «un análisis secundario puede determinar el valor aislado de las palabras que las componen.» Pero adviértase que dicho análisis secundario, al reducir la entidad elocutiva a sus palabras componentes, la destruye, como se destruye la flor al dividirla en sus partes integrantes.

Clasificación de los sustantivos. — 43] Clasificar los componentes de una agrupación cualquiera, es dividirlos en grupos, de acuerdo con una norma llamada *criterio* de la clasificación.

Cuando se trata, pues, de clasificar, lo primero es establecer el criterio de la clasificación a hacerse.

Así, por ejemplo, al clasificar los libros de una biblioteca, ¿cómo hacerlo?; ¿según el tamaño, la encuadernación, el tema tratado, el idioma empleado, la fecha de la impresión, etc., etc.?; otros tantos criterios de clasificación, entre los cuales habremos de decidirnos; lo cual no obsta para que nos resolvamos por más de uno o por todos ellos, sucesivamente.

De esto último fluye otro hecho importante, a saber: que las clasificaciones posibles en cada oportunidad, son:

casi siempre muy numerosas, y, de cualquier modo, tan numerosas como los criterios posibles en cada caso.

44] Aclarado este punto, vamos a exponer las principales clasificaciones de los sustantivos, designando a cada una por el criterio elegido al establecerla, y advirtiendo, que en lo sucesivo, hasta el fin del capítulo, nos referiremos especialmente al *sustantivo vocablo*.

45] Teniendo en cuenta *la cantidad de seres o cosas a que pueden aplicarse los sustantivos*, éstos se dividen en *apelativos* o *genéricos* y *propios*.

46] Se llama *apelativo* o *genérico* al sustantivo que, sin cambiar de forma, sirve lo mismo para designar a *todo el género* que a cada una de las unidades o clases de que el género se compone. Ejemplos: *El caballo es un mamífero; el caballo de Pedro; un caballo cualquiera. La lapicera es un útil; mi lapicera; cualquier lapicera. El ejército es una institución; el ejército argentino; cualquier ejército; un ejército.*

47] Sustantivo *propio*, en cambio, es un nombre especial, no de género, que damos a un ser o cosa, y que a ellos se une indisolublemente. Ejemplos: *Homero, Dante, San Martín, los Andes, Buenos Aires.*

48] Teniendo en cuenta su *estructura*, ya hemos visto que los sustantivos pueden ser *vocablos*, y *complexos* o *entidades*; y que los primeros son *simples* o *compuestos*, y los segundos *frase* u *oración*. (Véase 38] a 42].).

49] Por su *origen dentro del idioma*, pueden ser los sustantivos, *primitivos* y *derivados*. (Véase 35] y 36].).

50] Una clase importante de sustantivos derivados, y digna de una especial atención, son los *patronímicos*. Son éstos, apellidos en *as*, *ez* o *es*, *iz* o *is*, *oz*, *us*, derivados de nombres propios, y que envolvían en sí el significa-

do de hijo de la persona designada por estos últimos. Así *Díaz*, significa *hijo de Diego*; *Garcías*, *hijo de García*; *Ávarez*, *hijo de Alvaro*; *Estébanes*, *hijo de Esteban*; *González* o *Gonzales*, *hijo de Gonzalo*; *López*, *hijo de Lope*; *Martínez*, *hijo de Martín*; *Peláez* o *Páez*, *hijo de Pelayo*; *Ordóñez*, *hijo de Ordoño*; *Sánchez*, *hijo de Sancho*; *Sanchis*, *hijo de Sancho*; *Muñiz*, *hijo de Munio*; *Muños*, *hijo de Munio*; *Ferrúz*, etc.

Hoy día los patronimicos son apellidos como los demás.

51] Por su *índole*, pueden los sustantivos ser *concretos* y *abstractos*.

52] Deberá considerarse como sustantivo *concreto*, cualquier vocablo o entidad que exprese seres o cosas, materiales o no; ejemplos: *el banco*, *la mesa*, *el hombre*, *el amor*, *el odio*, *el querer*.

53] Será, en cambio, sustantivo *abstracto*, cualquier vocablo o entidad elocutiva que exprese cualidades tomadas en sí (Ver 37.); ejemplos: *la blancura*, *la bondad*, *la frescura*, *la redondez*, etc.

54] Por su *género*, pueden ser los sustantivos: *masculinos*, como *el león*; *femeninos*, como *la leona*; o *neutros*, como *lo bueno*.

55] Todos los sustantivos tienen una forma especial para el masculino (y el neutro cuando puedan revestir ese género) y otra para el femenino, menos los *comunes*, los *epicenos* y los *ambiguos*, de que pasamos a ocuparnos.

a) Los *comunes* son sustantivos aplicables a seres, y en los cuales el género se expresa mediante el solo ar-

TUOLK & E. 1008

ticulo; ejemplos: *el mártir, la mártir; el regente, la regente.*

b) Los *epicenos* son sustantivos aplicables también a seres, pero en los cuales el género se expresa mediante las palabras *macho* y *hembra*, quedando inalterable el artículo, ejemplos: *el buho macho, el buho hembra; el escarabajo macho, el escarabajo hembra.*

c) Los *ambiguos* son sustantivos aplicables a cosas, que lo mismo se usan como masculinos que como femeninos, lo cual se expresa con el artículo; ejemplos: *el pro o la pro; el prez o la prez; el fin o la fin; el aroma o la aroma; el cisma o la cisma; el neuma o la neuma; el albalá o la albalá; el hojaldre o la hojaldre; el lente o la lente; el tilde o la tilde; el análisis o la análisis; el azúcar o la azúcar; el doblez o la doblez, etc.*

En rigor, deben considerarse como *ambiguos* únicamente aquellos sustantivos que no mudan de significado al cambiar de género, como son los citados más arriba; pero no son ambiguos los sustantivos *dote, margen* y otros, con distinto significado en cada género.

56] No es exacto hablar, como suele hacerse, de *género común, epiceno* y *ambiguo*: lo que hay son *sustantivos* comunes, epicenos y ambiguos, es decir sustantivos con una sola forma para el masculino, el femenino y el neutro, pero que no por eso dejan de ser en cada caso concreto, masculinos, femeninos, o neutros; sólo ocurre entonces que, en dichos sustantivos, el género se expresa, no mediante cambios en la forma del vocablo mismo, sino mediante palabras agregadas.

57] Por la *cantidad de ejemplares a que se refieren en singular*, pueden dividirse los sustantivos en *individuales* y *colectivos*.

58] *Sustantivo individual* es el que se refiere en singular a un solo ser o cosa, o sirve para nombrar una cualidad tomada en sí; tales son: *hombre, caballo, perro, casa, banco, virtud, bondad*, etc., cuando son sustantivos; y los siguientes complejos: *el que no tiene padre ni madre, el que vino ayer*, etc.

59] *Sustantivo colectivo*, en cambio, es aquel que, en singular, se refiere a más de un ser o cosa, como, por ejemplo: *ejército, biblioteca*.

Los *colectivos* se dividen en dos subclases, *determinados e indeterminados*.

a) *Colectivo determinado* es aquel cuyas unidades son todas de una misma clase; tales son *ejército* (todos los individuos del ejército son *soldados*); *flota* (las unidades son todas *naves*); *biblioteca* (las unidades son todas *libros*); etc.

b) *Colectivo indeterminado*, es aquel cuyas unidades no son de una misma clase; como: *muchedumbre* (puede serlo de *hombres, mujeres, niños, ancianos, adultos*, etc.); *multitud* (*id. id.*); *turba* (*id. id.*); etc.

Accidentes gramaticales del sustantivo: número, género y declinación. — 60] Los accidentes de este oficio gramatical son, el *número*, el *género* y la *declinación*.

Del número: formación del plural en los sustantivos vocablo de todas clases. — 61] En la formación del plural en los sustantivos, pueden darse dos casos; según terminen en 1) *vocal o diptongo átonos*, o 2) *en vocal o diptongo tónicos, o consonante*.

1) Los sustantivos terminados en *vocal o diptongo*

átomos, forman el plural añadiendo una *s* al singular: *ama, amas; lirio, lirios; analogía, analogías; Villanova, los Villanovas; Urrea, los Urreas*, etc.

Esta regla no tiene excepciones.

2) Los sustantivos terminados en *vocal* o *diptongo tónicos* o en *consonante*, forman el plural añadiendo la sílaba *es* al singular: *bajá, bajaes; rondó, rondoes; a, aes; i, ies; sí, síes; tisú, tisúes; aji, ajies; ley, leyes; rey, reyes; abril, abriles; boj, bojes; germen, gérmenes; tárgun, tárgumes; álbum, álbumes; régimen, regímenes; Martín, los Martines; Palafox, los Palafores*, etc.

Debe tenerse presente que las transformaciones experimentadas en estos casos por algunas consonantes finales para conservar su sonido ante el incremento *es*, no son una irregularidad; así por ejemplo, en el plural *fracques*, de la palabra *frac*, la *c* se ha transformado en *qu*, sólo para conservar ante *es* el sonido de *k* que tiene al final de *frac*; lo mismo dígase de los que mudan *z* en *c*, y de todos los cambios similares: *diez, dicces; alférez, alféreces*, etc.

Esta regla reconoce las siguientes excepciones:

a) *Maravedi* y *sofá*, que hacen, además de *maravedis* y *sofás*, *maravedis, maravedises* y *sofás; papá, mamá, chacó, y chapó*, que hacen *papás, mamás, chacós* y *chapós; lord, club* y *complot*, cuyos plurales son respectivamente *lores, clubs* y *complots; excrez*, que hace *excrez*.

b) Los terminados en *e* tónica, y que hasta hace poco siguieron la regla general de tomar *es*, hoy día sólo toman *s*, por resistirse el castellano a doblar las vocales;

así tenemos que el plural de *café, fe, ce, canapé, pie, te*, etc., es actualmente *café, fes, ces, canapés, pies, tes*, etc. Sólo se exceptúa la vocal *e*, que forma regularmente su plural *ees*, por analogía con el de las otras vocales: *aes, ies, oes, úes*.

c) Los sustantivos *no agudos* terminados en *s*, cuya característica es no experimentar ninguna alteración en plural. Ejemplos: *la y las crisis; la y las dosis; el y los éxtasis; el y los lunes; Gonzales y los Gonsoles*, etc.; en cambio, siguen la regla general los restantes en *s*. Ejemplos: *lis, lises; res, reses; revés, reverses; tres, treses; Satanás, Satanases; Santo Tomás, unos Santos Tomases*, etc.

d) Los apellidos *no agudos* terminados en *z*, que no cambian de forma en plural: *los Pérez, los Martínez, los Alvarez, los Téllez, los Díaz*, etc.

Observaciones especiales relativas al número en los sustantivos compuestos. — 62] Los sustantivos compuestos se adaptan, en la formación de sus plurales, a las reglas expuestas más arriba; pero ofrecen ciertas dudas, en cuanto se refiere a saber *cuál de sus elementos debe recibir el signo del plural*.

Puede formularse al respecto la siguiente regla general: los sustantivos compuestos toman el plural en el último de sus elementos únicamente, exceptuando *gentilhombre, ricahembra, ricohombre, casamata, mediacañá*, que lo toman en ambos: *gentilshombres, ricashembras, ricoshombres, casasmatas, mediascañas*; e *hijosdalgo, cualquiera y quienquiera*, que lo toman en el primero: *hijosdalgo, cualesquiera y quienesquiera*.

Del género: formación de los géneros en los sus-

53 **sustantivos.** — 63] Los sustantivos que tienen una for-
64 ma especial para el masculino y otra para el femenino,
65 pueden ser de dos clases: sustantivos en que el mascu-
66 lino y el femenino son palabras enteramente distintas, co-
67 mo *hombre* y *mujer*; *toro* y *vaca*, y sustantivos en
68 que el femenino se forma del masculino modificando la
69 terminación, como *niño* y *niña*; *emperador* y *empera-
70 triz*, etc.

71 Respecto de los primeros, no cabe dar ninguna regla
72 para la formación de los géneros: no hay más que
73 aprender los vocablos respectivos.

74 Por lo que a los segundos se refiere, lo más que pue-
75 de hacerse, es ofrecer una lista de las principales termi-
76 naciones. He aquí la que figura en la *Gramática* de
77 Bello: *Ciudadano, ciudadana. Señor, señora; cantor,
78 cantora. Marqués, marquesa. León, leona. Barón, baro-
79 nesa; abad, abadesa; alcalde, alcaldesa; príncipe, prin-
80 cesa. Poeta, poetisa; profeta, profetisa; sacerdote, sa-
81 cerdotisa. Emperador, emperatriz; actor, actriz; cantor,
82 cantatriz. Zar, zarina; cantor, cantarina; rey, reina; ga-
83 llo, gallina.*

84 64] En cuanto a la formación de los géneros en los
85 sustantivos *comunes, epicenos* y *ambiguos*, queda sufi-
86 cientemente aclarada con lo expuesto en 55].

87 **Declinación del sustantivo.** — 65] La *declinación*
88 es otro de los accidentes del sustantivo, tanto *simple*
89 como *complexo*.

90 66] Como dicho punto ha sido expuesto con todo
91 detalle (26] a 29]) y teniendo especialmente en cuenta
92 el sustantivo, no volveremos sobre él en este lugar.

Grados de significación del sustantivo. — 67] El idioma dispone de recursos para indicar, mediante oportunas modificaciones o agregados a los sustantivos, que el ser, cosa o cualidad de que se habla es *cuantitativamente* mayor o menor de lo normal, y también para expresar, cuando llega el caso, la *adhesión* o *desprecio* que dichos seres, cosas o maneras de ser nos merecen. De ello pueden verse ejemplos en las siguientes cláusulas: *hablan de prolongar el murallón; atravesaron el océano en una navecilla de doscientas toneladas; lo que es en mi casita no entra el frío; jamás habitaré esa casucha.*

Las citadas modalidades de los sustantivos, es lo que llamaremos sus *grados de significación*.

68] Por lo que acabamos de exponer más arriba, y vamos a desarrollar ahora, nos parece necesario considerar los *grados de significación*, primero desde el punto de vista *cuantitativo*, y luego desde el que llamaremos *afectivo*. Sólo así, y procediendo en los detalles con todo rigor lógico, es como podrá acabarse con las contradicciones y el desorden tradicionales en la exposición de este punto.

Grados de significación cuantitativos: aumentativos y diminutivos. Definición, clases y procedimientos de formación. — 69] Los sustantivos pueden, casi todos, indicar si se refieren a seres o cosas más grandes o más pequeños y a cualidades más intensas o más débiles que las normales, a que corresponden los sustantivos del *grado positivo*: en el primer caso resultan los *aumentativos*; en el segundo, los *diminutivos*. Son *aumentativos*: *murallón, cucharón, lanzón, etc.*; y *diminutivos*: *cucharita, casilla, pilluelo, etc.*

. 70] Los *aumentativos* y *diminutivos* pueden formarse de varias maneras, que pasamos a enumerar: a) Mediante *terminaciones* que se añaden al positivo: *zanja*, *zanjón*; *huevo*, *huevecillo*; este es el procedimiento más usado; b) Cuando no se aplica, por una razón o por otra, el expediente indicado, pueden usarse y se usan los *adjetivos de cantidad*: *casa grande*; *casa chica*; c) Una clase, en cierto modo aparte, es la de algunos sustantivos en los cuales el aumento o la disminución se expresan mediante *el género*: *farol* (positivo), *farola* (aumentativo); *pozo* (positivo), *poza* (diminutivo); son poco numerosos; d) Fuera de todo lo anterior, no faltan sustantivos cuyo significado no se presta a que formen de ninguna manera aumentativos o diminutivos; tales son, verbigracia: *primogénito*, *alumno*, etc.

71] Vamos a considerar únicamente los *aumentativos* y *diminutivos* de la clase a), es decir, los formados mediante *terminaciones* agregadas al positivo, pues las restantes clases no ofrecen dificultad.

Formación de los aumentativos y diminutivos, mediante terminaciones especiales: cómo se junta la terminación al positivo. — 72] Cualquiera que sea la terminación elegida para formar el aumentativo o diminutivo, es idéntica en todos los casos la manera de juntarla al positivo correspondiente.

Conviene, pues, saber cómo se procede; y para ello deben tenerse en cuenta los dos casos siguientes: 1.º: la palabra termina en *vocal* o *diptongo átonos*; 2.º: termina en *vocal*, *diptongo* o *triptongo tónicos* o en *consonante*. Advirtiéndose que en todos estos cómputos, la

y final se considera como vocal, es decir, como si fuese *i*.

1.º Cuando la palabra termina en *vocal* o *diptongo átonos*, para formar aumentativos o diminutivos se añadirá la terminación que sea oportuna al positivo *privado* de su última vocal; debiendo advertirse tan sólo que si el positivo así abreviado viene a terminar en vocal *no acentuada idéntica a la inicial del incremento*, las dos vocales se contraen en una, si no, no.

De acuerdo con lo dicho, de *hombre* resulta *hombr'-ón*, *hombr'-ecillo*; de *falsa*, *falu'-ita*; de *mural*, *murall'-ón*; de *casa*, *cas'-ita*; de *peine*, *pein'-ecillo*; de *bestia*, *besti'-ecica*; de *genio*, *geni'-ecillo*; de *estatua*, *estatu'-ita*; de *lengua*, *lengu'-ezuela*, etc. De *iglesia*, *igles'-ita* (contracción de *iglesi'-ita*); de *rubia*, *rub'-ita* (contracción de *rubi'-ita*); de *comedia*, *comed'-illa* (contracción de *comedi'-illa*); pero *alcancía* hace *alcanci-ita*, siguiendo la regla general, por ser tónica la *i* de *ía*.

Se exceptúan de esta regla tan sólo algunos casos de la terminación diminutiva *uelo-uela*.

2.º Cuando el positivo termina en *vocal*, *diptongo* o *triptongo tónicos* o en *consonante*, las terminaciones aumentativas o diminutivas se añaden directamente al positivo no modificado. Ejemplos: de *sofá*, *sofa-cito*; de *rey*, *rey-ezuelo*; de *pie*, *pie-ecillo*; de *buey*, *buey-ezuelo*; de *pan*, *pan-ecillo*; de *flor*, *flor-ecilla*; de *resplandor*, *resplandor-cico*; de *rapaz*, *rapaz-uelo*, etc.

«Exceptúanse de esta regla *narigón*, *raigón*, *perdigón*, donde los positivos *naris*, *raíz* y *perdis*, ven cambiada su última letra al hacerse aumentativos.» (*Academia*.)

73] No deben considerarse como formaciones irregu-

lares, aquellas en que es necesario introducir cambios de letras, al sólo fin de conservar invariable el sonido. Tales son, por ejemplo: *nucsesita*, de *nuez*; *amiguito*, de *amigo*; *cerquita*, de *cerca*, etc.

Terminaciones aumentativas. — 74] Pasemos ahora a estudiar las *terminaciones aumentativas*.

Estas son, en nuestro concepto, de dos clases: las *mixtas* y las *puras*.

75] Las *terminaciones aumentativas mixtas* reúnen en sí, a la idea de aumento, cierto tinte menospreciativo; son las siguientes: *achón*, *arrón*, *ejón*, *erón*, *etón*, *atón*, *azo*, *acho*, *ote*, como puede verse en: *poblachón*, *ventarrón*, *pedrejón*, *caserón*, *mocetón*, *gatazo*, etc. Debido al matiz afectivo que infunden, dejaremos su estudio para 84], 2.º.

76] Como *terminación aumentativa pura*, es decir que no añade al positivo más que la idea de aumento, sólo conocemos a *on-ona*, como en *murallón*, *lanzón*, *cucharón*, *albercón*, *culebrón* y otras palabras.

77] Y aun tratándose de la terminación *on-ona*, es necesario tener bien presente que no con todas las palabras conserva aquel carácter: sino que las hay con las cuales también ella se vuelve menospreciativa, como sucede, verbigracia, en *homb-ón*, *mujer-ona*. Cuando se quieran formar, por consiguiente, aumentativos puros mediante terminaciones, habrá que tener especial cuidado de inquirir si la palabra de que se trata lo consiente; si no, habrása de recurrir a los adjetivos de cantidad: *hombre alto*, *mujer corpulenta*, etc.

Terminaciones diminutivas. — 78] Para su mejor estudio, pueden dividirse las *terminaciones diminutivas*

fundamentales, en cuatro clases diferentes unas de otras tan sólo por su mayor o menor brevedad; son las siguientes:

- 1.ª clase: *cecito, cecillo, cecico, ezuelo*.
- 2.ª » *ecito, ecillo, ecico, ezuelo*.
- 3.ª » *cito, cillo, cico, zuelo*.
- 4.ª » *ito, illo, ico, uelo*.

Según puede observarse, partiendo de la primera clase, cada una de las restantes se forma suprimiendo la letra inicial a la anterior.

Veamos ahora qué palabras forman sus diminutivos mediante cada una de las clases enumeradas.

79] Forman sus diminutivos con las terminaciones de la 1.ª clase (*cecito, cecillo, cecico, ezuelo*), los monosílabos terminados en *e*; ejemplo: *pie, pie-cecillo*.

80] Adoptan, en cambio, las terminaciones de la 2.ª clase (*ecito, ecillo, ecico, ezuelo*), las siguientes palabras:

1.º Todos los monosílabos no terminados en *e*; ejemplos: *rey, rey-ecico, rey-ezuelo; buey, buey-ezuelo o boy-ezuelo; pan, pan-ecillo; sol, sol-ecito; flor, flor-ecilla; pez, pec-ecito; voz, coc-ecica; tos, tos-ecilla; nuez, nuec-ecilla*, etc.

Se exceptúan *ruin*, que hace *ruin-cillo*, y los nombres propios de persona: *Blas, Blas-illo; Juan, Juan-ico; Luis, Luis-ito*, etc.

2.º Los bisílabos llanos terminados en los diptongos *ia, io, ua*; ejemplos: *logia, logi'-ecita; genio, geni'-ecillo; legua, legu'-ecita*.

Se exceptúan *rubia, agua* y *pascua*, que hacen *rub'-ita, agu'-ita, pascu'-ita*.

3.º Los bisílabos llanos no terminados en *n*, y con

los diptongos *ei*, *ie*, *ue* en la primera sílaba; ejemplos: *peine*, *pein'-ecito*; *ciego*, *ciegu'-ezuelo*; *huerto*, *huert'-ecillo*; *huevo*, *huev'-ecico*; *fuerza*, *fuerz'-ezuela* o *forz'-ezuela*, etc.

4.º Los bisílabos llanos terminados en *e*; ejemplos: *baile*, *baíl'-ecito*; *cofre*, *cofr'-ecillo*; *nave*, *nav'-ccilla*; *parche*, *parch'-ecito*; *pobre*, *pobr'-ecito*; *triste*, *trist'-ezuelo*; *trote*, *trof'-ecico*.

5.º Muchos bisílabos terminados en *io*; ejemplos: *trío*, *trí'-ecillo*; *brio*, *brí'-ecico*; *frio*, *frí'-ecillo*, etc.

81] Toman diminutivos de la 3.ª clase (*cito*, *cillo*, *cico*, *zuelo*), los siguientes vocablos:

1.º Los agudos de dos o más sílabas terminados en *n* o *r*; ejemplos: *gabán*, *gaban-cito*; *almacén*, *almacen-cito*; *violín*, *violín-cito*; *Fermín*, *Fermin-cico*; *dragón*, *dragon-cito*; *juglar*, *juglar-cillo*; *mujer*, *mujer-zuela*; *Pilar*, *Pilar-cita*; *dolor*, *dolor-cillo*; *amor*, *amor-cillo*; *resplandor*, *resplandor-cico*.

Se exceptúan, entre los nombres propios de personas: *Agustín*, *Joaquín*, *Gaspar*, y otros, que hacen *Agustín-ico*, *Joaquín-illo*, *Gaspar-ito*, etc.; y, entre los comunes: *almacén*, *alfiler*, *vasar* y algún otro, que hacen *almacén-illo*, *alfiler-illo*, *vasar-illo*, etc.

Altar, *pilar*, *jardín*, *jazmín* y *sartén*, hacen indistintamente: *altar-cillo* y *altar-illo*; *pilar-cillo* y *pilar-illo*; *jardín-cillo* y *jardín-illo*; *jazmín-cillo* y *jazmín-illo*; *sartén-cilla* y *sartén-illa*.

2.º Las dicciones llanas en *n*; ejemplos: *dictamen*, *dictamen-cillo*; *certamen*, *certamen-cico*; *Carmen*, *Carmen-cita*; *imagen*, *imagen-cica*, etc.

3.º Las palabras de más de una sílaba terminadas

en vocal, diptongo o triptongo tónicos; ejemplos: *sofá*, *sofa-cito*; *café*, *cafe-cito*; *aji*, *aji-cillo*.

82] Por fin, forman sus diminutivos con las desinencias de la 4.ª clase (*ito*, *illo*, *ico*, *uelo*), todos los sustantivos que no reúnan las condiciones enumeradas hasta aquí; ejemplos: *vaina*, *vain'-ica*; *jaula*, *jaul'-illa*; *estatua*, *estatu'-ita*; *vinagre*, *vinagr'-illo*; *candil*, *candil'-illo*; *rapaz*, *rapaz'-uelo*; *hidalgo*, *hidalg'-uelo*; *pájaro*, *pajar'-ito*; *cámara*, *camar'-illa*; *título*, *titul'-illo*, etc.

Prado, *llano* y *mano*, tienen un diminutivo regular, *prad'-illo*, *llan'-ito* y *man'-ita* y otro irregular, *prad'-ecito*, *llan'-ecillo* y *man'-ecilla*.

83] Fuera de las terminaciones diminutivas que acabamos de estudiar, y que son las más usuales, existen otras, mucho menos frecuentes, entre las que merecen citarse las siguientes: *ichuelo*, *achuelo*; *in*, *ino*, *iño*; *ojo*, *ejo*, *ijo*, y algunas otras.

Grados de significación afectivos: despectivos o menospreciativos y estimativos. — 84] Los nombres que formamos para manifestar nuestro desprecio o menosprecio hacia objetos determinados, se llaman *despectivos* o *menospreciativos*. Dichos nombres pueden formarse de varias maneras, que pasamos a exponer:

1.º Agregándoles «un incremento que, sin aumentar ni disminuir el positivo, le echa a mala parte. Sus terminaciones más propias y comunes» . . . «son: *aco*, *icaco*, *uco*, *acho*, *ato*, *astro*, *orrio*, *orro*, *ualla*, *usa*, *ucho*; v. gr.: *libr-aco*, *homin-icaco*, *beat-uco*, *cas-uca*, *vulg-acho*, *ceg-ato*, *poet-astro*, *madr-astra*, *vill-orrio*, *vent-orro*, *gent-ualla*, *gent-usa*, *cald-ucho*» (Academia.).

Estos son los que pudiéramos llamar *despectivos puros*.

2.º Mediante terminaciones que reúnen el doble carácter de aumentar y echar a mala parte: son éstas todas las que la Academia da por aumentativas, menos *on*, es decir: *achón, arrón, ejón, erón, etón, atón, azo, acho* y *ote*, como eu: *poblachón, ventarrón, pedrejón, caserón, mocetón, gatazo*, etc., y que hemos llamado *aumentativas mixtas*.

3.º Ya hemos visto (77] que también las *terminaciones aumentativas puras*, podían originar despectivos, según el vocablo al cual se unieran: así en los ya citados *hombrón* y *mujerona*.

4.º Y por fin, pueden formarse despectivos con *terminaciones diminutivas puras*, resultando aquel carácter del sentido de la cláusula. Ejemplos: *no me agrada ese mocilo; es un señorito muy mal criado; esa mujercita es muy insignificante*, etc.

85] Adoptando la designación propuesta por Salvá, llamaremos *estimativos* a los nombres con que manifestamos nuestro cariño o adhesión a los seres o cosas. Las terminaciones con que se forman los *sustantivos estimativos* son las mismas de los *diminutivos*, y algunas veces las mismas *despectivas*. El sentido cariñoso y no diminutivo ni despectivo de los términos así formados, se desprende del tono de quien habla o del contexto. Ejemplos: *luego me embozo en mi capita* (una capa de tamaño usual) y *me río del invierno*; *madrecita, quiero decirnos algo; ¡quiere creer, señor, que ese picaronazo de mi hijo se ha doctorado sin decirnos nada!*

CAPÍTULO II

DEL PRONOMBRE

Concepto y definición. — 86] Será *pronombre* toda palabra que pueda ocupar el lugar del nombre, y además designe a los seres o cosas o cualidades, teniendo en cuenta alguno de sus caracteres accesorios, como ser la persona gramatical, el lugar que ocupan, el nombre del poseedor u otra cualquiera, y no todas sus propiedades esenciales, como el sustantivo.

87] Lo anterior permite comprender exactamente lo que significa la afirmación corriente, pero vaga, de que «el pronombre ocupa el lugar del sustantivo.»

88] También permite establecer claramente la diferencia entre *sustantivo* y *pronombre*: el *sustantivo* toma en cuenta todos los caracteres esenciales, sin exceptuar un sólo, y por lo tanto puede únicamente referirse al ser, cosa o cualidad, o a las clases de seres, cosas o cualidades donde aparezcan *todos* dichos caracteres esenciales; mientras que el *pronombre* considera *un sólo* rasgo accesorio, y puede por lo tanto referirse a cualquier ser, cosa o cualidad, o grupo de ellos, de cualquier clase, con tal de que posean ese rasgo: así, mientras *tintero* sólo denota el utensilio perfectamente determinado de todos conocido, o la clase entera de los tinteros, no hay ser, cosa o cualidad del género masculino, por ejemplo, que no pueda designarse con la palabra *éste*, con tal de estar cerca de quien habla.

89] No solamente con el sustantivo puede confundirse el pronombre, sino que muchas veces un mismo vocablo puede hacer de *pronombre* o de *adjetivo*, como veremos más adelante.

Desde ya podemos indicar como criterio para reconocer con certeza a los pronombres, el hecho de que estas palabras ocupan siempre el lugar de un sustantivo, lo cual no acontece con los adjetivos, cuya característica, según veremos, es acompañar al sustantivo.

Clasificación de los pronombres. — 90] Las clases más usuales de pronombres, son las enumeradas generalmente en los tratados, a saber: pronombres *personales, demostrativos, posesivos, relativos e indeterminados o indefinidos*. Vamos a considerar cada clase aisladamente, y añadiremos la de los *interrogativos, admirativos y dubitativos*.

Pronombres personales. — 91] Los pronombres personales son palabras destinadas a suplir el nombre de la persona o cosa o cualidad personificada que habla o de quien se habla.

92] Son por consiguiente tres: el que suple al nombre de quien habla, o sea *pronombre personal de primera persona*, oficio encomendado a la palabra *yo*; el que suple al nombre de a quien nos dirigimos, o sea *pronombre personal de segunda persona*, oficio encomendado a la palabra *tú* y a las diferentes formas de *usted*; y, por fin, el que suple al nombre de la persona, cosa o cualidad de que hablamos, o sea *pronombre personal de tercera persona*, oficio encomendado a la palabra *él*.

Accidentes de los pronombres personales. — 93] Los pronombres personales tienen los mismos *accidentes* que el sustantivo, es decir *género, número y declinación*. En el cuadro siguiente quedan evidenciados dichos accidentes para los pronombres *yo, tú y él*:

Cuadro general de los pronombres personales

	1.ª PERSONA			2.ª PERSONA			3.ª PERSONA		
	PLURAL			SING.			PLURAL		
	SING.	PLURAL	PLURAL	SING.	PLURAL	SING.	PLURAL	SING.	PLURAL
	Formas	Formas	Formas	Formas	Formas	Formas	Formas	Formas	Formas
NOM.....	yo	nosotros	nos	tú	vosotros	vos	ella	ellos	ellas
GEN.....	de mí	de + de +	(de nos)	de ti	de +	de vos	de ella	de ellos	de ellas
DAT.....	a o para mí, me	a o para nosotros	(a nos)	a o para ti; te	a o para vosotros	a o para vos	a o para ella; le	a o para ellos; les	a o para ellas; les
ACUS.....	me; a a mí	a a nosotros	(a nos)	te; a a ti	a a vosotros	a vos; os	a ella; la	a ellos; los	a ellas; las
VOC.....				tú	vosotros	vos			
ABLAT.....	de, en, por, sin, sobre, tras, etc., mi; conmigo,	con, de, en, por, sin, sobre, nosotros,	(con, de, en, por, sin, sobre, nos)	de, en, por, sin, sobre, tras, etc., ti; conmigo.	con, de, en, por, sin, sobre, vosotros,	con, de, en, por, etc., vos.	con, de, en, por, etc., ella	con, de, en, por, etc., ellos	con, de, en, por, etc., ellas

(1) «El uso de *nos* con preposición es antiquado. *Yo*, aunque todavía se diga *venga a nos* o *la ruego*, y *venge por nos*, *Santa Madre de Dios*, (Acantax.) También se dice *entre nos*.

De la pluralidad ficticia.—94] Cuando las formas pronominales *nos* y *vos* se emplean en vez de *yo* y *usted* (o *usía*, *vuestrencia*, *vuestra majestad*, etc.), respectivamente, se origina entonces la *pluralidad ficticia*, por la cual se representa como multiplicado el individuo en razón de la importancia conferida por el cargo que desempeña o en señal de cortesía o respeto. Veamos como.

a) «*Nos*, en lugar de *yo*, se emplea en los «despachos y provisiones de personas constituidas en alta dignidad», y viene así como a multiplicarse «la persona en señal de autoridad y poder.» (Bello.) Ejemplo: *Nos, don N., Arzobispo de...* mandamos. *Si alguna contradicción pareciera en las leyes Nos (D. Alfonso XI) que seamos requeridos sobre ella.*

Es de observarse aquí que la pluralidad ficticia afecta a todas las partes variables en relación con el pronombre, menos el apositivo, es decir el sustantivo al cual el pronombre se refiere (en el primer ejemplo, *don N., Arzobispo de...*).

b) *Vos* en lugar de *usted* y formas similares, no se usa ahora sino en el estilo elevado, «o en composiciones dramáticas, o en ciertas piezas oficiales, donde lo pide la ley o la costumbre», representándose así «como multiplicado el individuo en señal de cortesía o respeto.» (Bello.) Ejemplos: *Y esperamos que el Señor, que manda con su ceño las borrascas del mar (las cuales vos pretendéis que os asistan auxiliares) nos hará camino por los golfos.* (Quevedo, *Carta al Rey de Francia, Luis XIII.*) Aldara:—*¡Y vos os daríais por bien pagado con la única dicha de verme?* Rey:—*Sin duda.*

(Tamayo.) Vos sois *muy parecido* a vuestro *padre*.

Como se desprende de los ejemplos expuestos, la pluralidad ficticia sólo alcanza, en el caso estudiado, al verbo y a los pronombres.

95] Un caso muy frecuente de pluralidad ficticia, se da cuando los autores hablan de sí en plural. Pero entonces no emplean en nominativo la forma *nos*, sino *nosotros*; en todo lo demás rigen las reglas expuestas.

96] En el lenguaje familiar, y en América, se emplea *vos* en lugar, no de *usted*, como en la pluralidad ficticia, sino de *tú*; y existen para el caso formas verbales peculiares, como puede verse en los ejemplos siguientes: *vos sos* (tú eres); *vos venís* (tú vienes); *tomá vos* (toma tú); *vos tenés* (tú tienes); *vos querés* (tu quieres); *vení vos* (ven tú), etc.

No hay por qué decir que todo ello es absolutamente antigramatical y de rechazarse en el habla culta o en lo escrito; aunque en el lenguaje familiar hablado ya es un hecho que no cabe sino consignar.

Cuanto a la forma intermediaria e híbrida, *tú sos*, *tú venís*, *tomá tú*, *tú tenés*, *tú querés*, *vení tú*, etc. debe rechazarse en absoluto y en cualquier caso.

De la tercera persona ficticia. — 97] Cuando no se quiere tutear ni emplear la forma ceremoniosa *vos*, y esto es lo más corriente, se echa mano de *usted*.

Se trata entonces de una verdadera *tercera persona ficticia* (en vez de la segunda), pues, dirigiéndonos a nuestro interlocutor, le hablamos de él mismo como si se tratara de otra persona; véase cómo: *Usted es muy generoso* = *Pedro es muy generoso*.

El verbo va en tercera persona, concordando con el pronombre, como sucede siempre, pero las demás palabras variables ofrecen esto de particular, que se ponen en el género correspondiente al sexo de la persona a quien se habla, y no en femenino, como correspondería en rigor, por ser femenino *usted*, condensación de *vuestra merced*. Ejemplos: *usted*, señora, *es muy* bondadosa; *usted*, señor, *es muy* justiciero.

98] A más de con *usted*, y siguiendo las mismas reglas, se da la tercera persona ficticia con los tratamientos *Vuestra Majestad*, *Vuestra Señoría* o *Usia*, *Vuestra Excelencia* o *Vuesencia*, y otros más, que vienen a ser verdaderos pronombres.

99] También aparece la tercera persona ficticia en fórmulas iguales o parecidas a las siguientes: *si el señor quiere*; *si la señora desea*, etc. Pero aquí no podemos decir que se trate de verdaderos pronombres.

100] En cualquiera de los casos apuntados hasta aquí de tercera persona ficticia, es una falta muy chocante, y de las más habituales, el pasar luego, en el mismo escrito o discurso, al empleo de formas propias de la segunda persona; pues aunque en rigor estas formas correspondan a la persona con quien hablamos, quedan descartadas por el hecho de haberse optado por la tercera persona ficticia. Estará mal, por lo tanto, el siguiente pasaje: *tengo el agrado de dirigirme a ustedes en esta oportunidad, para manifestaros (debe decirse manifestarles), hasta qué punto me complace la noticia*.

101] No ya en lugar de la segunda persona, como hemos visto en los casos expuestos hasta aquí, sino en el de la primera, es casi de rigor la tercera persona fic-

ticia, cuando empleamos fórmulas como *el infrascrito*, *el que suscribe*, o encabezamos algún escrito con nuestro nombre y apellido, todo lo cual es muy frecuente en solicitudes, certificados y otros documentos. Ejemplos: *El que suscribe, alumno de este Colegio, solicita del Señor Rector se le expida*, etc.; *Pedro González, doctor en medicina, certifica que Don Luis Gallo goza de buena salud, y para que conste le expide el presente certificado*, etc.

Debemos añadir que con ser casi constante en este caso el empleo de la tercera persona ficticia, no es con todo obligatoria en todos los casos. Ejemplos: *Rodrigo de Cervantes, estante en esta corte, digo*, etc.; *Miguel de Cervantes Saavedra, vecino de la villa de Esquivias, residente en esta corte, digo*, etc.

En los casos referidos, es una de las faltas más corrientes y vitandas, el dejar las formas de la tercera persona una vez adoptadas, para pasar a las de la primera. Estará mal, pues, lo siguiente: *El que suscribe, alumno de este Colegio, solicita del Señor Rector se me* (debe decir *le*) *expida*, etc.; *Pedro González, doctor en medicina, certifica que Don Luis Gallo goza de buena salud, y para que conste le expido* (debe decir *expide*) *el presente certificado*, etc.; *Julio Noyas saluda muy atentamente a su amigo Fermín Pérez, y con ocasión de su cumpleaños tengo* (debe decir *tiene*) *el agrado de reiterarle la expresión de mi* (debe decir *su*) *sin-cero afecto*.

Del pronombre reflexivo de tercera persona. — [102] Cuando el término de la acción del verbo es el mismo que la ejecuta, los pronombres de primera y se-

gunda persona, no tienen formas especiales para expresarlo. El de tercera persona, en cambio, tiene la forma *se*, que ha recibido el nombre de *pronombre reflexivo de tercera persona*. Su declinación es como sigue:

En masculino, femenino y neutro,
singular y plural.

Genitivo *de sí*

Dativo *a sí; para sí; se*

Acusativo . . . *se; a sí*

Ablativo *de, en, por, sobre, tras, etc., sí, consigo.*

103] Véanse ejemplos del empleo de este pronombre: *ellos hablan de sí; ellos trabajan para sí; ellos se alaban; ellas lo traen consigo; él habla de sí; ellos trabajan para sí; él se alaba; ellas se alaban; ellos no las tienen todas consigo; etc.*

Pronombres personales enclíticos. -- 104] Cuando los pronombres personales van después del verbo a que se refieren, se escriben formando con él una sola palabra; se llaman entonces *sufijos* o *enclíticos*. Ejemplos: *voyme; alábante; déjalo; adorámoste; castiguesemele; viósclo, etc.*

106] *Delante del enclítico *os* se pierde la *d* de la el primero pierde dicha letra al hacerse la unión: *vamos + nos = vámonos; demos + nos = démonos, etc.*

106] *Delante del enclítico *os* se pierde la *d* de la segunda persona del plural del imperativo: *quitaos de delante, y no quitados*. Se exceptúa sólo el verbo *ir*, que hoy hace *idos*, aunque en el período clásico se decía también *ios*.

«La *s* final del verbo se confunde con la inicial de *se*: *hagámoselo, ¿disteiselo?»* (Academia).

Pronombres sujetos y pronombres complementos.

— 107] Siendo los pronombres personales palabras que cambian de forma según los casos gramaticales, ha venido a resultar de ello que tienen estructuras peculiares para cuando son *sujetos* de la oración, es decir nominativos, o en cambio están en cualquiera de los restantes casos, es decir cuando son los que en sintaxis se llama *complementos*.

Estas circunstancias originan algunas dudas, entre las cuales son las más notables las aclaradas en seguida.

108] «El uso de las voces *le* y *les*, *los* y *las*, en dativo y acusativo, ofrece dificultad, por las diversas opiniones que sobre el particular han seguido, y siguen todavía, escritores de nota. La Academia, habiendo de optar entre ellas, se ha atendido a la más autorizada, señalando la variante *le* para el dativo en singular, sea masculino o femenino, como en estos ejemplos: *el juez persiguió a un ladrón, le tomó declaración y le notificó la sentencia; el juez prendió a una gitana, le tomó declaración*, etc.; donde se ve que el pronombre está en dativo, así cuando se refiere al *ladrón*, como cuando se refiere a la *gitana*; pues ni ésta ni aquél son el complemento directo de la acción del verbo, sino los sustantivos *declaración* y *sentencia*.

«Para el acusativo, en género masculino, se admiten indistintamente *le* y *lo*. Podrá, pues, decirse: *Antonio compuso un libro y le imprimió, o lo imprimió*, mientras la costumbre no dé preferencia al *le* sobre el *lo*, o viceversa.

«Por último, se establece, como regla sin excepción, que *les* sea dativo del plural, lo mismo para un género que para el otro; y que *los, las* se empleen como acusativo.» (Academia.)

109] «*Nos* y *vos* fueron primitivamente los pronombres de primera y segunda persona en el número plural, en lugar de *nosotros* o *vosotros*.» (Bello.)

a) Por lo tanto se empleaban en *nominativo* y en los casos que requerían *preposición*, es decir, donde hoy sólo es lícito el empleo de las formas *nosotros* y *vosotros*: *nos decimos*; *vos decís*; *se habla de vos*; *esto es para nos*.

b) Hoy día, *nos* y *vos* se emplean en *nominativo* n en los casos que requieren *preposición*, es decir, donde hoy sólo es lícito el empleo de las formas largas *nosotros* y *vosotros*, únicamente en los tres casos siguientes:

1.º *En prosa*, cuando hablan de sí las corporaciones constituidas en alta dignidad, o cuando en estilo elevado se les dirige la palabra. Ejemplos: *Nos, los representantes del pueblo de la Nación Argentina, reunidos en Congreso General Constituyente*, etc.

Vos, los representantes del pueblo de la Nación Argentina, etc.

2.º *En poesía*, aunque esto se hace cada vez más raro. Ejemplos:

Teniendo por tan cierta su locura
Como nos (nosotros) la evangélica escritura.
(Ercilla.)

Lanzad de vos (vosotros) el yugo vergonzoso.
(Ibid.)

*¡Al fuego! cartas de adorados seres
Por quien la sangre derramé viviendo;
Arde a impulsos de esa luz, y ardiendo
Con vos se extinga mi fatal pasión!*

(Campoamor.)

3.º En la pluralidad ficticia (Véase 94] a 96].)

Pronombres demostrativos.— 110] Los *pronombres demostrativos*, se sustituyen al nombre de sus objetos, dándolos a conocer por el lugar que ocupan: *divididos estaban caballeros y escuderos: éstos contando-se sus vidas y aquéllos, sus amores.* (Cervantes.)

111] Hoy día, los verdaderos pronombres demostrativos castellanos son tres: *éste, ése y aquél.*

112] Cada uno de ellos tiene una forma distinta para el masculino, el femenino y el neutro en singular, mientras que en plural sólo tienen masculino y femenino, pero neutro no. Tenemos, pues:

	1.º Grado	2.º Grado	3.º Grado
	m. f. n.	m. f. n.	m. f. n.
Sing.	<i>éste, ésta, esto;</i>	<i>ése, esa, eso;</i>	<i>aquél, aquella, aquélla;</i>
Plur.	<i>éstos, éstas;</i>	<i>esos, ésus;</i>	<i>aquéllos, aquéllas.</i>

113] Cuando la demostración se refiere al lugar, y es el caso más corriente, las formas del primer grado indican lo que está próximo a la persona que habla, las del segundo, lo que está cerca de la persona a quien se habla, y las del tercero, lo que está lejos de ambas. Ejemplos: *¿Con cuál sombrero te quedas? Éste que tengo puesto no me agrada; ése, que tienes en la mano, tampoco; en cambio aquéllos, que están allí en el armario, creo que me sentarán.*

114] Cuando reproducimos mediante pronombres dos términos mencionados poco antes, empleamos los pronombres del primer grado para el segundo y los del tercer grado para el primero. Ejemplos: *divididos estaban caballeros y escuderos: éstos contándose sus trabajos y aquéllos, sus amores* (Quijote.) *Seguíanles gran número de monteros, bollesteros y halconeros, con muchedumbre de perros y neblies: aquéllos adornados con galanas libreas, y éstos con ricos collares y capirotas.* (Jovellanos.)

Pronombres posesivos. — 115] Los *pronombres posesivos* se refieren a su objeto, determinándolo mediante la indicación de su poseedor.

116] Los pronombres posesivos son: *el mío, el tuyo* y *el suyo*, cuando el poseedor es uno solo; y: *el nuestro, el vuestro* y *el suyo*, cuando los poseedores son más de uno. Todas estas formas tienen sus plurales y femeninos; y en singular tienen también género neutro: *lo mío, lo tuyo, lo suyo, lo nuestro, lo vuestro, lo suyo.*

117] Las formas masculinas y femeninas de estas palabras, suelen ser con tanta frecuencia *adjetivos* como *pronombres*. Además de los medios generales ya indicados en 89], para establecer en cada caso la función que desempeñan, téngase presente que cuando son pronombres los precede el artículo (*el, la, lo, los, las*), mientras que esto jamás sucede cuando son adjetivos. Véanse algunos ejemplos de dichos vocablos haciendo de pronombres: *mi caballo es más resistente que el tuyo, pero tus galgos son más veloces que los míos; prefiero vuestras plazas a las nuestras; vino mi padre, pero no el tuyo.*

118] Las palabras *mío, tuyo, suyo*, cuando hacen de

pronombres posesivos, carecen de las formas apocopadas *mi, tu, su*, propias de cuando son adjetivos posesivos.

Pronombres indefinidos o indeterminados.—119] Con estos pronombres suplimos los nombres de las personas o cosas que no podemos o no queremos precisar. Lo designado por ellos, queda pues incierto en cuanto a sus caracteres individuales. Ejemplos: *Que entren, cualesquiera que sean. ¿Quién es? Alguien. ¿Quién fué? Nadie.*

120] Las palabras que más a menudo hacen de pronombres indefinidos, son: *quienquiera, cualquiera, alguien, nadie, alguno y ninguno.*

Pronombres interrogativos, admirativos y dubitativos. — 121] Llamaremos así a los pronombres destinados a preguntar o expresar admiración o duda. Suelen serlo las palabras *qué, cuál, quién, cuyo*. Ejemplos: *¿Qué dice usted? Uno de esos pañuelos, no sé cuál, es para mí. ¿Cuya es esa casa? ¿Quién sabe?*

Pronombres relativos y observaciones particulares sobre ellos. — 122] Es muy frecuente en ciertas oraciones, aludir a un sustantivo o pronombre de otra oración, reemplazándolo por palabras especiales llamadas *pronombres relativos*, pues, además de reemplazar nombres, establecen una verdadera relación entre las oraciones afectadas. Véanse algunos ejemplos: *Ése es el hombre a quien debo todo* (aquí, *quien* está en la segunda oración, por *hombre*, de la primera). *Me prometiste una carta, la cual no llegó nunca* (la *cual*, está por *carta*). *Allí está el castillo cuya torre se derrumbó* (*cuya* está por *del castillo*). *Ése que ves allí es el general* (*que*, está por *ése*).

123] La palabra que el pronombre relativo suple

o recuerda, se llama *antecedente*, y por lo general viene antes del relativo, aunque esto no sea indispensable. como se comprueba por el ejemplo siguiente: *a quien debo todo, eres tú* (relativo, *quien*; antecedente, *tú*). —

124] Las palabras que corrientemente desempeñan el oficio de pronombres relativos, son: *que, cual, quien, y cuyo*.

Del relativo *que*. — 125] El relativo *que*, conviene por igual a los tres géneros y a los dos números: *Es el hombre que pasa; Es la mujer que pasa; Es lo que pasa; Son los hombres que pasan; Son las mujeres que pasan*.

Del relativo *cual*. — 126] Este relativo no tiene forma especial para los géneros, pero en plural hace *cuales*: *Este es el hombre del cual te hablé; Esta es la casa de la cual te hablé; Estos son los hombres de los cuales te hablé; Estas son las casas de las cuales te hablé*.

127] En las oraciones contrapuestas o correlativas, el relativo *cual* se contrapone al demostrativo *tal*: *tal ha sido su comportamiento cual podía desearse*.

128] Salvo el caso que acabamos de exponer, el relativo *cual* admite artículos, como en los ejemplos citados en 126].

Del relativo *quien*. — 129] El relativo *quien* corresponde al masculino y femenino singular, pero no tiene neutro: *Es mi hermano quien llama; Es mi hermana quien llama*.

130] El plural de *quien* es *quienes*, para ambos géneros: *Son mis hermanos quienes vienen; Son mis hermanas quienes vienen*; pero hase de advertir que se usa muy corrientemente el singular refiriéndose a un an-

tecedente plural: *los primeros con quien topamos eran los gimnosofistas.* (Saavedra.) *Los siete sabios a quien tanto venera la Grecia.* (Academia.)

131] Este pronombre va siempre sin artículo: no se dice *el quien*, ni *la quien*.

Del relativo *cuyo*. — 132] *Cuyo* es el único relativo con terminación genérica especial femenina diferente de la masculina: *El hombre cuyo es el dinero; El hombre cuya es la casa.*

133] Este relativo tiene un plural masculino y otro femenino: *El hombre cuyos son los caudales; El hombre cuyas son las casas.*

134] Nunca lleva artículo este pronombre: no se dice *el cuyo*, *la cuya*, etc.

135] «*Cuyo* denota siempre idea de posesión; equivale a *de que*, *de quien*, *del cual*; sin que por sí pueda nunca ser nominativo o sujeto de la oración.» (Academia.) Tal es la doctrina más aceptable, y la ilustran los ejemplos anteriores; *cuyo* es, en efecto, un genitivo (el *cuyus* latino), y por lo tanto indica posesión y no puede ser sujeto.

Siendo así, estarán mal construidas oraciones como éstas: *venían dos hombres vestidos de negro, cuyos hombres se internaron en el bosque*; pues aquí *cuyos* no indica posesión, sino que hace de sujeto, es decir de nominativo: habría, pues, que decir *que*, *quienes* o *los cuales se internaron en el bosque*.

CAPITULO III

DEL ADJETIVO

Concepto y definición.— 136] Adjetivo es toda palabra o entidad elocutiva que se une al sustantivo o pronombre para *calificarlos, explicarlos o determinarlos*. Ejemplos: *¡Qué hermoso día! Lámparas de filamento metálico. Agua que serenó barro de Andújar. Tales son las condiciones con que debemos contar.*

137] El adjetivo, por su misma naturaleza, no puede existir sino bajo la dependencia de un sustantivo o pronombre, y sólo de un sustantivo o pronombre.

Adjetivo vocablo, frase y oración.— 138] En los ejemplos dados más arriba en 136], ha podido notarse que hay *adjetivos vocablo, frase y oración*.

Nada agregaremos al respecto, por estar suficientemente aclarado ese punto; y advertimos que en las explicaciones restantes, hasta el final del capítulo, el punto de vista central será siempre el *adjetivo vocablo*; quedando el *adjetivo frase y oración* para las referencias ocasionales del caso.

Clasificación de los adjetivos.— 139] Por las mismas razones expuestas al hablar de la clasificación de los sustantivos, los adjetivos pueden dividirse de varias maneras, según sea el criterio de clasificación adoptado.

Pasaremos en revista algunas de las más usuales, para detenernos especialmente en la fundada en su significado.

140] Por el *número de sus palabras* o sea su *es-*

estructura, los adjetivos pueden ser *vocablos, frases y oraciones*, según acabamos de verlo.

Los *adjetivos vocablo*, a su vez, pueden ser *simples* o *compuestos*. (Véase 31] y 32]).

Son *simples*: *blanco, negro, capaz*, etc.

Véanse ahora, en las siguientes cláusulas, ejemplos de *adjetivos compuestos*: *traía un gabán de color verdinegro*; *es una persona cualquiera*; *inventariaron los bienes semovientes*; *era un hombre de cabello entrecano*, etc.

141] Por su *origen dentro del idioma*, pueden ser los adjetivos, *primitivos* y *derivados*. (Véase 35] y 36]). Ejemplos de los adjetivos *primitivos*: *las blancas velas se reflejaban en el mar azul*; *es un carácter sereno*, etc. Son, en cambio, *derivados*, los siguientes: *es una madre amorosa* (der. de *amor*); *ese hombre tiene modales detestables* (der. de *detestar*); *no seas aborrecible* (der. de *aborrecer*), etc.

142] Por su *significado*, y esta es la única clasificación de los adjetivos revestida de utilidad práctica, pueden ser aquéllos: *calificativos, explicativos, y determinativos*. Consideraremos cada clase aisladamente.

Adjetivos calificativos. — 143] Se llama *adjetivo calificativo* al que se une al sustantivo con el *único* fin de expresar alguna de sus propiedades o modos de ser. Ejemplos: *me choca el tono desenfadado de sus palabras*; *es un joven inteligente*; *es una persona dotada de muy buenas cualidades*; *ese joven ha pintado un cuadro que tiene mucho mérito*.

Adjetivos explicativos. — 144] Estos adjetivos, clase nueva impuesta por el estudio por funciones, se añaden al sustantivo para expresar a su respecto, y co-

mo entre paréntesis, una circunstancia meramente accidental y accesoria, y que lo mismo pudiera omitirse sin alterar el sentido. Ejemplos: *el pobre*, hastiado, *ya no sabe donde ir*; *los postulantes*, fatigados por la espera, *se retiraron*; *los espectadores*, que estaban cansados, *se distrajeron*, etc.

Adjetivos determinativos. — 145] El *adjetivo determinativo* se agrega a los sustantivos con el objeto de fijar de algún modo su aplicación.

La razón de ser de este oficio gramatical, reside en que el sustantivo tomado solo, a menos de ser sustantivo propio, es demasiado general. Así, verbigracia, si decimos *sombrero*, no indicamos a ninguno; pero otra cosa será si decimos *este sombrero*, *mi sombrero*, *algún sombrero*, etc.

Los adjetivos determinativos vienen así a transformar al sustantivo en un instrumento flexible, capaz de múltiples aplicaciones.

146] Como es frecuente *determinar*, es decir *señalar* los seres y cosas mediante algunas de sus cualidades, es muy frecuente también que una misma palabra haga a veces de adjetivo calificativo y otras de determinativo; así en la cláusula: *Alcánzame el libro blanco*, el adjetivo *blanco* es determinativo porque ayuda a encontrar el libro de que se trata; mientras que es puramente calificativo en la cláusula: *me regalaron un caballo blanco*, donde no responde a otro propósito sino a mencionar una cualidad del caballo.

147] También pueden hacer de adjetivos demostrativos, las mismas palabras que en otras circunstancias lo son explicativos; así, quitando las comas al segundo y tercer ejemplo de los mencionados más arriba en

144], habremos transformado en determinativos dos complejos adjetivos de carácter explicativo: *los postulantes fatigados por la espera (y no todos) se retiraron; los espectadores que estaban cansados (y no otros) se distrajeron.*

148] Esta posibilidad de que una misma palabra o complejo, pueda pertenecer, ora a una clase de adjetivos ora a otra, no es, como ya se habrá comprendido, sino un caso particular del gran principio general que informa toda la Analogía, de no ser la *estructura*, sino la *función*, lo esencial en estas cuestiones.

149] Los *adjetivos determinativos* pueden ser *demonstrativos, posesivos, numerales e indefinidos o indeterminados.*

Vamos a considerar cada una de estas especies.

a) Los *adjetivos demostrativos* se unen al sustantivo para determinarlo, indicando el sitio de aquello a que se refiere.

Las palabras más usadas como adjetivos demostrativos en castellano, son las siguientes:

	1. ^{er} Grado	2. ^o Grado	3. ^{er} Grado
	m. f.	m. f.	m. f.
Sing.	<i>este, esta;</i>	<i>ese, esa;</i>	<i>aquel, aquella;</i>
Plur.	<i>estos, estas;</i>	<i>esos, esas;</i>	<i>aquellos, aquellas.</i>

Salvo la circunstancia de no existir adjetivo demostrativo neutro, estas palabras son las mismas que hemos visto en 112] hacer de pronombres demostrativos; con la diferencia de no aparecer acompañando a sustantivo alguno, y escribirse con acento ortográfico al hacer de pronombres, mientras que cuando son adjetivos, siempre acompañan a un sustantivo y no llevan

acento escrito; así la cláusula: *aquellos libros no son míos, éstos en cambio son de mi propiedad*, la palabra *aquellos* hace de adjetivo, y *éstos* de pronombre.

b) Los *adjetivos posesivos* determinan al sustantivo, indicando el poseedor.

Todas las palabras que hemos visto en 116) como pronombres posesivos, pueden hacer también de *adjetivos posesivos*, con tal de acompañar a un sustantivo; ejemplos: *muy señor mío*; *lo tomo como cosa tuya*; *estas son palabras tuyas*; nuestro *hermano volverá mañana*; vuestras *hermanas son muy lentas*, etc.

Pero debe advertirse que *mío*, *tuyo* y *suyo*, cuando hacen de *adjetivos*, tienen además las formas *mí* (por *mío* o *mía*), *tu* (por *tuyo* o *tuya*), *su* (por *suyo* o *suya*), *mí*s (por *míos* o *mías*), *tus* (por *tuyos* o *tuyas*), y *sus* (por *suyos* o *suyas*); formas que no tienen cuando son pronombres.

c) Los *adjetivos numerales* determinan al sustantivo al cual se unen, mediante indicaciones de cantidad.

Estos adjetivos pueden ser de las siguientes clases: *cardinales* o *absolutos*, *ordinales*, *partitivos*, *proporcionales* o *múltiplos* y *distributivos*.

Los *adjetivos numerales cardinales* o *absolutos*, determinan al sustantivo, indicando la cantidad de los objetos a que éste se refiere.

Desempeñan esta función, entre otras, los nombres de los números, cuando se añaden a un sustantivo. Ejemplos: *no ha habido dos Homeros*; *el ejército se componía de tres millones de hombres*; *tenemos seis grandes bibliotecas*, etc.

Los *adjetivos numerales ordinales* determinan a los

sustantivos, indicando el lugar ocupado por éstos en la serie de que forman parte.

Los números de orden son los más comúnmente empleados como adjetivos de esta clase. Ejemplos: *el tomo tercero*; *Enrique cuarto*; *Pío décimo*; *Luis onceño*; *el lamento postrero*, etc.

Pero también asumen la función numeral ordinal los simples nombres de los números, como en *Luis catorce*, *León trece*, *el tomo dos*, *la serie seis* etc., donde *catorce*, *trece*, *dos* y *seis*, están en lugar de *décimocuarto*, *décimotercio*, *segundo* y *sexto*, respectivamente, y son por lo tanto, ordinales puros.

Los adjetivos *numerales partitivos* determinan al sustantivo, indicando división. Ejemplos: *media manzana*, *media vara*.

Los *adjetivos proporcionales o múltiples*, son lo contrario de los anteriores y determinan al sustantivo al que se unen, indicando multiplicación. Ejemplos: *los enemigos vienen con doble o duplicada fuerza*; *están en triple o triplicado número*; *viene cuádrupla o cuádruplicada gente*, etc.

Los adjetivos *distributivos* expresan repartición; en castellano no existe sino un distributivo vocablo, y es el plural *sendos*, *sendas*; cuyo recto uso y significación se manifiestan en estos ejemplos: *Tenían las cuatro ninfas sendos vasos hechos a la romana* (Jorge de Montemayor); esto es, cada ninfa un vaso. *Elegiendo el duque tres soldados nadadores, mandó que con sendas zafas pasasen al foso* (Coloma); cada soldado con su zapa.

d) El *adjetivo indefinido* fija en forma vaga la aplicación de sustantivo, ya sea porque así lo desea quien

habla, ya sea porque no puede ser más explícito. Ejemplos: *hay en esta sala alguna persona, que yo me sé, a quien agrada la noticia; son varios interesados, más no quiero decir cuántos; ningún habitante de Buenos Aires, ni ebrio ni dormido, debe tener impresiones contra la libertad de su país* (Moreno); *desfilaron muchos soldados; ciertas personas deberían no hablar nunca; otros tiempos, otras costumbres; pocos emisarios volvieron; cualquier persona puede manejar esa clave*, etc.

Cuadro sinóptico de la clasificación de los adjetivos. — 150] La clasificación de los adjetivos, puede resumirse en el siguiente cuadro:

Por su estructura	}	Vocablos.	}	Simples.		
		Frases.		Compuestos.		
		Oraciones.				
Por su origen dentro del idioma	}	Primitivos.	}			
		Derivados.				
Por su significado	}	Calificativos.	}			
		Explicativos		Demostrativos.		
				Poseivos.		
		Determinativos		}	Numerales.	Cardinales.
						Ordinales.
						Partitivos.
						Proporcionales.
Distributivos.						
	Indeterminados o indefinidos.					

Accidentes gramaticales del adjetivo. — 151] El adjetivo tiene los mismos accidentes gramaticales que el sustantivo, es decir *género, número y declinación*.

Del género. — 152] Hay en castellano adjetivos que tienen una sola forma para todos los géneros, como, por ejemplo: *fuerte, viril, precoz*, etc.; y otros que tienen una forma para el masculino y el neutro, y otra para el femenino, como *blanco, blanca; santo, santa*, etc. Es decir, que hay *adjetivos de una terminación, y adjetivos de dos terminaciones*.

Del número. — 153] El adjetivo tiene los mismos números que el sustantivo, y forma el plural siguiendo sus mismas reglas.

De la declinación. — 154] El adjetivo está siempre en el mismo caso gramatical que el sustantivo al cual se refiere.

Apócope de algunos adjetivos. — 155] Se da a veces la *apócope*, es decir la pérdida de una o más letras finales, en las siguientes palabras, cuando hacen de adjetivos: *Bueno, malo, grande, santo; Uno, alguno, ninguno; Primero, tercero, postrero; Cualquiera; Mío, tuyo, suyo; Ciento*. Ejemplos: *mal hombre, gran palacio, San Francisco; algún árbol; primer semestre, postrer suspiro; cualquier camino; mi casa, su padre; cien metros*.

Grados de significación del adjetivo. — 156] Como el sustantivo, aunque por procedimientos no del todo iguales, tiene el adjetivo sus grados de significación *cuantitativos y afectivos*.

157] Mediante los *grados de significación cuantitativos*, que en las gramáticas se estudian bajo el nombre de *grados de significación del adjetivo*, manifestamos

el grado o fuerza de la cualidad expresada por aquél

158] Mediante los *grados de significación afectivos*, que en las gramáticas se estudian como *adjetivos aumentativos, diminutivos y despectivos*, expresamos no el grado de la cualidad a que se refiere el adjetivo, sino el concepto favorable o desfavorable que nos merece por su índole.

Grados de significación cuantitativos: positivos, comparativos y superlativos. — 159] Ya sabemos que los *grados de significación cuantitativos*, son los medios de que se vale el adjetivo para indicar la cantidad o fuerza de lo que significa; esos grados son tres: el *positivo*, el *comparativo* y el *superlativo*, y pasamos a considerarlos uno a uno.

Del positivo. — 160] Se dice que un adjetivo cualquiera está en *grado positivo*, cuando se le toma en su estado habitual y corriente, y sin establecer comparaciones. Ejemplos: *el día está hermoso; un fuerte huracán se desencadenó; el agua salada*, etc.

Del comparativo. — 161] El *comparativo*, como su nombre lo indica, sirve para establecer el grado de la cualidad expresada por el adjetivo, comparando el término de que se habla, con otro, conocido de la persona a quien nos dirigimos. Así, por ejemplo, para dar una idea de la altura del Aconcagua, a una persona que la ignora. Pero que, en cambio, conoce el Monte Blanco, le diremos: *el Aconcagua es más alto que el Monte Blanco*; y así en los demás casos.

162] Hay tres clases de *comparativos*: el de *igualdad*, el de *superioridad* y el de *inferioridad*, porque una cosa no puede ser sino *igual, mayor o menor* que otra.

Comparativo de igualdad. — 163] El *comparativo de igualdad* se emplea cuando se establece el grado de la cualidad expresada por el adjetivo, en un caso dado, afirmando que es igual al de otro conocido de quien nos escucha. Ejemplos: *París es tan importante como Londres; el Iguazú es tan maravilloso como el Niágara; Juan es alto tanto como Pedro.*

Este comparativo se forma mediante la palabra *tan*, antepuesta al positivo, y *como*, pospuesta; o *tanto como*, intercalado entre el positivo y el término de la comparación.

Comparativos de superioridad y de inferioridad. — 164] Mediante los *comparativos de superioridad y de inferioridad*, expresamos que la cualidad enunciada por el adjetivo en un caso dado, es más o menos notable, respectivamente, que en otro tomando por término de la comparación. Ejemplos: *el Plata es más caudaloso que el Sena; este libro es menos tuyo que mío.*

165] El *comparativo de superioridad o de inferioridad* se forma anteponiendo al positivo las palabras *más o menos*, respectivamente, y posponiéndole la conjunción *que*. Ejemplos: *esta casa es más alta que aquélla; este libro es menos voluminoso que esotro.*

166] Hay en castellano pocos *comparativos de superioridad o de inferioridad* que puedan formularse en una sola palabra; tales son: *mejor* (cuando es comparativo de superioridad de *bueno* y de inferioridad de *malo*); *peor* (cuando es comp. de sup. de *ma'o* y de inf. de *bueno*); *superior* (cuando es comp. de sup. de *alto* y de inf. de *bajo*); *inferior* (cuando es comp. de sup. de *bajo* y de inf. de *alto*); *mayor* (cuando es

com. de sup. de *grande* y de inf. de *pequeño*; *menor* (cuando es comp. de sup. de *pequeño* y de inf. de *grande*), y algún otro.

Del superlativo. — 167] El *superlativo* es la forma mediante la cual el adjetivo indica el mayor grado de la cualidad que expresa.

Puede ser de dos clases el superlativo: *absoluto* y *comparativo*.

Superlativo absoluto. — 168] El *superlativo absoluto* es la forma mediante la cual el adjetivo acrecienta su significado, en forma general y sin limitación alguna. Ejemplos: *ese cuadro es hermosísimo*; *esto resulta muy fácil*.

169] La manera más corriente de formar los superlativos absolutos, consiste en añadir a los positivos la terminación *ísimo-a*.

Esta terminación se une al positivo, siguiendo en todo las reglas expuestas para las aumentativas y diminutivas de los sustantivos.

170] Unos cuantos adjetivos, en vez de la citada terminación *ísimo*, adoptan la terminación *érrimo-a*; así tenemos los superlativos *acérrimo*, *aspérrimo*, *celebérrimo*, *integérrimo*, *libérrimo*, *misérrimo*, *paupérrimo*, *pulquérrimo*, *salubérrimo*, *ubérrimo*, y algunos más.

171] Otra manera de formar *superlativos absolutos*, y mediante la cual pueden suplirse todos los enumerados hasta aquí, y dotarse de ellos a todos los adjetivos no provistos de una forma especial para dicho grado, consiste en anteponer al positivo la palabra *muy*, u otras parecidas, como *extremadamente*, *grandemente*, *sumamente*, *en gran manera*, *en extremo*, *en grado sumo*, etc.

Superlativo relativo, partitivo o de régimen. — 172] Los superlativos hasta aquí enumerados no expresan el grado más alto de la cualidad indicada por los positivos correspondientes; por lo tanto, después de afirmar que un cuadro es *hermosísimo*, o *muy hermoso*, o un vino *óptimo* o *muy bueno*, nada se opone a que tengamos a otros cuadros o vinos por *más hermoso* o *mejores*, respectivamente.

En cambio, el superlativo de que ahora hablamos, expresa «el grado más alto de la cualidad respectiva, dentro de la clase que se designa». Así sucede por ejemplo cuando afirmamos que *Buenos Aires es la más importante ciudad de Sud América*; o que *Elio fué el último de los virreyes del Río de la Plata*. En estos ejemplos, *la más importante* y *el último*, son superlativos relativos.

Grados de significación afectivos: despectivos y estimativos. — 173] Mediante los *grados de significación afectivos* del adjetivo, expresamos el desagrado o el agrado que nos inspiran las cualidades de los seres y de las cosas. Así cuando le decimos a un amigo: *hace días que te veo tristón*, nos referimos al afecto con el cual nos condolemos de su estado; cuando exclamamos: *¡qué criatura tan lerdota!*, entendemos aludir a la impaciencia despertada en nosotros por ese defecto; cuando una madre dice: *mi hija está enfermita*, quiere significar lo íntimo del afecto que en ella provoca el estado de la criatura; si, en invierno, aludiendo al frío de afuera, decimos: *no le temo, pues saldré lo más abrigadito*, cualquiera puede observar que la terminación *ito*, se refiere a la fruición con que pensamos en el abrigo.

✓ 174] Ahora bien: el oficio de expresar el desagrado

o el agrado en cuestión, sólo pueden tomarlo a su cargo en castellano los *adjetivos despectivos, aumentativos y diminutivos*, y ese es su principal papel.

175] Por lo que se refiere a la *formación de los aumentativos, diminutivos y despectivos adjetivos*, rigen las mismas reglas expuestas para los sustantivos.

176] Es muy raro que los *diminutivos adjetivos* se refieran a la cantidad únicamente, como en el ejemplo: *la isla estaba unida a la costa, por una delgadita lengua de tierra*; con los *aumentativos y despectivos adjetivos*, esto no acontece nunca.

177] Es menos raro que los *aumentativos, diminutivos y despectivos adjetivos*, más bien expresen ideas a la vez de cantidad y despectivas o estimativas, como en los ejemplos siguientes: *es una criatura delicadita*; *¡qué hombre tan pesadote!*

178] Pero lo más corriente es que dichos *aumentativos y diminutivos*, y a veces los *despectivos*, aparezcan despojados de toda noción de cantidad o tamaño, y nos sirvan tan sólo para expresar los sentimientos señalados más arriba.

CAPÍTULO IV DEL ARTÍCULO

Concepto y definición. — 179] Definiremos el *artículo*, diciendo que es toda palabra destinada a evidenciar que el vocablo o complejo a los cuales se refiere, desempeñan la función de sustantivos.

Clasificación. — 180] El artículo puede ser *definido o indefinido*.

181] El artículo *definido* castellano, que también se llama *determinado*, tiene las siguientes formas: *el, la, lo; los, las*.

182] Es frecuente hallar estas mismas formas haciendo de pronombres; pero es relativamente fácil no equivocarse en este punto, si se tiene presente que cuando son artículos, siempre acompañan al sustantivo precediéndolo, mientras que cuando hacen de pronombres lo sustituyen, como bien sabemos. Así, las mencionadas palabras serán artículos en el siguiente ejemplo: *lo bello es buscado por el hombre y la mujer; y parecen no serle ajenos los animales y las plantas*. Serán en cambio pronombres en estos otros: *él en persona me lo dijo. Hablé con Petra y la (a Petra) convencí. Me encontré con Juan y lo (à Juan) saludé de tu parte. Salieron veinte naves del puerto y las (esas naves) apresaron a todas. Vinieron tus amigos y los (a tus amigos) recibí*. Es muy frecuente hallarse ambos oficios en un mismo ejemplo: *las (art.) patrullas dieron casa a los (art.) bandoleros y los (pron.) apresaron a todos*.

183] El artículo *indefinido*, *indeterminado* o *genérico* es *un*, para el masculino; *una*, para el femenino; *unos, unas*, en plural. El artículo indefinido no tiene neutro.

Observaciones relativas a la palabra *lo*. — 184] La palabra *lo*, ha sido y sigue siendo, por parte de los gramáticos, objeto de las más largas y estériles discusiones, en razón de no poderse poner aquéllos de acuerdo acerca de lo que dicha palabra *es*.

185] Fuera de que esta cuestión ha sido complicada por confundirse no pocas veces la palabra *lo* cuando es

neutro de *el*, con la misma palabra cuando es acusativo de *ello*, lo cierto es que no puede imaginarse una discusión peor encaminada y más propensa a quedar siempre abierta, desde que su fin sería el imposible gramatical de poderse decir: «tal palabra es tal parte de la oración, *en absoluto*.» Ya sabemos cuán absurdo es pretender semejante cosa; y ello, ni más ni menos, implica contestar a la pregunta escueta de «¿qué es la palabra *lo*?»

186] Para nosotros, esa cuestión no existe, ni puede existir: *lo*, será en cada caso lo que fluya del sentido de la cláusula. Así en: *oigo a Juan pero no lo veo*, será acusativo del pronombre *él*; en: *ello será, pero no lo creo*, acusativo del pronombre *ello*; en: *entiendo lo bello clásico, pero se me escapa lo bello romántico*, será simplemente la forma neutra del artículo *el*, pues su oficio es ahí decirnos que la palabra *bello* es sustantivo, como resulta de hallarse calificada, primero por el adjetivo *clásico*, y después por *romántico*.

Casos de contracción del artículo. — 187] Cuando los vocablos *a* o *de* preceden al artículo *el*, se unen ambas palabras con elisión de la *e*, y resultan así: *al* (contracción de *a el*) y *del* (contracción de *de el*). Ejemplos: *El hijo del rey* (por *de el rey*); ; *Ay de ti si al Carpio voy!* (por *a el Carpio*).

188] A pesar de lo expuesto en 187], si el artículo *el* forma parte de un nombre propio de cualquier clase, es corriente no hacer la contracción con *a* y *de*. Ejemplos: *Rodrigo Díaz de Vivar, es generalmente conocido con el sobrenombre de el Cid*; *Pocas comedias de Calderón aventajan a El Postrer Duelo de España*.

189] Cuando por cualquier circunstancia, viene a quedar repetida la contracción *del*, no faltan en autores modernos ejemplos de la combinación *de el del*, en lugar de *del del*, ingrata al oído; véanse algunos: *De este parecer no estoy tan seguro como de el del Consejo reunido* (Quintana, *Memoria sobre su proceso y prisión en 1814*); *Se replegaron no sin dificultad y pérdida al palacio. Los sublevados se apoderaron de el del duque de Ascoli* (Don Ángel de Saavedra, *Masaniello*, II, 1); *El patronímico, precedido del nombre de bautismo y seguido de el del solar, constituyó una denominación parecida al...* etc. (Don José Godoy y Alcántara, *Apellidos castellanos*, II.)

Casos de sustitución del artículo. — 190] En vez de *la*, se antepone la forma *el* a los vocablos femeninos que comienzan con *a* sola o precedida de *h*, con tal de ser sustantivos dichos vocablos y tónica su primera sílaba. Ejemplos: *el alba clareaba*; *el verdugo ya levantaba el hacha*; *el hambre no consiente dilaciones*. Pero no podrá decirse: *el alta* (sino *la alta*) *muralla*; *el hábil* (sino *la hábil*) *maestra*, por faltar la primera condición; así como tampoco: *el arena*, *el acémila*, *el avena*, sino *la arena*, *la acémila* y *la avena*, por faltar la segunda; ni, por fin: *el azarosa* (sino *la azarosa*) *eida*; *el armoniosa* (sino *la armoniosa*) *harpa*, por faltar ambas condiciones.

191] Sólo se exceptúan de la regla expuesta en 190] los nombres de mujeres y los de las letras *a* y *h*; así se dirá: *la Agueda*, *la Angela*; *la a*; *la hache*.

Observaciones relativas al uso del artículo. —

192] Con los nombres propios de mujeres, en singular, se omite el artículo; salvo en el lenguaje familiar,

en que es corriente anteponerlo: *la Petra, la Dolores*, etc.; o tratándose de personas conocidas: *la Pardo Bazán, la Patti*, etc.

193] En plural, tanto masculino como femenino, es corriente anteponer el artículo a los nombres propios y apellidos: *los Juanes abundan mucho, así como los Garcías*.

194] En italiano se pone el artículo antes de los apellidos conocidos, así antiguos como modernos y hasta contemporáneos; así, se dice: *il Tasso; l'Ariosto; il Bembo; il Leopardi; il Monti; il Carducci; il D'Annunzio*, etc.

Nosotros, adoptando en parte dicha costumbre, también anteponemos el artículo a los apellidos de italianos ilustres, pero no contemporáneos o recientes, sino únicamente *antiguos*; así decimos: *el Tasso, el Ariosto, el Bembo*; pero no: *el Leopardi, el Monti, el Carducci, el D'Annunzio*.

Tampoco debe decirse *el Dante*, porque *Dante* no es *apellido*.

195] Los nombres propios, cuando son títulos de obras, llevan el artículo: *el Moisés de Miguel Ángel; el Edipo de Sófocles; el Don Juan de Mozart*, etc.

196] Lo mismo se hace cuando se designa un libro por el nombre de su autor; ejemplos: *alcázame el Plutarco; terminé el Garcilaso que me prestaste*.

197] En dichos, proverbios, locuciones y frases hechas, suele omitirse el artículo; ejemplos: *dádivas quebrantan peñas; hombre pobre todo es trazas*.

198] Hay nombres de países, regiones y pueblos, que llevan artículo necesariamente; ejemplos: *el Epiro, la Tesalia, la Mancha, el Toboso, el Perú*.

Otros, en cambio, lo rechazan: *Sevilla, Madrid, Buenos Aires, Méjico, etc.*

Otros, por fin, aunque generalmente no llevan artículo, a veces lo admiten; ejemplos: *China y la China; Persia y la Persia; África y el África*. Es preciso en todos estos casos proceder con cautela, pues nada más fácil que incurrir en galicismos, como lo son, por ejemplo, según la Academia, los siguientes: *el clima de la Francia; el comercio de la España*.

199] «El empleo innecesario del artículo indeterminado *un, una*, es galicismo de que se abusa modernamente, como se ve en este ejemplo: *Puede muy bien cualquiera llegar a ser un gran hombre sin estar dotado de un talento ni de un ingenio superior, con tal que tenga valor, un juicio sano y una cabeza bien organizada*. En buen castellano sobran todos esos artículos indeterminados. Así dice fray Luis de Granada: *Hay amor de naturaleza, amor de gracia y amor de justicia: el amor de naturaleza (en la Santa Virgen) era el mayor que nunca fué ni será jamás.*» (Academia.)

CAPÍTULO V

DEL VERBO

Su importancia y definición. — 200] Desde cualquier punto de vista, el verbo es, para la Analogía, la función más importante de todas.

201] Con no ser difícil formarse un concepto general de lo que es el verbo, resulta, sin embargo, casi imposible dar de él una definición satisfactoria en todos sus aspectos.

Bastaría a probarlo el notable Capítulo X que en el tomo 1.º de su gran tratado sobre *Arquitectura de las Lenguas* dedica Benot al «Examen crítico de las teorías del verbo», y donde emplea cincuenta y dos páginas en criticar las principales definiciones conocidas, y diez y seis en fundar la suya.

202] En vista de las citadas dificultades, y de ser prácticamente suficiente el concepto usual del verbo, limitaremos nuestra definición a decir que *verbo es la palabra o entidad elocutiva más importante, dentro de lo que decimos del sujeto*. Así en: *Juan estudió anoche sin parar hasta las diez*, lo más importante de cuanto decimos de Juan, es que *estudió*: y es precisamente el verbo.

Verbo vocablo y frase. — 203] Hay *verbos vocablo* y *frase*; pero no hay *verbos oración*.

204] El *verbo vocablo* consta de una sola palabra: *yo camino*; *tú lees*; *no vuelvas tarde*; *ayer estuvo aquí tú hermano* y *dejó esta carta para que te la entregásemos cuando volviesses*.

205] Los *verbos frase* son compuestos destinados a precisar más exactamente lo significado por el verbo, o a suplir la falta de verbos para expresar ciertas relaciones.

Los *verbos frase* más usuales resultan de combinar con un *infinitivo*, *gerundio* ó *participio*, las diferentes formas personales de ciertos verbos. Ejemplos: *es preciso que podamos hablar libremente*; *para entonces ya habré podido hablar*; *volveré a copiar la carta*; *ellos volvieron a copiar el deber*; *ahora estoy trabajando*; *Juan sigue durmiendo y seguirá durmiendo toda la*

tarde; tengo concluído *el cuadro*; *mañana lo tendré concluído*; tengo concluído *para luego*; etc.

Clasificación de los verbos atendiendo a su significado. — 206] Atendiendo a su significado, los verbos pueden ser: *transitivos propiamente dichos, reflexivos, recíprocos, intransitivos, sustantivos, de estado, de equivalencia, pseudotransitivos, neutros*, y de varias otras clases más, que omitimos por no ser tan importantes como las enumeradas.

207] En el *verbo transitivo propiamente dicho*, la acción, *ejecutada siempre por el sujeto*, recae o puede recaer sobre alguien o algo *exterior* a dicho sujeto. Ejemplos: *Yo bebo agua*; *el tenor canta una romanza*; *el tenor canta (una romanza, una barcarola, una serenata, etc.)*.

208] En el *verbo reflexivo*, la acción parte del sujeto y vuelve al mismo, es decir hasta cierto punto se *refleja*, como un rayo de sol al incidir sobre una superficie pulida. Ejemplos: *Yo me peino a mí mismo*; *el perro se baña en la laguna*; *el niño se lavaba*.

209] El *verbo recíproco* expresa intercambio de una misma acción entre dos o más sujetos *que la ejecutan simultáneamente*. Ejemplos: *los niños se mojaban unos a otros*; *los amigos se elogiaban mutuamente*; *Juan y Pedro se tutean*.

210] Son *verbos intransitivos*, aquellos cuya acción *ejecutada siempre por el sujeto* de la oración, no recae ni puede recaer sobre alguien o algo; aunque sus *consecuencias* de todas clases si pueden hacerlo. Ejemplos: *el pájaro vuela*; *el buque navega*; *el caballo galopa*; *el obrero trabaja para sus hijos*.

Verbos *intransitivos* puede haberlos sin sujeto ex-

presado: *en ese país navegan desde niños; en tiempo de guerra vuelan también de noche.*

211] Es para nosotros *verbo sustantivo*, todo verbo que expresa *existencia puramente*, sin añadir nada acerca de los modos o atributos de dicha existencia.

En las gramáticas suele darse como único verbo sustantivo a *ser*; pero evidentemente tal exclusivismo no se justifica, desde el momento que otros verbos, como *existir* y *haber*, pueden asumir aquella función. Ejemplos: *Dios es; Dios existe; hay Dios. Los pocos sabios que en el mundo han sido; los pocos sabios que en mundo han existido; los pocos sabios que en el mundo ha habido.*

212] Llamamos *verbos de estado*, a todos aquellos mediante los cuales expresamos *cómo son o están*, o *cómo parecen ser o estar* las personas o cosas. Ejemplos: *ella es triste; ella está triste; ella anda triste; ella sigue triste; ella parece ser triste; ella parece estar triste.*

213] Llamamos *verbos de equivalencia*, a aquellos mediante los cuales expresamos *qué son o parecen ser* las personas o cosas. Ejemplos: *la circunferencia es una figura plana cuyos puntos equidistan del centro; los leones son animales; las líneas que se observan en Marte, parecen ser canales.*

214] Llamamos *verbos pseudotransitivos* a aquellos cuyo sentido recae sobre algo o alguien, como el de los transitivos, pero con la diferencia de *no ser el sujeto agente de la acción del verbo*. Ejemplos: *tengo mucho calor; guardo en el alma un eterno agradecimiento*, etc.

215] Los *verbos neutros* son completamente semejantes en lo exterior a los intransitivos. Sólo el *sen-*

tido los diferencia de ellos, en cuanto nos dice *no ser el sujeto de dichos verbos quien ejecuta la acción expresada*, cosa indispensable en los intransitivos, sino algo inerte. Ejemplos: *El reloj varía; la niña enfermó; el organismo muere; repugna su fealdad; sorprende su hermosura; importa callar.*

216] Habrá podido notarse que los verbos neutros son a los intransitivos, lo que los pseudotransitivos a los transitivos: toda la diferencia radica en ser o no ser agente el sujeto de lo expresado por el verbo.

217] Los verbos que, desde otro punto de vista que el de la presente clasificación, se llaman *impersonales absolutos*, es decir aquellos expresivos de fenómenos de la naturaleza, no son, en suma, sino verbos neutros sin sujeto; y debemos añadir que son los únicos de esa clase susceptibles de usarse sin sujeto expreso. Ejemplos: *llueve; truena; relampagueó; helará; ha nevado*, etc.

Voces del verbo. — 218] Las *voces del verbo* son los medios por los cuales se expresa la actuación del sujeto.

219] Cuando el sujeto es *agente* de la acción del verbo, es decir cuando *la ejecuta*; o cuando simplemente es *el lugar donde dicha acción se realiza*, sin la intervención directa de un agente exterior al sujeto, se dice que el verbo está en la *voz activa*. Ejemplos: *Dios es; Juan está cansado; el caballo es un cuadrúpedo; el gato come carne; yo me peino; nosotros nos interrogamos mutuamente; la hiena himpla; el niño tiene frío; el suelo tiembla.*

220] La *voz activa* no tiene más que una forma, y es la corriente del verbo.

221] Cuando, en cambio, el sujeto es *quien recibe la acción del verbo*, siempre que ésta reconozca un *agente*, expreso o tácito, *exterior al sujeto*, se dice que el verbo está en la *voz pasiva*. Ejemplos: *los recién llegados* (suj.) *fueron reconocidos por la policía*; *los recién llegados* (suj.) *fueron reconocidos*. *Se cosecha mucho trigo* (suj.) *por los colonos*; *se cosecha mucho trigo* (suj.).

222] Las maneras corrientes de formar la *voz pasiva* son dos: mediante la ayuda del verbo *ser*, como en *la plaza es frecuentada por mucho público*; *la plaza es muy frecuentada*; o con el pronombre reflexivo *se*, empleado de tal manera que venga a expresar precisamente que el sujeto recibe una acción ejecutada por un agente exterior a él, como en: *se lanzaron muchas proclamas por los partidos en lucha*; *se lanzaron muchas proclamas*.

Accidentes del verbo: conjugación. — 223] Los verbos, tanto en la voz activa como en la pasiva, tienen importantes *accidentes*, iguales para ambas voces; y la serie ordenada de dichos accidentes constituye el complejo mecanismo de la *conjugación*.

224] Los *accidentes del verbo* son: los *modos*, los *tiempos*, las *personas*, y el *número*.

Vamos a tratar de cada uno de ellos.

Modos del verbo. — 225] Los *modos* son las maneras generales de manifestar el verbo su significación.

226] Los *modos* son cuatro: uno impersonal, es decir no susceptible de conjugarse mediante pronombres, el *Infinitivo*; y tres personales, el *Indicativo*, el *Subjuntivo* y el *Imperativo*.

227] El modo *Infinitivo* expresa la idea del verbo

en forma general e indefinida y en toda su amplitud: *amar, leer, haber trabajado, haber de oír, etc.*

Dentro del Infinitivo es costumbre incluir el *Participio* y el *Gerundio*, formas verbales de que hablaremos más adelante.

228] *El modo *Indicativo* expresa la significación del verbo como real y efectiva; por lo general, de un modo absoluto e independiente, sea afirmativo, negativo, interrogativo, admirativo, etc.» (*Academia*). Ejemplos: *el sol declina; el tren llegó atrasado; el invierno se anuncia frío este año; el barco fué asaltado por los piratas; se venderá mucho trigo este año.*

229] El modo *Subjuntivo* expresa la significación del verbo no ya en la forma categórica del indicativo, sino eventual, insegura o posible. Ejemplos: *deseo que vengas; anhelaría que contestaras; espero que adelanten; mucho me duele que crean tal cosa; iría si pudiese; ¡quién supiera escribir!; será castigado el que faltare, etc.*

230] El modo *Imperativo* se emplea para mandar, ordenar, rogar, pedir, implorar, etc. Ejemplos: *sé bueno; estudia vuestra lección; ayudad a los menesterosos; olvida mis palabras, te lo pido por favor; ¡venid a mí sin perder tiempo!*

Tiempos del verbo. — 231] *Los tiempos del verbo* son formas destinadas a indicar el momento del hecho al cual se refiere.

Nomenclatura y significado de los tiempos según la Academia. — 232] Los tiempos en que un hecho puede llevarse a cabo, son fundamentalmente tres: el *presente*, el *pasado* y el *venidero*, llamados en

Gramática: *tiempo presente, tiempo pretérito perfecto y tiempo futuro imperfecto.*

233] Pero, aunque fundamentalmente los tiempos no puedan ser más que los tres citados, combinándolos unos con otros resultan nuevas clases, estudiadas en Gramática bajo los nombres de *pretérito imperfecto, pretérito pluscuamperfecto y futuro perfecto.*

234] El *Modo Infinitivo* admite los tres tiempos fundamentales. Tenemos pues:

a) Presente de Infinitivo: *amar, temer, partir.*

b) Pretérito de Infinitivo: *haber amado; haber temido, haber partido.*

c) Futuro de Infinitivo: *haber de amar; haber de temer; haber de partir.*

d) El *Gerundio* y el *Participio*, formas verbales incluidas en el Infinitivo, no envuelven ninguna indicación de tiempo.

235] De los cuatro modos verbales estudiados en 225]-230] sólo el *Indicativo* y el *Subjuntivo* tienen los seis tiempos mencionados en 232] y 233].

236] Vamos a considerar, pues, los tiempos de estos dos modos y su significado, siguiendo el orden de la conjugación.

a) El *Presente de Indicativo* denota lo que sucede en el momento actual, lo que existe o lo que es. Ejemplos: *Buenos Aires está sobre la margen derecha del Plata; Juan escribe; el ruiseñor canta.*

b) El *Pretérito imperfecto de Indicativo*, denota que aquello que el verbo expresa, era, sucedía o existía como presente, en un tiempo pasado. Ejemplos: *yo escribía cuando él llegó.*

c) El *Pretérito perfecto de Indicativo*, expresa ac-

ción pasada, sin más. Ejemplos: *Troya fué*; *ha llovido mucho este año*; *cuando hube terminado, me retiré*.

d) El *Préterito pluscuamperfecto* (es decir *más que perfecto*) de *Indicativo*, denota que en un tiempo ya transcurrido, se refería al pasado la significación del verbo. Ejemplos: *cuando él llegó ya habíamos terminado la lectura*; *en Agosto pasado ya había cumplido treinta y siete años*.

e) El *Futuro imperfecto de Indicativo*, expresa que se cumplirá el significado del verbo, en un momento por venir. Ejemplo: *mañana saldré para el campo*; *será lo que fuere*.

f) Y, por fin, el *Futuro perfecto de Indicativo*, anuncia que en un tiempo venidero, se referirá al pasado la significación del verbo. Ejemplos: *para entonces ya habré terminado*; *el año que viene habré dejado de formar parte de la comisión*.

237] El *Modo Subjuntivo* nos ofrece los mismos tiempos que el *Indicativo*, en el mismo orden y con las mismas denominaciones. Tenemos pues:

a) *Presente de Subjuntivo*: *Deseo que estés contento*; *temo que sea cierto*.

b) *Préterito imperfecto de Subjuntivo*: *Hicimos lo posible para que estudiara*; *no esperábamos que llegase*.

c) *Préterito perfecto de Subjuntivo*: *Es una suerte que hayas venido*.

d) *Préterito pluscuamperfecto de Subjuntivo*: *Yo hubiera hecho algo entonces, ahora no*; *el Consejo habría podido intervenir*.

e) *Futuro imperfecto de Subjuntivo*: *Será recompensado el que volviere primero*.

f) *Futuro perfecto de Subjuntivo*: *Será arrestado el que no hubiere concurrido a la citación del mes próximo pasado.*

238] Como puede verse, el significado de los tiempos del Subjuntivo, depende en sus matices, de los verbos expresos o tácitos a que siempre está supeditado aquel modo: es por lo tanto más difícil de fijar que el de los tiempos del Indicativo.

Con todo, puede admitirse en general la afirmación de la Academia, de que «la significación de los tiempos de subjuntivo es correlativa a la de los tiempos de indicativo que tienen iguales denominaciones», aunque en muchos casos particulares suelen pasar los hechos de otro modo.

239] El *Modo Imperativo*, no tiene más que un tiempo llamado *Presente* por la Academia, y *Futuro* por algunos gramáticos.

Formación de los tiempos según la Academia.—

240] Aunque los tiempos sean unos mismos en las dos voces del verbo y signifiquen idénticas relaciones, lo cierto es que su *formación* es muy diferente según se trate de la *voz activa* o de la *voz pasiva*.

Consideraremos, pues, dicha formación, en cada voz separadamente.

241] En la *voz activa*, los tiempos *simples*, es decir los constituidos por una sola palabra, se forman agregando a la *radical* del verbo, es decir, al Presente de Infinitivo privado de su última sílaba, terminaciones o *desinencias* especiales: de donde los tiempos simples también se llaman *desinenciales*. La serie completa de dichas desinencias puede verse en 255].

Los *tiempos compuestos de la voz activa*, es decir,

los constituidos por más de una palabra, no se forman, como los simples, mediante desinencias, sino, mediante tiempos del verbo *haber*, que por tal motivo es uno de los llamados *verbos auxiliares*.

Cuando exponamos la *conjugación de los verbos regulares en la voz activa*, tendremos oportunidad de indicar qué formas del auxiliar *haber* se requieren para formar cada tiempo compuesto.

242] Para la *formación de los tiempos en la voz pasiva*, es menester recordar las dos formas principales de dicha voz, expuestas en 222].

En la primera de ellas *todos los tiempos son compuestos*, y todos se construyen mediante el verbo *ser*, que por tal razón es otro de los llamados *auxiliares*, como puede verse en los siguientes ejemplos: *los recién llegados, son reconocidos por la policía; los recién llegados serán reconocidos por la policía*, etc.

En la otra forma entra el pronombre *se*, unido a tiempos de la voz activa, según se advierte en: *se cosecha mucho trigo por los colonos; se cosechaba mucho trigo por los colonos; se cosechó mucho trigo por los colonos; se había cosechado mucho trigo; se hubiera cosechado mucho trigo*, etc.

Al exponer la *conjugación de los verbos regulares en la voz pasiva*, tendremos oportunidad de indicar allí con todo detalle el mecanismo de la formación de los tiempos en dicha voz, en las dos formas principales mencionadas.

Nomenclatura de los tiempos según Bello. —

243] De todas las nomenclaturas propuestas para salvar las evidentes imperfecciones de la académica, la

más perfecta y difundida es sin duda la de D. Andrés Bello, que pasamos a exponer, cotejándola con aquélla para mayor claridad:

NOMENCLATURA
DE LA ACADEMIA

NOMENCLATURA
DE BELLO

Verbo **Cantar**

MODOS INDICATIVO

Tiempos simples

Presente

Canto, etc.

Pret. perf. 1.ª forma

Canté, etc.

Futuro imperfecto

Cantaré, etc.

Pretérito imperfecto

Cantaba, etc.

Presente

Canto, etc.

Pretérito

Canté, etc.

Futuro

Cantaré, etc.

Co-pretérito

Cantaba, etc.

MODOS SUBJUNTIVO

Pret. imp. 2.ª forma

Cantaria, etc.

MODOS INDICATIVO

Pos-pretérito

Cantaria, etc.

MODOS INDICATIVO

Tiempos compuestos

Pret. perf. 2.ª forma

He cantado, etc.

Pret. perf. 3.ª forma

Hube cantado, etc.

Futuro perfecto

Habré cantado, etc.

Pret. pluscuamperfecto

Había cantado, etc.

Ante presente

He cantado, etc.

Ante-pretérito

Hube cantado, etc.

Ante-futuro

Habré cantado, etc.

Ante-co-pretérito

Había cantado, etc.

MODOS SUBJUNTIVO

Pret. pluscuamp. 2.ª forma

Habría cantado, etc.

MODOS INDICATIVO

Ante-pos-pretérito

Habría cantado, etc.

MODO SUBJUNTIVO

MODO SUBJUNTIVO COMÚN

Tiempos simples

Presente	Presente
<i>Cante, etc.</i>	<i>Cante, etc.</i>
Pret. imp. 1.ª y 3.ª formas	Pretérito
<i>Cantara o-ase, etc.</i>	<i>Cantara o-ase, etc.</i>
Presente	Futuro
<i>Cante, etc.</i>	<i>Cante, etc.</i>
Pret. imp. 1.ª y 3.ª formas	Co-pretérito
<i>Cantara o-ase, etc.</i>	<i>Cantara o-ase, etc.</i>
Pret. inup. 1.ª y 3.ª formas	Pos-pretérito
<i>Cantara o-ase, etc.</i>	<i>Cantara o-ase, etc.</i>

Tiempos compuestos

Pretérito perfecto	Ante-presente
<i>Haya cantado, etc.</i>	<i>Haya cantado, etc.</i>
Pretérito perfecto	Ante-futuro
<i>Haya cantado, etc.</i>	<i>Haya cantado, etc.</i>
Pret. plusc. 1.ª y 3.ª formas	Ante-co-pretérito
<i>Hubiera o-se cantado, etc.</i>	<i>Hubiera o-se cantado, etc.</i>
Pret. plusc. 1.ª y 3.ª formas	Ante-pos-pretérito
<i>Hubiera o-se cantado, etc.</i>	<i>Hubiera o-se cantado, etc.</i>

MODO SUBJUNTIVO

MODO SUBJUNTIVO HIPOTÉTICO

Futuro	Presente y futuro
<i>Cantare etc.</i>	<i>Cantare, etc.</i>
Futuro perfecto	Ante-presente y Ante-futuro
<i>Hubiere cantado, etc.</i>	<i>Hubiere cantado, etc.</i>

INDICATIVO Y SUBJUNTIVO

(Formas del imperfecto y pluscuamperfecto.)

Co-pretérito y pos-pretérito
<i>Cantaba, cantara o-usc, etc.</i>
Ante-co-pretérito y ante-pos-pretérito
<i>Habla, hubiera o-se cantado, etc.</i>

MODO IMPERATIVO

Presente	Futuro
<i>Canta</i>	<i>Canta</i>
<i>Cante</i>	<i>(No reconoce)</i>
<i>Cantemos</i>	<i>id.</i>
<i>Cantad</i>	<i>Cantad</i>
<i>Canten</i>	<i>(No reconoce)</i>
	Ante futuro
<i>(No reconoce)</i>	<i>Habed cantado</i>

MODO INFINITIVO

DERIVADOS VERBALES

Presente	Infinitivo simple
<i>Cantar</i>	<i>Cantar</i>
Pretérito	Infinitivo compuesto
<i>Haber cantado</i>	<i>Haber cantado</i>
Futuro	
<i>Haber de cantar</i>	<i>(No reconoce)</i>
Gerundio	Gerundio simple
<i>Cantando</i>	<i>Cantando</i>
	Gerundio compuesto
<i>(No reconoce)</i>	<i>Habiendo cantado</i>
Participio	Participio
<i>Cantado</i>	<i>Cantado</i>

Del número. — 244] Es muy sabido que el verbo, en todas aquellas de sus formas que se conjugan con pronombres, y también en el Participio, puede indicar si se refiere a una persona o a un objeto solos, o a varios. Ejemplos: *yo canto, ellos cantan; tú llegas atrasado; vosotros llegáis atrasados, etc., etc.*

245] Este accidente es el *número* del verbo.

De las personas del verbo. — 246] En sus tiempos llamados por esa razón *personales*, tiene el verbo

formas peculiares para conjugar con los pronombres de primera, segunda y tercera persona, tanto en singular como en plural. Ejemplos: *yo canto, tú cantas, él canta, nosotros cantamos, vosotros cantáis, ellos cantan.*

247] Estas formas son las *personas* del verbo, y constituyen el cuarto de sus accidentes.

Clasificación de los verbos por su conjugación. —
248] Considerando los diversos aspectos de la conjugación, resultan otras tantas clasificaciones de los verbos.

Vamos a enumerar las que sirven de base a los puntos que aun falta exponer.

249] Atendiendo a la *terminación del infinitivo*, los verbos castellanos pueden distribuirse en tres conjugaciones: la *primera*, o sea la de los verbos terminados en *ar*, como *amar*; la *segunda*, la de los en *er*, como *temer*; y la *tercera*, la de los en *ir*, como *partir*.

250] Atendiendo a *su papel en la conjugación*, los verbos son *auxiliares* y *no auxiliares*.

Los primeros ayudan a la conjugación de los restantes, y son *haber* y *ser*; los *no auxiliares* son todos los demás, y los mismos *haber* y *ser* cuando se toman en sí.

251] Atendiendo a la *pronunciación de sus radicales y terminaciones*, los verbos son *regulares* e *irregulares*.

Los verbos que conservan invariable durante toda su conjugación, el *sonido* (no la ortografía) de su radical y el de las terminaciones ordinarias de la conjugación correspondiente, se llaman *regulares*.

Son, en cambio, *irregulares*, los que se conjugan alterando el *sonido*, ya sea de sus radicales, o de las terminaciones propias de la conjugación regular, o el de unas y otras.

252] Atendiendo a *si tienen o no todas las formas de*

la conjugación, llamaremos *completos* a los verbos en cuya conjugación no falte ningún modo, tiempo ni persona, tanto del singular como del plural; y *defectivos*, a los que no estén en ese caso.

253] Los verbos *defectivos* pueden ser: *defectivos propiamente dichos*, y *unipersonales*.

Los *defectivos propiamente dichos*, pueden serlo por carecer tan sólo de una forma, o, en cambio, por verse reducidos a unas pocas: todo ello sin uniformidad ni regla fija.

Los *unipersonales*, por el contrario, ven reducida sistemáticamente su conjugación, por causas que no son de este lugar, al infinitivo y a las terceras personas de todos los tiempos; y son en algunos casos dichas personas las del plural, las del singular en otros.

Conjugación de los verbos auxiliares. — 254] En nuestro concepto hay dos verbos auxiliares únicamente: *haber*, cuya cooperación es imprescindible, como hemos tenido oportunidad de comprobarlo, en la formación de *todos los tiempos compuestos de la voz activa* de cualquier verbo; y *ser*, que según lo hemos anunciado, entra en la formación de *todas las formas de la voz pasiva de los verbos susceptibles de tenerla*.

A. CONJUGACIÓN DEL VERBO **HABER** COMO AUXILIAR

En tal concepto, sólo consta de los tiempos siguientes:

MODO INFINITIVO

Presente **Haber**

Gerundio **Habiendo**

MODO INDICATIVO

Tiempo presente

NÚMERO SINGULAR		NÚMERO PLURAL	
1. ^a persona	he.	1. ^a persona	hemos o habemos
2. ^a persona	has.	2. ^a persona	habéis.
3. ^a persona	ha.	3. ^a persona	han.

Tiempo pretérito imperfecto

SINGULAR		PLURAL	
1. ^a persona	habia.	1. ^a persona	habíamos.
2. ^a persona	habias.	2. ^a persona	habían.
3. ^a persona	había.	3. ^a persona	habíais.

Tiempo pretérito perfecto

SINGULAR		PLURAL	
1. ^a persona	hube.	1. ^a persona	hubimos.
2. ^a persona	hubiste.	2. ^a persona	hubisteis.
3. ^a persona	hubo.	3. ^a persona	hubieron.

Tiempo futuro imperfecto

SINGULAR		PLURAL	
1. ^a persona	habré.	1. ^a persona	habremos.
2. ^a persona	habrás.	2. ^a persona	habréis.
3. ^a persona	habrá.	3. ^a persona	habrán.

MODO SUBJUNTIVO

Tiempo presente

SINGULAR		PLURAL	
1. ^a persona	haya.	1. ^a persona	hayamos.
2. ^a persona	hayas.	2. ^a persona	hayáis.
3. ^a persona	haya.	3. ^a persona	hayan.

Tiempo pretérito imperfecto

SINGULAR

1. ^a persona	hubiera,	habría,	hubiesc.
2. ^a persona	hubieras,	habrias,	hubieses.
3. ^a persona	hubiera,	habria,	hubiese.

PLURAL

1.ª persona	hubiéramos,	habríamos,	hubiésemos.
2.ª persona	hubierais,	habríais,	hubieseis.
3.ª persona	hubieran,	habrían,	hubiesen.

Tiempo futuro imperfecto

SINGULAR	PLURAL		
1.ª persona	hubiere.	1.ª persona	hubiéremos.
2.ª persona	hubieres.	2.ª persona	hubiereis.
3.ª persona	hubiere.	3.ª persona	hubieren.

B. CONJUGACIÓN DEL VERBO AUXILIAR **SER**

MODO INFINITIVO

<i>Présente</i>	Ser
<i>Pretérito</i>	Haber sido.
<i>Futuro</i>	Haber de ser.
<i>Gerundio</i>	Siendo.
<i>Participio</i>	(sería <i>ente</i> : no existe como tal).

MODO INDICATIVO

Tiempo presente

SINGULAR	PLURAL
soy.	somos.
eres.	sois.
es.	son

Pretérito imperfecto

era.	éramos.
eras.	erais,
era.	eran.

Pretérito perfecto

fui,	he sido,	hube sido.
fuieste,	has sido,	hubiste sido.
fué,	ha sido,	hubo sido.
fuimos,	hemos sido,	hubimos sido.
fuisteis,	habéis sido,	hubisteis sido.
fueron,	han sido,	hubieron sido.

Pretérito pluscuamperfecto

había sido.	habíamos sido.
habíais sido.	habíais sido.
habían sido.	habían sido.

Futuro imperfecto

seré.	seremos.
serás.	seréis.
será.	serán.

Futuro perfecto

habré sido.	habremos sido.
habrás sido.	habréis sido.
habrá sido.	habrán sido.

MODO SUBJUNTIVO

Presente

sea.	seamos.
seáis.	seáis.
sean.	sean.

Pretérito imperfecto

fuera,	seria,	fuese.
fueras,	serías,	fueses.
fuera,	seria,	fuese.
fuéramos,	seríamos,	fuésemos.
fueraís,	seríais,	fueseis.
hubieran,	serían,	fuesen.

Pretérito perfecto

haya sido.	hayamos sido.
hayáis sido.	hayáis sido.
hayan sido.	hayan sido.

Pretérito pluscuamperfecto

hubiera sido,	habría sido,	hubiese sido.
hubieras sido,	habrías sido,	hubieses sido.
hubiera sido,	habría sido,	hubiese sido.
hubiéramos sido,	habríamos sido,	hubiésemos sido.
hubieraís sido,	habríais sido,	hubieseis sido.
hubieran sido,	habrían sido,	hubiesen sido.

Futuro imperfecto

fuere.		fuéremos.
fueres.		fuereis.
fuere.		fueren.

Futuro perfecto

hubiere sido.		hubiéremos sido.
hubieres sido.		hubiereis sido.
hubiere sido.		hubieren sido.

MODO IMPERATIVO

Sé.		Seamos.
Sea.		Sead.
		Sean.

255] **Conjugación de los verbos regulares en la voz activa**

A. EJEMPLO DE LA PRIMERA CONJUGACIÓN

AMAR

MODO INFINITIVO

<i>Presente</i>	Am-ar.
<i>Prétérito</i>	Haber am-ado.
<i>Futuro</i>	Haber de am-ar.
<i>Gerundio</i>	Am-ando.
<i>Participio</i>	(Amante).

MODO INDICATIVO

Tiempo presente

SINGULAR		PLURAL
am-o.		am-amos.
am-as.		am-áis.
am-a.		am-an.

Prétérito imperfecto

am-aba.		am-ábamos.
am-abas.		am-abais.
am-aba.		am-aban.

Preterito perfecto

am-é,	he am-ado,	hube am-ado.
am-aste,	has am-ado,	hubiste am-ado.
am-ó,	ha am-ado,	hubo am-ado.
am-amos,	hemos am-ado,	hubimos am-ado.
am-asteis,	habéis am-ado,	hubisteis am-ado.
am-aron,	han am-ado,	hubieron am-ado.

Preterito pluscuamperfecto

habia am-ado.	habíamos am-ado.
habías am-ado.	habíais am-ado.
había am-ado.	habían am-ado.

Futuro imperfecto

am-aré.	am-aremos.
am-arás.	am-aréis.
am-ará.	am-arán.

Futuro perfecto

habré am-ado.	habrémos am-ado.
habrás am-ado.	habréis am-ado.
habrá am-ado.	habrán am-ado.

MODO SUBJUNTIVO

Presente

am-e.	am-emos.
am-es.	am-éis.
am-e.	am-en.

Preterito imperfecto

am-ara,	am-aria,	am-ase.
am-aras,	am-arias,	am-ases.
am-ara,	am-aria,	am-ase.
am-áramos,	am-áramos,	am-ásemos.
am-arais,	am-aríais,	am-aseis.
am-aran,	am-arian,	am-asen.

Preterito perfecto

haya am-ado.	hayamos am-ado.
hayas am-ado.	hayáis am-ado.
haya am-ado.	hayan am-ado.

Preterito pluscuamperfecto

hubiera am. ado.	habría am. ado.	hubiese am. ado.
hubieras am. ado.	habrías am. ado.	hubieses am. ado.
hubiera am. ado.	habría am. ado.	hubiese am. ado.
hubiéramos am. ado.	habríamos am. ado.	hubiésemos am. ado.
hubierais am. ado.	habrías am. ado.	hubieseis am. ado.
hubieran am. ado.	habrían am. ado.	hubiesen am. ado.

Futuro imperfecto

am. are.	am. aremos.
am. eres.	am. ereis.
am. are.	am. aren.

Futuro perfecto

hubiere am. ado.	}	hubiéremos am. ado.
hubieres am. ado.		hubiereis am. ado.
hubiere am. ado.		hubieren am. ado.

MODO IMPERATIVO

Presente

	Am. ene.
Am. a.	Am. ad.
Am. e.	Am. en.

B. EJEMPLO DE LA SEGUNDA CONJUGACION

TEMER

MODO INFINITIVO

<i>Presente</i>	Tem. er.
<i>Preterito</i>	Haber tem. ido.
<i>Futuro</i>	Haber de tem. er.
<i>Gerundio</i>	Tem. iendo.
<i>Participio</i>	(seria temiente: no existe.)

MODO INDICATIVO

Tiempo presente

SINGULAR	GENERAL
tem. o.	tem. en.
tem. e.	tem. eís
tem. es.	tem. en.

Preterito imperfecto

tem-ia.		tem-íamos.
tem-ias.		tem-íais.
tem-ia.		tem-ían.

Preterito perfecto

tem-i,	he tem-ido,	hube tem-ido.
tem-iste,	has tem-ido,	hubiste tem-ido.
tem-tó,	ha tem-ido,	hubo tem-ido.
tem-imos,	hemos tem-ido,	hubimos tem-ido.
tem-isteis,	habéis tem-ido,	hubisteis tem-ido.
tem-ieron.	han tem-ido,	hubieron tem-ido.

Preterito pluscuamperfecto

había tem-ido.		habíamos tem-ido.
habías tem-ido.		habíais tem-ido.
habían tem-ido.		habían tem-ido.

Futuro imperfecto

tem-eré.		tem-eremos.
tem-erás.		tem-eréis.
tem-erá.		tem-erán.

Futuro perfecto

habré tem-ido.		habremos tem-ido.
habrás tem-ido.		habréis tem-ido.
habrá tem-ido.		habrán tem-ido.

MODO SUBJUNTIVO

Presente

tem-a.		tem-amos.
tem-as.		tem-áis.
tem-a.		tem-an.

Preterito imperfecto

tem-iera.	tem-ería.	tem-iese.
tem-ieras,	tem-erías,	tem-ieses.
tem-iera,	tem-eria,	tem-iese.
tem-iéramos,	tem-eríamos,	tem-iésemos.
tem-ierais,	tem-eríais,	tem-ieseis.
tem-ieran,	tem-erían,	tem-iesen.

Preterito perfecto

haya tem-ido.		hayamos t. m-ido.
hayas tem-ido.		hayáis tem-ido.
haya tem-ido.		hayan tem-ido.

Preterito pluscuamperfecto

hubiera tem-ido.	habría tem-ido.	hubiese tem-ido.
hubieras tem-ido.	habrías tem-ido.	hubieses tem-ido.
hubiera tem-ido.	habría tem-ido.	hubiese tem-ido.
hubiéramos tem-ido.	habríamos tem-ido.	hubiésemos tem-ido.
hubierais tem-ido.	habríais tem-ido.	hubieseis tem-ido.
hubieran tem-ido.	habrían tem-ido.	hubiesen tem-ido.

Futura imperfecto

tem-iere.	tem-ieremos.
tem-ieres.	tem-iereis.
tem-iere.	tem-ieren.

Futura perfecto

hubiere tem-ido.	hubiéremos tem-ido.
hubieres tem-ido.	hubiereis tem-ido.
hubiere tem-ido.	hubieren tem-ido.

MODO IMPERATIVO

Presente

	Tem-am-os.
Tem-e.	Tem-ed.
Tem-a.	Tem-an.

C. EJEMPLO DE LA TERCERA CONJUGACIÓN

PARTIR

MODO INFINITIVO

<i>Presente</i>	Part-ir.
<i>Preterito</i>	Haber part-ido.
<i>Futuro</i>	Haber de part-ir.
<i>Gerundio</i>	Part-iendo.
<i>Participio</i>	(sería <i>partiente</i> ; no existe.)

MODO INDICATIVO

Tiempo presente

SINGULAR	PLURAL
part-o.	part-imos.
part-es.	part-is.
part-e.	part-en.

Pretérito imperfecto

part-ía.	part-íamos.
part-ías.	part-íais.
part-ía.	part-ían.

Pretérito perfecto

part-í,	he part-ido,	hube part-ido.
part-iste,	has part-ido,	hubiste part-ido.
part-ió,	ha part-ido,	hubo part-ido.
part-imos,	hemos part-ido,	hubimos part-ido.
part-isteis,	habéis part-ido,	hubisteis part-ido.
part-ieron.	han part-ido,	hubieron part-ido.

Pretérito pluscuamperfecto

había part-ido.	habíamos part-ido.
habías part-ido.	habíais part-ido.
había part-ido.	habían part-ido.

Futuro imperfecto

part-iré.	part-iremos.
part-irás.	part-iréis.
part-irá.	part-irán.

Futuro perfecto

habré part-ido.	habremos part-ido.
habrás part-ido.	habréis part-ido.
habrá part-ido.	habrán part-ido.

MODO SUBJUNTIVO

Presente

part-a.	part-amos.
part-as.	part-áis.
part-a.	part-an.

Pretérito imperfecto

part-iera.	part-iría,	part-iese.
part-ieras,	part-irías,	part-ieses.
part-iera.	part-iría,	part-iese.
part-iéramos.	part-iríamos,	part-iésemos.
part-ierais,	part-iriais,	part-ieseis.
part-ieran.	part-irían,	part-iesen.

Pretérito perfecto

haya part-ido.	hayamos part-ido.
hayas part-ido.	hayáis part-ido.
haya part-ido.	hayan part-ido.

Pretérito pluscuamperfecto

hubiera part-ido,	habría part-ido,	hubiese part-ido.
hubieras part-ido,	habrías part-ido,	hubieses part-ido.
hubiera part-ido.	habría part-ido,	hubiese part-ido.
hubiéramos part-ido,	habríamos part-ido,	hubiésemos part-ido.
hubierais part-ido,	habríaís part-ido,	hubieseís part-ido.
hubieran part-ido.	habrían part-ido,	hubiesen part-ido.

Futuro imperfecto

part-iere.	part-iéremos.
part-ieres.	part-iereís.
part-iere.	part-ieren.

Futuro perfecto

hubiere part-ido.	hubiéremos part-ido.
hubieres part-ido.	hubiereís part-ido.
hubiere part-ido.	hubieren part-ido.

MODO IMPERATIVO

Presente

Part-e.	Part-amos.
Part-a.	Part-id.
	Part-an.

Conjugación de la voz pasiva. — 256] Explicados a su debido tiempo en 222], el sentido de la voz pa-

siva de los verbos, y las dos maneras principales de formarla, réstanos tan sólo ampliar dichas nociones: lo haremos con algún detalle.

A. De la pasiva con el verbo *ser*.—257] Una oración completa de *pasiva con el verbo ser*, se compone de «sujeto nominativo, que es paciente y no agente; del verbo *ser* concertando con el sujeto; de un participio pasivo» (es decir en *ado* para los verbos de la 1.ª conjugación, y en *ido* para los de la 2.ª y 3.ª) «y de un complemento regido por las preposiciones *de* o *por*, que es el verdadero agente» (*Academia*.) Ejemplo: *yo soy consultado por mis amigos*.

Vamos a indicar como modelo de esta pasiva, la del verbo *consultar*, modelo al cual todos los demás se ajustan; y para que pueda recordarse con facilidad, haremos notar lo siguiente: *para conjugar un verbo en la presente forma de la voz pasiva, no hay más que conjugar el verbo ser en su voz activa, añadiéndole uniformemente en todos los tiempos y personas el participio pasivo del verbo que se conjuga*. También advertimos que, para mayor brevedad, daremos tan sólo la primera persona de singular de cada tiempo.

Conjugación pasiva con ser, del verbo CONSULTAR

MODO INFINITIVO

<i>Presente</i>	Ser consultado.
<i>Pretérito</i>	Haber sido consultado.
<i>Futuro</i>	Haber de ser consultado.
<i>Gerundio</i>	Siendo consultado.
<i>Participio</i>	Consultado.

MODO INDICATIVO

Tiempo presente

✓ Soy consultado.

Pretérito imperfecto

Era consultado.

Pretérito perfecto

Fui, he sido o hube sido consultado.

Pretérito pluscuamperfecto

Había sido consultado.

Futuro imperfecto

Seré consultado.

Futuro perfecto

Habré sido consultado.

MODO SUBJUNTIVO

Presente.

Sea consultado.

Pretérito imperfecto

Fuera, sería, fuese consultado.

Pretérito perfecto

Haya sido consultado.

Pretérito pluscuamperfecto

Hubiera sido, habría sido, hubiese sido consultado.

Futuro imperfecto

Fuere consultado.

Futuro perfecto

Hubiere sido consultado.

MODO IMPERATIVO

Sé tú consultado.

Sea él consultado.

Seamos nosotros consultados.

Seáis vosotros consultados.

Sean ellos consultados.

B. De la pasiva con *se*.—258] Una oración completa de pasiva con *se*, consta de «sujeto, del pronombre *se*, de verbo activo y de complemento regido de la preposición *por*.» Ejemplos: «*las paces se firmaron por los plenipotenciarios; la felicidad se desea por todos.*» (*Academia*).

Por el hecho de intervenir necesariamente en esta forma de la voz pasiva el pronombre *se*, resulta que en los tiempos personales sólo tiene la tercera persona de singular o de plural, según los casos, como puede verse en los ejemplos citados.

Por lo demás, esta forma no es menos fácil de retener que la anterior, pues sólo consiste en *conjugarse el verbo que sea necesario, en la voz activa y como si fuese unipersonal*, y anteponiéndole el pronombre *se*, salvo en el Imperativo y formas del Infinitivo, en que se pone.

Como ejemplo, daremos la

Conjugación del verbo FIRMAR en la voz pasiva con se.

MODO INFINITIVO

<i>Presente</i>	Firmarse.
<i>Pretérito</i>	Haberse firmado.
<i>Futuro</i>	Haberse de firmar
<i>Gerundio</i>	Firmándose.
<i>Participio</i>	Firmándose.

MODO INDICATIVO

Tiempo presente

Se firma o se firman.

Pretérito imperfecto

Se firmaba o se firmaban.

Pretérito perfecto

Se firmó, ha firmado, hubo firmado o se firmaron, han firmado, hubieron firmado.

Pretérito pluscuamperfecto

Se había firmado o se habían firmado.

Futuro imperfecto

Se firmará o se firmarán.

Futuro perfecto

Se habrá firmado o se habrán firmado.

MODO SUBJUNTIVO

Presente.

Se firme o se firmen.

Pretérito imperfecto

Se firmara, firmaría, firmase o se firmaran, firmarían, firmarían.

Pretérito perfecto

Se haya firmado o se hayan firmado.

Pretérito pluscuamperfecto

Se hubiera, habría, hubiese firmado o se hubieran, habrían, hubiesen firmado.

Futuro imperfecto

Se firmare o se firmaren.

Futuro perfecto

Se hubiere firmado o se hubieren firmado.

MODO IMPERATIVO

Firmese o firmense.

Conjugación de los verbos irregulares.—259] Los verbos irregulares se dividen, para su estudio, en dos grandes conjuntos: los verbos irregulares de *irregularidad común*, es decir aquellos que pueden reunirse en

clases más o menos numerosas, por ofrecer unas mismas irregularidades; y los de *irregularidad propia*, o sea no compartida por otro verbo.

Vamos a considerar cada conjunto separadamente.

Verbos de irregularidad común.—260] Con los verbos de *irregularidad común*, creemos oportuno formar las siete clases siguientes, caracterizadas cada una de ellas por un mismo género de irregularidad; advirtiendo que en los ejemplos respectivos no incluiremos sino las personas que presenten alguna irregularidad.

I

261] Los verbos de esta clase mudan **e** en **ie**, **i** en **ie**, o en **ue** y **u** en **ue**, en todas aquellas personas de su conjugación en que el acento recae sobre dichas vocales **e**, **i**, **o**, **u**.

Vamos a considerar cada uno de estos grupos aisladamente.

a. cambian e en ie.—262] A este grupo pertenecen muchos verbos de la primera y segunda conjugación, en cuya penúltima sílaba entre la **e** y los de la tercera *concernir* (que es además *defectivo*) y *discernir*. Ejemplos:

ACERTAR

Pres. de indic.: Acierto, aciertas, acierta, aciertan.

Pres. de Subj.: Acierte, aciertes, acierte, acierten.

Imperativo: Acierta, acierte, acierten.

Cambian i en ie.—263] A este grupo pertenecen los terminados en *ir*. Ejemplos:

Pres. de indic.: Adquiero, adquieres, adquiere, adquieren.

Pres. de Subjuntivo: Adquiera, adquieras, adquiera, adquieran.

Imperativo: Adquiere, adquiera, adquieran.

Cambian o en eu. 201] Muchos verbos de la primera y segunda conjugación con **o** en la penúltima sílaba, la cambian en **ue**. Ejemplos:

CONTAR

Pres. de Ind.: Cuento, cuentas, cuenta, cuentan.

Pres. de Subj.: Cuento, cuentes, en me, cuenten.

Imperativo: Cuenta, cuenta, cuenten.

Cambian u en ue. 205] En este grupo no hay más que el verbo **jugar**. Sus tiempos irregulares son:

Pres. de Ind.: Juego, juegas, juega, juegan.

Pres. de Subj.: Juegue, juegues, juegue, jueguen.

Imperativo: Juega, juegue, jueguen.

II

266] Los verbos de esta clase que son **servir** y todos los terminado en **cbir**, **edir**, **egir**, **eguir**, **emir**, **enchir**, **endir**, **estir**, y **ctir**, mudan la **e** de la penúltima sílaba en **i**, en todas aquellas personas en que después de dicha letra no aparece ninguna **i** tónica, salvo en el futuro imperfecto de Indicativo. Ejemplo:

PEDIR

Gerundio: Pidiendo.

Pres. de Ind.: Pido, pides, pide, piden.

Pres. perf. ind.: Pídele, pídanle.

Pres. de Subj.: Pida, etc., (e de el tiempo.)

Pres. imp. / al.: Pídele, pídanle, etc. (Toda el tiempo.)

Fut. imp. / al.: Pidiera, etc. (Toda el tiempo.)

Imperativo: Pide, pídele, pídanle, pídan.

III

267] En esta clase hay dos grupos de verbos: los que mudan en ciertos casos la penúltima **e** en **ie** y otras veces en **i**; y los que en las mismas con-

diciones mudan la penúltima o a veces en ue y a veces en u.

Cambian la e en ie o en i.—268] Este grupo, al cual pertenecen los verbos hervir y rehervir y todos los terminados en entir, erir y ertir, no es más que una mezcla del primer grupo de las clases I y II: de manera que mudan la penúltima e en ie, de acuerdo con lo dicho más arriba en 262] y la misma penúltima e en i, siguiendo la norma expuesta en 266]. Ejemplo:

SENTIR

Gerundio: Sintiendo.

Pres. de Indic.: Siento, sientes, siente, sienten.

Pret. perf. de id.: Sintió, sintieron.

Pres. de Subj.: Sienta, etc. (Todo el tiempo.)

Pret. imp. de id.: Sintiera y sintiese, etc. (Todo el tiempo.)

Fut. imperf. de id.: Sintiere, etc. (Todo el tiempo.)

Imperativo: Siente, sienta, sintamos, sientan.

Cambian la o en ue o en u.—269] Pertenecen a este grupo únicamente los verbos dormir y morir y sus compuestos.

Estos verbos mudan la o penúltima en ue, en los casos indicados más arriba en 264], y en u en todas aquellas personas en que después de dicha letra no hay ninguna i tónica, salvo el futuro imperfecto de Indicativo. Ejemplo:

DORMIR

Gerundio: Durmiendo.

Pres. de Indic.: Duermo, duermes, duerme, duermen.

Pret. perf. de id.: Dormí, dormiste, durmieron.

Pres. de Subj.: Durma, etc. Durmáis, durmáis.

Pret. imp. de id.: Durmiera y durmiese, etc. (Todo el tiempo.)



Fut. imp. de id.: Durmiere, etc. (Todo el tiempo.)
Imperativos Duerme, duerma, durmamos, duerman.

IV

270] «Todos los terminados en añer, añir, iñir y uñir, y en eller y ullir.

Su única irregularidad consiste en no tomar la *i* que en algunas de sus desinencias tienen los verbos regulares de la segunda y tercera conjugación; v. gr.: *tañó, mulló, tañera, mullera*, en vez de *tañió, muñió, tañiera, mulliera*; lo cual se origina de no prestarse en nuestra lengua la *ll* ni la *ñ* a preceder a los diptongos *io, ie*, formando sílaba con ellos. (*Academia.*) Ejemplos:

TANER

Gerundio: Tañendo.

Pret. imp. de Subj.: Tañera y tañese, etc. (Todo el tiempo.)

Futura imp. de id.: Tañere, etc. (Todo el tiempo.)

MULLIR

Gerundio: Mullendo.

Pret. imp. de Subj.: Mullera y mullese, etc. (Todo el tiempo.)

Fut. imp. de id.: Mullere, etc. (Todo el tiempo.)

V

271] Esta clase ofrece sumadas en sus verbos, las irregularidades que hemos consignado en II y en IV.

272] Pertenecen a esta clase todos los verbos terminado en eir y eñir.

273] Estos verbos mudan en varios tiempos y

personas le e de la penúltima sílaba en i, como los verbos de la clase II; y además ofrecen la irregularidad de la clase IV, que consiste en no tomar en algunas de sus desinencias la i de las regulares. Ejemplos:

REIR

Gerundio: Riendo.

Pres. de ind.: Río, ríes, rie, ríen.

Pret. perf. de id.: Rió, rieron,

Pres. de Subj.: Ria, etc. (Todo el tiempo.)

Pret. imp. de id.: Riera y ríese, etc. (Todo el tiempo.)

Fut. imp. de id.: Riere, etc. (Todo el tiempo.)

Imperativo: Ríe, ríe, ríamos, ríen.

VI

274] A esta clase pertenecen los verbos que en algunos tiempos y personas, toman las letras z; g y d; o y. De ahí tres grupos de verbos que vamos a considerar.

Toman z.—275] Pertenecen a este grupo todos los verbos terminados en *acer*, *ecer*, *ocer*, y *ucir*, menos *mecer* y sus derivados que son regulares, y *hacer* y sus compuesto, como también *cocer* y los suyos, que tienen otros géneros de irregularidad.

276] Los verbos *placer* y *yacer*, así como también los terminados en *ducir*, además de la irregularidad común a este grupo, tienen otras de que hablaremos oportunamente.

277] Los verbos comprendidos en el presente grupo, toman una z antes de la última c radical, en todos los tiempos y personas en que, después de dicha c, aparecen las vocales a, o. Ejemplos:

NACER

Pres. de Ind.: Nazco.

Pres. de Subj.: Nazca, etc. (Todo el tiempo.)

Imperativo: Nazca, nazcamos, nazcan.

Toman g y d.—278] Pertenecen a este grupo, los verbos **valer** y **salir** y sus compuestos.

279] Estos verbos toman una **g**, después de la **l** radical, ante las terminaciones que empiezan con **a**, **o**; toman una **d** en el mismo sitio, en vez de la **e** y la **i** de las terminaciones regulares **eré**, **iré**; **ería**, **iría**; y, además, en la segunda persona de singular del Imperativo pierden la desinencia **e**. Ejemplo:

SALIR

Pres. de Ind.: Salgo.

Ent. imp. de id.: Saldré, etc. (Todo el tiempo.)

Pres. de Subj.: Salga, etc. (Todo el tiempo.)

Preter. imp. de id.: Saldría, etc. (Todo el tiempo.)

Imperativo: Sal, salga, salgamos, salgan.

Toman y.—280] A este grupo pertenecen todos los verbos terminados en **uir**, menos **inmiscuir**, que es regular.

281] Estos verbos toman una **y** después de la **u** radical, ante las terminaciones que comienzan con las vocales **a**, **e**, **o**. Ejemplo:

HUIR

Pres. de Ind.: Huyo, huyes, huye, huyen.

Pres. de Subj.: Huya, etc. (Todo el tiempo.)

Imperativo: Huye, huya, huyamos, huyan.

VII

282] A esta clase pertenecen todos los verbos terminados en **ducir**.

283] Tienen todos la misma irregularidad que

los verbos del primer grupo de la clase anterior, y además estas otras: mudan en algunas personas la *c* radical en *j*; en otras experimentan el mismo cambio y dejan de tomar la primera letra de las terminaciones regulares; y, por fin, en la primera y tercera persona de singular del pretérito perfecto de indicativo tienen las terminaciones *e*, o átonas, en vez de las regulares *í*, *ió* tónicas. Ejemplos:

CONducIR

Pres. de Ind.: Conduzco.

Pret. perf. de id.: Conduje, etc. (Todo el tiempo.)

Pres. de Subj.: Conduzca, etc. (Todo el tiempo.)

Pret. imp. de id.: Condujera y condujese, etc. (Todo el tiempo.)

Futuro imp. de id.: Condujere, etc. (Todo el tiempo.)

Imperativo: Conduzca, conduzcamos, conduzcan.

Verbos de irregularidad propia

(Formas irregulares solamente)

ANDAR

Pretérito perfecto de Indicativo: Anduve, anduviste, anduvo, anduvimos, anduvisteis, anduvieron.

Pretérito perfecto de Subjuntivo: Anduviera, y anduviese, anduvieras y anduvieses, etc.

Futuro imperfecto: Anduviere, anduvieres, anduviere, etc.

ASIR

Presente de Indicativo: Asgo.

Presente de Subjuntivo: Asga, asgas, asga, asgamos, asgáis, asgan.

CABER

Presente de Indicativo: Quepo.

Pretérito perfecto: Cupe, cupiste, cupo, cupimos, cupisteis, cupieron.

Futuro imperfecto: Cabré, cabrás, cabrá, cabremos, cabréis, cabrán.

Presente de Subjuntivo: Quepa, quepas, quepa, quepamos, quepáis, quepan.

Pretérito imperfecto: Cupiere, cabria y cupiese, etc.

Futuro imperfecto: Cupiere, cupieres, cupiere, etc.

Imperativo: Quepamos.

CAER

Presente de Indicativo: Caigo.

Presente de Subjuntivo: Caiga, caigas, caiga, caigamos, caigáis, caigan.

Imperativo: Caigamos.

DAR

Presente de Indicativo: Doy.

Pretérito perfecto: Di, diste, dió, dimos, disteis, dieron.

Pretérito imperfecto de Subjuntivo: Diera y diese, dieras y diese, etc.

Futuro imperfecto: Diera, dieras, diere, diéremos, etc.

DECIR

Presente de Indicativo: Digo, dices, dice, dicen.

Pretérito perfecto: Dije, dijiste, dijo, dijimos, etc.

Futuro imperfecto: Diré, dirás, dirá, diremos, diréis, dirán.

Presente de Subjuntivo: Diga, digas, diga, digamos, etc.

Pretérito imperfecto: Dijera, diría y dijese, etc.

Futuro imperfecto: Dijere, dijeres, dijere, dijéremos, etc.

Imperativo: Di, diga, digamos.

ERGUIR

Presente de Indicativo: Irgo o yergo, irgues o yergues, irgue o yergue, irguen o yerguen.

Pretérito perfecto: Irguíó, irguieron.

Presente de Subjuntivo: Irga o yerga, irgas o yergas, irga o yerga, irgamos o yergamos, irgáis o yergáis, irgan o yergan.

Pretérito imperfecto: Irguiera e irguiese, irguieras e irguieses, etc.

Futuro imperfecto: Irguiera, irguieres, irguiera, irguiéremos, irguiereis, irguieren.

Imperativo: Irgue o yergue tú, irga o yerga, irgamos o yergamos, irgan o yergan.

Gerundio: Irguendo.

ESTAR

Presente de Inditativo: Estoy, estás, está, están.

Preterito imperfecto: Estuve, estuviste, estuvo, etc.

Presente de Subjuntivo: Esté, estés, esté, estén.

Preterito imperfecto: Estuviera y estuviese, estuvieras y estuvieses, estuviera y estuviese, etc.

Futuro imperfecto: Estuviere, estuvieres, estuviere, estuviéremos, estuviereis, estuvieren.

Imperativo: Está, esté.

HABER

Presente de Indicativo: He, has, ha, hemos, han.

Preterito perfecto: Hube, hubo.

Futuro imperfecto: Habré, habrás, habrá, habremos, habréis, habrán.

Presente de Subjuntivo: Haya, hayas, haya, hayamos, hayáis, hayan.

Preterito imperfecto: Habría, habrias, habría, habríamos, habriaís, habrían.

Imperativo: He, haya, hayamos, hayan.

HACER

Presente de Indicativo: Hago.

Preterito perfecto: Hice, hiciste, hizo, hicimos, hicisteis, hicieron.

Futuro imperfecto: Haré, harás, hará, haremos, haréis, harán.

Presente de Subjuntivo: Haga, hagas, haga, hagamos, etc.

Preterito imperfecto: Hiciera, haría, o hiciese, etc.

Futuro imperfecto: Hiciere, hicieres, hiciere, etc.

Imperativo: Haz, hagamos.

IR

Presente de Indicativo: Voy, vas, va, vamos, vais, van.

Preterito imperfecto: Iba, ibas, iba, íbamos, ibais, iban.

Preterito perfecto: Fui, fuiste, fuimos, fuisteis, fueron.

Futuro imperfecto: Iré, irás, irá, iremos, iréis, irán.

Presente de Subjuntivo: Vaya, vayas, vaya, vayamos, etc.

Preterito imperfecto: Fuera, iría y fuese, fueras, irías y fueses, fueran, irían y fuesen, etc.

Futuro imperfecto: Fuere, fueres, fuere, fuéremos, etc.

Imperativo: Vé, vayamos, id.

Gerundio: Yendo.

OIR

Presente de Indicativo: Oigo, oyes, oye, oyen.

Presente de Subjuntivo: Oiga, oigas, oiga, oigan.

Imperativo: Oye, oiga, oigamos, oigan.

PLACER

Presente de Indicativo: Plazco.

Preterito perfecto: Placé o plugo, placieron o pluguieron.

Presente de Subjuntivo: Plazca, plega o plegue, plazcas, plazca, plazcamos, plazcáis, plazcan.

Preterito imperfecto: Pluguiera o pluguiese.

Futuro imperfecto: Pluguiere.

PODRIR O PUDRIR

Se prefiere la segunda forma menos en el participio pasivo, que hace siempre *podrido*.

PONER

Presente de indicativo: Pongo.

Preterito perfecto: Puse, pusiste, puso, pusimos, etc.

Futuro imperfecto: Pondré, pondrás, pondrá, etc.

Presente de Subjuntivo: Ponga, pongas, ponga, pongamos, etc.

Preterito imperfecto: Pusiera, pondría y pusiese, etc.

Futuro imperfecto: Pusiere, pusieres, pusiere, pusiere-mos, etc.

Imperativo: Pon, pongamos.

QUERER

Presente de Indicativo: Quiero, quieres, quiere, quieren.

Preterito perfecto: Quise, quisiste, quiso, quisimos, etc.

Futuro imperfecto: Querré, querrás, querrá, querremos, etc.

Presente de Subjuntivo: Quiera, quieras, quiera, quieran.

Preterito imperfecto: Quisiera, querría y quisiese, etc.

Futuro imperfecto: Quisiere, quisieres, quisiere, etc.

Imperativo: Quiere.

SABER

Presente de Indicativo: Sé.

Preterito perfecto: Supé, supiste, supo, supimos, etc.

Futuro imperfecto: Sabré, sabrás, sabrá, sabremos, sabréis, sabrán.

Presente de Subjuntivo: Sepa, sepas, sepa, sepamos, etc.

Preterito imperfecto: Supiera, sabría y supiese, etc.

Futuro imperfecto: Supiera, supieres, supiere, etc.

SER

(Véase su conjugación en 254] B.)

TENER

Presente de Indicativo: Tengo, tienes, tiene, tienen.

Preterito perfecto: Tuve, tuviste, tuvo, tuvimos, etc.

Futuro imperfecto: Tendré, tendrás, tendrá, tendremos, etc.

Presente Subjuntivo: Tenga, tengas, tengamos, etc.

Preterito imperfecto: Tuviera, tendría y tuviese, etc.

Futuro imperfecto: Tuviere, tuvieres, tuviere, etc.

Imperativo: Ten, tengamos.

TRAER

Presente de Indicativo: Traigo.

Preterito perfecto: Traje, trajiste, traje, trajimos, etc.

Presente de Subjuntivo: Traiga, traigas, traiga, traigamos, etc.

Futuro imperfecto: Trajere, trajeres, trajere, trajéres, etc.

Futuro imperfecto: Trajere, trajeres, trajere, trajéremos, etc.

Imperativo: Traigamos.

VENIR

Presente de Indicativo: Vengo, vienes, viene, vienen.

Pretérito perfecto: Vine, viniste, vino, vinimos, etc.

Futuro imperfecto: Vendré, vendrás, vendrá, vendremos, etc.

Presente de Subjuntivo: Venga, vengas, venga, vengamos, etc.

Pretérito imperfecto: Viniera, vendría, y viniese, etc.

Futuro imperfecto: Viniere, vinieres, viniere, etc.

Imperativo: Ven, vengamos.

Gerundio: Viniendo.

VER

Presente de Indicativo: Veo.

Pretérito imperfecto: Veía, veías, veía, veíamos, etc.

Presente de Subjuntivo: Vea, veas, vea, veamos, etc.

Imperativo: Veamos.

YACER

Presente de Indicativo: Yazco, yazgo o yago.

Presente de Subjuntivo: Yazca, yazga o yaga, yazcas, yazgas o yagas, yazca, yazga o yaga, yazcamos, yazgamos o yazgamos, yazcáis, yazgáis o yagáis, yazcan, yazgan o yagan.

Imperativo: Yazcamos, yazgamos o yagamos.

Conjunción de los verbos defectivos propiamente dichos y unipersonales. — 284] No suele ser empresa fácil determinar cuáles son en un idioma los verbos verdaderamente *defectivos*, es decir, los que no se conjugan *ni pueden conjugarse* en ciertos tiempos y personas.

Los que más probabilidades tienen de ser verdaderamente defectivos en castellano, son los que enumeramos a continuación.

285] Empezaremos mencionando toda una serie de verbos que no se emplean en aquellas personas donde no sigue una *i* a la última consonante de la radical.

Tales son: *abolir, aguerrir, arrecirse, aterirse, colir, denegrir, desparorir, embair, empedernir, garantir, manir*, y algún otro.

a) Algunos verbos de este grupo pueden suplir las formas de que carecen por la razón expuesta, mediante las correspondientes de otros verbos de igual significado; son los siguientes:

Colorir, que se vale para ello de su homólogo *colorcar*, regular y completo; en lugar, pues, de *yo coloro, tú coloras*, etc., se dirá *yo coloreo, tú coloreas*, etc.

Denegrir, completado por *denegrecer*, regular; se dirá, pues, *él denegrece*, etc.

En cuanto al verbo *escarnir*, que a no haber quedado anticuado, pertenecería a la clase expuesta, se ha visto desalojado por *escarnecer*, regular y completo.

Garantir, a quien *garantizar*, también regular y completo, presta la misma ayuda; en vez de *yo garanto, tú garantas*, etc., se emplearán por consiguiente las formas *yo garantizo, tú garantizas*, etc.

286] *Balbucir* y *blandir*, pertenecen en cierto modo a la clase que acabamos de estudiar en 285], con la diferencia de que, tratándose de estos verbos, son permitidas, además de las formas con *i* después de la última consonante de la radical, también las que tienen *e*; se admite pues, *él balbuca, ellos balbucen; él blande, ellos blanden*.

Tratándose por lo tanto de estos dos verbos, son únicamente de rechazarse en absoluto las formas con *a*, o después de la última consonante radical.

a) Los citados verbos *balbucir* y *blandir*, suplen las formas que les faltan, tomándolas de los verbos, *balbucear* y *blandear*, regulares y completos; no se dirá,

pues, yo *balbuco*, etc., sino yo *balbucoo*, etc.; tú *blandas*, etc., sino tú *blandeas*, etc.

287] Fuera de las citadas clases, merecen citarse algunos defectivos más. Los principales son:

a) *Adir*, verbo forense, del cual dice Cuervo no haber visto sino apenas el infinitivo.

b) *Aplacer* empleado especialmente en las formas: *aplace*, *aplacen*; *aplacia*, *aplacian*.

c) «*Concernir* empléase únicamente, por su significación, en terceras personas; en el gerundio, *concerniendo*, y en el participio activo, *concerniente*; y rara vez se habrá usado en más tiempos que en los presentes de indicativo y subjuntivo, *conciérne*, *conciéren*; *concierna*, *conciernan*, y en el pretérito imperfecto del primero de estos dos modos, *concernía*, *concernían*.» (*Academia*).

d) De *preterir*, forense, no menciona Cuervo sino las formas *preterir* y *preterido*.

e) «*Soler* se usa en todas las personas del presente y pretérito imperfecto de indicativo, *suelo* *suelas*, etc.; *solía*, *solías*, etc.; y también, aunque no tanto, en las del presente de subjuntivo, *suela*, *suelas*; etc. El pretérito perfecto de indicativo, *solí*, es muy poco usado; el participio pasivo, *solido*, se emplea sólo en dicho tiempo: *he*, *has*, *ha solido*, etc.; y tampoco se usa en el mismo presente de Infinitivo *soler*, que únicamente sirve para nombrar este verbo». (*Academia*.)

f) *Usucapir*, forense, es difícil que se emplee en otras formas que el presente de Infinitivo.

288] A la gran clase de los *unipersonales*, es decir de los verbos que sólo se conjugan en el modo Infinitivo y en la tercera persona de singular o de plural, o en

ambas, de todos los tiempos, pertenecen por de pronto todos aquellos verbos que son *unipersonales por naturaleza*, y que ya hemos tenido oportunidad de mencionar en 217], con el nombre de *impersonales absolutos*, como *llover, tronar, relampaguear, atañer*, etc.; y además todos los que, a pesar de poder ser regularmente completos, empleamos dejando en la indeterminación al sujeto o al agente, según se advierte en los ejemplos siguientes: *habrá guerras; hace mal tiempo; importa triunfar; dicen muchas cosas; le hurtaron un libro; le dieron de golpes; riñen allí*, etc.

289] Los verbos en voz pasiva con *se*, pertenecen a esta clase, como resulta de lo expuesto en 258].

Derivados verbales.—290] Definiéndolos por uno de sus caracteres externos, diremos que los *derivados verbales*, son las formas que sirven de segundo término a los *verbos frase*. (Véase 205].)

291] Los *derivados verbales* son: el *Infinitivo*, el *Participio pasivo* y el *Gerundio*.

292] El *Infinitivo* es la forma de que nos valemos para designar a cada verbo, y ya hemos visto que, por la terminación de sus infinitivos, se dividían los verbos castellanos en tres conjugaciones: *am-ar; tem-er; part-ir*.

293] el verbo latino tenía dos *participios*: el *activo* (*amans*, amante) y el *pasivo* (*amatus*, amado); de estos dos sólo ha llegado al castellano con caracteres verbales el segundo, ya que «el participio activo latino ha dejado de serlo en castellano, pues se ha convertido en simple adjetivo.» (*Cejador*.)

294] Los *participios pasivos* regulares castellanos terminan en *ado*, o *ido*: *amado, temido, partido*.

295] Son notables algunos participios, pasivos por su

forma y activos por su significado; así por ejemplo *cansada lectura*, quiere decir *lectura cansadora*, etc. Bello los llama *deponentes*, porque deponen su significado pasivo, para adoptar el activo.

296] El *gerundio* es un derivado que, sin perder sus caracteres verbales, desempeña el oficio de adverbio, y termina siempre en *ando*. Ejemplos: *los chicos vienen saltando*; *siempre están jugando*.

CAPÍTULO VI DEL ADVERBIO

Concepto y definición. — 297] Toda palabra o complejo que modifica al verbo o al adjetivo, debe considerarse como adverbio. Ejemplos:

El *viento sopla fuerte*; *trabajo sin ganas*; *asiste con la mayor puntualidad*; *estaré de vuelta* cuando entre el verano.

Ese lago es extremadamente hermoso; *una plancha grabada a buril*; *es cariñoso con sus hermanos*; *ese castillo es feo exteriormente*.

El adverbio puede también modificar a otro adverbio. Ejemplos:

Ese caballo corre extremadamente ligero; *la tortuga camina muy lentamente*.

Adverbios vocablo, frase y oración. — 298] El adverbio puede ser *vocablo, frase y oración*.

Del adverbio vocablo. — 299] Lo dicho en 297], es suficiente para entender lo que es *adverbio vocablo*. Véanse algunos ejemplos más de tales adverbios: *el interesado estuvo aquí*; *la casa se terminó ayer*; *tergi-*

versan malamente los hechos; he trabajado mucho, etc.

Del adverbio frase y frases adverbiales.—300] Mas como los adverbios vocablo existentes no alcanzan ni con mucho a expresar todas las circunstancias posibles, se recurre entonces a otros arbitrios: los *adverbios frase* son uno de ellos. Ejemplos: *el mensajero volvió con la mayor prontitud; habló sin la menor vacilación. Los ladrones fueron descubiertos al pasar; te ayuda para explotarte. Logró escapar, pasando el río; aprendió la lección estudiándola atentamente.*

301] Todos los adverbios frase citados hasta aquí pertenecen a la clase de los que cada uno de nosotros puede formar o modificar a su antojo.

Pero hay una clase especial de *adverbios frase*, que el uso nos da ya formados y no podemos alterar en nada: son los llamados *frases, locuciones o modos adverbiales*, de los que el castellano ofrece una grande abundancia, aumentada aún con los tomados de la lengua latina, como *ex profeso, a priori, a nativitate, a posteriori, cálamo corriente*, etc. Ejemplos: *a diestro y siniestro; a bu'to; a pie juntillas; a tontas y a locas; con todo; de golpe; en resumen; en un santiamén; por mayor; sin más ni más.*

Adverbios oración.—302] El otro medio para suplir la falta de adverbios vocablo, son los *adverbios oración*, es decir, las oraciones con oficio adverbial. Ejemplos: *haremos cuanto podamos, a fin de que nadie se queje; la plaza estará terminada para cuando llegue la primavera; vengo para que me conozca; leeré mientras te vistes.*

303] Así como hay adverbios frase ya formados, pasa otro tanto con los adverbios oración; aunque el

número de los que están en dicho caso es poco numeroso, contrariamente a lo que pasa con las frases adverbiales. Ejemplos: *arremetió contra nosotros*, sin decir agua.

Clasificación de los adverbios. — 304] Por el número de sus vocablos componentes, acabamos de ver que los adverbios pueden ser *vocablo, frase y oración*.

Los adverbios vocablo pueden ser *simples*, como *ligero, despacio*, etc., y *compuestos*, como *asimismo, sobremanera*, etc.

305] Por su *origen*, pueden ser los adverbios, *primitivos y derivados*. (Véase 35] y 36].)

Son primitivos, por ejemplo, *tarde, temprano*, etc.; y derivados, *despacio, tempranamente*, etc.

306] Por su *significado*, los adverbios tanto *vocablo como frase y oración*, pueden ser de las siguientes clases:

a) *De modo*; ejemplos:

Así *está mal*; apenas *oigo*; *lo hizo adrede*; *lo hizo aposta*; *viene corriendo*; *la pasan cantando*; *ese obrero trabaja sin cuidado*; *logró cruzarse pasando a nado el río*; *procedí conforme deseas*.

Casi todos los adverbios terminados en *mente*, pertenecen a esta clase.

b) *De lugar*; ejemplos:

Está aquí; *queda ahí*; *viene allí*; *está dentro*; *no sé donde quedó*; *vive enfrente*; *viene lejos*; *dejé el libro sobre la mesa*; *la nave entró en el puerto*; *no pasaste por donde te dije*.

c) *De tiempo*; ejemplos:

Vino ayer o anteayer; *ahora lo sé*; *después vrec-*

mos; hoy no saldré; jamás lo diré; siempre lo dije; la obra se hizo en un mes; contestaré después de las seis; en llegando veremos; escribiré cuando pueda.

d) *De cantidad; ejemplos:*

Molesta bastante; casi prefiero lo otro; harto lo tengo dicho; hay que trabajar mucho; adelanta poco; habla con exceso; lo estimo muy mucho; gritaban cuanto podían.

e) *De comparación; ejemplos:*

Veo menos; oigo más; canta mejor; se porta peor.

f) *De orden; a esta clase pertenecen los en mente, cuyo sentido envuelve aquella idea, como primeramente, últimamente, correlativamente, alternativamente, sucesivamente, etc.*

g) *De afirmación; ejemplos:*

Sí, iré; cierto, lo dije; puedo asegurarlo, sin duda de ninguna clase.

h) *De negación; ejemplos:*

No puedo; ni lo digo ni lo pienso; tampoco quiero eso.

i) *De duda; ejemplos:*

Acaso pueda; quizá o quizás vuelva.

j) *De causa; ejemplos:*

Se salvó, gracias a los oportunos cuidados; triunfará merced a su constancia; acerté gracias a lo que me aconsejaste.

k) *De fin; ejemplos:*

Estudio para saber; lo dije por ver; le dió el dinero intentando sobornarlo; te lo comuniqué a fin de que se lo dijeras.

l) *De condición; ejemplos:*

De ser eso verdad, te haría un regalo; hallándome

bien de salud, *iré a verlo*; si me escuchas, *te convencerás*.

307] Lo expresado en la anterior enumeración, no quiere decir que un mismo adverbio no pueda pertenecer en ciertos casos a dos o más de las precedentes clases, según sea su sentido en la cláusula; y no necesitamos recordar el principio en cuya virtud esto sucede.

Grados de significación del adverbio.—308] En sus *grados de significación*, los adverbios siguen la misma pauta de los adjetivos.

309] Tendremos, pues, grados de significación *cuantitativos*, representados por los *positivos*, *comparativos* y *superlativos*; y grados de significación *afectivos*, representados por los *aumentativos*, *diminutivos* y *despectivos* de las gramáticas.

Grados de significación cuantitativos: positivos, comparativos y superlativos.—310] Cuando se toma al adverbio en su forma corriente y habitual, sin modificación cuantitativa alguna, se dice que está en grado *positivo*. Así sucede, verbigracia, con *tarde*, *temprano*, *bien*, *mal*, *poco* etc.

311] Por las mismas razones que el del adjetivo, el *comparativo* del adverbio puede ser de *igualdad*; de *superioridad* y de *inferioridad*.

Son notables los adverbios *mejor* y *peor*; *superiormente* e *inferiormente*; *mayormente* y *menormente*, por expresar la superioridad y la inferioridad, mediante un solo vocablo.

En los demás casos, para expresar una y otra, es preciso acudir a medios supletorios que consisten, como para el adjetivo, en anteponer al adverbio la palabra

tan y posponerle como, o en emplear la forma tanto como para el comparativo de igualdad, y para los de superioridad e inferioridad anteponer respectivamente al positivo las palabras más o menos, y posponer que. Ejemplos:

Juan camina tan ligero como Pedro o Juan camina ligero tanto como Pedro;

Juan camina más ligero que Pedro;

Juan camina menos ligero que Pedro.

312] Los adverbios sólo tienen *superlativos absolutos*.

El *superlativo* de los adverbios puede formarse:

a) añadiendo *ísimo* al positivo, de acuerdo con las reglas expuestas al hablar del sustantivo; como puede verse en: *ligerísimo, tardísimo, lejísimo, justísimo*; a menos de tratarse de adverbios en mente, pues entonces se añade la forma *ísima* a lo que está antes de aquella terminación, y siempre siguiendo las reglas recordadas. Ejemplos: de *ligeramente, ligerísimamente*; de *lentamente, lentísimamente*.

b) anteponiendo al positivo los adverbios *muy, sumamente, extremadamente, en extremo, en sumo grado*, y otros equivalentes.

313] Los *diminutivos* de los adverbios pueden a veces, como hemos visto suceder en ciertos casos con los de los adjetivos, servir de *superlativos puros*, como en: *venga usted mañana tempranito (=muy temprano —tempranísimo)*; pero, suponiendo que el del ejemplo citado sea verdaderamente un *superlativo puro*, son muy raros los casos de esa índole.

Grados de significación afectivos: aumentativos, diminutivos y despectivos.—314] Como pasaba con

los adjetivos, deben agruparse juntos los adverbios *augmentativos*, *diminutivos* y *despectivos*, como formas de que nos valemos para expresar la complacencia, la satisfacción, o si no el desagrado con que empleamos dichas palabras; ya sea que se mezcle a estos sentimientos alguna idea de cantidad, ya sea que aparezcan puros. Ejemplos: *saldremos* de mañanita; *vamos* ligero; *es medio* tardecito yo; *volveré* apenas *pueda*.

315] Cuando se toma el adverbio en su forma corriente, sin matiz afectivo de ninguna clase, se tiene el *positivo*, punto común de partida de los grados cuantitativos y cualitativos.

Observaciones relativas al uso de algunos adverbios.—316] Los adverbios *aquí* y *allí* no son del todo equivalentes a *acá* y *allá*: *aquí* y *allí* se refieren a lugar más circunscrito que *acá* y *allá*, cuya significación es de suyo más vaga; por lo mismo decimos *más acá*, *más allá*, *muy acá*, *muy allá*, *tan acá*, *tan allá*, y no decimos *más aquí*, *más allí*.» (*Academia*).

317] *Muy*, no es sino la apócope de *mucho*; pero como no puede juntarse a verbos en modo personal, sólo puede formar parte de los especiales adjetivos y adverbios frase, estudiados en su oportunidad como superlativos absolutos: *es un lugar muy hermoso*; *ese caballo corre muy ligero*.

318] Dos adverbios de negación, o dos voces que expresan negación, niegan con más energía: *no he oído jamás tal cosa*; *no sale nunca de noche*; *no sé nada*; *eso no es nada*. Salvo cuando a *no* sigue *sin*: *habló no sin elocuencia*, es decir *con elocuencia*.

Adviértase además que en el primero de los supues-

tos mencionados, el verbo queda comprendido entre las dos negaciones.

319] *El adverbio *cuanto* es frecuentemente correlativo de *tanto*, si ambos se usan como comparativos; v. g.: *tanto vales cuanto tienes*; siendo de advertir que en construcciones semejantes *cuanto* es las más de las veces substituído por *como*, que entonces significa lo mismo.

320] *Siempre que sigue al adverbio *tanto* el de comparación *más*, deben tenerse por correlativos los vocablos *cuanto que*; v. g.: *tanto más me empeño en acabar hoy esta obra, cuanto que no me podré dedicar mañana a ella.* (Academia.)

321] Cuando empleamos seguidos varios adverbios en *mente*, sólo el último llevará escrita dicha terminación: *se condujo noble, heroica y caballerescamente.*

CAPITULO VII DE LA PREPOSICIÓN

Concepto y definición.—322] Cualquier definición de este oficio gramatical no fundada en los *casos* y la *declinación* — y especialmente aquella que partiendo de la etimología quiere llamar *preposición* todo aquello que se *pre-pone*, es decir se *antepone* a las palabras — conduce fatalmente a lamentables errores y confusiones.

323] Alejándonos, pues, de las definiciones usuales, llamaremos *preposición* o toda palabra o serie de palabras que, antepuesta a un *sustantivo* o *pronombre* de cualquier clase, expresan que éstos dependen de

otro término, cuyo sentido completan. Ejemplos: *la casa de Juan; el libro está sobre la mesa; lo despidió sin que pudiera contestar; es muy cariñoso para con sus discípulos; pasó por encima de las brasas. Partiré sin ti; viene con él*, etc.

324] Es característica notable de la *preposición*, cualquiera que ésta sea, el tener siempre una palabra o entidad de naturaleza sustantiva o pronominal que la complete.

Clasificación de las preposiciones. — 325] Clasificaremos las preposiciones por su *estructura*, y por los *casos que forman*.

326] *Por su estructura* las preposiciones se dividen en *simples* y *modos prepositivos*.

a) Las *preposiciones simples* constan de una sola palabra, como *de, en, por, con, sin, sobre*, etc.

b) Llámense *modos prepositivos* dos o más palabras encargadas del oficio de preposición; ejemplos: *en vista de; con motivo de; con la condición de; a causa de; a fin de; para con; por entre; a cambio de; para antes de; para después de; encima de; debajo de; dentro de; por encima de*; etc.

327] *Por los casos gramaticales que contribuyen a formar*, pueden ser las preposiciones: *de genitivo, de dativo, de acusativo y de ablativo*.

a) No hay más preposición *de genitivo* que *de*.

b) Para *el dativo*, existen las preposiciones *a* o *para*.

c) *De acusativo* no hay más que la preposición *a*.

d) El caso *ablativo* está notablemente provisto de preposiciones, pues le corresponden todas las existentes, inclusive *de, a* y *para*.

Significado de las preposiciones. — 328] La pre-

posición *de*, cuando es de genitivo, indica casi siempre *posesión, pertenencia o dependencia*: *la casa de Pedro*; *es hijo de sus obras*.

329] Las preposiciones *a* o *para*, cuando son de dativo, indican *daño o provecho*, y *para* puede indicar *finalidad para personas o cosas*; ejemplos de daño o provecho: *esto conviene a ustedes, esto es para ustedes*; *remiten este paquete a mi hermano o para mi hermano*; ejemplos de finalidad: *construyen un gran edificio para cuartel*; *se hacen trajes para niño*.

330] La preposición *a*, cuando es de acusativo, denota el término directo de la acción del verbo: *saludo a ustedes*; *compadezco a los enfermos*.

331] Muchísimo más difícil es clasificar los significados de las preposiciones del ablativo.

Sobre este punto, nos ha parecido conveniente reunir aquello que de más indiscutible y claro nos ofrecen la Academia, Salvá y Benot, y formar con ello la siguiente lista, donde hallará el lector los *principales significados de las preposiciones de ablativo*:

La preposición *A* puede ser:

Ablativo de dirección: *Voy a Roma*; de posición: *Estaba a la derecha*; de modo: *Cose a máquina*; de precio: *Se vende a tres pesetas*; de lugar: *Duermo al raso*; de tiempo: *A la cosecha pagaré*; de usanza: *A ley de Castilla*; *a la jineta*; de distribución: *A real por vecino*; de causa: *A instancias de fiscal*; de límite: *No te llega la capa a la rodilla*; de intermediación: *Le hablé cara a cara*; de lentitud: *Gota a gota*.

La preposición *DE*, puede ser:

Ablativo de procedencia: *Viene de Aranjuez*; de tiempo: *Estudia de noche*; de modo: *Lo hizo de mala*

gana; de causa: *Lo hizo de lástima*; de límites: *Lo miró de los pies a la cabeza*; de materia: *Vaso de plata*; de indeterminación: *Le dieron de puñaladas*; de naturaleza: *Alma de cántaro*; de origen: *De esto se sigue*; de fin: *Avíos de caza*; de agencia: *El rey es odiado de sus súbditos*; de asunto: *Predicará de San Juan Bautista*.

La preposición PARA puede ser:

Ablativo de dirección: *Salgo para París*; de tiempo: *Lo dejamos para mañana*; de finalidad: *trabaja para comer*; de relatividad: *Para principiante no lo ha hecho mal*; de proximidad: *Estás para sa'ir a capitán*; de aptitud: *Es bueno para comer*.

La preposición POR puede ser:

Ablativo de lugar: *Pasea por el campo*; de tiempo: *Voy por un mes*; de instrumento o medio: *Le habló por teléfono*; de causa: *Lo hizo por comodidad*; de finalidad: *Va por leña*; de precio: *Lo vendió por treinta dineros*; de agencia: *El mundo fué hecho por Dios*; de medio: *Casarse por poderes*; de modo: *Vcudr por mayor*; de equivalencia: *Váyase lo uno por lo otro*; de beneficio: *Abogar por a'guno*; de sustitución: *Asisto por mi compañero*; de cambio: *Doy mi gabán por el tuyo*; de opinión: *Pasa por rico*; de falta: *La carta está por escribir*; de clase: *La recibió por esposa*; de encarecimiento: *Por grande que sea*.

La preposición CON puede ser:

Ablativo de instrumento: *Escribió con lápiz*; de compañía: *Vivo con mi padre*; de modo: *El invierno entró con furia*.

La preposición SIN puede ser:

Ablativo de privación: *Estoy sin empleo*; de enca-

recimiento: *llevaba joyas de diamantes sin (además de) otras alhajas de oro y plata.*

La preposición EN, puede ser:

Ablativo de lugar: *No está en casa;* de tiempo: *Estamos en la canicúa;* de modo: *Salió en mangas de camisa;* de ocupación: *Pasa la noche en el juego;* de excelencia: *Es docto en Medicina;* de estado: *La sandía estaba en su sazón;* de finalidad: *Le irritó en daño suyo.*

La preposición ENTRE, puede ser:

Ablativo de situación: *Entre la espada y la pared;* de tiempo: *Entre dos luces;* *Entre doce y una;* de cooperación: *Entre cuatro amigos llevaban el féretro.*

La preposición DESDE, puede ser:

Ablativo de lugar: *Vine desde Getafe;* de tiempo: *Empezaré desde mañana;* de límites: *Desde el puño a la contera.*

La preposición HACIA, puede ser:

Ablativo de dirección: *Navega hacia el Norte;* de tiempo: *Hacia mediados del mes.*

La preposición HASTA, puede ser:

Ablativo de dirección: *Iré hasta Londres;* de tiempo: *Se despidió hasta la noche;* de posibilidad: *Es capaz hasta de robarnos.*

La preposición ANTE, puede ser:

Ablativo de situación: *Compareció ante el juez;* de tiempo u orden: *Dimelo ante todo.*

La preposición TRAS, puede ser:

Ablativo de lugar: *Se escondió tras el armario;* de orden: *La adversidad viene tras la fortuna;* de orden: *Tras la tarde que muere la noche avanza;* de ponderación: *Tras de ser culpado, es el que más levanta el grito.*

La preposición BAJO, puede ser:

Ablativo de lugar: *Pasó bajo el puente*; de modo: *Está bajo tutela*.

La preposición SOBRE, puede ser:

Ablativo de lugar: *Está sobre la mesa*; de actualidad: *Está sobre el tapete*; de asunto o finalidad: *Habló sobre Matemáticas*; de aproximación: *Pedro tendrá sobre cincuenta años*; de proximidad: *Zamora está sobre el Duero*.

La preposición CONTRA, puede ser:

Ablativo de oposición: *Se estrelló contra la pared*; de orientación: *Esta habitación está contra el Norte*.

La preposición SEGÚN, puede ser:

Ablativo de conformidad: *Sentenció según ley*.

Uso de las preposiciones. — 332] Lo dicho en 329], puede contribuir a dar una idea de cómo han de usarse en general las preposiciones, en los supuestos más fáciles y corrientes; pero de ninguna manera puede ayudar a resolver las infinitas dudas que a cada paso se presentan en este difícil y complicado terreno, uno de los más arduos de la Gramática; lo cual es tanto más sensible, cuanto que el acertado uso de las preposiciones constituye uno de los más eficaces primores con que pueda engalanarse el estilo de un autor, así como lo contrario es un lunar sin compensación alguna.

Sobre tan vasto asunto nada podemos decir aquí, sino indicar su fundamental importancia, y recomendar la lectura de los clásicos, donde atesora el castellano la inagotable riqueza de sus formas.

CAPÍTULO VIII

DE LA CONJUNCIÓN

Concepto y definición. — 333] *Conjunción* es toda palabra o serie de palabras cuyo objeto es unir (de donde su nombre, que viene de *cum*, con, y *jūn-gere*, unir) vocablos o entidades de *una misma categoría sintáctica*, como ser sujetos y sujetos, complementos y complementos, oraciones y oraciones, cláusulas y cláusulas. Ejemplos: *Juan y Pedro vienen juntos. Un ejército numeroso y aguerrido. El barco trae oro y marfil. No tengo en ello arte ni parte. Hazme este favor, siquiera sea el último. Sufre la pena, pues cometiste la culpa. Iré si puedo. Unos ríen y otros lloran. Digo que está bien. No haré lo que me dices, ni aspiro a lo que piensas. Hay que acertar o bien hay que callarse.*

Su importancia como signo del raciocinio. — 334] Lo dicho al definir este oficio gramatical, nos exige de encarecer *su importancia como signo del raciocinio*, pues ella consiste ni más ni menos que en ser el vínculo de unión entre las piezas sueltas constitutivas de nuestro discurso: sin la conjunción, dichas piezas permanecerían separadas y aisladas unas de otras sin conexión posible.

Clasificación de las conjunciones. — 335] Por su *estructura* se dividen las conjunciones en *simples*, *compuestas* y *modos conjuntivos*.

a) Las *conjunciones simples* constan de un solo vocablo: *si, y, o, pues*.

b) Las *conjunciones compuestas* constan de más de

una palabra, pero se escriben juntas: *además, empero, ahora*.

c) Los *modos conjuntivos* son conglomerados de dos o más conjunciones, que el idioma nos da ya hechos; tales son: *si bien, antes bien, a pesar de, no obstante, por otra parte, con todo, así como, por lo tanto, por consiguiente, en todo caso, de igual modo, por lo demás*, etc.

336] Por su significado las conjunciones pueden ser *copulativas, disyuntivas, distributivas, adversativas, continuativas, ilativas, causales, finales, modales, de conformidad, condicionales, privativas, concesivas*.

a) Las *conjunciones copulativas* son destinadas simplemente a *unir*.

Estas conjunciones son: *y (o e), ni, que*.

b) Las *conjunciones disyuntivas* expresan diferencia, separación, alternativa.

La principal de ellas es *o*, que se vuelve *u* cuando la palabra siguiente comienza por *o* o *ho*; ejemplos: *es necesario vencer o morir; tienen diez u once; ¿es mujer u hombre?*

c) Las *conjunciones distributivas* equivalen a la disyuntiva *o* en cuanto al sentido, pero se caracterizan por repetirse; ejemplos: *el poeta vivía tomando ora la espada ora la pluma*.

d) Las *conjunciones adversativas* denotan oposición entre los términos que unen; ejemplos: *me conveendría salir, mas no puedo; el dinero hace a los hombre ricos pero no dichosos; la virtud, bien que perseguida es amada*.

e) Las *conjunciones continuativas* unen una cláusula a otra reanudando el discurso interrumpido; ejem-

p'os: *he dicho lo que tenía que decir*; por lo demás *quedo su amigo. He expresado mis razones, y no pienso agregar nada*: además otros hablarán mejor que yo.

f) Las *conjunciones ilativas* sirven para expresar ilación, deducción o consecuencia; ejemplos: *estos dos ángulos valen un recto*; luego *este triángulo es rectángulo. Gasta y no trabaja*; por consiguiente *no tardará en vender el coche. Juega y pierde*; pues *ya lo llorará*.

g) Las *conjunciones causales* expresan causa, o simplemente razón o motivo; las principales son: *porque, que, pues, pues que, como, ya que, por causa de, a causa de, con motivo de, cuando*. Ejemplos: *pues la noche viene, idos a descansar*; *se conformó, ya que no había remedio*; *debe tener algo bueno cuando lo persiguen*.

h) Las *conjunciones finales* denotan el objeto o propósito que se tiene en vista; las principales son: *a fin de que, con el objeto de que, para que, a que, porque*. Ejemplos: *vengo a fin de que me veas*; *te lo digo para que tomes medidas*; *te visitó porque le dieses el voto*.

i) Las *conjunciones modales* denotan *manera*; las principales son: *como, de modo que, de manera que, hasta el punto de que, como si*. Ejemplos: *se conduce de modo que nadie lo descubre*; *habla como si fuese inocente*.

j) Las *conjunciones de conformidad* expresan acuerdo; las principales son: *conforme, según, a lo que*. Ejemplos: *lo haré conforme descas*; *dame tu opinión según lo entiendas*; *estoy a lo que suceda*.

k) Las *conjunciones condicionales* expresan *salvedad*; las principales son: *si, dado que, supuesto que, cuando, con tal que, siempre que, como, donde no*. Ejemplos: *Adelantarias si siguieras mi consejo*; *como*

me contestes mal, reñimos; donde no conmigo seriais en batalla; estudiaré supuesto que tenga tiempo.

l) Las *conjunciones privativas* denotan carencia de una circunstancia; tal es: *sin que*. Ejemplos: *esos soldados mueren sin que sus familias puedan cerrarles los ojos.*

m) Las *conjunciones concesivas* denotan que se admite un supuesto, tales son: *ya que, sea como, aunque sea que, demos que*. Ejemplos: *no os han de castigar ya que os averigüen la mentira; no son todos iguales aunque tengan el mismo peso; sea como quieras, yo tengo formada mi opinión; demos que no le pegara, siempre resultará que la ofendió.*

CAPÍTULO IX

DE LA INTERJECCIÓN

Concepto y definición. — 337] Todas las funciones gramaticales estudiadas hasta aquí expresaban en mayor o menor grado, con mayor o menor amplitud, ideas de nuestra inteligencia.

338] La función que aun nos queda por estudiar, se separa en esto completamente de las demás, pues responde únicamente a la expresión de nuestras emociones de todas clases.

339] Sentado lo anterior, diremos que hace el oficio de *interjección* cualquier exclamación articulada con que expresamos la sorpresa, el asombro, el agrado o su contrario, el miedo, el deseo, y, en una palabra, cualquiera de los afectos capaces de conmover nuestro ánimo. Ejemplo: ; *oh, qué hermosura!*; ah, *me alegro*

de veras; ¡vaya con lo que me sale!; ¡horror!; ¡ah, si yo pudiera!, etc.

340] Suelen desempeñar el oficio que estamos considerando, una serie de vocablos, generalmente monosílabos, como conviene a la índole especial de la interjección; y que por lo común no se emplean con otro objeto; los principales son: *¡ah!, ¡ay!, ¡bah!, ¡ca!, ¡cáspita!, ¡ea!, ¡eh!, ¡guay!, ¡hola!, ¡huy!, ¡oh!, ¡oja'á!, ¡ox!, ¡puf!, ¡quia!, ¡sus!, ¡tote!, ¡uf!, ¡zape!* y otros.

Contrariamente a lo que suele decirse en las gramáticas, donde se afirma que estas palabras no tienen otro oficio que el de interjección, todas ellas pueden ser sustantivos: pero en ese caso dejan de expresar emociones para denotar la idea de esas emociones; y, revistiéndose de accidentes, de invariables pasan a ser variables. Ejemplos: *un ¡ay! es una exclamación que puede ser de sorpresa, de alegría o de dolor; a gran distancia se oían los ayes de las víctimas; ¡ea! es una interjección; ¡basta de eas!*

341] También hacen de interjecciones una serie de palabras que generalmente son sustantivos, verbos, adverbios, etc.; pero, inversamente a lo que pasa con las interjecciones cuando se vuelven sustantivos, las citadas palabras al volverse interjecciones, dejan de significar ideas para expresar emociones y, si son variables, se tornan invariables. En ese caso están, verbigracia, los siguientes: *¡anda!, ¡bravo!, ¡calle!, ¡cómo!, ¡cuidado!, ¡chito!, ¡diablo!, ¡diantre!, ¡fuego!, ¡oiga!, ¡pues!, ¡qué!, ¡sopla!, ¡toma!, ¡vaya!, ¡ya!, ¡cidos!, ¡canastos!, etc.*

Clasificación de las interjecciones. — 342] Las interjecciones constan generalmente de una sola pala-

bra, y ya hemos dicho que esa palabra es generalmente monosilaba: tales interjecciones se llaman *simples*.

343] Pero, fuera de las interjecciones simples, existen ya formadas en el idioma otras *compuestas* de dos o más palabras: son los *modos interjectivos*; tales son, por ejemplo: *apaga y vámonos!*; *santo cielo!*; *Dios mío!*; *mal haya!*; *voto a bríos!*; *santa Bárbara bendita!*, etc.

344] Fuera de los modos interjectivos, que recibimos formados, podemos formar otras *interjecciones compuestas*, según las necesidades del momento; tales serían pongamos por caso, las siguientes: *¿quien creería!*; *¿que felicidad!*; *¿caso extraño!*; *¿raro accidente!*, etc.

Observaciones relativas al uso de las interjecciones.—345] Transcribiremos sobre este punto el siguiente pasaje de la Academia:

«*Ah*, *ay* y *oh* se usan indiferentemente para denotar pena, gozo, mofa, sorpresa, desprecio, ira y admiración. Así, lo mismo decimos *¡ah qué desgracia!*; *¡ay de mí!*; *¡oh asombro!*; *¡ah qué necio!*; *¡oh!*, ya nos veremos, etc. *Bah* indica que nos causa molestia, desdén o repugnancia lo que oímos. *Ca* o *quia* es indicio de negación o incredulidad. *Cáspita* se usa para manifestar admiración o extrañeza. *Ea* sirve unas veces para infundir ánimo, otras para meter prisa, otras para imponer silencio, y otras, en fin, para significar enojo o contradicción. Con la interjección *eh*, no menos variada que *ah*, reprendemos, llamamos, preguntamos, despreciamos y advertimos. *Guay* vale intimación y amenaza. Con la voz *hola* se llama a los inferiores, y se denota ya alegría, ya extrañeza. *Huy* es una exclamación arrancada por dolor físico repentino, y también denota asonti-

bro con mezcla de disgusto. *Ojalá* indica vivo deseo de alguna cosa. *Ox* es voz con que se espanta a las aves. *Puf* manifiesta asco o desagrado. *Sus* sirve únicamente para animar. *Tate* es demostración de sorpresa, de advertencia para contenerse o contener a otro, o lo es también de que se cae en la cuenta de algo que no se tenía presente. *Uf* manifiesta cansancio, sofocación. *Zape*, además de emplearse para ahuyentar a los gatos, es indicio de temer algún riesgo o ponderarle.»

346] Como habrá podido notarse en dicho pasaje, los afectos de nuestro ánimo son más numerosos que los medios para expresarlos, desde que una misma interjección sirve generalmente para muchos de ellos, y a veces muy diversos y hasta contradictorios; pero remediamos tal carestía mediante adecuadas inflexiones, actitudes, entonaciones, movimientos y otros mil recursos de la misma índole, así como también, en lo escrito, por medio de signos ortográficos especiales y adecuadas construcciones, sugeridas por la inventiva o los conocimientos de cada uno.

CAPÍTULO X

FIGURAS Y VICIOS DE DICCIÓN

Figuras de dicción: concepto y clases.—347]
Dice la Academia al respecto:

«*Figuras de dicción* son ciertas alteraciones que en su estructura reciben a veces algunos vocablos. Dáseles también el nombre griego de *metaplasmos*. Los principales son los siguientes:

•Metaplasmos por adición de alguna o algunas le-

tras: al principio (*prótesis* o *próstesis*): *aqueste, aque-
se*, en lugar de *este, ese*. En medio (*epéntesis*): *coró-
nica, Ingalaterra*, ya en desuso, por *crónica, Inglaterra*.
Al fin (*paragoge*): *felice, huéspedec*, por *feliz, huésped*.

•Metaplasmos por supresión de alguna o algunas le-
tras: al principio (*aféresis*): *norabuena*, por *enhora-
buena*. En medio (*sincope* o *sincope*): *hidalgo, navi-
dad*, por *hijodalgo, natividad*. Al fin (*apócope*): *un, al-
gún, ningún, gran, cien, siquier*, por *uno, alguno, nin-
guño, grande, ciento, siquiera*.

•Mataplasmo por transposición, que entonces se lla-
ma *metátesis*: *perlado, dejalde, hacelde*, ya en desuso,
por *prelado, dejadle, hacedle*; *cantiucla, crocodilo*, en
vez de *cantilena, cocodrilo*.

•Metaplasmo denominado *contracción*; es una figura
por la cual se forma de dos vocablos uno solo, omi-
tiendo la vocal en que acaba o con que empieza uno
de ellos: *del, al, estotro, esotro*, por *de el, a el, este otro,
esto otro, ese otro, eso otro*.

•No es lícito emplear estas figuras sino en las voces
en que ya lo ha autorizado el buen uso».

Vicios de dicción: conceptos y clases.—348] Son
vicios de dicción las faltas que se cometen en el empleo
de las palabras. Los principales son el *barbarismo*, el
arcaísmo, el *neologismo* y la *impropiedad*.

349] Incorre en el vicio de *barbarismo* (palabra que
significa lo mismo que *extranjerismo*, pues en griego,
bárbaros quiere decir *extranjero*), 1.º quien emplea vo-
cables de otros idiomas, cuando existen los correspon-
dientes castellanos, como *dandy* por *elegante*, *debutar*,
por *estrenarse*, etc.; o 2.º: quien altera la forma de un
vocablo castellano, en el sentido de imitar la que tiene

en otro idioma, como cuando se dice, verbigracia, *Mayenza* en vez de *Maguncia*, por remedar al francés *Mayence*.

Los *barbarismos* pueden ser de tantas clases cuantos sean los idiomas de donde provengan los términos viciosos; los principales son: el *galicismo* (del francés), el *anglicismo* (del inglés), el *italianismo* (del italiano), el *germanismo* (del alemán), el *latinismo* (del latín); hay además *lusitanismos* (del portugués), *hebraismos* (del hebraico), *helenismos* (del griego), etc.

De todos los *barbarismos*, los que más daño han hecho al idioma castellano son los *galicismos*, que han llegado literalmente a contaminarlo. Véase, como prueba de ello, una lista de palabras galicadas que tomamos de la Gramática de la Academia: *acaparar*, por monopolizar; *accidentado*, por quebrado; *aficionado*, por aficionado; *aliage*, por mezcla; *aprovisionar*, por surtir; *avalancha*, por alud; *banalidad*, por vulgaridad; *bisutería*, por joyería; *confeccionar*, por componer; *etiqueta*, por rótulo; *finanzas*, por hacienda; *pretencioso*, por presuntuoso; *rango*, por clase; *remarcable*, por notable; *revancha*, por desquite; *susceptible*, por suspicaz; *pachá*, por bajá; *Brutus*, por Bruto; *Rale*, por Basilea; *Bordeaux*, por Burdeos, etc.

Los demás *barbarismos* están muy lejos de poderse comparar a los *galicismos*, ya sea por su número o por el peligro que entrañan.

A los *anglicismos*, pertenecen muchos términos de moda y de cocina, como *fashionable*, por elegante; *sport*, por deporte; *pickles*, por encurtidos, etc.

Los *italianismos* han monopolizado para sí casi to-

dos los términos musicales, como *allegro*, *piano*, *sforzato*, *andantino*, *forte*, etc.

Germanismos son algunos términos científicos y filosóficos.

Los *latinismos* son por lo común términos literarios, como *reluctar*, por resistir; *implicar*, por abrazar, etc.

350] Otro vicio de dicción dijimos que era el *arcaísmo*; añadiremos ahora que consiste en el empleo de palabras anticuadas, como *asaz*, por bastante; *cabe*, por cerca de; o de las formas anticuadas de ciertas palabras, como *fierro*, por hierro; *retorcijón*, por retortijón, etc.

351] Vicio opuesto al arcaísmo es el *neologismo*, que consiste en valerse de vocablos nuevos contrarios al genio del idioma y completamente inútiles, como *adjuntar*, *dictaminar*, *presupuestar*, *coleridad*, *extemporaneidad*, *primeridad*, y tantos otros.

352] Vicio tan reprehensible y feo como el galicismo es, por fin, la *impropiedad*, o sea echar mano de palabras que signifiquen algo distinto de lo que deseamos expresar.

De la *Gramática* de la Academia, tomamos los siguientes ejemplos de *impropiedad*: *Pasó desapercibido*, por *pasó inadvertido*; pues *desapercibido* significa *desprevenido*; *Reasumiendo lo dicho*, por *resumiendo*: ya que *reasumir* significa *volver a asumir*; *Bajo esta base*, por, *sobre esta base*; *Bajo este punto de vista*, por, *desde este punto de vista*.

CAPITULO XI

DEL ANÁLISIS ANALÓGICO

353] El *análisis analógico* se propone establecer de qué manera se llenan las diferentes *funciones* u *oficios* en cualquier trozo hablado o escrito.

El *análisis analógico* puede ser *inmediato* y *secundario*.

354] *Análisis analógico inmediato*, es aquel en el cual se conservan enteras las frases, y oraciones que desempeñan funciones analógicas. Sea, por ejemplo, la cláusula siguiente: *El tren expreso de Rosario que esperábamos con tanta impaciencia, llegó esta mañana con el atraso que el jefe preveía*; sometiéndola al análisis analógico inmediato, tendremos:

El: artículo def. masc. sing.

tren: sust. apel. masc. sing.

expreso: ad. cal. masc. sing.

de Rosario: adj. frase determinativo.

que esperábamos: adj. explicativo oración.

con impaciencia: adverbio frase.

tanta: adj. calif. fem. sing.

llegó: verbo neutro, de la 1.ª conj., regular, 3.ª pers. pret. perf. de Indic.

esta: adj. det. fem. sing.

mañana: sust. apel. fem. sing.

con el atraso: adverbio frase.

que el jefe preveía: adj. determinativo oración.

355] El *análisis analógico secundario*, partiendo del resultado del anterior, descompone los complejos o entidades en sus vocablos componentes. Tendremos.

pues, prosiguiendo el trabajo iniciado en el párrafo anterior:

El: como en el *análisis inmediato*.

tren: id. id.

expreso: id. id.

de: preposición.

Rosario: sust. propio, masc. sing.

que: pron. relat. en acusativo.

esperábamos: verbo trans. reg. de la 1.ª conj. 1.ª pers. plur. del imperf. de Indicativo.

con: preposición de ablativo.

impaciencia: sust. apel. fem. sing.

tanta: como en el *análisis inmediato*.

llegó: id. id.

esta: id. id.

mañana: id. id.

con: prep. de ablativo.

el: art. def. masc. sing.

atraso: sust. apel. masc. sing.

que: pron. relat. en acusativo.

el: art. def. masc. sing.

jefe: sust. apel. masc. sing.

preveía: verbo trans. irreg. de la 2.ª conj. 3.ª pers. del pret. perf. de Ind.

356] De acuerdo con los modelos anteriores, puede analizarse analógicamente cualquier pasaje.

357] El *análisis anológico secundario*, es el último término a que puede llevarse la investigación en *Analogía*.

TEXTO DE LECTURA

ESTEBAN ECHEVERRÍA

Estudio crítico a propósito de la edición de sus
"Obras completas"

Señalamos siempre con viva complacencia las manifestaciones del espíritu literario en Buenos Aires. Felizmente se hacen cada vez menos raras las ocasiones de aplaudir y estimular las nobles tentativas de los que se afanan por reflejar lo bello en las páginas del libro, iniciando el público en los placeres delicados del arte, refinando sus sentimientos y contribuyendo a mejorarle como entidad moral. Tenemos hoy la satisfacción de anunciar a nuestros lectores la próxima edición de las obras en prosa y en verso de don Esteban Echeverría, cuyo recuerdo es simpático no sólo para sus compatriotas, sino para todos los que aman y respetan el talento unido a un carácter elevado. El doctor don Juan María Gutiérrez, amigo del autor de «La Cautiva» y del «Dogma socialista», se ha dedicado con piadosa consagración a reunir los materiales de la edición referida y a dirigirla personalmente. Los honrosos antecedentes del Rector de nuestra Universidad, tan conocido como poeta y crítico literario, hacen concebir fundadas esperanzas de que poseeremos correctamente impresas y bien clasificadas las producciones de aquel distinguido argentino que murió en la amargura del destierro, cuando su patria yacía ensangrentada a los pies del más bárbaro tirano de los tiempos modernos. El mismo doctor Gutiérrez escribirá una noticia detallada sobre la persona, vida y obras de Echeverría. a

quien trató íntimamente y sobre el cual ha publicado trabajos muy interesantes.

Echeverría es uno de nuestros literatos más afamados. Sus composiciones líricas, sus poemas, sus escritos en prosa, fueron leídos con avidez en los tiempos ya lejanos en que se inició lo que puede llamarse el movimiento revolucionario de nuestra literatura. Conviene que la joven generación se familiarice con aquel noble y vigoroso espíritu que condensaba, por decirlo así, todas las nociones de la ciencia social en la época en que vivió y que supo abrir al arte anchos y nuevos caminos por los cuales hallaron nuestros poetas un mundo entero de bellezas desconocidas. Echeverría era un hombre reflexivo, estudioso, inspirado y amante de su patria. Podría presentársele como el tipo del ingenio sudamericano, sagaz, delicado, flexible, apto para comprender las verdades que obtiene como premio la paciente investigación y para sentir con viveza las emociones que los bellos espectáculos de la naturaleza despiertan en las almas noblemente apasionadas.

Los jóvenes que cultivan la literatura, hallarán sin duda en la lectura de las obras de Echeverría placeres delicados y puros, enseñanzas fecundas y severas. Cuando se trata de evitar que los hombres de letras se puerilicen en busca de una popularidad fácil y pervertidora, cuando se trata de hacerles adquirir esos hábitos meditativos indispensables para el progreso intelectual, Esteban Echeverría, desdeñoso como Horacio de la incipiente del vulgo, investigador concienzudo en las cuestiones de la ciencia y del arte, es todavía después de la muerte, el bienvenido para los pueblos del Plata.

Sus escritos políticos no son, no pueden ser ya, por

la marcha natural e incesante de las ideas, una revelación sorprendente para sus conciudadanos, como lo fueron tal vez cuando el malogrado argentino volvió al seno de su patria, después de beber a largos sorbos la ilustración europea; pero son y serán siempre un alto ejemplo para enseñarnos a disciplinar y dirigir las fuerzas intelectuales en orden a hallar la solución de los problemas que se refieren al bien de la sociedad.

Nada es tan eficaz para inspirar aversión hacia el hueco charlatanismo de los que hablan y escriben sin reflexionar, como la lectura de las obras de Echeverría. Él conocía los serios deberes del literato y sabía practicarlos con escrupulosa austeridad. No escribía para halagar las preocupaciones vulgares y alcanzar las victorias estruendosas, pero efímeras, obtenidas por los que dicen a gritos las necesidades que el vulgo ama como a sus hijos; y sacrificaba siempre el efecto inmediato a las reglas del criterio artístico, inaccesible para la gran mayoría de personas que no tienen un gusto refinado. Escribió «La Cautiva» en humildes octosílabos para hacer contrastes con los ampulosos alexandrinos a cuya sonoridad deben algunos versificadores su fama poco envidiable, probando que la poesía reside en las ideas y en el sentimiento, que las modestas formas de un metro sencillo pueden albergar dignamente la sublime inspiración del poeta. Supo reconcentrarse en los senos de la conciencia y sondear pacientemente las profundidades del mundo interior, así como había estudiado las maravillas de la naturaleza. Esperó los favores de la musa en las horas silenciosas de austeras vigiliás, y la invisible confidente bajó a su alma con una frecuencia y una amabilidad de que

pocos pueden jactarse a pesar de haberla invocado muchas veces. Rompió la tradición clásica a que habían estado sujetas las generaciones poéticas de la República Argentina, quitó a nuestra literatura el carácter de «cosmopolitismo incoloro» que había tenido hasta entonces, inspirándose en las peculiaridades de nuestra naturaleza y de nuestra sociedad, e introdujo en la poesía las audaces franquezas de la expresión, que muestran con sus verdaderos matices y en todo su vigor los fenómenos del alma humana. Sus cuerdas favoritas eran las que se armonizan con la solemne majestad de la meditación y con los tiernos suspiros de la elegía. No tenía, juzgando por los versos que conocemos, los acentos imprecatorios del señor Mármol, ni ostenta siempre la gracia elegante de Juan María Gutiérrez, espíritu suave y exquisito que parece haber sido en tiempos dichosos el preferido de alguna musa insinuante y seductora. Pero ninguno de nuestros poetas hasta la aparición de Ricardo Gutiérrez ha tenido «el alma más impregnada de la melancolía que el «dulce ruiseñor de los Consuelos», ni ha expresado fielmente las angustias de un noble espíritu en una época aciaga y en una tierra cubierta de sombras y humedecida por la sangre de luchas fratricidas. En su alma se alberga ese indefinible sentimiento en que se condensan, perdiendo mucho de su amargura, los «males de la vida», sin llegar a confundirse jamás con la horrible desesperación o la sarcástica indiferencia de los que han dado a la esperanza un eterno adiós. Su espíritu se obscurecía con las nubes de la tristeza como el mundo con las sombras del crepúsculo, pero brillaba también con los fulgores de halagüeñas visiones. Echeverría ha con-

templado el ideal, ha sentido los dolores y los placeres de esa contemplación, y ha reflejado en bellas estrofas las variadas escenas de su drama interior.

¡Pobre poeta! ¿Quién le hubiera dado ver a su patria libre del monstruo que la ensangrentaba, cuando él la miraba con tristes ojos desde la opuesta ribera del Plata? ¿Quién le hubiera dado asistir en vida al desenvolvimiento de la civilización en este suelo que amó con fervoroso patriotismo y cuyas bellezas cantó el primero con acentos inspirados? Él se hundió en las regiones de la muerte, elevando el alma herida aunque no desesperada. Entonces todo era sangre y tinieblas. Ahora no es todo luz y alegría; pero las fuerzas morales contienen por fin el desborde asolador de la barbarie. ¡La sombra de Echeverría se levanta! ¡es la sombra de un pensador, es la sombra de un poeta! Un noble amigo la guía y la introduce solemnemente en la región de los vivos. Nosotros, los jóvenes, que alcanzamos días mejores que esos austeros peregrinos y seguimos su gloriosa tradición, inclinémonos con respeto y con amor ante la imagen de aquel ilustre muerto cuya inspiración hará siempre honor a nuestras letras y a nuestro país.

PEDRO GOYENA.

EL HOGAR PATERNO

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construc-

ción, ha recibido en el transcurso de estos últimos años, algunas adiciones que la confunden hoy con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, empero, es aquella a que se apegaba la poesía del corazón, la imagen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de recreo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta para engreirme de ejercer tanto poder.

Hacia la parte del sur del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la casa, dividida en dos departamentos; uno sirviendo de dormitorio a nuestros padres, y el mayor, de sala de recibo con su estrado alto y cojines, resto de las tradiciones del diván árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no había otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos, y heredados a causa del hábito dominico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aún en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes y traqueteo de husos, pedales y lanzadera, nos despertaba antes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él la necesidad de hacer por

el trabajo frente a sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, y calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sezonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera, fueron personajes más tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba de veinte varas escasas de fondo, tenían lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos; bajo un durazno corpulento, había un pequeño pozo de agua para el solaz de tres o cuatro patos, que, multiplicándose, daban su contribución al complicado y diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia: y como todos estos medios eran aún insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, había un jardín de hortalizas, del tamaño de un escapulario, y que producía cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo, abrigado e iluminado con grupos de flores comunes, un rosal morado y otros varios arbustillos fluorescentes. Así se realizaban en una casa de las colonias españolas la exquisita economía de terreno y el inagotable producto que de él sacan las gentes de campaña en Europa; y cuando he querido sugerir a mi madre algunas ideas de economía rural, tomadas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fué

el placer y la ocupación favorita de su larga vida. Hoy, a los setenta y seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, y es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo en seguida a nuestras objeciones, con la violencia que se haría de dejarlas al verlas tan mal tratadas.

Todavía había en aquella arca de Noé algún rinconcillo en que se enjebaban o preparaban los colores para teñir las telas, y un pudridor de afrecho de donde salía todas las semanas una buena porción de exquisito y blanco almidón. En los tiempos prósperos, se añadía una fábrica de velas hechas a mano, alguna tentativa de amasijo que siempre terminaba mal, y otras mil granjerías que sería superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas no estorbaban que hubiese orden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar antes que el sol calentase las eras de legumbres, y establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo la ocupación fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido por los años, que había heredado de su madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un periodo de cerca de dos siglos en que nobles manos la han agitado casi sin descanso; y aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito y la necesidad de tejer de mi madre, mi codicia ha prevalecido y soy yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamás suficientemente rico o poderoso, para imitar a aquel rey persa que se servía en su palacio de los tuestos de barro que le habían servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse y despreciar la pobreza.

Para completar este menaje, debo traer a colación dos personajes accesorios; la Toribia, una zamba criada en la familia: la envidia del barrio, la comadre de todas las comadres de mi madre, la llave de la casa, el brazo derecho de su señora, el ayo que nos crió a todos, la cocinera, el mandadero, la revendedora, la lavandera, y el mozo de manos para todos los quehaceres domésticos. Murió joven, abrumada de hijos, y su falta dejó un vacío que nadie ha llenado después, no sólo en la economía doméstica, sino en el corazón de mi madre; porque eran dos amigas ama y criada, dos compañeras de trabajo, que discurrían entre ambas sobre los medios de mantener la familia; reñían, disputaban, disentían y cada una seguía su parecer en ambas conducentes al mismo fin. ¿Qué pensar en sorprender a la cocinera los niños de vuelta de la escuela, con su mendrugillo de pan escondido, introduciéndonos en vía y forma de visita, para soparlo en el caldo gordo del puchero! Si el tiro se lograba, era preciso tener listas las piernas y correr sin mirar para atrás hasta la calle, so pena de ser alcanzado por el más formidable cucharón de palo que existió jamás, y que se asentó por lo menos treinta veces en mi niñez sobre mis frágiles espaldas. La otra era Ña Cleme, el pobre de la casa: porque mi madre, como la Rigoleta de Sué, que *no se mezquinaba* nada, tenía también sus pobres a quienes ayudaba con sus desperdicios a vivir. Pero el pobre de la familia era como la criada, un amigo, un igual, y un mendigo. Sentábase mi madre y Ña Cleme en el estrado, conversaban de gallinas, telas y cebollas, y cuando la infeliz quería pedir su limosna, decía inviolablemente: *pues tóyeme yo*, frase que repetía hasta

que algún harapo caído en desuso, en consideración a sus muchos servicios, alguna cemita redonda y sabrosa, una vela, si las había en casa, unos zapatos viejos, y allá por muerte de un obispo, un medio en plata, a falta de menores subdivisiones de la moneda, acudían a hacer cierto e inmediato el sacramental *vóyeme yo*, que no era al principio más que una voz preventiva.

Tal ha sido el hogar doméstico en que me he criado, y es imposible que, a no tener una naturaleza rebelde, no haya dejado en el alma de sus moradores, impresiones indelebles de moral, de trabajo y de virtud, tomadas en aquella sublime escuela en que la industria más laboriosa, la moralidad más pura, la dignidad mantenida en medio de la pobreza, la constancia, la resignación, se dividían todas las horas. Mis hermanas gozaron de la merecida reputación de las más hacendosas niñas que tenía la provincia entera; y cuanta fabricación femenil requería habilidad consumada, fué siempre encomendada a estos supremos artífices de hacer todo lo que pide paciencia y destreza, y deja poquísimos dineros. El confesado intento de denigrarme, de un escritor chileno, se detuvo hace algunos años en presencia de aquellas virtudes, y pagó su tributo de respeto a la laboriosidad respetable de mis hermanas, no sin sacar partido de ello para hacer de mí un contraste.

DOMINGO F. SARMIENTO.

(*Recuerdos de Provincia*).

EL NIDO DE CÓNDORES

I

En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío,
Para imponer silencio a sus rumores,
Un peñasco sombrío.

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas,
Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! ¡Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

¡Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno,
Parece que fermentan las horrascas
Y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
con inquietud extraña:
¡Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

¡No sueña con el valle, ni la sierra,
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas!

¡No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
Despeñando por riscos y quebradas
Sus témpanos de llama!

¡No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

¡Muchas nubes pasaron a su vista,
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:
¡Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía,
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera:
Un niño, y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante,
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto
De esta cumbre gigante.»

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco graznido,
Y fué a posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

¡Inquieto, tembloroso, como herido
De lúnebre congoja,
Pasó la noche, y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja!

II

Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,
Recuerdo de otro tiempo de esplendores,
De otro tiempo de gloria,
¡En que era breve espacio a su ardimiento
La anchurosa región del vago viento!

Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva,
Dando caza a las nubes en Oriente;
¡O con mirada altiva
En la garra pujante se apoyaba,
Cual se apoya un titán sobre su clava!

Una mañana -- ¡inolvidable día!—
Ya iba a soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
Y descender al llano,
A celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva,

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de Occidente;
El rumor del torrente desatado,
¡La cólera rugiente
Del volcán que en horrible paroxismo
Se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
¡Y vibraron los bélicos clarines
Del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros,
¡Y atónita al sentirlos la montaña,
Bajó la frente, y desgarró su entraña!

¿Dónde van? ¿Dónde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía;
¡Donde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo,
Van a morir o libertar un mundo!

III

Pensativo a su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino,
Al león hispano asió de la melena
¡Y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: «¡Éste es el grande!»
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo a su vez: «¡Mirad! ¡ésa es mi gloria!»

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;
¡Y a sus roncros acentos,
Tembló de espanto el Español sereno
En los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelea;
Viento de tempestad llevó a su oído
Rugidos de marea;
¡Y descendió a la cumbre de una sierra,
La corva garra abierta, en son de guerra!

¡Porfiada era la lid!—Por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,
¡Y penachos, espadas y cimbras,

Cureñas y cañones,
Como heridos de un vértigo tremendo
En la sima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid!—En la humareda
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba:
¡Y al fin, entre relámpagos de gloria,
Vino a alzarla en sus brazos la victoria!

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
Grito inmenso de júbilo salvaje;
¡Y desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
Fué esparciendo por sierras y por llanos
Jirones de estandartes castellanos!

V

¡Desde entonces, jinete del vacío,
Cabalgando en nublados y huracanes,
En la cumbre, en el páramo sombrío,
Tras hielos y volcanes,
Fué siguiendo los vívidos fulgores
De la bandera azul de sus amores!

¡La vió al borde del mar, que se empinaba
Para verla pesar, y que en la lira
De bronce de sus olas entonaba,
Como un grito de ira,
El himno con que rompe las cadenas
De su cárcel de rocas y de arenas!

La vió en Maipo, en Junín, y hasta en aquella
Noche de maldición, noche de duelo,
En que desapareció como una estrella
Tras las nubes del cielo,
¡Y al compás de sus lúgubres graznidos
Fué sembrando el espanto en los dormidos!

¡Siempre tras ella, siempre!, hasta que un día
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo:
El sol de libertad que aparecía
Tras nublado profundo,
¡Y envuelto en su magnífica vislumbre,
Tornó soberbio a la nativa cumbre!

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero
En el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña;
¡Y al beso de la luz del sol naciente
Volvió otra vez a sacudir las alas
Y a perderse en las nubes del Oriente!

¿A dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
¡Va a esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
A cuyo sólo nombre se postraban
Tiranos y opresores!

¡Va a posarse en la cresta de una roca,
Batida por las ondas y los vientos,

Allá, donde se queja la ribera
Con amargo lamento,
Porque sintió pasar planta extranjera
Y no sintió tronar el escarmiento!
¡Y allá estará! Cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria,
Cuando el mar patagón alce a su paso
Los himnos de victoria,
Volverá a saludarlo, como un día
En la cumbre del Ande,
Para decir al mundo: ¡Éste es el grande!

OLEGARIO V. ANDRADE.

DOÑA FORZUNA Y DON DINERO

Pues señores, vengamos al caso: era éste, que vivían enamorados doña Fortuna y don Dinero, de manera que no se veía al uno sin el otro; tras de la sogá anda el caldero; tras doña Fortuna andaba don Dinero: así sucedió que dió la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era don Dinero un gordote rechoncho con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia, y unas zapatitas de papel de la gran fábrica de Madrid. Doña Fortuna era una locona, sin fe ni ley, y más ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina: la mujer quería mandar; pero don Dinero que es engreido y soberbio,

no estaba por ese gusto.—Señores, decía mi padre (en gloria esté) que si el mar casase, había de perder su braveza; pero don Dinero es más soberbio que el mar, y no perdía sus ínfulas.

Como ambos querían ser más y mejor, y ninguno quería ser menos, determinaron hacer la prueba de cuál de los dos tendría más poder. *Mira, le dijo la mujer al marido, ¿ves allí abajo en el *chueco* de un olivo aquel pobre tan cabizbajo y mohino? Vamos a ver cuál de los dos, tú o yo, le hacemos mejor suerte».

Convino el marido; enderezaron hacia el olivo, y allí se encamparon; él raneando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le había echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos Usías se le plantaron delante.

—¡Dios te guarde!—dijo don Dinero.

—Y a Usía también — contestó el pobre.

—¿No me conoces?

—No conozco a su mercé sino para servirlo.

—¿Nunca has visto mi cara?

—En la vida de Dios.

—Pues qué, ¿nada posees?

—Si señor; tengo seis hijos desnudos como cerros, con gañotes como calcetas viejas; pero en punto a bienes, no tengo más que un *toma y come* cuando lo hay.

—¿Y por qué no trabajas?

—¡Toma!, porque no hallo trabajo. Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido como cuerno de cabra; desde que me casé, pareció que me había caído la helada, y soy el *non plus métra* de la desdicha, ¡señor!

Allí nos puso un amo a labrarle un pozo a estajo, *prometiéndonos* sendos doblones cuando se le diese rematado; pero antes no soltaba un maravedís; así fué el trato.

—Y bien que lo pensó el dueño, dijo sentenciosamente su interlocutor, pues dice el refrán: dineros tomados, brazos quebrados.—*Sigue, hombre.*

—Nos pusimos a trabajar echando el alma, porque aquí donde su mercé me ve con esta facha ruin, yo soy un hombre, señor.

—¡Ya! dijo don Dinero, en eso estoy.

—Es, señor, repuso el pobre, que hay cuatro clases de hombres; hay *hombres* como son los *hombres*; hay *hombrecillos*, hay *monicacos*, y hay *monicaquillos*, que no merecen ni el agua que beben.—Pero como iba diciendo, por mucho que cavamos, por más que ahondamos, ni una gota de agua hallamos.—No parecía sino que se habían secado los centros de la tierra; nada hallamos, señor, a la fin y a la postre, sino un zapatero de viejo.

—¿En las entrañas de la tierra! exclamó don Dinero indignado de saber tan mal avecindado su palacio solariego.

—No señor, respondió el pobre, no en las entrañas de la tierra, sino de la otra banda, en la tierra de la otra gente.

—¿Qué gentes, hombre?

—Las antípodas, señor.

—Quiero favorecerte, amigo, dijo don Dinero metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó a correr que volaba; que la alegría le puso alas a los pies:

arribó derechito a una panadería y compró pan; pero cuando fué a sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero. por el que se había salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso a buscarlo; pero ¿qué había de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Antón que le guarde.—Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia, y se puso a echarle a su mala fortuna cada maldición que abría las carnes.

Doña Fortuna se tendía de risa, la cara de don Dinero se puso aún más amarilla de coraje; pero no tuvo más remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A este le entró un alegrón que se le salía el corazón por los ojos. Esta vez no fué por pan, sino a una tienda en que mercó telas para echarles a la mujer y a los hijos un rocioncito de ropa encima.—Pero cuando fué a pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos diciendo que aquella era una mala moneda, que por lo tanto sería su dueño un monedero falso, y que lo iba a delatar a la justicia.—El pobre al oír esto se aborchonó y se le puso la cara tan encendida que se podían tostar habas en ella; tocó de suela, y fué a contarle a don Dinero lo que le pasaba llorando por su cara abajo.

Al oírlo doña Fortuna se desternillaba de risa, y a don Dinero se le iba subiendo la mostaza a las narices.—Toma, le dijo al pobre dándole dos mil reales; mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante, o he de poder poco.

El pobre se fué tan enajenado, que no vió hasta

que se dió de narices con ellos, a unos ladrones que lo ciejaron sin nada.

Doña Fortuna le hacia la mamola a su marido, y éste estaba más corrido que una mona.—Ahora me toca a mí, le dijo, y hemos de ver quién puede más las faldas o los calzones.

Acercóse entonces al pobre que se había tirado al suelo, y se arrancaba los cabellos; y sopló sobre él. Al punto se halló éste debajo de la mano el duro que se le había perdido. Algo es algo, dijo para sí, vamos a comprarles pan a mis hijos, que ha tres días que andan a medio sueldo, y tendrán los estómagos más limpios que una patena.

Al pasar frente de la tienda en la que había mercadeo la ropa, lo llamó el mercader, y le dijo que le había de disimular lo que había hecho con él; que se le figuró que la onza era mala, pero que habiéndose acertado a entrar allá el contrastador, le había asegurado que la onza era buenisima, y tan cabal en el peso, que más bien le sobraba que no le faltaba: que ahí la tenía, y además toda la ropa que había apartado, que le daba en cambio de lo que había hecho con él.—El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate usted ahí que una partida de Napoleones de la Guardia Civil traían presos a los ladrones que le habían robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un conpadre suyo en una mina, y no bien había ahondado tres varas, cuando se hallaron un filón de oro, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dijeron *Don*, luego *Usía*, y luego *Excelencia*.

Desde entonces tiene doña Fortuna a su marido amilanado y metido en un zapato, y ella más casquivana, más desatinada que nunca, sigue repartiendo sus favores sin ton ni son, al buen tun tun, a tontas y a locas, a ojo de buen cubero, a la buena de Dios, a cara y cruz, a manera de palo ciego, y alguno alcanzará a narrador si le agrada el cuento al lector.

FERNÁN CABALLERO.

(Cuentos populares andaluces).

LAS GAFAS

Como se acercaba el día de San Isidro, multitud de gente rústica había acudido a Madrid desde las pequeñas poblaciones y aldeas de ambas Castillas, y aun de provincias lejanas.

Llenos de curiosidad circulaban los forasteros por calles y plazas e invadían las tiendas y los almacenes para enterarse de todo, contemplarlo y admirarlo.

Uno de estos rústicos entró por acaso en la tienda de un óptico en el punto de hallarse allí una señora anciana que quería comprar unas gafas. Tenía muchas docenas extendidas sobre el mostrador; se las iba poniendo sucesivamente, miraba luego en un periódico, y decía:

—Con éstas no leo.

Siete u ocho veces repitió la operación, hasta que al cabo, después de ponerse otras gafas, miró en el periódico, y dijo muy contenta:

—Con éstas leo perfectamente.

Luego las pagó y se las llevó.

Al ver el rústico lo que había hecho la señora qui-

so imitarla, y empezó a ponerse gafas y a mirar en el mismo periódico; pero siempre decía:

—Con éstas no leo.

Así se pasó más de media hora; el rústico ensayó tres o cuatro docenas de gafas, y como no lograba leer con ninguna, las desechaba todas, repitiendo siempre:

—No leo con éstas.

El tendero entonces le dijo:

—¿Pero usted sabe leer?

—Pues si yo supiera leer, ¿para qué había de mercar las gafas?

JUAN VALERA.

(Cuentos y chascarrillos andaluces).

EL ATENEO ENCICLOPÉDICO POPULAR DE BARCELONA

Hace ya de esto algunos años.

Dos obreros de Barcelona leían, en un mismo ejemplar, un libro de Historia Natural. El vulgo ilustrado no comprendería nunca la pasión con que aquellos dos hombres estudiaban.

Sentían por la Ciencia, apenas entrevista, una extraña devoción. Al aprender en el volumen que había sustancias de color «opalino», este adjetivo nuevo les pareció tan bello que uno de los dos lectores, albañil de oficio, al inscribir a un hijo en el Registro Civil, le puso este mismo nombre: Opalino. El niño es hoy un muchacho muy inteligente, con vocación de artista.

Muchos se sonreirán leyendo este hecho. Confío, sin embargo, en que habrá quienes, al sonreirse, no lo harán sin cierta emoción.

A los dos entusiastas, pronto se juntó . . . tercero, luego un cuarto . . . Pero se daban cuenta de que, por sí solos, no lograban instruirse como querían. Ruscaron el concurso de algún joven intelectual. Y se propusieron fundar, entre todos, una sociedad de mutua cultura, para emancipar internamente al pueblo.

El primer día se reunieron en un local que les prestó la Asociación de los Coros de Clavé. Uno de aquellos fundadores, el de más edad, maestro carpintero, hizo por sus manos una mesa de pino. Cuando ya se congregaron alrededor de esta mesa, tuvieron la sensación de que su proyecto no era un sueño.

Así nació en Barcelona el Ateneo Enciclopédico Popular.

LUIS DE ZULUETA.

EBEGÍA A LAS MUSAS

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro
Y máscaras alegres, que algún día
Me disteis, sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya cómo la edad ligera,
Apresurando a no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al numen.
Sé que negáis vuestro favor divino
A la cansada senetud, y en vano

Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
No me neguéis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí. Si pude un día,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, a vos fué dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Sólo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
A prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando insolente
Vano saber, enconos y venganzas,
Codicia y ambición, la patria mía
Abandonaron a civil discordia.

Yo ví del polvo levantarse audaces,
A dominar y perecer, tiranos:
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Vi las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse,
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose al vendido
Impetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Iras, desorden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas;
Y allá del Tibre en la ribera etrusca

Se estremece la cúpula soberbia
Que al Vicario de Cristo da sepulcro.
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armonías,
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad: bramó iracundo
El huracán, y arrebató a los campos
Sus frutos, su matiz: la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos:
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas;
No más trinos de amor. Así agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo
Sólo en región extraña el oprimido
Animo hallar dulce descanso y vida.

Breve será; que ya la tumba aguarda
Y sus mármoles abre a recibirme;
Ya los voy a ocupar... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella... Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde a las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.

LEANDRO F. DE MORATÍN.

MI TERCER AÑO DE BACHILLERATO

En mi marcha ascendente por el bachillerato con el ardor de mi inteligencia crecía la debilidad de mi cuerpo. Ordenáronme, por prescripción facultativa, dar largos paseos y los daba a diario. Y recuerdo que pocos goces he sentido más íntimos que el experimentado la primera vez que saliendo por Urazurrutia, orilla izquierda del Nervión, di la vuelta por el Puente Nuevo, en Bolueta, para volver por la derecha. ¡Había ido por una orilla y vuelto por la otra! ¡Había pasado el Puente Nuevo! Los que a diario hacen novillos no pueden comprender el intenso placer que me produjo este paseo.

Pocos goces más serenos y más hondos que el goce que por entonces me procuraba un paseo. Mientras el pecho se hincha de aire fresco y libre, adquiere el espíritu libertad, se desata de aquellos pensamientos y cuidados que como áncoras le retienen y goza en una pasividad calmosa, en un aplanamiento lleno de vida, el desfilar de las sensaciones fugitivas. Se derrama por el campo, se refresca al contacto de la frescura de los follajes, se restrega en verdura. El pensamiento libre yerra de una cosa en otra, se fija en lo que pasa y pasa con ello, se identifica con lo fugitivo y sueña lo que ve. ¡Qué triste tener que pasar de aquellos paseos al aula obscura!

Por vacaciones de verano me iba con mi familia a una casa de campo que mi abuela tenía en Deusto, cerca de Bilbao. El día de la marcha era un día de júbilo íntimo. Cambiábamos una casa por otra casa conoci-

da, las sillas de la casa de Bilbao por las robustas y anchas sillas de la casa de Deusto; allí estaba aquel cuadro del Ecce Homo lleno de sangre, allí aquel fresco sofá de rejilla, y allí, sobre todo, la huerta con sus parras y sus naranjos.

En Deusto permanecíamos hasta ya entrado el curso, hasta pasar el veranillo de San Martín. Y los domingos venía a comer algún amigo de Bilbao, y era fiesta.

¡Qué huella han dejado en mi aquellas temporadas de campo, allí, en la aldea, donde los chicos de la escuela se burlaban de nuestras largas blusas! Recuerdo el recorrer encorvados, por debajo de las bajas parras de uva negra, llenándonos la cara de telarañas, largos trechos jugando al escondite; y el aprender a nadar entre maíces, y el subirnos al membrillo, y sobre todo el ver, desde el corredor de casa, caer la lluvia dulcemente sobre el campo, sin poder salir. En el campo llueve de otra manera que en la ciudad, con más pureza, con más dulzura, con más libertad.

¡Dulces veraneos en aquella casita de Deusto, que me abrieron el alma al sentimiento del campo! Y no olvidaré el profundo afecto que me causó la lectura allí, por las noches, de la candorosa novela de Trueba *Mari Santa*, al ver que en un libro se hablaba de lugares que podía yo ver desde el corredor de aquella casita, se hablaba de aquel caserío Echezuri que estaba allí, a un paso. Entonces empecé a sentir lo que es vivir en un lugar consagrado por el arte, aunque el arte fuera tan candoroso como el de esa novela.

¡Qué días los de aquella huerta! Estaba surcada por canalillos a donde llegaba el agua de la ría en las

más altas mareas, y en tales ocasiones hacia navegar por los canalillos en improvisados barquichuelos a pajaritas de papel. Las cuales llevaban a cabo en la huerta, a imitación de los héroes de Julio Verne, arriesgadas expediciones, pasándose la noche en chocillas construidas con barro arcilloso. ¡Y más de una mañana, tras de una noche de torrencial aguacero, aparecían las pobres pajarillas expedicionarias muertas en barro!

¿Y las idas a Bilbao, a lo largo de la ría, para asistir a clases? ¡Cómo se me grabó el Nervión, aprisionado entre pretiles, reflejando en el espejo de tinte metálico de sus tranquilas aguas de marea el cordaje de los buques cuyas velas han vibrado a todos vientos! Esa ría de mi Bilbao, hijo de ella, esa ría maravillosa, a la que entre sus brazos amparan las montañas, ha llegado a hacerse consustancial con mi espíritu.

Hace pocos años pasé una tarde por primera vez desde hacía algunos por el lugar en que estuvo aquella casita y al ver en su sitio un enorme y pesado caserón presuntuoso y convertida la casera huerta de frutales y parrales, tan íntima y tan modesta, en un parque a la inglesa, se me subieron las lágrimas a los ojos. Mi casita ya no existe.

Traigo aquí estos recuerdos campesinos porque van unidos muy especialmente a los de mi tercer año de bachillerato, el de retórica.

En este tercer año empezábamos ya a despreciar a los pipiolo de primero que tenían que pasar por el formidable latín, que ya nosotros habíamos dejado atrás. Les mirábamos con cierta compasiva superioridad cómo venían tan orondos y satisfecho, metiendo más bulla que los demás, algunos en pantalón corto y

cuello a la marinera, lo que nos hacía indignarnos de que se les metiera tan mocosos en el instituto. «Algún día les traerán al destete» decíamos. Y tanto como despreciábamos a los primerizos envidiábamos a los de último año, que entraban tocando al oso que estaba a la entrada del aula del esqueleto.

La reiórica me era agradable sobre todo a causa de los ejemplos de la poética, que es como se llama al arte de construir versos. Recuerdo cómo la estudié, sus primeras lecciones al menos, en la casita de campo de Deusto, en la huerta, subido en un peral. Entre sus ramas armé un tinglado con unas tablas, subíame en él y una vez allí, entre las hojas que empezaban a caer —era en los apacibles atardeceres de las postrimerías de Octubre— me ponía a repetir una frase hasta aprendérmela de memoria. Y aburrido pronto de la lección corría hojas y me iba a buscar en los ejemplos aquellos versos de Zorrilla que dicen:

 Mi voz fuera más dulce
 que el ruido de los hojas
 mecidas por las auras
 del oloroso Abril...

¡Cómo sonó en mis oídos por vez primera la solemne música del trovador errante! ¡Cómo aquellos fragmentos de cantos, que en la melodía de sus estrofas enzarzaban y retenían la vaguedad vulgar de sus imágenes, hicieron agitarse a las hojas de mi alma mientras se agitaban las hojas del peral, desprendiéndose de él, y volando allá, a perderse en el sembrado de borona, bajo el azul del cielo!

Y paseándome en la huerta, a la caída de las ho-

ras y las hojas, declamaba los versos yéndoseme los oídos tras de ellos.

Más grata que del cisne
las últimas congojas,
y más que los gorjeos
del ruiseñor gentil...

Y callaba para oír piar a algún *chimbo* silbante, al que hacían enmudecer los versos de Zorrilla declamados por mí.

Más grave y majestuosa
que el eco del torrente
que cruza del desierto
la inmensa soledad...

Estas palabras me levantaban el alma, imaginándome la inmensa soledad del desierto en aquella risueña y doméstica huerta, de parras, maíces, frutales y pajaros. Y concluía diciendo:

Más grave y más solemne
que sobre el mar hirviente
el ruido con que rueda
la ronca tempestad.

¡Qué deleite el de estas erres! Y cuando de noche, en el silencio campesino, se oía desde el corredor de casa un lejano zumbido que decían era el del mar, recordaba.

el ruido con que rueda
la ronca tempestad.

¡Qué hechizo el que me producían los versos por sí

mismos, por su halago al oído! Recuerdo el singular deleite que hallaba en estos otros versos, también de Zorrilla, que desde entonces me sé de memoria y son los que dicen:

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego que a Flandes partió.

Versos que es difícil encontrar otros que contengan menos poesía, pues no tienen ninguna. Verdad es que Zorrilla realiza un problema y es el de dar la menor poesía que puede darse con la mayor armonía rítmica.

Fuera de los ejemplos ¿qué era la retórica? Colección de palabrotas feas, como metonimia, sinécdoque, concatenación... para cada triquiñuela su mote. Que si se añade una palabra por el principio, o por el medio o por el fin, que si se repite una misma al principio de dos versos o al fin de uno y al principio del siguiente, etc.

La clase de matemáticas la teníamos con el excelente don Ignacio, a quien todos conocíamos por el apodo de Catauchu, corrupción, parece, de Caluchúa, en vascuence: el gatito.

El álgebra me gustó siempre más que la aritmética. Me enredé siempre en la tabla de multiplicar y jamás logré adquirir ojo para hacer con presteza las divisiones. El planteamiento de un problema me era grato, pero su resolución me fatigaba, y aún sigue ocurriéndome así.

¡Qué gozo el de desarrollar largos binomios y trinomios! Cuando el encorado estaba atiborrado de signos, de ecuaciones, el corazón se me alegraba, ponía en ello los cinco sentidos y experimentaba el placer que debe experimentar un general al desarrollar un numeroso ejército en vistosa parada a los ojos del pueblo y del soberano que lo contemp^la. Sacaba factores comunes o los escamoteaba, reducía ecuaciones, quitaba y ponía, completamente embebecido. Y al llegar al resultado final, después de haber trazado los últimos términos al extremo inferior del tablero, en letra apretada y diminuta, con una rodilla en el suelo, entre neblina de polvillo de yeso, levantaba la cabeza radiante y contento al ver que había obtenido el resultado mismo que daba el texto. ¡Había salido! ¡qué pena tener que borrarlo!

MIGUEL DE UNAMUNO.

(Recuerdos de niñez y de mocedad.)

VEJECES

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
Sin voz y sin olor, saben secretos
De las épocas muertas, de las vidas
Que ya nadie conserva en la memoria,—
Y a veces a los hombres, cuando inquietos
Las miran y las palpan, con extrañas
Voces de agonizante dicen, paso.
Casi al oído, alguna rara historia
Que tiene obscuridad de talarafñas,
Son de laúd, y suavidad de raso.

¡Colores de anticuada miniatura,
Hoy de algún mueble en el cajón. dormida—
Cincelado puñal, carta borrosa,—
Tabla en que se deshace la pintura
Por el tiempo y el polvo ennegrecida,—
Histórico blasón, donde se pierde,
La divisa latina, presuntuosa,
Medio borrada por el liquen verde—
Misales de las viejas sacristías,
De otros siglos fantásticos espejos
Que en el azogue de las lunas frías
Guardáis de lo pasado los reflejos;
Arca, en un tiempo de ducados llena,—
Crucifijo que tanto moribundo
Humedeció con lágrimas de pena
Y besó con amor grave y profundo;
Negro sillón de Córdoba, alacena
Que guardaba un tesoro peregrino
Y donde anida la polilla. sola,—
Sortija que adornaste el dedo fino
De algún hidalgo de espadín y gola,—
Mayúsculas del viejo peregrino,—
Batista tenue que a vainilla hueles, —
Seda que te deshaces en la trama
Confusa de los ricos brocateles,—
Arpa olvidada que al sonar, te quejas;—
Barrotes que formáis un monograma
Incomprensible en las antiguas rejas,—
¡El vulgo os huye, el soñador os ama,
Y en vuestra muda sociedad reclama
Las confidencias de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños
Con esencias fantásticas y añejas
Y nos lleva a lugares halagüeños
En épocas distantes y mejores;—
; Por eso a los poetas soñadores,
Les son dulces, gratisimas y caras,
Las crónicas, historias y consejas.
Las formas, los estilos, los colores,
Las sugerencias místicas y raras
Y los perfumes de las cosas viejas!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

MAR AFUERA

(El viajero se despide y se va).

Es incalculable la cantidad de tontos que hay en el mundo, a juzgar por los que yo he encontrado en el camino, y entre cuyo número me cuento; viajeros como yo, por gusto, y sin maldita la razón que los obligue a viajar, en vez de estarse metidos en su cuarto, en su tierra, tranquilos y descansados.

Cuando oiga usted decir que los viajeros son tan buenos, no crea una palabra, a menos que usted sea dueño de algún hotel, de algún buque, ferrocarril o almacén de maletas y necesarios con navajas de barba para los que no se afeitan y cepillos empedernidos que no salen de su estuche a dos tirones.

Tanto vale decir que es bueno sufrir, incomodarse, marcarse, asolearse y exponerse uno a que lo estrujen, lo alcen, lo bajen, lo acomoden, lo apuren y lo reglamenten.

Comience, si quiere convencerse de la verdad de mi juicio, por recordar que apenas anuncia usted en su pueblo su intención de viajar, divide a sus relaciones en dos bandos: uno que aprueba el viaje, y otro que lo condena; llegando con tal motivo a hacerlo tema de conversación, punto del cual no sale usted sin dejar un buen pedazo de la piel.

Por fin, los bandos se uniforman y declaran indispensable el viaje proyectado, respondiendo a esta idea: cuanto menos bulto, más claridad; y desgraciado de usted si no se va pronto o si resuelve quedarse, porque entonces verá pintada en el rostro de sus mejores amigos, la desazón que les causa su demora o su cambio de idea.

—¿Cómo?—¿no se va? Y ¿para qué dijo que se iba? Pues hombre, ¡vaya una ocurrencia!

Así, el que anuncia un viaje debe irse, pues sus conciudadanos, hechos ya a la idea de verlo marcharse, son capaces de armarse para echarlo a palos si no se va de *motu proprio*.

*

Las impresiones de despedida al emprender un viaje por mar, se han modificado mucho en los países en que es necesario ir a tomar el gran buque a los quintos infiernos, gracias a las incomodidades que los acompañantes y el acompañado experimentan en la travesía. La lucha entre el corazón y el estómago se establece y el último vence. Mejor, así se diluye el sentimiento y los viajeros ahogan sus lágrimas para agitar sus pañuelos saludando a los parientes que vuelven a tierra.

¡Solo en el buque! ¡Fenómeno curioso! La sensación que invade a cada viajero es la del abandono al

entrar en su camarote, aun cuando sepa que va a tener por amigos, a las pocas horas, a los quinientos o mil pasajeros que se hallan a bordo.

La casa flotante, desconocida, llena de olores extraños, el movimiento de bagajes, la confusión de voces, los pedazos de frases que uno oye a los que se despiden de prisa y encargan algo a sus acompañantes, el afán de cada uno por acomodar sus maletas, la imposibilidad de ocuparse metódicamente de cosa alguna, el ansia porque todo concluya y comience a caminar el buque, la distracción con que uno contesta a los que le hablan, la falta de coordinación de las ideas, cierto malestar intranquilo que se sufre por no saber lo que uno ha olvidado, pero calculando que es mucho y lo más importante; el espectáculo que ofrecen todos los que se embarcan, medio atontados y egoístamente ocupados de sí mismos, sin miramiento para los otros y sin la cortesía y buena educación de tierra; los gritos de las criaturas que protestan contra la estrechez, y los de las gallinas, patos y gansos izados en cantidades colosales para ser comidos a bordo; la mezcla de visiones, ruidos y olores... todo el conjunto, en fin, de escenas nuevas, produce esa sensación de soledad, de abandono, de angustia y de temor, que es necesario experimentar para conocer.

*

Allá a lo lejos se ven los buques a vapor o de vela pequeños que se llevan a tierra a los amigos, mientras uno va temeroso a reconocer el *ojo de bucy* de su camarote que miró como una amenaza al acercarse al gigantesco navío, ojo de bucy que no sé por qué se llama así, siendo una simple ventana que da al río o al

mar, destinada a meter la luz y la fotografía del horizonte y de las olas a la celda pequeña del pasajero mareado que en la travesía pierde desde el deseo de la propia conversación hasta el pudor y la dignidad, cuando el buque se mueve mucho, cabeceando o rolando sobre la onda.

Llega la hora de comer (todos quieren comer haciéndose los guapos), se sientan a la mesa guardando un afligente aplomo; la conversación se anima entre los habituados, una que otra palabra sale también de los labios de los novicios, pero poco a poco una seriedad náutica va extendiéndose sobre los rostros, el bullicio se apaga; sólo continúa el ruido de los platos, y cada uno de los comensales comienza a ver entre nubes y celajes a sus compañeros; ve subir y bajar al de enfrente, ponerse pálido al del lado, levantarse al de más allá y salir tambaleando como un cadáver ambulante en busca del aire de cubierta, para librarse de lo que no se librará en todo el viaje, de su estómago, de su cabeza, de esa enfermedad infinita que se llama mareo, género morbosos que absorbe, oprime, remueve y lacera como todas las dolencias juntas, como todos los pesares, como la suprema fórmula de todas las ansiedades humanas.

La conciencia de la personalidad se pierde, la vista se oscurece, los ojos miran al infinito mil vaguedades sin forma, y a cada hundimiento, levantamiento o inclinación de la casa flotante, siente uno que el universo se confunde, las estrellas bambolean, el firmamento se viene abajo y cae como una mole para aniquilar las percepciones del viajero miserable que haría de buena

gana un contrato para que el diablo se llevara su alma, con tal que el buque se fuera a fondo en el abismo.

*

Y luego vienen los consoladores de a bordo; los que no se marean, con sus consejos irritantes, con sus ofertas de comida, con su presencia satisfecha que parece una burla, con su pie marino, odioso para el que no puede moverse, en tanto que sobre cubierta aumenta el tendal de enfermos olvidados de si mismos, maldiciendo la hora en que nacieron y esperando en vano un momento de quietud, por misericordia, una cesación del vaivén eterno que el barco ejecuta sin piedad, sin conmiseración, sin tregua ni reposo, como un enemigo sarcástico y cruel que se complace en el tormento de sus víctimas.

¡Con qué placer renunciaría uno a su estómago, a su cabeza, a su existencia misma, a su presente y a su porvenir, en aquel mar de sufrimientos en que se ahogan hasta los recuerdos más queridos y las más tiernas ilusiones!

Todo parece cambiado; cada cosa tiene gusto a otra desagradable; las sensaciones están como forradas en algodón; uno tiene el alma colchada, obtusa, negra, oscura; el pobre cuerpo está de más; los brazos incomodan; las piernas deberían estar en otra parte; la nuca atormenta, no tiene uno frente, y la lengua es un trapo espeso, pastoso, impropio para la articulación. Si alguien viniera y recogéndolo a uno con una pala lo echara al mar, haría una obra buena que el mareado agradecería y encontraría natural.

El horizonte sube y baja, se ladea y simula buscar un acomodo que no encuentra, y el golpe de las olas.

metódicamente desordenado, sobre los flancos de la insoportable embarcación, marca los compases del sufrimiento más intenso, minuto inacabable, que parece una agonía sin principio ni fin, en medio de un baile de todas las cosas, atolondrada y tontamente ejecutado, dentro de una atmósfera de embriaguez envenenada.

*

(Donde el viajero continúa experimentando las delicias de la travesía y los encantos de a bordo)

Los personajes del buque desfilan como los del teatro, metamorfoseados: los que vinieron con sombrero alto y levita, tienen ahora gorro y saco.

¡Jamás he visto mayor colección de gorros, con orejas y sin orejas: negros, blancos, grises, azules, con visera o sin ella! ¡Las mujeres, retiro la palabra, las señoras casadas y las niñas solteras, han cambiado esos increíbles aparatos que se plantan en la cabeza, por casquetes y otros adornos que les sientan generalmente mal, contra su opinión! En un abrir y cerrar de ojos, todas las personas que uno ha conocido en tierra o ha visto y tenido como sujetos cuerdos, aparecen con un traje que jamás usaron y que les da el aspecto más extraño, un poco grotesco y ridículo.

Esta trivialidad de vestirse especialmente para estar en un buque, no se explica ni se entiende, pero es una necesidad. No le creen a uno que se ha embarcado, si no lleva la librea de a bordo; y lo raro del caso es que todos, viejos y jóvenes, mujeres y niños, creen que están adorables con su nuevo traje.

Pero el primer día no tiene uno tiempo de fijarse en estas menudencias; apenas si se da cuenta de cuán-

tos conocidos hacen el viaje. El camarote atrae; la cama, a pesar de su estrechez y de sus almohadas cilíndricas, ¡no sé por qué! y duras como almas de jueces, convida al reposo, y uno se acuesta en ella con el cuerpo molido, el alma molida y la cabeza en torbellino, a rumiarse sus recuerdos, a dejar pasar como visiones las escenas de los últimos momentos, las despedidas, los llantos, los apretones de manos mecánicos, los sentimientos sinceros, el panorama de la dársena, el pasaje de los coches que lo trajeron a ella, algún accidente insignificante que se ha grabado en la memoria porque le ha dado la gana, tal como la capa de goma del cochero con un ojal roto o un vendedor de lámparas que se encontró al paso, y sobre todo, sobre todo, bien sobre todo, a masticar con una especie de tristeza apurada, la incertidumbre del porvenir obscuro, vacilante, medio amenazador por lo desconocido, y presentando como hechos hostiles todos los que van a ocurrir en las ciudades y comarcas a las que uno se dirige y en las que las gentes extrañas, que será forzoso tratar, se perfilan con una silueta enemiga, interesada, agresiva, contra el extranjero sin defensa.

Una impresión de la mente humana innata en ella nos hace perder el aplomo entre extraños y calcularles sobre nosotros mayores derechos que los nuestros sobre ellos. Así, la ignorancia de las costumbres nos hace suponer que toda exigencia es legítima y toda resistencia de nuestra parte un atentado; ese falso concepto es la base de la explotación universal del indígena sobre el viajero, a menos que el último sea un cumplido caballero de industria.

Todas estas ideas, cálculos, juicios, recuerdos e indiferencias, bullen en la cabeza sobre el cilindro duro que está debajo, martirizándole a uno la oreja, mientras el camarote, siguiendo las oscilaciones del buque, cabecea o rola alrededor de un eje desconocido. La onda amarga, nombre poético de esos seres fugitivos y desagradables que se llaman olas, ha comenzado a golpear los flancos del barco, produciendo un ruido de flagelación con trapo mojado, ruido isócrono que incita al sueño, pero que no deja dormir.

Las visiones, los recuerdos y las indiferencias continúan pasando a compás de las olas bulliciosas; la monotonía del movimiento y de los tonos líquidos sólo se altera por alguna voz que llega de los que aún no se han acostado o algún estremecimiento causado por cadenas que se arrastran o por la salida de la hélice en una inmersión desatinada de la proa, que ha metido demasiado las narices en el océano.

Los pasos cadenciosos de los guardianes sobre cubierta, traen la noticia de que alguien vigila sufriendo las ráfagas de viento, en el silencio de la noche, mirando el horizonte oscuro o contemplando las estrellas del firmamento que caminan pestañeando su luz al menudeo, con la imperturbabilidad de los astros lejanos a quienes no les ha llegado aún la noticia de que uno se ha embarcado y que está bien y debidamente estibado, junto con sus recuerdos, en una célula flotante y sobre una cama con costillas.

•

La noche va haciendo su camino, arrullada por las olas; cada uno en su camarote pasa revista a sus impresiones, las cuenta, las clasifica y elige, como tema

de sus meditaciones náuticas, las más importantes o las que más le muerden el corazón; regularmente las reminiscencias tiernas, las amistades que deja, las esperanzas, las desolaciones y las dudas melancólicas que le aprietan las hojas del alma, como si fueran papeles puestos sobre una mesa, para que no se vuelen, bajo la presión de un objeto pesado.

Y haciendo coro a esta falange de imágenes, se hacen sentir inquietantes las pulsaciones de la máquina, corazón del trasatlántico, que durante cientos de horas canta constantemente su romanza monótona: pom, pom; pom, pom; con sonidos de aire metálico, suspirando lástima, estremeciendo, deleitando y afligiendo a los que, a través del ruido cadencioso, ven el trabajo titánico de los foguistas, metidos en el infierno, acarreado carbón, arrojándolo con las palas en las bocas de las hogueras insaciables, hambrientas; y todo para que cada émbolo entre y salga como un loco envuelto en aceite, en el cuerpo de bomba, y haga disparar destinado un juego completo de manubrios que, como músculos gigantes y lucientes, dan vueltas vertiginosas, recibiendo por dosis homeopáticas la extremaunción que una mecha embebida les suministra al paso, para traducirse al exterior en un aleteo formidable de las hélices.

*

No sé si se duerme o se está despierto en las noches de a bordo; la vigilia parece un entresueño y el sueño una inconciencia, durante la cual se percibe por fajas y a retazos los acontecimientos cerebrales. Lo cierto es que, a la hora en que uno se cree despierto, lo primero que oye es el rumor de la sístole y diástole de la máqui-

na, única noticia con que uno cuenta por el momento para saber que no está en su casa. Luego, el viajero, si es avisado, se incorpora y ve por la ventana el mar, igual exactamente al que dejó la víspera en el mismo sitio, salvo una que otra variación de color que depende del cielo, de la profundidad del agua o de lo que Dios quiera.

*

Todas cuantas descripciones he oído o he leído del mar, son mentira.

El mar no tiene color ni forma determinada; alterado, tranquilo, tormentoso, con olas chicas o colosales, azul, plumizo, celeste, parduzco, verde claro u oscuro, con o sin espuma, el mar, según mi experiencia, es una grande extensión de agua caprichosa, caracterizada especialmente por la ausencia de toda variación y de toda monotonía y por la falta absoluta de pescados.

¡Qué barbaridad!, van a decir los lectores, si los lengo; pero yo los pondría en mi caso y les preguntaría su opinión, después de veinte días de navegación en que ni por asomo hubieran visto alma viviente en tres mil leguas de agua, alma de pescado, se entiende.

Los que cuentan sus viajes, dicen:

«El buque es seguido constantemente por innumerables tiburones»; mentira; no he visto un solo tiburón; y si no contara con más que mi viaje para conocer a esos caballeros, no sabría de ellos una palabra.

«Se ve a lo lejos las columnas de agua que arrojan las ballenas, y muchas veces acompañan ellas por leguas y leguas a las embarcaciones»; mentira; no hay tales

ballenas; estos estimables cetáceos se han hecho notables por su ausencia, durante nuestra travesía.

«Enjambres de toninas y mil variedades de pescado acuden al costado del navio»; mentira; no hay tales enjambres ni tales toninas, ni más variedad de peces que los que uno se imagina, recordando los libros de historia natural en que estudió.

Un pasajero dijo que había visto un tiburón o una ballena, y todos lo tomaron por loco.

A mí me pareció ridículo estar en el mar, hacer una travesía de veinte días, detenerme en los puertos, recorrer las bahías, y no ver un solo pescado, pero ni uno solo; apelo al testimonio de los pasajeros todos, cuya nómina pueden ustedes ver en la agencia de mensajerías marítimas, calle Reconquista. Digo, pues, que me pareció ridículo vivir un mes casi en el mar sin ver pescados, y no queriendo tener que contar tan extraordinario e increíble acontecimiento, allá a la altura del día número 19 de navegación, pedí una caja de sardinas, llamé a todos los pasajeros, procedimos a abrirla con toda solemnidad y fueron esas excelentes y populares conservas los únicos pescados que vimos en el océano Atlántico.

*

En cambio, el mar inmenso, infinito, asombraba y entristecía con su inacabable extensión; el mar siniestro durante la noche, alegre y chispeante en las horas del día, luminoso y fresco a la madrugada, amontonaba sus olas alrededor del buque, dejándose hender por la quilla en el rumbo elegido hacia el horizonte que, lúlvano al cielo y haciendo causa común con él, no daba señas de concluirse jamás.

De tiempo en tiempo una onda malhumorada se quebraba en la borda y salpicaba con su cabellera desmenuzada la base de los mástiles, rociando la cara de los paseantes de cubierta, algunos de los cuales llegaron a probarla, encontrándola salada, lo que no es raro.

*

Bien visto, embarcarse es una temeridad, pero una vez a bordo, nadie piensa en el peligro que corre, quizá porque ese peligro es de cada momento, de cada segundo. El buque puede hundirse por mil causas, incendiarse, perder sus velas o su máquina. El comandante, jefe absoluto, puede volverse loco, el piloto equivocarse y estrellarnos contra las rocas, la tripulación rebelarse y emprenderla con los pasajeros. No sé cómo no se muere uno de miedo, al calcular que si cae al mar está irremediabilmente perdido, ya sea porque se ahogue, pues de nada le serviría nadar aunque pudiera, una, dos o más leguas, que no son distancias apreciables en la inmensa extensión, ya porque se lo coman los voraces carnívoros que habitan, según dicen, el líquido elemento.

Ya me veía yo a brazo partido con un cetáceo colosal por esas olas de Dios, cuando me imaginaba que caía en el mar.

*

Una noche sobre todo, ¡qué espanto!

El viento había comenzado a soplar fuertemente desde por la tarde. «Ha refrescado un poco», dijo el comandante. ¡Maldito vocabulario de estos marinos! ¿Jaman refrescar un poco cuando el buque anda dando tumbos, sacudido por las olas, y los pasajeros como

pelotas, de banda a banda, renegando contra los fenicios que inventaron la navegación y contra el sandio que aplicó el vapor a la tortura del mareo.

Durante las primeras horas de la noche continuó *refrescando*, y a eso de las doce el refrescamiento llegó a tal grado, que no había a bordo cosa con cosa. Bien acunado por varias pilas de almohadas, tramitaba yo el escaso pedacito de sueño que las circunstancias me permitían, cuando llegaron a mis oídos los clamores de los pasajeros, los llantos de las criaturas y los juramentos de los marineros.

El buque estaba domando un caballo salvaje; el mar, hecho una furia, lo alzaba en la montaña de sus olas y lo hundía repentinamente en el abismo. El cielo estaba negro como una casa mortuoria, el huracán silbaba en las cuerdas, la armazón del casco crujía y se quejaba como un agonizante martirizado.

Las aguas trepaban sobre cubierta y se estrellaban en las ventanas circulares de los camarotes, que con sus gruesos vidrios y sus formidables cerrojos, apenas resistían al empuje desenfrenado. Un combate violento se empeñó entre el barco y el mar; la punta de los mástiles parecía a veces prepararse a ensartar las masas líquidas que los atropellaban; mil trombas juntas semejaban haberse dado cita para destrozarlo todo; la hélice giraba en el vacío fuera del lugar de su trabajo, modulando tonos ásperos y huecos; los fuegos de las hornallas amenazaban apagarse; las olas, convertidas en arietes, atronaban con sus golpes furibundos y, trepando sobre la borda, parecían asomarse a mirar por todos los resquicios cuanto pasaba en los compartimentos.

Los animales en sus jaulas lanzaban gritos afligen-

tes anunciando el fin de sus día. El terror estaba pintado en todos los semblantes; el comandante y los oficiales permanecían mudos y sordos ante las preguntas de los pasajeros.

*

La bodega estaba casi llena de agua, las bombas de vapor y de mano hacían un trabajo estéril; la tormenta había venido de sorpresa y no dió tiempo a cerrar las bocas de carga; el agua entraba hasta por los ventiladores de las máquinas; dos o tres hombres habían sido barridos a la mar. Todo rugía, golpeaba, crujía, silbaba, tronaba, en tanto que el barco bailaba una danza espantosa en medio de la triste y repentina tragedia. Ni un átomo de luz en el horizonte, ni un segundo de reposo en el mar, que parecía recibir refuerzos por momentos, al mismo tiempo que cada soplo nuevo del huracán anunciaba que el grueso de la tormenta venía en marcha.

Ni una chispa luminosa en el firmamento, ni el pretexto de una esperanza en el alma.

*

Contra la borda, los marineros, en medio de la borrasca que los entorpecía y los cegaba, se afanaban en preparar los botes y aparatos salvavidas; la obscuridad era intensa; las linternas, a pesar de sus reflectores, no alcanzaban a disiparla; sus rayos penetraban apenas algunos centímetros, disolviéndose en seguida en la compacta espesura; la noche, densa, se los tragaba sin dejar ni la penumbra. Todo se hundía, vacilaba, claudicaba en un ambiente helado, negro y fantástico. Los preparativos, los ruidos, los sacudimientos, los esfuer-

zos de la máquina y la lucha del pobre timón estropeado, los gemidos de los cables y el aleteo de los jirones de velas, todo, en fin, aterrorizaba en aquel lamentable escenario.

Las horas pasaban en mortal zozobra y todo continuaba golpeando, tronando, silbando, rugiendo, como mil fieras enjauladas.

Todo estaba roto, descompuesto, inobediente, comenzando por el timón y concluyendo por la brújula.

*

A alguien se le ocurrió rezar, y a la luz de una lámpara ahorcada como un ajustiado y columpiándose en extensas oscilaciones, se arrodillaron los pasajeros y encomendaron su alma a Dios.

Al levantarse, un terrible estallido, semejante a la explosión de una granada colosal, los dejó extáticos. un grito de espanto se oyó en seguida, las mujeres comenzaron a llorar abrazadas de sus hijos, hermanos y parientes.

La lámpara dió su último columpio y, haciéndose pedazos en su caída, dejó de alumbrar el recinto; todo quedó en tinieblas.

.....
.....
.....

El comandante, un agradable caballero instruido, que conoce los mares como la palma de sus manos, porque ha viajado en todo el mundo, hombre sereno y contenido, bajó al recinto donde estaban reunidos los pasajeros. Su aparición nos alarmó aún más; se le notaba conmovido, y, a pesar de sus esfuerzos, la inquietud estaba pintada en su rostro. Con voz un tanto temblorosa,

nos dijo: «Es necesario que cada uno tome en su camarote los objetos de más valor o que quiera conservar y los asegure contra su cuerpo, bien atados; vamos a embarcarnos en los botes, porque el *Orénoque* está en peligro... Nadie puede imaginarse el efecto de semejante noticia. Los pasajeros obedecieron la indicación silenciosamente; el recinto quedó desierto; afuera, el rumor de la tempestad continuaba, uniéndosele el ruido de los preparativos para echar los botes al agua. Pronto todo estuvo listo; fuimos llamados a la cubierta para pasar a los botes como pudiéramos. Las pequeñas embarcaciones subían y bajaban al costado del buque, golpeando sus flancos y tironeando las amarras; era imposible transbordarse sin riesgo de la vida. Los marineros comenzaron a tirar a los botes los pasajeros como si fueran objetos; primero las mujeres, después los niños, que eran barajados por su madres.

*

En los momentos de grande peligro, una especie de inconsciencia estoica se apodera de uno, de lo que resulta un semiaplomo salvador con que nos dota la divina Providencia. Cada padre, madre, marido, hermano o pariente, veía pasar volando a su hijo, su mujer, su hermana o su amigo, del buque al bote, arrojado por un marino y recibido por otro, sin aparente conmoción. Los ojos estaban secos, el pecho oprimido, los semblantes pálidos, la sangre parecía haberse retirado de los capilares para buscar refugio en el interior de las entrañas. Una orquesta de ruidos sordos, de golpes y de estremecimientos acompañaba las angustias extremas en el confín de la vida. La tragedia era interesante; cada

uno habíase convertido en el espectador de su propio desastre y del de sus compañeros. La imaginación, que siempre está fotografiando, aun en la cabeza del que sube al cadalso, recogía las escenas fantásticas de ese embarque temerario, en el que se veía a los que ya estaban en los botes, tan pronto a la altura de los mástiles como al nivel de la quilla del navío.

*

Cuando me tocó mi turno, quise pasar, aprovechando un momento en que el bote se ponía cerca de la borda; no acerté a hacerlo, mi pie encontró el vacío, y luego sentí una presión espantosa en la rodilla, que había sido tomada entre las dos embarcaciones...; después como entre sueños, sentí el ruido de un cuerpo que caía en el agua, mis ojos no vieron más que sombras, me helaba, me moría... me ahogaba. Probablemente me desmayé...; Un terrible campanileo resonó en mis oídos!; El timbre me pareció conocido...!; Llamaba a tomar el te un mozo del comedor, campanero más diestro que Cuasimodo!

¡Cómo!, me dije; ¿también dan te en el otro mundo? pues no podía comprender que las escenas tan vivas de la tormenta no fueran reales.

*

La máquina seguía con su monótono compás, cantando por lo bajo su ópera eterna y anunciando que no había cesado de andar en toda la noche. Una brisa ligera entraba por la ventana; el mar continuaba cosido al horizonte; ningún buque estaba a la vista, y un mundo de almohadas comenzó a llover de mi camarote.

Al fin y al cabo había visto una tempestad siquiera en sueños, para que la uniformidad del viaje, con menos accidentes que haya habido, fuera destruída.

EDUARDO WILDE.

LOS SANTOS DE FRANCIA

En una de las mejores poblaciones de la Mancha vivía, no hace mucho tiempo, un rico labrador, muy chapado a la antigua, cristiano viejo, honrado y querido de todo el mundo. Su mujer, rolliza y saludable, fresca y lozana todavía, a pesar de sus cuarenta y pico de años, le había dado un hijo único, que era muy lindo muchacho, avisado y travieso.

Como este muchacho estaba mimadisimo por su padre y por su madre, era harto difícil hacer carrera con él. A pesar de su mucha inteligencia, a la edad de diez años, leía con dificultad y al escribir hacía unos garapatos ininteligibles. Lo único que el chico sabía bien era la doctrina cristiana y querer y respetar al autor de sus días y a su señora mamá. El niño era tan gracioso y ocurrente, que tenía embobado a todo el vecindario. Cuantos le conocían le reían los chistes y ponían su ingenio por las nubes, con lo cual al rico labrador se le caía la baba de gusto.

—¡Qué lástima, decía, que este chico se crie cerril en el pueblo, sin hacer más que jugar al hoyuelo, a las chapas, al toro y al salto de la comba, con todos los pilletes! Si yo le enviase a un buen colegio, en una gran ciudad, sin duda que volvería hecho un pozo de

ciencia, sería la gloria y el apoyo de mi vejez y serviría y honraría a su patria.

Tanto caviló en esto el labrador, que al fin, sobreponiéndose a la pena que le causaba el separarse de su hijo, le envió a que estudiase en París nada menos.

Seis años estuvo por allí estudiando en uno de los mejores colegios primero y después en la Sorbona.

Como él era, naturalmente, muy despejado, aprovechó mucho, y volvió a casa de sus padres sabiendo cuanto hay que saber, y además elegantísimo y atildadísimo: hecho un verdadero dije; lo que ahora llaman un *dandy*, un *gomoso*.

El padre y la madre estaban más encantados que nunca. Sólo no gustaban de cierto irreverente desenfado que el chico tenía y de que daba muestras a cada paso.

Iba a entrar o a salir por una puerta, y exclamando:

—San Fasón, San Complimán, San Ceremoni,— pasaba antes que su padre.

Hablaba su padre y le interrumpía, y no le dejaba hablar, diciendo:

—San Fasón, San Complimán, San Ceremoni.

Se ponía a la mesa y se servía antes que su padre y madre, tomando lo mejor de cada plato y diciendo siempre:—San Fasón, San Complimán, San Ceremoni.

El padre disimuló al principio, ya que por todo lo demás el muchacho le embelesaba: pero, al cabo, hubo de cargarse, perdió la paciencia, y dijo al chico con grande enojo:

Mira, hijo mío, vete muy enhoramala y no me in-

voques ni me mientes más en tu vida a esos santos de Francia, que serán muy milagrosos, pero que están infamemente mal criados.

JUAN VALERA.

(*Cuentos y chascarrillos andaluces.*)

LA VUELTA DE LOS CAMPOS

La tarde paga en oro divino las faenas...
Se ven limpias mujeres vestidas de percales,
Trenzando sus cabellos con tilos y azucenas
O haciendo sus labores de aguja, en los umbrales.

Zapatos claveteados y báculos y chales...
Dos mozas con sus cántaros se deslizan apenas,
Huye el vuelo sonámbulo de las horas serenas,
Un suspiro de Arcadia peina los matorrales...

Cae un silencio austero... Del charco que se nimba
Estalla una gangosa balada de marimba.
Los lagos se amortiguan con espectrales lampos,

Las cumbres, ya quiméricas, coronan de rosas...
Y humean a lo lejos las rutas polvorosas
Por donde los labriegos regresan de los campos.

JULIO HERRERA REISSIG.

GUADALUPE

La España pintoresca y legendaria sería mucho mejor conocida que lo es—por los españoles, se entiende— si tuviéramos mejores caminos y vías de comunicación,

o si fuésemos más entusiastas y menos comodones. Entre nosotros, el amor a la hermosura y a la tradición no ha llegado aún a formas de piedad. Y así, cuando hace aún pocos días marchaba yo con dos amigos a visitar el célebre monasterio de Guadalupe, las gentes sencillas de aquellas tierras no se explicaban las molestias que soportábamos sino atribuyéndolo a que lo hi-ciésemos por promesa o votos religiosos.

Y es realmente penoso el viaje a no ir en automó-vil—se puede llegar por carretera hasta el mismo mo-nasterio. Desde Orpesa, pasando por el Puente del Arzobispo, unas diez horas de coche hasta el Puerto de San Vicente, lindero entre las provincias de Toledo y Cáceres, y de allí bajamos en carro a Guadalupe, a través de unas montañas bravias y fragosas.

Entonaban el corazón aquellas vastas verdes sole-dades tendidas al pie de la sierra. En la garganta de la Peña Amarilla cerníanse, trazando lentas espirales, dos águilas. Luego las mil vueltas y revueltas de la carretera, entre frondosidades de árboles, y al fin se nos abrió a la vista la mole ingente del monasterio, ro-deado por el pueblo.

Dice fray José de Sigüenza en el capítulo XVII del libro I de su *Historia de la Orden de San Jeróni-mo*: «Entre las dos riberas del Guadiana y Tajo, ríos conocidos en España, celebrados de los antiguos escri-tores naturales y extranjeros, se hacen unas montañas fragosas, inhabitables en muchas partes por su aspe-reza, en otras de mucha frescura y regalo, muchos val-les que descienden al profundo, sierras que suben al cielo, llamadas de los comarcanos Villuercas. De la una parte y de la otra apacientan los ganados los pas-

tores extremeños, cuando en medio del estío quedan abrasadas las dehesas, así por parte del Norte, que mira al Tajo, como por la del Mediodía, que riega Guadiana.» Y pasa luego el minucioso y castizo Sigüenza a contarnos la leyenda de cómo apareció a un pastor que perseguía a una vaca la imagen que unos clérigos devotos de la ciudad de Sevilla, huyendo de la furia de los moros que se enseñoreaban de España, ocultaron en un sepulcro de mármol en las fragosidades de Guadalupe, imagen que decían ser la que el papa San Gregorio Magno envió a su amigo San Leandro, arzobispo de Sevilla, e imagen que cierta vulgar creencia supone esculpida nada menos que por San Lucas Evangelista.

¡Cuán lejos estaba yo de estas entre eruditas y piadosas elucubraciones cuando surgió a mis ojos, tras largo y penoso viaje, la fábrica del famoso monasterio! ¡Con qué ojos lo mirarian aquellos esforzados, extremeños que al volver de las Indias Occidentales, del Nuevo Mundo, emprendían su devota peregrinación al santuario, enriquecido con despojos de la conquista!

Allí se alzaba, carcomidos por los siglos sus muros de mampostería, severo y señorial, sobre fondo de verdura. Su exterior tiene, ciertamente, poco que admirar como obra arquitectónica; es la posición y el lugar lo que le da realce.

El pueblo de Guadalupe, que rodea y abraza al monasterio, es uno de esos típicos pueblos serranos llenos de encanto y de frescura. Sus soportales, su fuente, sus calles con entrantes y salientes y voladizos balcones de madera, sus casas señoriales, su sello, en fin, de reposadero.

El monasterio, hoy muy deteriorado, ofrece aún al visitante su magnífica iglesia, con una de las más hermosas verjas de hierro forjado que puedan verse, sus dos claustros, su relicario, su sacristía. En uno de los dos claustros, mudéjar, con muy pintoresco templete en el centro, sentí una vez más la tentación que en parecidos sitios me asalta: la de abandonar estas luchas y trabajos en que estoy metido y darme a ver pasar la vida en meditación y en sosiego. Pero...

Al otro claustro, medio arruinado, le llaman allí el convento de las garrapatas—es decir, de las arañas y no de las garrapatas propiamente tales—, y lo ocupan hasta cuarenta familias pobres y no nada limpias, que crían sus chiquillos donde los reverendos frailes jerónimos durmieron sus siestas.

El monasterio era riquísimo, y de estas riquezas quedan aún vestigios y restos. Tan ricos eran los jerónimos, que después de enseñar al visitante una opulenta capa, cuajada de oro y pedrería, que regaló a la Virgen el rey Felipe II, se le enseña otra más opulenta aún y preciosa, que le regaló la Orden para achicar al rey. Y nos mostraron capas, casullas, frontales, unos de subido valor artístico, pero los más de mayor precio material que estético. Mejor aún, para mi gusto, es la magnífica colección de libros de coro—tal vez la mejor de España—con iniciales iluminadas y preciosísimas viñetas.

Pero la joya del monasterio, lo que ello solo merece todas las penalidades del viaje, lo que ha de hacer de Guadalupe lugar de peregrinación de los amantes del arte, es la soberbia colección de cuadros de Zurbarán, que en su sacristía se guardan. Hay que ir allá

para conocer a nuestro gran pintor extremeño. Diez cuadros, de más de cuatro varas de alto por tres de ancho algunos, unos algo menor, y varias tablas pequeñas.

Los ocho que cubren las paredes del cuerpo de la sacristía, representan a personajes de la Orden. ¡Qué figura la de aquel venerable padre Andrés de Salmerón, de rodillas, con las manos juntas, mientras Cristo le pone una mano sobre la cabeza! Allí llega al colmo la genuina sobriedad de la pintura clásica española. Y el Enrique III que pone el capelo arzobispal al venerable padre Fernando Yáñez de Figueroa, aquella figura trazada con el mínimo de líneas y de colores, nada tiene que envidiar a las figuras de Velázquez. Encima del altar de la sacristía se ve la llamada Perla de Zurbarán, un San Jerónimo que, llevando nuestra mirada tras de la suya, nos abre perspectivas celestiales.

Hermosísimo es, sin duda, cuanto el arte humano puede aún ofrecernos en Guadalupe; mas es más hermoso aún lo que allí la naturaleza nos ofrece. Subimos a Mirabel, dependencia del monasterio, y bajamos de allí por medio de uno de los más espesos y más frondosos bosques de que en mi vida he gozado. Jamás vi castaños más gigantescos y más tupidos. Y nogales, álamos, alcornoques, robles, quejigos, encinas, fresnos, almendros, alisos junto al regato, y todo ello embalsamado por el olor de perfumadas matas.

Desde el alto de Mirabel, tendido al pie de la Cruz del Mentidero, contemplaba las líneas de las sierras de los montes de Toledo, como series de bambalinas de un diurno teatro, y a un lado la llamada de Cáceres encendida por el sol. De todas partes afluía paz de

El capitán lucía, por signo de grandeza
Un Sol, como aureola, detrás de la cabeza ;
Mostraba una caricia perpetua de ternura
En el tornasolado metal de su armadura ;
Y si los pies movía dejaba como huella
Una flor... una estrella... y una flor... una estrella...

—Y bien ; ¿para qué naves?—

En la extensión remota
Del mar, se balanceaba la aventurera flota,
Como si recordase, desplegando en los cielos
Sus lonas el simbólico adiós de los pañuelos,
Con que madres, hermanas, novias, en sus dolores,
Despidieron al grupo de los Conquistadores.

—¿Para qué naves?—

Todos tendrán la misma suerte.
El regreso es infame... La victoria o la muerte.
Y, como en una de esas hazañas, a que Homero
Consagra sus mejores exámetros de acero,
Hernán Cortés, a modo de un dios del paganismo,
Manda quemar sus naves.

El encrespado abismo
Del mar hincha sus olas con regocijo ; y luego
Que se enrosca en las naves la serpiente del fuego,
Cada ola que lame los pies de los soldados
Tiende sobre la arena leños carbonizados.

El héroe, con los ojos sin fin y alta la frente,
Se queda pensativo, mirando largamente
El desfile, que es como de penachos y golas,
De las espumas blancas sobre las negras olas ;
Y de súbito, lleno de la fe más segura,

Clava los ojos contra las selvas de la altura
Que se encrespan encima de los riscos, se siente
Ungido por la gloria, y, ante su brava gente,
Extiende como un guía, hacia el confín lejano,
Con gesto majestuoso, la imperativa mano.

Estremécese el grupo; ruge el león de España;
Y un tropel de caballos penetra en la montaña...

II

Era la fuerte raza de cobre. Era la fuerte
Raza que en sus altares rindió culto a la Muerte,
Ofrendando a sus dioses de figuras extrañas,
Victimas palpitantes y sangrientas entrañas,
Era la vieja estirpe del Anáhuac.

Un día

Llegó a través de siglos, llena de poesía
Heroica y resonante (que en la penumbra inquieta
Florece y que hasta ahora no ha tenido un poeta)
Con el afán de río que se desborda.

Noche

De misterio a su espalda pendía bajo un broche
Sangriento: anduvo... anduvo... más de trescientos años,
Por comarcas salvajes y países huraños,
Hasta que en las orillas de un lago de leyenda
Paró los pies errantes y levantó su tienda.

Acueductos de entonces y anticuados canales
Siguen aprisionando los bullentes cristales;
Están en pie los muros de los templos; malezas
En las desnudas rocas, visten las fortalezas.

Era la fuerte raza de cobre. Era la fuerte
Raza en cuyas historias, que son cuentos de muerte,
Quantiatohualt bravea, Netzahualcoyolt canta
Y Cuacthemoc tranquilo pone al fuego la planta...

¡Gran poesía, fuerte poesía, gloriosa
Poesía la de esa raza que no reposa!
Arranca de la altura del éxodo tolteca;
Y como una cascada que al chocar se desfleca
Salta en las siete tribus, bulle en la gran laguna
Y tiembla como un sueño besado por la Luna,
Cuando, ante la sorpresa de todas las montañas
De súbito aparece la isla entre espadañas.
Llega la poesía del símbolo que miente
Un águila en el charco que pica una serpiente;
Y llega, como en una visión de otra divina
Salambó que en pie se alza sobre la azteca ruina,
La poesía, llena de amores, de la hermosa
Zochipapalotl (nombre de flor y mariposa).

Era la fuerte raza de cobre.

Ante ella un día
Apareció el hispano con actitud bravia.
Ceñido de aureolas entre su arnés guerrero,
Como un reverberante camaleón de acero.

Hernán Cortés dió un paso. La acobardada tierra
Tembló toda. A lo lejos, un clarín de guerra.—
El águila del charco que pica la serpiente
Vino, como una sombra, volando de repente
A parársele encima del casco fatigada;
Y, entonces, la serpiente se le enroscó en la espada.

III

Innumerales fueron las heroicas proezas
De Cortés y de todos los suyos.

Las cabezas

Ganaron sus coronas de laurel bravamente.
Los brazos ejercieron en el bosque imponente
Olimpicas gimnasias. Los pies en la bravía
Montaña abrieron sendas de orgullo y de osadía.
¡Oh las innumerables hazañas españolas!
¿A qué contar las nubes? ¿A qué contar las olas?

Los obstáculos que hubo de hallar en su camino
Cortés, fueron muy grandes; pero es más el Destino.
No fué sólo la virgen Natura, que aunque bella
Es tan hostil como una desdenosa doncella;
No fué sólo la cumbre de inaccesibles tramos,
La selva inverosímil de exuberantes ramos,
El despiadado río que interrumpe el sendero,
La galga que de pronto se desprende, el madero
Que se troncha, la yerba que disimula el lodo
De un tembladero, el ábrego indomable: fué todo
Eso; y además de eso, la envenenada flecha
De un indio, a cada instante, que partía derecha
A clavarse en el anca de un corcel o en el brazo
De un héroe. Inútilmente sonoro arcabuzazo
Espantaba el silencio: no era la cobardía
Propia de aquellos indios; y la flecha partía...

Con femenina gracia, la virginal Natura
Ofrecía a los ojos su pródiga hermosura
Como un presente griego; y así la maravilla
De sus montañas llenas de olores de vainilla,

En la que los bisontes galopaban y a veces
Gamuzas y venados, y en cuyos ríos peces
Había de dibujos tan pintorescos como
Los que a la par lucían las fieras en su lomo,
—maravilla de engaño—también echaba al viento
La fiebre—mariposa negra—y con el aliento
Envenenaba siempre la sangre del que, en día
De Sol, cerca de un charco, rendido se dormía.

Pero más peligroso que la Naturaleza
Ha sido siempre el hombre...

¿Por qué es que la cabeza
Dobla Cortés, dejando caer, como agostada
Hoja que se desprende, la hoja de su espada?
Llora... Es la Noche Triste... Capricho de la suerte
Arranca llanto a mares del corazón más fuerte;
Que no en vano, por otro capricho, también salta
La fuente más profunda de la cumbre más alta.

Llora... Llora... Su gente se desbanda perdida.
Se le escapa la gloria. Se le nubla la vida.
Llora... Llora... Está oculto bajo el árbol piadoso
Que sobre él vuelca la ancha copa de su reposo.
Nadie le ve. Él encubre su rostro con las manos;
Y llora así:

¿Y qué pueden valer ojos humanos
Para turbarle al héroe sus íntimas querellas,
Si le están viendo en cambio más de diez mil estrellas?

¡Ah! Por fin vence; y vence del todo.

Motezuma
Muerto es. Queda cautivo Guatimozín. Se abruma
Aquella fuerte raza de cobre, como un tronco

Hachado en las raíces. Y entre el empuje bronco
De torrentoso estruendo, la capital fundada
Por Tenochi, es a modo de otra Ilión.

Con su espada
Hernán Cortés, entonces, hace saltar la puerta
Del Palacio.

Está en medio de la sala desierta:
La cabeza sacude con un gesto arrogante,
Pone en alto la barba, fija un pie hacia adelante;
Y lentamente cruza los brazos sobre el pecho,
Como alguien que estuviese reclamando un derecho.

IV

Años después, en una noche de mar, sombría
Como el remordimiento de un crimen, se veía
Un leño en que luchaba contra las convulsiones
De la ola, un cadáver entre cuatro blandones.

Tal desde Iberia a Méjico el héroe regresaba,
A manera del dardo que retorna a su aljada.

Como el Cid misterioso de las viejas historias
Que hasta después de muerto supo alcanzar victorias,
Cortés dejó las playas de su nativo puerto
Y atravesó los mares hasta después de muerto...

J. SANTOS CHUCANO.

AVES DE LAS ISLAS

*EL YACÚ O PAVA DEL MONTE, EL PATO REAL, EL MACÁ,
EL BIGUÁ Y EL CABURÉ*

Entre las aves isleñas más estimables por su carne
y más útiles para enriquecer nuestros gallineros, me-

recen la preferencia dos magníficas gallináceas, conocidas por los nombres de *pava del monte* y *carau*. Una y otra ofrecen un alimento no menos sano que grato al paladar; recurso apreciable para surtir la mesa de los colonos del delta, y sobre todo para el regalo de los viajeros. El nombre guaraní de la primera es *yacú*, y tanto ésta como *carau* son voces imitativas de los graznidos peculiares a estas aves. El *carau* es de dos pies de largo, y de color negruzco con algunas pintas blancuecinas en el vientre. El *yacú* o *pava del monte* es una especie intermedia entre el faisán y el pavo, de la misma forma, pero menor tamaño que éste; su plumaje es de un tornasolado verdinegro con reflejos metálicos. Tiene sobre la base del pico una carúncula carnosa, naranjada, y en la cabeza un moño elegantemente rizado. Esta especie se reúne en bandadas numerosas, y elige por mansión los bosques: anida sobre los árboles y se alimenta de semillas, frutas y brotes; pero a similitud del carapachayo, no tiene otra cosa de montaraz sino su domicilio, pues su carácter más saliente es el de la tranquilidad y mansedumbre; sus costumbres son tan pacíficas como sociales. Verdad es que la constante persecución que han sufrido las *pavas del monte*, por ser bocado exquisito, las ha hecho tan desconfiadas, que en el bajo delta no se presentan sino por casales; pero siempre se acercan a los ranchos, como para manifestar su inclinación a la vida doméstica. Aunque se tomen ya adultas, en breve se muestran tan familiares como las gallinas, y no son más delicadas o melindrosas que éstas para alimentarse.

«Es de admirar (dice Mr. Lesson) que hasta ahora no se haya pensado traer a nuestros corrales unas

aves que son tan preciosas como el mismo pavo y no menos fáciles de habituar a nuestro clima. Su natural lleva demasiado impreso el sello de la indolencia y de la tranquilidad de hábitos para que en poco tiempo puedan obtenerse resultados favorables. Por otra parte, parecen hallarse contentas a la inmediación del hombre cuya sociedad buscan, y al acercarse la noche vienen a recogerse en la guarida que se les ha preparado, donde viven en paz.■

Todo lo que se ha dicho del *yacú* es aplicable al *pato real*, otro de los moradores del delta, llamado así por su grandeza y la brillantez de su ropaje. Es de cerca de una vara de largo; tiene la cabeza guarnecida de protuberancias carnudas de un color rojo muy vivo: su plumaje es de un negro reluciente, tornasolado con verde oscuro: saca hasta catorce patitos de cada incubación. Le gusta encaramarse sobre los árboles, y suele aovar en ellos aprovechándose de los nidos abandonados de otras aves. Llámasele también *pato moscado* o almizclado, por el olor que despide, proveniente de un licor que filtra de las glándulas situadas sobre la rabadilla, la cual se debe cortar así que se le mate, para que su carne no tome mal sabor. Son tan domesticables como los *yacúes*, y las dos especies estaban entre las aves caseras que los conquistadores encontraron en las poblaciones guaraníes.

Entre las aves acuáticas de más provecho, abunda mucho el *macá*, del género de las grevas. Aunque clasificado entre las palmípedas, no tiene membrana en los pies como los patos, sino los dedos separados y aplastados como pala de remo, y sin uñas; es un aparato exclusivamente para nadar, así es que no le sirve para

andar en tierra, y por eso no se le ve nunca caminar ni asentarse en el suelo. No tiene cola, ni vuela sino a remesones, y siempre rasando la superficie del agua.

Estas aves deben apreciarse por su mucha grasa, por su carne de gusto agradable, por los huevos que se comen como los de gallina, por su pluma abundante, suave y lustrosa, y por su espeso y finísimo plumón. Sería muy fácil sujetarlas en charcos y estanques, porque no pueden caminar ni escaparse volando. Se mantienen de pececillos y de insectos que buscan dentro del agua.

El *macá* no debe confundirse con el *biguá*, llamado *saramagullón* por los españoles. El primero es de vientre ceniciento y manto gris, y el segundo es todo negro; el *macá* tiene el pico recto y agudo, el *biguá* corvo en su extremidad. Éste tiene la cola en forma de abanico, membranas entre los dedos, y vuela con bastante rapidez. El plumaje del *biguá* no es impermeable como el del otro; por ese motivo se le ve con frecuencia parado sobre los troncos de las riberas con las alas extendidas para orearse.

En la familia de las aves nocturnas encuentro dos que conviene conocer; la una como amiga, y la otra como enemiga. El *ñacurutú*, es uno de los mayores buhos que se conocen; aunque de aspecto espantoso, es manso con el hombre y se sujeta a desempeñar en nuestras casas el oficio de ratonero, sin desmandarse jamás a echar las uñas sobre la familia de pluma. Todo lo contrario se le atribuye al *caburé*, que a pesar de ser un pequeño mochuelo, es fortachón y atrevido. «No hay (dice Azara) un ave más vigorosa en proporción del volumen de su cuerpo, así como no la hay más

feroz ni más indomable. Tiene el valor y la destreza de introducirse bajo las alas de todas las aves, sin exceptuar los pavos y las caracaras, y agarrándose de sus carnes, les devora los costados y las priva de la vida.». Llámalo *rey de los pajaritos*, porque se cree generalmente, que éstos vienen cuando él los llama para almorzarse *al más gordo*. Lo que sucede es, que el caburé solamente de noche hace sus matanzas, y cuando llegan a descubrirlo de día los pájaros que lo aborrecen, se alborotan, chillan, se reúnen en gran número y giran alrededor del enemigo en ademán de acometerlo, pero sin osar acercársele. El caburé se mantiene impassible e inmóvil, manifestando el mayor desprecio a la turba de cobardes que lo cercan por todas partes y lo asordan con su algazara. Él no tiene apetito porque ha hecho una espléndida cena; pero, como se le vienen a las manos tan buenas presas y la ocasión hace al ladrón, echa sus garras a la que más le place, y allí mismo tranquilamente, en presencia de los parientes y amigos de la víctima, se la trinca y se la come, sin que ninguno se lo estorbe.

Habrá quienes al presenciar este cuadro, exigirán de estas tímidas avecillas la reflexión y el amor que suele faltar a los mismos hombres en situaciones semejantes.

MARCOS SASTRE.

(El Tempe Argentino.)

—Le diré a usted... según algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.

—En ese caso no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

—Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

—Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Que ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

—Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con pie en una corporación.

—Ya le entiendo a usted: usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país ¿Sabe usted el castellano?

—Lo que usted ve... para hablar, las gentes me entienden...

—Pero la gramática, y la propiedad, y...

—No señor, no.

—Bien. ¿eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

—Perdone usted.

—Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

—Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco... mire usted...

—No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra; y decir unas voces por otras, actitud por aptitud, y aptitud por actitud.

diferencia por deferencia, háyanos por hayanos, dramático por dramático, y otras semejantes?

—Sí, señor, sí; todo eso digo yo.

—Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿Aprendió usted historia?

—No, señor; no sé lo que es.

Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...

—Nada, nada; no señor.

—Perfectamente.

—Le diré a usted... en cuanto a trajes, ya sé que en siendo muy antiguo siempre a la romana.

—Esto es; aunque sea griego el asunto.

—Sí, señor; si no es tan antiguo, a la antigua francesa o la antigua española; según... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderna o del día, levita a la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacón, y media en los padres.

—¡Ah, ah! Muy bien.

—Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán o a la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme a lo que ellos tienen en sus arcas, así...

—¡Bravo!

—Porque ellos suelen saberlo.

—¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

—Mire usted: el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle a uno... además, que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...

—¡Ah! ya... usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

—No es gran cosa; pero eso no es esencial.

—¿Y de educación, de modales y usos de sociedad? ¿a qué altura se halla usted?

—Mal; porque si se va a decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazán, y me quiero meter cómico, porque se me figura a mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

—Y tiene usted razón.

—Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente, no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté ninguno de ellos.

—Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

—Escasamente.

—¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

—Le diré a usted: si hago de rey, de príncipe o de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro a mis compañeros, mandaré con mucho imperio...

—Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, a ser obedecidos a la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...

—Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

—Ya me hago cargo.

—Por ejemplo, si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras o en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

—No se puede hacer más.

—Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes.

—Muy bien.

—Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré a compás, como un juego de escañas, me temblarán siempre las manos como perlático o descoyuntado; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y decrepito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice a los espectadores: «allá va esto para ustedes».

—¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

—¡Oh! disformes; tengo una que me toma desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

—¿Y los graciosos?

—Esto es lo más fácil; estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín.

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa a aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención o lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¡Ven ustedes qué hombre!

—Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole a usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír a un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación, se dice cualquier tontería, y el público se la ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡si usted viera!

—Ya sé ¡ya!

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

—¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues, señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García* y el *Delincuente honrado*.

—No más, no más; le digo a usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabría usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, o por el verso más que no entienda siquiera lo que es prosa?

—¿Pues no tengo de saber, señor? eso lo hace cualquiera.

—¿Sabrá usted quejarse amargamente, y citablar

una querrela criminal contra el primero que se atreva a decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿sabr  usted decir de los periodistas que quién son ellos para?...

— Vaya si sabr ; precisamente ese es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arroj ndome en los brazos de mi recomendado:

—Venga usted acá, mancebo generoso — exclamó todo alborozado—; venga usted acá, flor y nata de la andante comiquer a: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro en que sólo comían los hombres bellotas y pacian a su libertad por los bosques, sin la distincion del tuyo y del mío. Usted será cómico en fin, o se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.

Diciendo estas y otras razones, despedí a mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

FÍGARO.— (Mariano José de Larra.)

QUIEN NO TE CONOZCA QUE TE COMPRE

No nos atrevemos a asegurarlo, pero nos parece y queremos suponer que el tío Cándido, fué natural y vecino de la ciudad de Carmona.

Tal vez el cura que le bautizó no le dió el nombre de Cándido en la pila, sino que después todos cuantos le conocian y trataban le llamaron Cándido, porque lo era en extremo. En todos los cuatro reinos de Anda-

lucía no era posible hallar sujeto más inocente y sencillote.

El tío Cándido tenía además muy buena pasta. Era generoso, caritativo y afable con todo el mundo. Como había heredado de su padre una haza, algunas aranzadas de olivar y una casita en el pueblo, y como no tenía hijos, aunque estaba casado, vivía con cierto desahogo.

Con la buena vida que se daba se había puesto muy lucio y muy gordo.

Solía ir a ver su olivar, caballero en un hermosísimo burro que poseía; pero el tío Cándido era muy bueno, pesaba mucho, no quería fatigar demasiado al burro y gustaba de hacer ejercicio para no engordar más. Así es que había tomado la costumbre de hacer a pie, parte del camino, llevando el burro detrás asido del cabestro.

Ciertos estudiantes sopistas le vieron pasar un día en aquella disposición, o sea a pie, cuando iba ya de vuelta para su pueblo.

Iba el tío Cándido tan distraído que no reparó en los estudiantes.

Uno de ellos, que le conocía de vista y de nombre y sabía sus cualidades, informó de ellas a sus compañeros y los excitó a que hiciesen al tío Cándido una burla.

El más travieso de los estudiantes imaginó entonces que la mejor y la más provechosa sería la de hurtarle el borrico. Aprobaron y hasta aplaudieron los otros, y puestos todos de acuerdo, se llegaron dos en gran silencio, aprovechándose de la profunda distracción del tío Cándido, y desprendieron el cabestro de la jáquima. Uno de los estudiantes se llevó el burro, y

el otro estudiante, que se distinguía por su notable desvergüenza y frescura, siguió al tío Cándido con el cabestro asido en la mano.

Cuando desaparecieron con el burro los otros estudiantes, el que se había quedado asido al cabestro tiró de él con suavidad. Volvió el tío Cándido la cara y se quedó pasmado al ver que en lugar de llevar el burro llevaba del diestro a un estudiante.

Éste dió un profundo suspiro, y exclamó:

—Alabado sea el Todopoderoso.

—Por siempre bendito y alabado.—dijo el tío Cándido.

Y el estudiante prosiguió:

—¡Perdóneme usted, tío Cándido, el enorme perjuicio que sin querer le causo. Yo era un estudiante pendenciero, jugador y muy desaplicado. No adelantaba nada. Cada día estudiaba menos. Enojadisimo, mi padre me maldijo, diciéndome: eres un asno y debieras convertirte en asno.

Dicho y hecho. No bien mi padre pronunció la tremenda maldición, me puse en cuatro pies sin poderlo remediar y sentí que me salía rabo y que se me alargaban las orejas. Cuatro años he vivido con forma y condición asnales, hasta que mi padre, arrepentido de su dureza, ha intercedido con Dios por mí, y en este mismo momento, gracias sean dadas a su Divina Majestad, acabo de recobrar mi figura y condición de hombre.

Mucho se maravilló el tío Cándido de aquella historia, pero se compadeció del estudiante, le perdonó el daño causado y le dijo que se fuese a escape a presentarse a su padre y a reconciliarse con él.

No se hizo de rogar el estudiante, y se largó más que de prisa, despidiéndose del tío Cándido con lágrimas en los ojos y tratando de besarle la mano por la merced que le había hecho.

Contentísimo el tío Cándido de su obra de caridad se volvió a su casa sin burro, pero no quiso decir lo que le había sucedido, porque el estudiante le rogó que guardase el secreto, afirmando que si se divulgaba que él había sido burro lo volvería a ser o seguiría diciendo la gente que lo era, lo cual le perjudicaría mucho, y tal vez impediría que llegase a tomar la borla de doctor, como era su propósito.

Pasó algún tiempo y vino el de la feria de Mairena.

El tío Cándido fué a la feria con el intento de comprar otro burro.

Se acercó a él un gitano, le dijo que tenía un burro que vender y le llevó para que le viera.

Qué asombro no sería el del tío Cándido, cuando reconoció en el burro que quería venderle el gitano al mismísimo que había sido suyo y que se había convertido en estudiante. Entonces dijo el tío Cándido para sí:

—Sin duda que este desventurado, en vez de aplicarse, ha vuelto a sus pasadas travesuras, su padre le ha echado de nuevo la maldición y cátele ahí hurro por segunda vez.

Luego, acercándose al burro y hablándole muy quedito a la oreja, pronunció estas palabras que han quedado como refrán:

—*Quien no te conozca que le compre.*

JUAN VALERA.

(*Cuentos y chascarrillos andaluces.*)

LA ESFINGE

I

La caravana por camino incierto
Con recelosa indecisión avanza,
Temiendo a cada paso la asechanza
De las nómadas tribus del Desierto.

Por todas partes el espacio abierto
Se pierde en fatigosa lontananza,
Y donde quiera que la vista alcanza
Todo está triste, desolado, muerto,

Ni verde selva, ni azulado monte
El mar limitan de infecunda arena
En que el dócil camello hunde su planta,

Y sólo al fin del diáfano horizonte,
Brillando al sol, inmóvil y serena,
La misteriosa Esfinge se levanta.

II

Sembrado está de huesos, que calcina
Sol inclemente, el árido contorno,
Y por el aire, ardiendo como un horno,
No cruza ni una humilde golondrina.

Aiza polvo sutil densa neblina
De la cansada caravana en torno,
Que, rindiéndose al peso del bochorno,
Con soñolienta postración camina.

Nada su sed inextinguible aplaca,
Antes se irrita más, cuanto más finge
Gratos oasis el febril anhelo.

Y en la remota línea se destaca
La gigantesca mole de la Esfinge,
Impenetrable y muda como el cielo.

III

Buscando alivio a sus atroces penas
En su camello el árabe dormita ;
Mas ¡ay! de pronto se incorpora, y grita,
Y siente hervir la sangre de sus venas.

Es que el simún, rompiendo sus cadenas,
Oscurece la bóveda infinita
Y con terrible convulsión agita
El vasto mar de líbicas arenas.

El monstruo asolador todo lo arrasa,
Arrolla en desatado torbellino
La caravana sin ventura, y pasa.

Y cuando vuelve a sosegar el llano,
Allá ciega y brutal como el Destino,
Corta la Esfinge el término lejano.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

EN VACACIONES

Pasábamos las vacaciones en nuestra casa de campo (1), como considerábamos legítimamente el punto que hasta hace poco tiempo fué conocido con el nombre de «Chacarita de los Colegiales», y que más tarde, al perder el último término de su denominación, debía adquirir tanta fama por los acontecimientos de junio de 1880.

Pocos puntos hay más agradables en los alrededores de Buenos Aires. Situado sobre una altura, a igual distancia de Flores, Belgrano y la capital, el viejo edificio de la Chacarita, monacal en su aspecto, pero grande, cómodo, lleno de aire, domina un paisaje delicioso, al que las caprichosas ondulaciones del terreno dan un carácter no común en las campiñas próximas a la ciudad. En aquel tiempo poseíamos como feudo señorial no sólo los terrenos que aún hoy pertenecen a la Chacarita, sino los que en 1871 fueron destinados al cementerio tan rápidamente poblado. Así, nuestros límites eran extensos, y no nos faltaba, por cierto, espacio para llenar de aire puro los pulmones, organizar carreras y dar rienda suelta a la actividad juvenil que nos castigaba la sangre. A pesar de la inmensidad de nuestros dominios, teníamos pleitos con todos los vecinos, sin contar el famoso proceso con la municipalidad de Belgrano, del que habíamos oído hablar como de una tradición vetusta, cuyo origen se perdía en la noche de los tiem-

(1) Se refiere el autor a la chaera que el Colegio Nacional poseía entonces para vacaciones de sus alumnos internos.

pos, proceso cuyos antecedentes ignorábamos en absoluto, lo que no nos impedía declarar con toda tranquilidad que el municipio de Belgrano era representado por una compañía de ladrones, neta y claramente clasificados. Este viejo pleito tenía para nosotros, sin embargo, algunas ventajas.

Cuando cruzábamos frente al juzgado de paz de Belgrano, a galope tendido, algunos honorables miembros de la partida de policía, viendo la traza arcaica de nuestros corceles (fuera de funciones en esos momentos, por cuanto su profesión habitual era arrastrar carradas de leña o sacar agua), abandonaban el noble juego de la taba en que estaban absorbidos, y cabalgando a su vez, emprendían animosos nuestra persecución. Generalmente íbamos dos en cada caballo, lo que, como se supone, no aumentaba sus condiciones de velocidad. Pero compensábamos este inconveniente por una metódica y razonada división del trabajo, «avant-gout» de nuestros estudios económicos del futuro. La dirección del cuadrúpedo estaba entera y absolutamente confiada al que iba delante, tarea grave y trascendental. El ciudadano colegial que ocupaba el anca desempeñaba las funciones de foguista; él debía suministrar, con medios a su arbitrio, los elementos necesarios para producir el movimiento. Por lo demás, se procedía siempre de acuerdo con una tabla sancionada por la estadística experimental; se sabía que el uso del rebenque firme, apoyado por el talón incansable, producía el trote; si el compañero de delante podía distraerse hasta el punto de menear talón a su vez, se obtenía un simulacro de galopito expirante, y por fin el «máximum», esto es, un galope normal. De tres cuadas exactas de duración, se alcanzaba por

la hábil combinación del rebenque, cuatro talones y una pequeña picana, dirigida con frecuencia hacia aquellos puntos que el animal, en su inocencia, había dado muestras de considerar como los más sensibles de su individuo.

Se me dirá, tal vez, que con semejantes elementos era una verdadera insensatez arrostrar las iras policiales de la partida; pero esa crítica cesará cuando se sepa que los medios de locomoción de nuestros adversarios, eran de una fuerza análoga a aquellos de que disponíamos. Iniciada la persecución, oíamos un ruido confuso de latas y denuestos tras de nosotros; silenciosos, como convenía a hombres que tenían en juego, a más de sus cinco sentidos, todas sus articulaciones, aspirábamos a llegar a los terrenos ya casi neutrales del otro lado del Circo; en general, según cálculo hecho y resultado previsto, rodábamos tres veces antes de llegar allí. Pero sabíamos también que el honorable miembro de la partida a quien tal fracaso sucedía, no conseguía poner en pie su cabalgadura, sino después de media hora de exhortaciones expresivas. Llegados a campo abierto, entre zanjas, arroyos y alambrados, habíamos vencido; porque, echando pie a tierra, abandonábamos la bestia que partía con increíble velocidad hacia la Chacarita, mientras nosotros saltábamos un cerco, detrás del cual, por medio de cascotes, rechazábamos con pérdida las cargas efímeras de la caballería enemiga. Cuando una hora más tarde el sargento de la partida osaba llegar a nuestro castillo y presentar sus quejas a las autoridades del Colegio, ya éstas habían sido informadas por nosotros de los desafueros que, a causa del proceso pendiente, se habían permitido los seides del juez de paz

de Belgrano. El sargento salía corrido y las hostilidades tomaban un carácter feroz.

*

¡ Buena, sana, alegre, vibrante aquella vida de campo! Nos levantábamos al alba; la mañana inundada de sol, el aire lleno de emanaciones balsámicas, los árboles, frescos y contentos, el espacio abierto a todos rumbos, nos hacían recordar con horror las negras madrugadas del Colegio, el frío mortal de los claustros sombríos, el invencible fastidio de la clase de estudio. En la Chacarita estudiábamos poco, como era natural; podíamos leer novelas libremente, dormir la siesta, salir en busca de «camuatis» y, sobre todo, organizar con una estrategia científica, las expediciones contra los «vascos».

Los «vascos» eran nuestros vecinos hacia el Norte, precisamente en la dirección en que los dominios colegiales eran más limitados. Separaba las jurisdicciones respectivas un ancho foso, siempre lleno de agua y de bordes cubiertos de una espesa planta baja y bravia. Pasada la zanja, se extendía un alfalfar de media cuadra de ancho, pintorescamente manchado por dos o tres pequeñas parvas de pasto seco. Más allá, el jardín de las Hespérides, los campos Eliseos, el Edén, la tierra prometida! Allí, en pasmosa abundancia, crecían las sandías, robustas, enormes, cuyo sólo aspecto apartaba la idea de la «caladura» previsoras; la sandía ajena, vedada, de carne roja como el lacre, el «cucúrbita citrullus» famoso, cuya reputación ha persistido en el tiempo y el espacio; allí doraba el sol esos melones de origen exótico, redondos, incitantes en su forma ingénita de tajadas, los melones exquisitos, de suave pasta

perfumada y de exterior caprichoso, grabado como un papiro egipcio! No tenían rivales en la comarca, y es de esperar que nuestra autoridad sea reconocida en esa materia. Las excursiones a otras chacras nos habían siempre producido desengaños; la nostalgia de la fruta de los vascos nos perseguía a todo momento y jamás vibró en oído humano, en sentido menos figurado, el famoso verso de Garcilaso de la Vega.

Pero debo confesar que los «vascos» no eran lo que en el lenguaje del mundo se llama personajes de trato agradable. Robustos los tres, ágiles, vigorosos y de una musculatura capaz de ablandar el coraje más probado, eternamente armados con sus horquillas de lucientes puntas, levantando una tonelada de pasto en cada movimiento de sus brazos ciclópeos, aquellos hombres, como todos los mortales, tenían una debilidad suprema: ¡amaban sus sandías, adoraban sus melones! Dos veces ya los hados propicios nos habían permitido hacer con éxito una «razzia» en el cercado ajeno, cuando un día...

Eran las tres de la tarde y el sol de enero partía la tierra sedienta e inflamada, cuando, saltando subrepticamente por una ventana del dormitorio donde más tarde debía alojarse el 1.º de caballería de línea, nos pusimos tres compañeros en marcha silenciosa hacia la región feliz de las frescas sandías. Llegados al foso, lo costeamos hasta encontrar el vado conocido, allí donde habíamos tendido una angosta tabla, puente de campaña no descubierto aún por el enemigo. Lanzamos una mirada investigadora: ¡ni un vasco en el horizonte! Nos dividimos, y mientras uno se dirigía a la izquierda, donde florecía el «cantaloup», dos nos inclinamos a la

derecha, ocultando el furtivo paso por entre el alfáfar en flor. Llegamos, y rápidos buscamos dos enormes sandias que en la pasada visita habíamos resuelto dejar madurar algunos días aún. La mía era inmensa, pero su mismo peso me auguraba indecibles delicias.

Cargué con ella, y cuando bajé los ojos para buscar otra pequeña con que saciar la sed sobre el terreno... un grito, uno solo, intenso, terrible, como el de Telémaco, que petrificó al ejército de Adrasto, rasgó mis oídos. Tendí la mirada al campo de batalla; ya la izquierda, representada por el compañero de los melones, batía presurosa retirada. De pronto, detrás de una parva, un vasco horrible, inflamado, sale en mi dirección, mientras otro pone la proa sobre mi compañero, armados ambos del pastoril instrumento cuyo sólo aspecto comunica la ingrata impresión de encontrarse en los aires, sentado incómodamente sobre tres puntas acerradas que penetran...

¡Cómo corría, abrazado tenazmente a mi sandia! ¡Qué indiferencia suprema por la gorra ingrata que me abandonó en el momento terrible, quedando como trofeo sobre el campo enemigo! Y, sobre todo, ¡cuán veloz me parecía aquel vasco, cuyo respirar de fuelle de herrería creía sentir rozarme los cabellos! Volábamos sobre la alfafa: ¡qué larga es media cuadra!

Un momento cruzó mi espíritu la idea de abandonar mi presa a aquella fiera para aplacarla. Los recuerdos clásicos me autorizaban; pensé en Medea, en Atalanta, pensé en los jefes de caballería que regaban el camino de la «retirada» con las prendas de su apero; pensé... ¡No! ¡Era una ignominia! Llegar al dormitorio y decir: «me ha corrido el vasco y me ha quitado

la sandía!» ; Jamás! Era mi escudo lacedemonio: ; vuelve con él o sobre él!

Instintivamente había tomado la dirección del vado; pero el vasco de mi compañero, por medio de una diagonal, habría llegado antes que yo, y debo declarar que, a pesar de la persecución personal del mío, los tres vascos me eran igualmente antipáticos. ; Marché de cara al sol!, como el Byron de Núñez de Arce. Mi agilidad proverbial, aumentada por las fatigas diarias del rescate, había brillado en aquella ocasión; así, cincuenta pasos antes de llegar al foso, mi partido estaba tomando. Puse el corazón en Dios, redoblé la ligereza y salté... Una desagradable impresión de espinas me reveló que había salvado el obstáculo; pero ;oh, dolor! ; en el trayecto se me había caído la sandía, que yacía entre las aguas cenagosas del foso!

Me detuve y observé a mi vasco: ¿daría el salto? Lo deseaba en la seguridad que iría a hacer compañía a la sandía. Pero aquel hombre terrible meditó, y plantándose del otro lado de la zanja, apoyado en su tridente, empezó a injuriarme de una manera que revelaba su educación sumamente descuidada. Escapa a mi memoria si mi actitud en aquellas circunstancias fue digna; sólo recuerdo que en el momento en que tomaba un cascote, sin duda para darle un destino contrario a los intereses positivos de mi vasco, vi a mis dos compañeros correr en dirección a «las casa» y al vasco de los melones despuntar por el vado y dirigirse a mí. ; De nuevo en marcha precipitada, pero seguro ya del triunfo!...

Eran las tres y media de la tarde y el sol de enero partía la tierra sedienta e inflamada, cuando con la cara

incandescente, los ojos saltados, sin gorra, las manos ensangrentadas por los zarzales hostiles, saltamos por la ventana del dormitorio. Me tendí en la cama y, mientras el cuerpo reposaba con delicia, reflexioné profundamente en la velocidad inicial que se adquiere cuando se tiene un vasco irritado a retaguardia, armado de una horquilla.

MIGUEL CANÉ.

(*Juvenilia.*)

MILAGRO DE LA DIALÉCTICA

De vuelta a su lugar cierto joven estudiante muy atiborrado de doctrina y con el entendimiento más aguzado que punta de lengua, quiso lucirse mientras almorzaba con su padre y su madre. De un par de huevos pasados por agua que había en un plato, escondió uno con ligereza. Luego preguntó a su padre:

—¿Cuántos huevos hay en el plato?

El padre contestó:

—Uno.

El estudiante puso en el plato el otro que tenía en la mano diciendo:

—¿Y ahora cuántos hay?

El padre volvió a contestar:

—Dos.

—Pues entonces —replicó el estudiante—, dos que hay ahora y uno que había antes suman tres. Luego son tres los huevos que hay en el plato.

El padre se maravilló mucho del saber de su hijo,

se quedó atortolado y no atinó a desenredarse del sofisma. El sentido de la vista le persuadía de que allí no había más que dos huevos; pero la dialéctica especulativa y profunda le inclinaba a afirmar que había tres.

La madre decidió al fin la cuestión prácticamente. Puso un huevo en el plato de su marido para que se le comiera; tomó otro huevo para ella, y dijo a su sabio vástago:

El tercero cómetele tú.

JUAN VALERA.

(Cuentos y chascarrillos andaluces.)

EL GRANDE HOMBRE EN EL PUEBLO

¿Cuándo lo conocí? ¿Dónde lo vi por vez primera? Lo he contado otra vez. Fué por estos mismos días estivales, en un pueblecillo levantino. «Un carácter — ha dicho Emerson — tiene necesidad de espacio; no conviene juzgarlo cuando está rodeado de muchas personas, ni entre el apremio de los negocios, ni por pasajeras vislumbres entrevistas en raras ocasiones.» El grande hombre vivió allí durante seis u ocho meses. A las seis, todos los días, ya estaba en pie. El pueblo comienza a despertar a esta hora. Aún las fuentes tienen el mismo rumor sonoro de la noche; las golondrinas cruzan raudas sobre el cielo de intenso azul, piando voluptuosamente; acaso, por una retorcida calleja moruna se columbran los manchones negros de dos o tres devotas con sus sillitas en las manos. Y una campana va tocando lenta, en el sosiego matinal, con golpes cristalinos, espaciados...

Todas las cosas tienen durante el día un breve instante en que irradian su verdadero espíritu, y será inútil visitarlas y contemplarlas a otra distinta hora; así los jardines, los museos, los viejos palacios, las iglesias, las tiendas, las calles, las fábricas, los obradores. En estos momentos precisos, todos los detalles, todos los elementos de la belleza — la luz, el color, el aire, los ruidos, las líneas — forman una síntesis suprema, algo como una armonía inefable, desconocida, que adquiere su máximo en un punto y que poco a poco va disipándose, fundiéndose en el ambiente vulgar del resto del tiempo, que hace que desaparezca el color propio del muro vetusto, y la penumbra de la estancia abandonada, y la claridad crepuscular que bañó una saucedá junto a un estanque, y los sones extraños de un piano que parten, a media noche, de una ventana iluminada... La hora viva, exultante, del pueblecillo en que el insigne hombre habitaba, era ésta de los primeros albores matutinos. La edificación se asienta en las laderas de un montecillo que remata en un peñón ingente, agudo, enrojecido por los siglos, coronado por un castillejo morisco; un riachuelo contornea la montaña; ancha zona de umbrios huertos destaca en sus orillas. Y las casas, agazapadas entre el peñasco y la arboleda, vueltas de espaldas a los huertos, abren sobre la verdura sus largas solanas con toscas barandillas de madera, o muestran, a través del bosque, los negros cuadros de sus ventanas misteriosas.

Y a una de estas solanas daba el despacho del hombre ilustre. Él se asomaba un momento todas las mañanas, a las seis, y contemplaba el panorama verde.

suave de las cuencas del río. Acaso a esta hora, tren-te a él, al otro lado de los huertos, bordeando el hondo cauce, allá en lo alto, un agudo silbido rasgaba de pronto los aires, y una negra masa pasaba vertiginosa, con un sordo estrépito, perdiéndose a lo lejos, mientras difuminaba con un trazo fuliginoso el añil radiante. Y luego todo volvía a quedar en silencio: una golondrina trina, rauda; croan las ranas en el estanque; la campana sigue tocando, tocando cristalina. Y entonces el grande hombre, desde su ventana, solo ante la Naturaleza, acaso sentía esa repentina e inexplicable opresión de angustia que sentimos nosotros, ciudadanos, cuando en plena campiña contemplamos un tren que pasa.

Y el hombre ilustre tornaba a entrar en su despacho y se sentaba ante la mesa, cargada de libros, pruebas, cuartillas, cartas y telegramas. La estancia era pequeña; era una sa'ita de estas casas levantinas, construidas de maciza piedra, que parecen cajas sonoras. Las paredes son blancas, estucadas, brillantes; el pavimento de diminutos mosaicos, frotado y refrotado por la aljofifa, tiene claridades e irisaciones de espejo; el pasamanos de la escalera, de caoba púrpura, resfulge bajo la luz que cae de la alta claraboya y forma en torno a los peldaños un culebreo luminoso. A media mañana, cuando ya la limpieza se ha terminado, las puertas y las ventanas se entornan; una suave penumbra se extiende por toda la casa, y en el silencio y la semiobscuridad, mientras fuera el sol descendiendo cegador y ardoroso, las estancias — salas, alcobas, corredores, — se ponen a tono, y un grito, un golpazo, una carcajada resuenan con estruendo, y los arpegios

de un pájaro repercuten con matices desconocidos, y las melodías inesperadas de un piano cantan poderosas, vibrantes, y os arrebatan con desvarios románticos. ¿Comprendéis cómo, llevados por el secreto destino de nuestra vida, un egregio panteísta no podía pasar los últimos días sosegados de su vivir sino en esta tierra levantina—Grecia moderna—, donde las cosas hallan sus síntesis?

Pero el grande hombre está ya sentado ante su mesa. En las paredes del despacho cuelgan oleografías de Gisbert y Pradilla, un cuadro en que aparece bordado en cañamazo un perrico de lanas, un enorme calendario que hace lucir sus negros guarismos en la blanca. En un rincón, sobre una mesa, aparecen amontonados, revueltos, desencuadrados, los libros que han sido traídos para el trabajo; libros todos sobre la Revolución francesa, o sobre la época prerrevolucionaria: los *Orígenes de la Francia contemporánea*, de Taine; los estudios de los Goncourt; las obras de Blanc, de Lamartine y de Michelet; *El antiguo régimen*, de Tocqueville; las crónicas de Touchard-Lafosse... El grande hombre trabaja desde las seis hasta las doce; ante él, un secretario va escribiendo rápidamente sus palabras. Yo veo un abultado rimerero de cuartillas con la escritura flameante, y junto a ellas—tengo vivo el recuerdo—un volumen de la colección de *Mujeres célebres*, el de la virgen, manoseado, doblado, y con tales o cuales párrafos, cruzados con gruesas rayas de tinta. Ya el grande hombre, viejo, cansado, enfermo, ofrece escaso trabajo original, y sus crónicas y sus correspondencias para Europa y América, son una misma correspondencia o una misma

crónica, trastrocadas en su fraseología, o simples glosas e injertos de antiguas páginas...

A mediodía, cuando cae la primera grave campanada de las doce, el hombre ilustre levanta la mano con gesto de cansancio, y el trabajo queda suspendido en redondo. Y ya la hora de la comida es llegada. Pero el grande hombre apenas come. Ante él desfilan estos manjares primarios y suculentos de la cocina provinciana, que él ama tanto, y él los contempla con ese aire, mezcla de displicencia y de ansiedad, con que los enfermos miran lo que les ha proporcionado el placer y les ha aparejado el dolor... Y ya también ha venido la hora de la siesta; pero el grande hombre tampoco duerme. Estas horas largas, abrasadoras, él las pasa anonadado en un dulce sopor, allá, en el huerto, o bien escuchando la lectura monótona de los periódicos. Hay entre la fronda del arbolado, en lo más recóndito y umbrío del jardín, un cenador tapizado de enredaderas y pasionarias. Aquí se sienta el hombre ilustre. La bravia luminaria solar inunda la campiña; los matices y gradaciones del verde han desaparecido; la vega es un manchón de azul negruzco. Todo calla; el surtidor de una fuente susurra y las cigarras cantan con sus chirridos clamorosos.

Y a medida que van pasando las horas, las sombras se alargan; vienen a intervalos ráfagas de aire fresco, y los verdes, oscuros y presados, de los herrenes, del arbolado, de los maizales y de las viñas van surgiendo y ensamblándose en un inmenso y grato mosaico. Entonces el grande hombre y sus amigos salen del huerto. El grande hombre aparece vestido sencillamente; va enfundado en una ligera levita negra de alpaca; su cabe-

za está cubierta por un sencillo hongo, y la nitidez del cuello y de la pechera resalta en la nota fosca del traje. El grande hombre camina despacio, con una leve inseguridad en sus movimientos, apoyado en un alto paraguas. Su cara, antes redonda, llena, es ahora alargada, flácida; sus ojos, grandes, pasan por las cosas y atisban las lejanías con miradas en que hay dolor y espanto, y sus manos, finas, blancas, tenues, acarician con ademán inconsciente, de cuando en cuando, el largo bigote de plata que cae lacio por la comisura de los labios. El grande hombre y sus amigos salen del huerto, y una vez recorrido un angosto camino que serpentea entre la verdura pomposa y húmeda de los bancales entran bajo un anchuroso emparrado, que entolda la portalada de una casa vetusta. Cerca, se oye el estruendo de un salto de agua; dentro, una tarabilla marcha, marcha con su eterno *tic-tac, tic-tac*. . . Y las gallinas revuelan y cacarean en un cercado de cañas, y una bandada de palomas se abate y picotea entre la tierra, y luego torna a remontarse y a perderse a lo lejos.

Este es el momento en que el hombre insigne, sentado bajo el ancho parral, oreado por la brisa fresca del crepúsculo propincuo; este es el momento en que vive enteramente esta vida que se le escapa. Su alma se funde con el alma de la Naturaleza entera; una sonrisa asoma a sus labios, y de sus ojos grandes, claros, desaparece el espanto infantil que los velaba. ¿Diré que la Naturaleza no puede ser sentida en todas las épocas de nuestra vida, ni, aun teniendo el ánimo propicio a ello, siempre que nosotros queremos? Un poeta o un pintor noveles pueden darnos una sensación intensa de las cosas; pero no llegaréis a sentir la completa e inexpressa-

ble fusión con la energía universal sino sólo cuando hayáis trafagado mucho por el mundo y os hayáis saciado de sus satisfacciones, o cuando una abrumadora catástrofe moral haya caído sobre vuestro espíritu y lo haya limpiado de deseos, vanidades o concupiscencias, o acaso al salir de una larga e incierta enfermedad que os ha mostrado abierto ante vuestras miradas el eterno vacío... El grande hombre ha pasado por todos estos trances; y he aquí cómo sus ojos contemplan ávidos los árboles verdes, y las lejanas montañas zarcas, y el agua que discurre con gorgoteos sonoros por ancho azarbe, y los pájaros que cruzan aleteando presurosos. Un grupo de amigos del pueblo y de admiradores, venidos para verle un instante, le rodea. Y él habla, y habla, y habla, mientras la tarabilla del molino teclatea con sus golpes inacabables y en el cielo comienzan a parpadear las primeras estrellas. Y ya las campanadas del *Angelus* han sonado; la comitiva regresa al pueblo...

Y después de la cena, el grande hombre pasa al diminuto salón en que destaca el piano. Un tropel de lindas muchachas acaba de ontrar: Amparito, Lola, Aurelia, Carmen, Asunción, Remedios, Angustias, Clarita... todas estas muchachas que os dicen sonriendo que ellas no valen nada, puesto que viven en un pueblo, y os ruegan luego, palmoteando, que les contéis cómo son las conocidas y amigas que tenéis en Madrid. El grande hombre no les cuenta estas cosas: su fantasía exuberante les habla de las gracias y atavios de las remotas y gráciles egipcias, de las helenas, de las romanas, o bien les pinta los paisajes de Suiza, o las noches de «la oriental y orgiástica Venecia», o los faustos pródigos de París bajo el imperio del tercer Napoleón. De rato en

rato el piano sonsonea una sonata de Beethoven, un nocturno de Chopin, una sinfonía de Rossini, o una de estas muchachas canta, después de sonrojarse un poco, una melodía de Tosti. Y a las once el salón queda desierto, y el grande hombre, con su paso inseguro, tarlo, se retira a su alcoba.

Era esto en el ocaso de su vida. Pocos meses después, moría. Yo tengo vivo el recuerdo de estos días agradables que el hombre ilustre—Emilio Castelar—que lo había sido todo, pasó en un pueblecillo levantino, entre estos provincianos afables—don Juan, don Fernando, Pepita, doña María, Lolita, doña Isabel, don Fernando—que no eran nada.

AZORÍN.

(*Los Pueblos.*)

FRAGMENTO

Hay a más del externo que los sentidos palpan
Un mundo misterioso sin forma ni color,
Mundo que presentimos y que sin duda existe
Porque nos cerca y mueve su infatigable acción.

Un mundo de armonías, de fuerzas que difunden,
Fluyendo de la vida, la actividad doquier,
De ocultas simpatías, magnéticas influencias
Que obran bajo el imperio de inescrutable ley.

Cadena imperceptible que el ser al no ser liga,
La materia al espíritu y la natura al «yo».
Y uniendo de las almas los íntimos afectos,
En relación nos pone con lo animado y Dios.

Eléctrica sustancia que al universo abarca,
Emanación divina, espíritu sutil;—
Misterios son de un mundo que el ojo no percibe,
Y la razón en vano pretende concebir.

La voz de la conciencia a veces nos lo anuncia,
A veces lo adivina profeta el corazón.
A veces el poeta columbra sus prodigios,
Les da visible forma su soplo engrendador.

¿Por qué al mirar la luna, surcando majestuosa
En carro de zafiros el firmamento azul,
Cuando el aura embalsama el lecho donde el Plata
Dormita bajo palio de transparente luz,

Estáticos probamos deleite indefinible,
Gozamos de la calma que reina en derredor,
Los ecos escuchamos de música inefable,
Vivimos de la vida que anima la creación?

La vida es la armonía; nuestra alma un instrumento
Que vibra unisonante con la obra del Creador;
Pero se rompe frágil y disonantes ecos
Exhala destemplada su solitaria voz.

Del instrumento entonces las fibras enmudecen,
O al aire dan en vano su lánguido gemir;
La vida es como antorcha que en medio de un sepulcro
Sin pábulo arde mustia para extinguirse al fin.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

(*La Guitarra.*)

RETRATO DE HERNÁN CORTÉS

Dióse a las letras en su primera edad, y cursó en Salamanca dos años, que le bastaron para conocer que iba contra su natural, y que no convenia con la viveza de su espíritu aquella diligencia perezosa de los estudios. Volvió a su casa resuelto a seguir la guerra; y sus padres le encaminaron a la de Italia, que entonces era la de más pundonor, por estar calificada con el nombre del Gran Capitán. Pero al tiempo de embarcarse le sobrevino una enfermedad que le duró muchos días, de cuyo accidente le resultó el hallarse obligado a mudar de intento, aunque no de profesión. Inclínose a pasar a las Indias, que como entonces duraba su conquista, se apetecían con el valor más que con la codicia. Luego que llegó a Santo Domingo y se dió a conocer, halló grande agasajo y estimación en todos, y tan agradable acogida en el gobernador, que le admitió desde luego entre los suyos y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicación. Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinación, porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella isla, ya pacificada y poseída sin contradicción de sus naturales, que pidió licencia para empezar a servir en la de Cuba, donde se traían por entonces las armas en las manos: y haciendo este viaje con beneplácito de su pariente, trató de acreditar en las ocasiones de aquella guerra su valor y su obediencia, que son los primeros rudimentos de esta facultad. Consiguió brevemente la opinión de valeroso, y tardó poco más a darse a conocer su entendimiento, porque sabiendo adelantarse en-

tre los soldados, sabía también dificultar y resolver entre los capitanes.

Era mozo de gentil presencia y agradable rostro; y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenía otras de su propio natural que le hacían amable, porque hablaba bien de los ausentes, era festivo y discreto en las conversaciones, y partía con sus compañeros cuanto adquiría, con tal generosidad, que sabía ganar amigos sin buscar agradecidos.

ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEIRA.

(Historia de la Conquista de Méjico.)

MI EDUCACIÓN

Yo he nacido en 1811, el noveno mes después del 25 de Mayo, y mi padre se había lanzado en la revolución, y mi madre palpitando todos los días con las noticias que llegaban por momentos sobre los progresos de la insurrección americana. Balbuciente aún, empezaron a familiarizar mis ojos y mi lengua con el abecedario, tal era la prisa con que los colonos, que se sentían ciudadanos, acudían a educar a sus hijos, según se ve en los decretos de la junta gubernativa y los otros gobiernos de la época. Lleno de este santo espíritu el gobierno de San Juan, en 1816, hizo venir de Buenos Aires unos sujetos, dignos por su instrucción y moralidad de ser maestros en Prusia, y yo pasé inmediatamente a la apertura de la escuela de la patria, a confundirme en la masa de cuatrocientos niños de todas edades y condiciones, que acudían presurosos a recibir la única

instrucción sólida que se ha dado entre nosotros en escuelas primarias. La memoria de don Ignacio y de don José Jenaro Rodríguez, hijos de Buenos Aires, aguarda aún la reparación que sus inmensos, sus santos servicios merecen, y no he de morir sin que mi patria haya cumplido con este deber sagrado. El sentimiento de la igualdad era desenvuelto en nuestros corazones por el tratamiento de *señor* que estábamos obligados a darnos unos a otros entre los alumnos, cualquiera que fuese la condición o la raza de cada uno; y la moralidad de las costumbres estimulábala el ejemplo del maestro, las lecciones orales, y castigos que sólo eran severos y humillantes para los crímenes. En aquella escuela, de cuyos pormenores he hablado en *Civilización y Barbarie*, en *Educación Popular*, y conozco hoy la América, permanecí nueve años sin haber faltado un solo día bajo pretexto ninguno, que mi madre estaba ahí, para cuidar con inapelable severidad de que cumpliese con mi deber de asistencia. A los cinco años de edad, leía corrientemente en voz alta, con las entonaciones que sólo la completa inteligencia del asunto puede dar, y tan poco común debía ser en aquella época esta temprana habilidad, que me llevaban de casa en casa para oírme leer, cosechando grande* copia de bollos, abrazos y encomios que me llenaban de vanidad. Aparte de la facilidad natural de comprender, había un secreto detrás de bastidores que el público ignoraba, y que debo revelar para dar a cada uno lo que le corresponde. Mi pobre padre, ignorante, pero solícito de que sus hijos no lo fuesen, aguijoneaba en casa esta sed naciente de educación, me tomaba diariamente la lección de la escuela, y me hacía leer sin piedad por

mis cortos años la *Historia crítica de España*, por don Juan Masdeu, en cuatro volúmenes, el *Desiderio y Electo*, y otros librotos abominables que no he vuelto a ver, y que me han dejado en el espíritu ideas confusas de historia, alegorías, fábulas, países y nombres propios. Debí, pues, a mi padre la afición a la lectura que ha hecho la ocupación constante de una buena parte de mi vida, y si no pudo después darme educación por su pobreza, dióme en cambio por aquella solicitud paterna, el instrumento poderoso con que yo por mi propio esfuerzo suplí a todo, llenando el más constante, el más ferviente de sus votos.

Concluyó mi aprendizaje de la escuela por una de aquellas injusticias tan frecuentes, de que me he guardado yo cuando me he hallado en circunstancias análogas. Don Bernardino Rivadavia, aquel cultivador de tan mala mano, y cuyas bien escogidas plantas debían ser pisoteadas por los caballos de Quiroga, López, Rosas, y todos los jefes de la reacción bárbara, pidió a cada provincia seis jóvenes de conocidos talentos para ser educados por cuenta de la nación, a fin de que, concluidos sus estudios, volviesen a sus respectivas ciudades a ejercer las profesiones científicas, y dar lustre a su patria. Pedíase que fuesen de familia decente, aunque pobres, y don Ignacio Rodríguez fué a casa a dar a mi padre la fausta noticia de ser mi nombre el que encabezaba la lista de los hijos predilectos que iba a tomar bajo su amparo la nación. Empero, se despertó la codicia de los ricos, hubo empeños, todos los ciudadanos se hallaban en el caso de la donación, y hubo de formarse una lista de todos los candidatos; echóse a la suerte la elección, y como la fortuna no era el patro-

no de mi familia, no me tocó ser uno de los seis agraciados. ¡Qué día de tristeza para mis padres aquél en que nos dieron la fatal noticia del escrutinio! Mi madre lloraba en silencio, mi padre tenía la cabeza sepultada entre sus manos.

Volviendo a mi educación, puede decirse que la fatalidad intervenía para cerrarme el paso. En 1821, fui al seminario de Loreto en Córdoba, y hube de volverme sin entrar. La revolución de Carita me dejó sin maestro de latín. En 1825 principié a estudiar matemáticas y agrimensura, bajo la dirección de M. Barreau, ingeniero de la provincia. Levantamos juntos el plano de las calles de Rojo, Desamparados, Santa Bárbara, y de allí rodeando hacia el Pueblo Viejo; y yo solo, por haberme abandonado el maestro, la de la Catedral, Santa Lucía y Legua. En el mismo año fui a San Luis a continuar con el clérigo Oro la educación que había interrumpido la revolución del año anterior. Un año más tarde era llamado por el gobierno para ser enviado al Colegio de Ciencias Morales, y llegaba a San Juan, después de haberme negado una vez, en el momento que las lanzas de Facundo Quiroga venían en bosque polvoroso agitando sus siniestras banderolas por las calles.

En 1826 entraba tímido dependiente de comercio en una tienda, yo que había sido educado por el presbítero Oro en la soledad que tanto desenvuelve la imaginación, soñando congresos, guerra, gloria, libertad, la república, en fin. Estuve triste muchos días, y como Franklin, a quien sus padres dedicaban a jabonero, él que debía robar al cielo los rayos y a los tiranos el centro, toméle desde luego ojeriza al camino que sólo con-

duce a la fortuna. En mis cavilaciones en las horas de ocio, me volvía a aquellas campañas de San Luis en que vagaba por los bosques con mi Nebrija en las manos, estudiando *mascula sunt maribus*, e interrumpiendo el recitado para tirarle una pedrada a un pájaro. Échaba menos aquella voz sonora que había dos años enteros sonado en mis oídos, plácida, amiga, removiendo mi corazón, educando mis sentimientos, elevando mi espíritu. Las reminiscencias de aquella lluvia oral que caía todos los días sobre mi alma, se me presentaban como láminas de un libro cuyo significado comprendemos por la actitud de las figuras, Pueblos, historia, geografía, religión, moral, política, todo ello estaba ya anotado como en un índice; faltábame, empero, el libro que lo detallaba, y yo estaba solo en el mundo, en medio de fardos de tocuyo y piezas de quimonés, monudeando a los que se acercaban a comprarlos, vara a vara. Pero debe haber libros, me decía yo, que traten especialmente de estas cosas, que las enseñen a los niños; y entendiendo bien lo que se lee, puede uno aprenderlas sin necesidad de maestros; y yo me lancé en seguida en busca de esos libros, y en aquella remota provincia, en aquella hora de tomada mi resolución, encontré lo que buscaba, tal como lo había concebido, preparado por patriotas que querían bien a la América, y que desde Londres habían presentido esta necesidad de la América del Sur de educarse, respondiendo a mis clamores los *catecismos* de *Ackermann*, que había introducido en San Juan don Tomás Rojo. ¡Los he hallado!, podía exclamar como Arquímedes, porque yo los había previsto, inventado, buscado aquellos catecismos, que más tarde, en 1829, regalé a don Satur-

nino Laspiur para la educación de sus hijos. Allí estaba la historia antigua, y aquella Persia, y aquel Egipto, y aquellas Pirámides, y aquel Nilo de que me hablaba el clérigo Oro. La historia de Grecia la estudié de memoria, y la de Roma en seguida, sintiéndome sucesivamente Leonidas y Bruto, Aristides y Camilo, Harmodio y Epaminondas; y esto mientras vendía yerba y azúcar y ponía mala cara a los que me venían a sacar de aquel mundo que yo había descubierto para vivir en él. Por las mañanas, después de barrida la tienda, yo estaba leyendo, y una señora Laora pasaba para la iglesia y volvía de ella y sus ojos tropezaban siempre día a día, mes a mes, con este niño, inmóvil, insensible a toda perturbación, sus ojos fijos sobre un libro, por lo que, meneando la cabeza, decía en su casa: «¡este mocito no debe ser bueno!; ¡si fueran buenos los libros no los leería con tanto ahinco!»

Otra lectura ocupóme más de un año, ¡la Biblia! Por las noches, después de las ocho, hora de cerrar la tienda, mi tío don Juan Pascual Albarracín, presbítero ya, me aguardaba en casa, y durante dos horas, discutíamos sobre lo que iba sucesivamente leyendo, desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*. ¡Con cuánta paciencia escuchaba mis objeciones para comunicarme en seguida la doctrina de la Iglesia, la interpretación canónica, y el sentido legítimo y recibido de las sentencias donde decía blanco, no obstante que yo leía negro, y las opiniones divergentes de los santos padres! La *Teología natural*, de Payey; *Evidencia del Cristianismo*, por el mismo; *Verdadera idea de la Santa Sede*, y Feijóo, que cayó por entonces en mis manos, completaron aquella educación razonada y eminentemente religiosa, pero

liberal, que venía desde la cuna transmitiéndose desde mi madre al maestro de escuela, desde mi mentor Oro hasta el comentador de la Biblia, Albarracín.

Desde aquella época me lancé en la lectura de cuanto libro pudo caer en mis manos, sin orden, sin otro guía que el acaso que me los presentaba, o las noticias que adquiría de su existencia en las escasas bibliotecas de San Juan. Fué el primero la *Vida de Ciccrón*, por Middleton, con láminas finísimas, y aquel libro me hizo vivir largo tiempo entre los romanos. Si hubiese entonces tenido medios, habría estudiado el derecho para hacerme abogado, para defender causas, como aquel insigne orador a quien he amado con predilección. El segundo libro fue la *Vida de Franklin*, y libro alguno me ha hecho más bien que éste. La vida de Franklin fué para mí lo que las vidas de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, madama Roland y tantos otros. Yo me sentía Franklin; y ¿por qué no? Era yo probrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor *ad honórem* como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americana. La vida de Franklin debiera formar parte de los libros de las escuelas primarias. Alienta tanto su ejemplo, está tan al alcance de todos la carrera que él recorría, que no habría muchacho un poco inclinado que no se tentase a ser un Franklincito, por aquella bella tendencia del espíritu humano a imitar los modelos de la perfección que concibe.

Para los pueblos del habla castellana, aprender un idioma vivo, es sólo aprender a leer, y debiera uno por lo menos enseñarse en las escuelas primarias. El clérigo

Oro, al enseñarme el latín, que no sé, me había dotado de una máquina sencilla de aprender idiomas, que he aplicado con suceso a los pocos que conozco. En 1829, escapado de ser fusilado en Mendoza por el fraile Aldao, por la benéfica y espontánea intercesión del coronel don José Santos Ramírez, a cuyo buen corazón no deben perjudicar las flaquezas de su juicio, tuve en San Juan mi casa por cárcel y el estudio del francés por recreo. Vinome la idea de aprenderlo con un francés, soldado de Napoleón, que no sabía castellano, y no conocía la gramática de su idioma. Pero la codicia se me había despertado a la vista de una biblioteca en francés perteneciente a don José Ignacio de la Rosa, y con una gramática y un diccionario prestados, al mes y once días de principiado el solitario aprendizaje, había traducido doce volúmenes, entre ellos las *Memorias* de Josefina. De mi consagración a aquella tarea puedo dar idea por señales materiales. Tenía mis libros sobre la mesa del comedor, apartábalos para que sirvieran el almuerzo, después para la comida, a la noche para la cena; la vela se extinguía a las dos de la mañana, y cuando la lectura me apasionaba, me pasaba tres días sentado registrando el diccionario. Catorce años he puesto después en aprender a pronunciar el francés, que no he hablado hasta 1846, después de haber llegado a Francia. En 1833, estuve de dependiente de comercio en Valparaíso, ganaba una onza mensual, y de ella destiné media para pagar al profesor de inglés Richard, y dos reales semanales al sereno del barrio para que me despertase a las dos de la mañana a estudiar mi inglés. Los sábados los pasaba en vela para hacerlos de una pieza con el domingo; y después de

mes y medio de lecciones, Richard me dijo que no me faltaba ya sino la pronunciación, que hasta hoy he podido adquirir. Fuíme a Copiapó, y mayordomo indigno de la *Colorado* que tanta plata en barra escondía a mis ojos, tradujo a volumen por día los sesenta de la colección completa de novelas de Walter Scott, y otras muchas obras que debí a la oficiosidad de Mr. Eduardo Abott.

En 1837 aprendí el italiano en San Juan, por acompañar al joven Rawson, cuyos talentos empezaban desde entonces a manifestarse. Últimamente, en 1842, redactando el *Mercurio*, me familiaricé con el portugués, que no requiere aprenderse. En París, me encontré quince días con una gramática y un diccionario, y traduje seis páginas de alemán, a satisfacción de un inteligente a quien di lección, dejándome desmontado aquel supremo esfuerzo, no obstante que creía haber alcanzado ya la estructura del rebelde idioma.

He enseñado a muchos el francés, por el deseo de propagar la buena lectura, y a varios de mis amigos, sin darles lecciones, para echarlos en el camino que yo había seguido, les decía primero: usted no se ha de contraer a estudiar, ya lo estoy viendo; y cuando los veía picados de amor propio, les daba algunas lecciones sobre la manera de estudiar por sí solos. Bustos, el de la Escuela Normal, y Piñero, mi tierno amigo, me avisaron un mes o dos después, que ya sabían francés, y en efecto, lo habían estudiado.

¿Cómo se forman las ideas? Yo creo que en el espíritu de los que estudian sucede como en las inundaciones de los ríos, que las aguas, al pasar, depositan poco a poco las partículas sólidas que traen en disolu-

ción, y fertilizan el terreno. En 1833 yo pude comprobar en Valparaíso que tenía leídas todas las obras que no eran profesionales, de las que componían un catálogo de libros publicados por el *Mercurio*. Estas lecturas, enriquecidas por la adquisición de los idiomas, habían expuesto ante mis miradas el gran debate de las ideas filosóficas, políticas, morales y religiosas, y abierto los poros de mi inteligencia para embeberse en ellas. En 1838 fué a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado aún, lleno de fe y de entusiasmo en las nuevas ideas que agitaban el mundo literario en Francia, y poseedor de una escogida biblioteca de autores modernos. Villemain y Schlegel, en literatura; Jouffroi, Lerminnier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux, en democracia; la *Revista Enciclopédica*, como síntesis de todas las doctrinas; Carlos Didier, y otros cien nombres, hasta entonces ignorados para mí, alimentaron por largo tiempo mi sed de conocimientos. Durante dos años consecutivos prestaron estos libros materia de apasionada discusión por las noches en una tertulia, en la que los doctores Cortínez, Aberastain, Quiroga Rosas, Rodríguez y yo, discutíamos las nuevas doctrinas, las resistíamos, las atacábamos, concluyendo al fin por quedar más o menos conquistados por ellas. Hice entonces, y con buenos maestros a fe, mis dos años de filosofía e historia, y concluido aquel curso, empecé a sentir que mi pensamiento propio, espejo reflector hasta entonces de las ideas ajenas, empezaba a moverse y a querer marchar. Todas mis ideas se fijaron clara y distintamente, disipándose las sombras y vacilaciones frecuentes en la juventud que comienza, llenos ya los

vacíos que las lecturas desordenadas de veinte años habían podido dejar, buscando la aplicación de aquellos resultados adquiridos a la vida actual, traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requería.

En todos estos esfuerzos estuvo siempre en actividad el órgano de instrucción y de información que tengo más expedito, que es el oído. Educado por medio de la palabra por el presbítero Oro, por el cura Albarraçin; buscando siempre la sociedad de los hombres instruidos, entonces y después, mis amigos Aberastain, Piñero, López, Alberdi, Gutiérrez, Oro, Tejedor, Fraguero, Montt y tantos otros, han contribuido sin saberlo a desenvolver mi espíritu, transmitiéndome sus ideas, o dando asidero a las mías para un desenvolvimiento que viene de suyo a completarlas. Así, preparado, presentéme en Chile, en 1841, maduro, puedo decir, por los años, el estudio y la reflexión, y los escritos que la prensa ponía a mi vista me hicieron creer desde luego que los hombres que habían recibido una educación ordenada, no habían atesorado mayor número de conocimientos, ni masticádolos más despacio. No al principio de mi carrera de escritor, sino más tarde, levantóse en Santiago un sentimiento de desdén por mi inferioridad, de que hasta los muchachos de los colegios participaron. Yo preguntara hoy, si fuera necesario, a todos esos jóvenes del *Seminario* si habían hecho realmente estudios más serios que yo. ¿También a mí querían embaucarme con sus seis años de Instituto Nacional? ¿Pues qué! ¿no sé yo, hoy examinador universitario, lo que en los colegios se enseña?

DOMINGO F. SARMIENTO.
(*Recuerdos de Provincia.*)

La siesta

No late más que un único reloj: el campanario,
Que cuenta los dichosos hastios de la aldea,
El cual, al sol de Enero, agriamente chispea,
Con su aspecto remoto de viejo refractario...

A la puerta, sentado se duerme el boticario...
En la plaza yacente la gallina cloquea,
Y un tronco de ojaranzo arde en la chimenea,
Junto a la cual el cura medita su breviario.

Todo es paz en la casa. Un cielo sin rigores,
Bendice las faenas, reparte los sudores...
Madres, hermanas, tías, cantan lavando en rueda

Las ropas que el Domingo sufren los campesinos...
Y el asno vagabundo que ha entrado en la vereda
Huye, soltando coces, de los perros vecinos.

JULIO HERRERA REISSIG.

EL ZIGRE O YAGUAREZÉ

Generalmente se considera al tigre como un animal en extremo feroz, de una crueldad invencible, y devorado constantemente por una sed insaciable de sangre. En vano es que todos los observadores inteligentes se hallen contestes en asegurar que aun el verdadero

tigre asiático no es más feroz que el león; que sólo acometen acosados por el hambre (circunstancia en que el mismo hombre va más adelante, pues se hace antropófago); en vano Buffón y Cuvier han comprobado que el jaguar, el tigre americano o yaguareté, es menos fiero que la pantera, la onza y el leopardo que rara vez se tiran sobre los hombres, y que para hacerlo huir, no es menester más que presentarle un tizón encendido. A pesar de eso, se considera al tigre como el símbolo de la crueldad, y la palabra *tigre* se ha hecho sinónima de *cruel*, *inhumano*, *sanguinario*, aplicada a las personas: aunque con más verdad debía ser a la inversa, porque la crueldad y sevicia del hombre deja muy atrás la de las fieras. ¡Observación dolorosa a par de humillante para la especie humana!: la destructividad del tigre, de la pantera, de la hiena, del chacal, nunca se ejerce contra los individuos de su especie; mas la del hombre se despliega a veces con caracteres espantosos, sobre sus semejantes, sobre su propia sangre, sobre sí mismo, pues es el único ser que tiene la funesta prerrogativa del suicidio.

Créese generalmente que en el delta no sólo se encuentran todas aquellas especies inofensivas y provechosas para el hombre, sino que también son la guarida de los feroces tigres. Esta es una creencia errónea, producida y alimentada por el mismo isleño que se complace en abusar de la credulidad de los *puebleros*, refiriéndoles cuentos de tigres, cuyas fechorías nunca pasan de haber robado la carne de la ranchada o arrebatado a un perro.

En efecto, hay tigres bastante astutos para atrapar un perro cerca del fogón o de la chalana, apretán-

dole el pescuezo para que no grite y despierte a sus amos. Todos los habitantes de estas islas y costas están firmemente persuadidos de que estarán libres de las garras del yaguareté, siempre que tengan un perro a su lado.

A ser cierto la ferocidad que se supone en los tigres, o su abundancia en el delta, serían repetidos los casos funestos entre el considerable número de personas que se hallan en él o lo frecuentan, la mayor parte sin armas para su defensa, y sin más abrigo para pasar la noche, que una débil choza, durmiendo muchas veces al raso. Tampoco hay temor de encontrar tigres en las islas anegadizas.

Tan seguros están los carapachayos de que no hay peligro alguno de fieras de ninguna especie en la parte inferior del delta, que sus mujeres andan con frecuencia solas y con sus niños, en pequeñas canoas, internándose por los arroyos, y penetrando a pie por los bosques más espesos, en busca de duraznos o naranjas. Este hecho, que yo he presenciado muchas veces, es la prueba más concluyente contra la existencia de los tigres en esta parte del delta. Digo expresamente *en esta parte*, porque es indudable que en la parte superior y demas islas, río arriba, y aun en toda la costa firme, los hay, aunque en corto número. La causa porque no se encuentran en las islas inferiores, es la misma que se opone a la propagación de otras especies de cuadrúpedos que no sean anfibios; es la frecuencia de las inundaciones que en pocos días los ahuyentarian, y ahogarian a sus cachorros.

Esto no impedirá que de tarde en tarde cruce por el bajo delta algún tigre de los que se alejan de sus

guardadas, huyendo de los cazadores, o bien encarnizado él mismo en perseguir su caza. Menos rara que en las islas es en las poblaciones de la costa la presencia de algunos tigres desgarrados. Las ciudades de Santa Fe, Montevideo y Buenos Aires, han tenido algunas veces esos huéspedes; pero ellos no vienen de las islas, sino de los montes y pajonales de tierra firme, donde no hay inundaciones que los molesten y donde tienen ganados para su alimento. Con el aumento de la población se van haciendo más raras estas visitas, y como hemos dicho antes, los yaguaretés o tigres del bajo Paraná, lejos de atacar al hombre, evitan cuanto pueden su encuentro. Así que, no es raro encontrar isleños que han envejecido en los montes sin haber visto jamás un tigre, aunque muchas veces hayan visto sus recientes huellas.

La facilidad con que se amansan y familiarizan estos cuadrúpedos, es otra prueba de que no son tan feroces como se cree. Si no fuese por el recelo que inspira la presencia de un animal tan fuerte y tan temido, no sería necesario tener en jaula ni aun atados los tigres bien domesticados.

He conocido uno comprado por mi padre en Santa Fe, tan manso y tan dócil, que cualquiera lo manejaba con un cordelito, y nunca se le tuvo enjaulado ni se le cortaron las uñas ni los dientes. Era adulto y de gran tamaño; se dejaba manosear por todos los de la casa. Habiéndose trasladado mis padres a Buenos Aires, el yaguareté, como miembro de la familia, fué también de los del equipaje. Cuando desembarcamos, el tigrizo iba en un carro, mirando con indiferencia

ia muchedumbre de curiosos que lo seguían por las calles de esta ciudad. Yo que marchaba al lado del convoy, iba diciendo para mí: Ahora se convencerán todos éstos, de que *no es tan bravo el tigre como lo pintan*.

Otro caso notable de domesticidad, entre otros muchos que podría referir, es el de un tigre que había en Coronda (villa de Santa Fe), tan sumamente manso, que solían dejarlo suelto por el ejido, y consentía que los muchachos del pueblo cabalgasen sobre él. Este extremo de masedumbre es muy frecuente en nuestros leones o coguares; en el colegio de Monserrat en Córdoba, teníamos uno en libertad, más manso que una oveja.

Después de estos hechos, no me sorprendí al leer en Cuvier, que en París, en la casa de fieras, había un tigre americano tan manso, que se allegaba a recibir los halagos de las personas que lo iban a ver; y también encontré muy creíble el caso curiosísimo referido por Humboldt, que copiaré aquí porque corrobora mi opinión sobre la indole de los animales de nuestro delta.

«Algunos meses antes de nuestra llegada, un tigre que creían joven, había herido a un niño que *jugaba con él*; me sirvo con seguridad de una expresión que debe parecer extraña, habiendo podido verificar en los mismos lugares unos hechos no desprovistos de interés para la historia de las costumbres de los animales. Un niño y una niña de ocho a nueve años, ambos indios, estaban un día sentados en la yerba cerca de la villa de Atures, en medio de una sabana que nosotros hemos atravesado muchas veces. Sobre las dos de la tarde, un tigre sale del bosque, se aproxima a los

niños dando saltos alrededor de ellos y ocultándose. unas veces entre las altas gramíneas, y saliendo otras con la cabeza baja y el cuerpo arqueado a la manera de nuestros gatos. El muchacho ignoraba el peligro en que se hallaba, pero pareció conocerlo en el momento en que el tigre le dió algunas manotadas sobre la cabeza, que, aunque leves en el principio, fueron sucesivamente más fuertes. Las uñas del tigre hieren al muchacho, y la sangre corre de las heridas; la niña entonces toma una rama de un árbol y castiga al animal que huye inmediatamente. A los gritos de los niños acuden los indios y ven al tigre retirarse dando brinco, sin dar muestras de ponerse en defensa. Nos trajeron el niño herido, que parecía inteligente y despejado. La garra del tigre le había arrancado la piel por bajo de la frente, y hecho otra herida encima de la cabeza.»

El mismo escritor ha observado que en ciertos parajes es mayor la voracidad y la actividad de la ponzoña de los insectos, así como la ferocidad en las clases de los más grandes animales. Pone por ejemplo el *yacaré*, o caimán, que persigue a los hombres en la Angostura; mientras que en la Nueva Barcelona y en el río Neveri (y yo añado en el río Paraná) se baña el pueblo tranquilamente en medio de estos reptiles. Los tigres de Cumaná, del istmo de Panamá y del Paraná, son cobardes en comparación de los del alto Orinoco y el Paraguay. Los Indios saben muy bien que los monos de tal o cual valle se domestican fácilmente, mientras que otros individuos de la misma especie, tomados en otros parajes, son indomesticables.

Sería inútil hacer la descripción del hermosísimo

pelaje del yaguareté, igual al de la pantera. No hay quien no haya visto su piel (el cuero de tigre), con razón tan estimada como objeto de lujo, y que por su escasez no vale menos de una onza de oro en el mismo país que las produce.

El aliciente del lucro, y más, si no me engaño, el temple verdaderamente varonil del gaucho, acostumbrado a domar los brutos más soberbios, por medio de la fuerza, de la destreza y del arrojo; ese carácter, decía, hace que muchos adopten como una profesión el matar tigres, en lo que muestran la pasión y el ardor de los que aman la caza por sus placeres. El inseparable caballo para buscar y perseguir al yaguareté, algunos perros para descubrirlo y provocarlo, un chuzo corto y una daga para matarlo, es todo el equipo y armamento del que va a luchar con el animal más vigoroso y feroz del Nuevo Mundo. Por muy dichoso se tendría nuestro intrépido cazador, y muy pronto cubriría su corcel de chapeados y jaeces de plata, si encontrase un tigre siquiera cada día, pues que su valor y su pericia le dan la seguridad de darles caza y acogotarlos a mansalva; pero está ya muy rara la especie en el bajo Paraná, y no hacen frente al hombre sino cuando se ven hostigados por los perros. Entonces el impertérrito cazador echa pie a tierra, se adelanta hacia la fiera, espera que se abalance, y si no arremete contra ella hiéndola con su chuzo, y si éste llega a fallar, hace uso de la daga, dándole golpes certeros y mortales para no desgarrar la valiosa piel. Más de una vez, buscando las emociones del sublime espectáculo de esta lucha, he cometido la imprudencia de acompañar al cazador de tigres; pero mi adversa o favorable suerte rehusó cum-

plir mi intento temerario, pues no dimtos con ninguno, a pesar de haber hecho largas excursiones a caballo, durante días enteros y con buenos perros de pista, por la dilatada isla de Santa Fe, entonces inhabitada y montuosa.

MARCOS SASTRE.
(*El Tempe Argentino.*)

LA COL Y LA CALDERA

Un muchacho gallego, que estaba en Sevilla sirviendo en una tienda de comestibles, era íntimo amigo de un gitano calderero, a quien siempre que con él salía a pastear ponderaba la fertilidad de Galicia. Sus frondosos bosques; sus verdes praderas, cubiertas de abundante pasto, donde se crían y ceban hermosos becerros y lucias vacas que dan mantecosa leche; y la rica copia de flores, frutas y hortalizas que hay allí por donde quiera, valían mucho más, según el gallego, que los áridos cortijos, que las estériles llanuras sin árbol que les preste sombra y sin chispa de hierba, y que los sombríos olivares y viñedos de Andalucía.

Entusiasmado cierto día el galleguito, comparando la ruindad y pequeñez de las plantas andaluzas con la lozania y tamaño colosal de las de su tierra, llegó a hablar de una col que había crecido en un huertecillo cultivado por su padre. La col acabó por tener tales dimensiones, que en el rigor del estío venía una manada de carneros a sestar a su sombra y a guarecerse de los ardientes rayos del sol.

Mucho celebró y admiró el gitano la magnificencia de la col gallega y no pudo menos de confesar que el

suelo andaluz era harto menos fértil y generoso en lo tocante a coles.

—Por eso, decía el gitano, si los andaluces siguiesen mis consejos, descuidarían la agricultura y se dedicarían a la industria, que empieza ya a estar muy en auge. Por ejemplo, en Málaga, donde hace poco tiempo que estuve yo para cierto negocio, vi, en la ferrería del señor Leria, una caldera que estaban fabricando, y que es verdaderamente un asombro. ¡Jesús! Yo no he visto nada mayor. Figúrese usted que en un lado de la caldera había unos hombres dando martillazos y los que estaban en el lado opuesto no oían nada.

—¿Pero hombre, dijo el gallego, para qué iba a servir esa caldera tan enorme?

—Para qué había de servir, contestó el gitano: para cocer la col que su padre de usted ha criado en el huerto.

JUAN VALERA.

(*Cuentos y chascarrillos andaluces.*)

MOTEZUMA

Creció Méjico de humildes principios a tan desmesurada grandeza en poco más de ciento y treinta años: porque los mejicanos, nación belicosa por naturaleza, se fueron haciendo lugar con las armas entre las demás naciones que poblaban aquella parte del mundo. Obedecieron primero a un capitán valeroso que los hizo soldados, y les dió a conocer la gloria militar: después eligieron rey, dando el supremo dominio al que tenía mayor crédito de valiente...

Fué el undécimo de ellos, según lo pintan sus ana-

les, Motezuma, segundo de este nombre, varón señalado y venerable entre los mejicanos aun antes de reinar.

Era de la sangre real, y en su juventud siguió la guerra, donde se acreditó de valeroso y esforzado capitán con diferentes hazañas que le dieron grande opinión. Volvió a la corte algo elevado con estas lisonjas de la fama; y, viéndose aplaudido y estimado como el primero de su nación, entró en esperanza de empuñar el cetro en la primera elección.

Puso luego toda su felicidad en ir ganando voluntades. Afectaba grande obediencia y veneración a su rey, y extraordinaria modestia y compostura en sus acciones y palabras; cuidando tanto de la gravedad y entereza del semblante, que solían decir los indios que le venía bien el nombre de *Motczuma*, que en su lengua significa *príncipe sañudo*, aunque procuraba templar esta severidad forzando el agrado con la liberalidad.

Hizose tan venerable con este género de exterioridades, que, cuando llegó el caso de morir el rey, su antecesor, le dieron su voto sin controversia todos los electores, y le admitió el pueblo con grande aclamación. Tuvo sus ademanes de resistencia, dejándose buscar para lo que deseaba, y dió su aceptación con especies de repugnancia; pero apenas ocupó la silla imperial cuando cesó aquel artificio en que traía violentado su natural, y se fueron conociendo los vicios que andaban encubiertos con nombres de virtudes.

La primera acción en que manifestó su altivez fué despedir toda la familia real, que hasta él se componia de gente mediana y plebeya; y, con pretexto de mayor decencia, se hizo servir de los nobles hasta en los misterios menos decentes de su casa. Dejábase ver po-

cas veces de sus vasallos, y solamente lo muy necesario de sus ministros y criados, tomando el retiro y la melancolía como parte de la majestad. Para los que conseguían el llegar a su presencia inventó nuevas reverencias y ceremonias, extendiendo el respeto hasta los confines de la adoración. Persuadióse a que podía mandar en la libertad y en la vida de sus vasallos, y ejecutó grandes crueldades para persuadirlo a los demás.

Consiguió con esto que le temiesen sus pueblos; pero como suelen andar juntos el temor y el aborrecimiento, se le rebelaron algunas provincias, a cuya sujeción salió personalmente, por ser tan celoso de su autoridad, que se ajustaba mal a que mandase otro en sus ejércitos; aunque no se le puede negar que tenía inclinación y espíritu militar. Sólo resistieron a su poder y se mantuvieron en su rebeldía las provincias de Mechoacán, Tlascala y Tepeaca; y solía decir él, que no las sojuzgaba porque había menester aquellos enemigos para proveerse de cautivos que aplicar a los sacrificios de sus dioses: tirano hasta en lo que sufría, o en los que dejaba de castigar.

Había reinado catorce años cuando llegó a sus costas Hernán Cortés, y el último de ellos fué todo presagios y portentos de grande horror y admiración, ordenados o permitidos por el cielo para quebrantar aquellos ánimos feroces, y hacer menos imposible a los españoles aquella grande obra que con medios tan desiguales iba disponiendo y encaminando su Providencia.

ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEIRA.

(*Historia de la Conquista de Méjico.*)

REDONDILLAS

Deseáis, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos a tantos daños,
Cómo me porto y sustento.

Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.

Salido el sol por oriente.
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente:

Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y a quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del oriente y del ocaso:

Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.

Después que cayendo viene
A dar en el mar Hesperio,
Desamparando el imperio
Que en nuestro horizonte tiene:

Me suelen dar a comer

Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen a su ser.

Luego me cierran la puerta,
Y me entrego al dulce sueño:
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mi nueva cierta.

Hasta que, habiendo sol nuevo,
Me cuentan cómo he dormido,
Y así de nuevo les pido,
Que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo,
Voyle puntales poniendo
Porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio:
Presto me dicen mis males,
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

BALTASAR DE ALCÁZAR.

LA GRAN BATALLA

Adonis odia a Merto como se odia a un rival que es además un tirano.

Merto sólo discurre para inventar modos de atormentar a Adonis. A ello le inclinan su instinto de muchacho revoltoso, y el recuerdo de la dentellada que le dejó cicatrices en la pantorrilla.

Pero Gedeón, cuando está en casa, no se separa del

ratonero; y cuando sale de ella, queda Regla que no pierde de vista un momento a la alimaña.

Por lo demás, ya sabe él que hay en el cuarto de la ropa sucia una vara de fresno, muy larga, que usa su madre para despolvorear los colchones. Aquella vara es toda su ambición. Con aquella vara se le puede dar al ratonero una mano de leña, como no la ha llevado en el mundo perro alguno; y se le puede dar desde lejos; es decir, impunemente, o, lo que es lo mismo, sin el riesgo de que devuelva dentellada por varazo.

Saboreando tales propósitos, aguarda el rapaz, con una perseverancia impropia de sus años, a que se le meta por los ojos una ocasión a su gusto.

Y la ocasión, al fin, se le presenta.

Gedeón no volverá a casa en toda la tarde, y Regla ha salido a la calle por largo rato, sin poder llevarse consigo a Merto, porque éste tiene los zapatos a componer. Temiendo que durante su ausencia haga su hijo alguna barbaridad, le ha amenazado con todos los castigos imaginables si se mueve del sitio en que ella le deja, entretenido en pegar con engrudo varios remiendos a una cometa. Merto ha prometido no menearse de allí.

Pero al quedarse solo, la sangre le hierve, los brazos le bailan, sus piernas brincan solas; y, para colmo de tentaciones, está enfrente de él, y abierto, el cuarto de la vara, y la vara delante de sus ojos cimbreándose sola, como diciéndole: «empúñame, y ¡a él!»

Además, hay en la casa muchísimos objetos que Merto no ha visto todavía *por dentro*, y tiene que verlos alguna vez; y esa vez no puede ser otra que aquella, por lo mismo que, a la sazón, no hay nadie que le

impida desarmar lo que le acomode y meter los dedos donde más le convenga.

Si sabe distribuir bien el tiempo, tiénele sobrado para hacer estas investigaciones y dar a Adonis la tremenda paliza.

¡ La paliza sobre todo !

En la sala hay un reló de sobremesa, cuya péndola figura un niño columpiándose en un cuerda. Este columpio es la curiosidad que más preocupa a Merto desde que le vió por primera vez. ¿ Por qué se mueve así ? ¿ Quién le da el empuje necesario ? ¿ Por qué se bambolea de atrás a adelante, y no de un lado a otro, como todas las péndolas que él ha visto ?

Hay que aclarar este misterio a todo trance.

Y después de empuñar la vara y de cerciorarse de que no se oye ruido de pasos en la escalera, y de ver, con mucho sigilo, que Adonis tiene para rato con el sueño que está echando en su colchón del gabinete, acercarse al reló, dejando para después de la batalla, si el estado de las cosas lo permite, el desarmar el barómetro y el filtro del comedor, la maquinilla del café, un calendario mecánico, una caja de música y otras maravillas que hay en el gabinete.

El temor de que su madre vuelva a casa antes de lo que *debe*, obliga a Merto a hacer sus pesquisiciones sin el reposo que él desea ; por lo cual le falta el tino que, en otro caso, tendría para manejarse con desembarazo.

Por de pronto, hay que quitar el fanal al reló ; y brega de aquí, brega de allá para conseguirlo, hácele tres pedazos. Contrariedad es ésta que le desconcierta y desamina ; pero uno de los pedazos es muy grande, y

acaso pueda servir todavía; esto le consuela bastante y le devuelve el ánimo para continuar la tarea.

Ya está descubierto el reló. En el espejo que refleja su parte posterior, se ven cosas que se mueven, amarillas y relucientes como el oro. Allí está el misterio. Invierte la posición del aparato. Hay otro cristal delante de las ruedas... ; Por vida de los inconvenientes! Pero el cristal tiene un resorte. La casualidad guía el dedo de Merto hasta el punto conveniente para que, apretando allí, el resorte cumpla su cometido. El cristal se separa, de un brinco, por sí solo. ; Oh delicia!; *allá dentro* hay una como hebilla que se menea a un lado y a otro. Es preciso ver qué resistencia opone a su mano... ; Rich! Algo se ha roto, y el columpio cae sobre la consola. El tic-tac, que antes se oía lento y acompasado, ahora es un redoble continuo; las agujas vuelan sobre la esfera, y el timbre parece que toca a rebato. Merto jurara que hay en aquella máquina algún demonio oculto que quiere denunciar su techoría con tanto ruido y campaneo; y presa de esta idea, tapa aquí oprime allá y mete sus dedos y la punta de la vara donde quiera que sus ojos ven movimiento y sus oídos perciben sonos. Al cabo oye Merto un chasquido metálico; luego un *rischss* interminable, como ruido de puñero que *se va* sobre las brasas; y después, nada: todo ruido calla y todo movimiento cesa; parece que se ha muerto el reló, y que su mal espíritu se ha hundido en el averno. Merto se tranquiliza por lo que respecta al estrépito acusador que antes le asustaba; pero, en cambio, siente delante de aquel aparato algo del miedo que infunden siempre los cadáveres.

Con ánimo, sin duxla, de borrar las huellas de su

crimen, vuelve el reló a su primera postura; arrima el columpio a la pared, a fin de que se vea desde enfrente cual si estuviera colgado en su sitio, aunque inmóvil; amontona los pedazos del fanal como su ingenio y su zozobra se lo permiten; y después de echar al conjunto una mirada desde la puerta, como supone él que podrán echarla su madre o su amo cuando vuelvan, y de tranquilizarse no poco con la prueba, empuña de nuevo la verdasca, y se acerca de puntillas al gabinete.

Gedeón, hombre de poco gusto artístico, pero muy aficionado a rodearse de cosas que le recreen la vista y le deleiten los sentidos, tiene su cuarto atestado de esos objetos mal llamados de arte, que la industria ha derramado por el mundo.

Así se ven allí, en brillantes colores sobre variedad de pastas, todas las divinidades de la mitología griega, en ménsulas y rinconeras, sin que les falten, como salsa o acompañamiento, los estuches de carey, el barquito, o *junco* filipino, de especias ensartadas; los caracoles de China y la tabaquera de coco. Sobre la mesa de escribir hay un tintero de cristal esmerilado, que es una maravilla, y una salvadera de porcelana, prodigio de transparencia y de color; y presidiéndolo todo, como santo en botica vieja, el busto de Balzac, de tamaño natural, encima de una elegante papelera y entre dos candelabros de alabastro y metal dorado.

Cuando a este vedado recinto se acerca Merto, abre con mucho pulso la puerta, y mira por la rendijilla resultante. Adonis sigue durmiendo. Puede, impunemente, partirle de un varazo.

Entra, y cierra la vidriera.

El ratonero no se mueve.

El tirano elige el sitio que más conviene a sus propósitos, y toma sus medidas para que la vara, antes de caer zumbando sobre el perro, pueda describir sin tropiezo el arco necesario.

La empuña por un extremo con las dos manos, después de escupírselas; afirmase a su gusto sobre los pies; levanta los brazos hasta más atrás del cogote, y... ¡zas!

Pero el ansia misma que tiene el granuja de deslomar al perro, le hace perder el tino, y sólo le alcanza con la vara en la punta del rabo.

Al recibir el golpe, lanza Adonis un aullido de angustia, de furor y de sorpresa juntamente, y da un salto nervioso e inconsciente que le eleva dos codos sobre el lecho en que acaso soñaba: después se encara con Merto, encorvado el lomo, la mirada ardiente y rechinantes los colmillos.

Merto, que no contaba con errar el golpe, ni, por consiguiente, con aquella actitud amenazante de su enemigo, desconciértase no poco, y comienza a sacudir palo de ciego; es decir, veinte en la alfombra y uno en Adonis.

Cuando éste parece convencido de que no puede meterse por debajo de la vara y hacer presa en las pantorrillas de Merto, porque la vara no cesa un punto de cimbrarse, acude al recurso de ocultarse debajo de cada mueble; pero allí le punzan y acribillan, si afuera le vapuleaban; y no sabe cuál es peor. Después salta sobre las sillas y sobre la cama; y la vara siempre detrás, o encima de él; pero la vara nunca pierde viaje, pues cuando no alcanza a Adonis, tumba cuanto halla al paso en rincones y paredes. Desde la cama, y no de

un salto ni sin llevar más de un varazo en el camino, huye el desventurado perro a refugiarse en la mesa de escribir; pero allá va también la vara, con la cual parte Merto la salvadera, creyendo partir a Adonis, que, a su vez, tumba el tintero, que se despedaza en el suelo, y pringa la alfombra después de haber pringado arriba libros y papeles.

Este estropicio aplaca un instante las iras del muchacho, y le hace prorrumpir en una interjección brutal.

Adonis, aprovechando aquel respiro, quiere estudiar con algún sosiego un plan de defensa; y desde la mesa en que se halla abroquelado con un montón de libros, dirige en derredor miradas angustiosas, como preguntándose: «¿En dónde mil demonios me guareceré cuando este bárbaro me eche de aquí?» Pero no ha habido tiempo ni para pensar la repuesta que se pide, cuando ya tiene encima otro varazo. Entonces, desatentado, arrójase a la papelera, y se encarama en ella, delante de Balzac, porque detrás no cabe, cual si buscara el sagrado del arte y del ingenio por refugio. Pero aquel genizaro que le persigue, no se para en sensiblerías semejantes, y viéndole tan perfectamente destacado, le larga un verdascazo a la media vuelta, que no solamente alcanza a Adonis a todo largo, sino que todavía le sobra otro tanto para Balzac y para los candelabros, que vienen al suelo con el perro, aquél desnucándose, y los candelabros haciéndose añicos.

El estrépito es horrible, y el desastre arranca al cerril muchacho, no ya una interjección, sino una blasfemia.

Entonces parece fijarse por primera vez en las rui-

nas de que está cubierto aquel campo de batalla; apodérase de pronto el susto de su ánimo; y, soltando la vara, abre la puerta y huye a esconderse en su cuarto; en el cual, después de larga meditación no se le ocurre otra salida para el conflicto en que se halla, que metirse en la cama, hacerse el enfermo y echar la culpa de todo lo sucedido a Adonis, que, entretanto, se rasca las contusiones, se relame los hocicos y sigue tembloroso, como niño después de una azotina.

JOSÉ MARÍA DE PFREDA.

(*El Buey Suelto...*)

EL MONO Y EL TORDO

(*Fábula*)

Metióse un Mono en un trigal ya seco
Del cañón de las mies a hacer flautillas,
Presumiendo tocar, por verlo hueco,
Mil maravillas.

Con sus uñitas lo rasgaba astuto,
Y soplándolo ansioso procuraba
El hacerlo sonar, pero el cañuto
Nunca sonaba.

Sin sacar de las cañas una avena,
Haciendo de su afán cumplido alarde,
Porfiando se mantuvo en su faena
Toda una tarde.

Pero un Tordo parlero, que su encono
Había estado viendo, con gran flema

Desde un sauce le dijo: señor Mono
Deje ese tema.

No desperdicie el tiempo en tal apuro,
Las mieses trate usted con carantoñas;
¿No advierte que ya está el alcácer duro
Para zampoñas?

Nadie piense sacar provecho alguno
De aquellos que pasaron con holganza
El tiempo conveniente y oportuno
De su crianza.

DOMINGO DE AZCUÉNAGA.

JUAN SOLDADO

Érase un mozo solariego, sin casa ni canastilla, al que tocó la suerte de soldado. Cumplió su tiempo, que fué ocho años, y se volvió a reenganchar por otros ocho, y después por otros tantos.

Cuando hubo cumplido estos últimos, ya era viejo y no servía ni para ranchero, por lo que le licenciaron, dándole una libra de pan y seis maravedís que alcanzaba de su haber.

—¡Pues dígole a usted, pensó Juan Soldado, tomando la vereda, que me ha lucido el pelo! ¡Después de veinticuatro años que he servido al Rey, lo que vengo a sacar es una libra de pan y seis maravedís! Pero anda con Dios: nada adelanto con desesperarme sino el criar mala sangre.

Y siguió su camino cantando:

La boca me huele a rancho
y el pescuezo a corbatín,
las espaldas a mochila,
y las manos a fusil.

En esos tiempos andaba Nuestro Padre Jesús por el mundo, y traía de lazarillo a San Pedro. Encontróse con ellos Juan Soldado, y San Pedro, que era el encargado, le pidió una limosna.

—¿Qué he de dar yo, le dijo Juan Soldado, yo, que después de veinticuatro años de servir al Rey, lo que he agenciado no es más que una libra de pan y seis maravedis?

Pero San Pedro, que es porfiado, insistió.

—Vaya, dijo Juan Soldado, aunque después de servir al Rey veinticuatro años sólo tengo por junto una libra de pan y seis maravedis, partiré el pan con ustedes.

Tomó la navaja, hizo tres partes del pan, les dió dos, y se quedó con una.

A las dos leguas se halló otra vez con el Señor y San Pedro, el que le volvió a pedir limosna.

—Quiéreme parecer, dijo Juan Soldado, que les he dado antes VV., y que ya conozco esa calva; ¡pero anda con Dios! aunque después de veinticuatro años de servir al Rey sólo tengo una libra de pan y seis maravedis, y que de la libra de pan no me queda sino este pedazo, lo partiré con VV.—Lo que hizo, y en seguida se comió su parte para que no se la volviesen a pedir.

Al ponerse el sol se halló por tercera vez con el Señor y San Pedro, que le pidieron limosna.

--Sobre que juraría que yo les he dado a VV., dijo

Juan Soldado, ¡pero anda con Dios! aunque después de servir al Rey veinticuatro años, sólo me he hallado con una libra de pan y seis maravedís, repartiré éstos como reparti el pan.

Tomó cuatro maravedís que le dió a San Pedro, y se quedó con dos.

—¿Dónde voy yo con un ochavo?, dijo para sí Juan Soldado: no me queda más que ayuncar al trabajo y echar el alma si he de comer.

--Maestro, le dijo San Pedro al Señor, haga Su Majestad algo por ese desdichado que ha servido veinticuatro años al Rey y no ha sacado más que una libra de pan y seis maravedís, que ha repartido con nosotros.

--Bien está, llámalo y preguntale lo que quiere; constestó el Señor.

Hízolo así San Pedro, y Juan Soldado, después de pensarlo, le respondió que lo que quería era que en el morral que llevaba vacío, se le metiese aquello que él quisiese meter en él: lo que le fué concedido.

Al llegar a un pueblo, vió Juan Soldado en una tienda unas hogazas de pan más blancas que jazmines y unas longanizas que decían comedme.

—¡Al morral!, gritó Juan Soldado en tono de mando; y cáteme usted las hogazas dando vueltas como ruedas de carretas, y las longanizas arrastrándose más súbitas que culebras, encaminarse hacia el morral sin perder la derechura. El montañés dueño de la tienda, y el montañuco su hijo, corrían detrás dando cada traucazo que un pie perdía de vista al otro; pero ¿quién los atajaba, si las hogazas rodaban desalinadas como chinas cuesta abajo, y las longanizas se les escurrían entre los dedos como anguilas?

Juan Soldado, que comía más que un cáncer, y aquel día tenía más hambre que Dios paciencia, se dió un hartagón de los cumplidos, de los de no puedo más.

Al anoecer llegó a un pueblo; como era licenciado del ejército tenía alojamiento, por lo cual se encaminó al Ayuntamiento para que le diesen boleta.

—Soy un pobre soldado, señor, le dijo al alcalde, que después de veinticuatro años de servir al Rey, sólo me hallé con una libra de pan y seis maravedis que se gastaron por el camino.

El alcalde le dijo que si quería lo alojaría en una hacienda cercana, a la que nadie quería ir porque había muerto en ella un condenado, y que desde entonces había asombro; pero que si él era valiente y no le temía al asombro, podía ir, que allí hallaría de cuanto Dios crió, pues el condenado había sido muy riquísimo.

—Señor, Juan Soldado ni debe ni teme, contestó éste, y allá voy a encamparme en un decir tilín.

En aquella posesión se halló Juan Soldado el centro de la abundancia: la bodega era de las famosas, la despensa de las bien provistas, y los sobrados estaban atestados de fruta.

Lo primero que hizo a prevención por lo que pudiese tronar, fué llenar un jarro de vino, porque consideró que a los borrachos se les tapaba la vena del miedo; en seguida encendió candela y se sentó a ella para hacer unas migas de tocino.

Apenas estaba sentado, cuando oyó una voz que bajaba por la chimenea y decía:—¿Caigo?

—Cae si te da la gana, respondió Juan Soldado, que ya estaba pintón con los lapos de aquel rico vino que se echaba entre pecho y espalda; que el que ha servido

veinticuatro años al rey sin sacar más que una libra de pan y seis maravedis, ni teme ni debe.

No bien lo hubo dicho, cuando cayó a la mismita vera suya la pierna de un hombre: a Juan Soldado le dió un espeluzo que se le erizaron los vellos como el pelo a un gato acosado; tomó el jarro y le dió un testarazo.

—¿Quieres que te entierre?, le preguntó Juan Soldado.—La pierna dijo con el dedo del pie que no.

- -Pues púdrete ahí, dijo Juan Soldado.

De allí a nada volvió a decir la misma voz de antes.

—¿Caigo?

—Cae si te da la gana, respondió Juan Soldado dándole un testarazo al jarro; que quien ha servido veinticuatro años al rey, no teme ni debe.

Cayó entonces al lado de la pierna su compañera. Para acabar presto, de esta manera fueron cayendo los cuatros cuartos de un hombre, y por último la cabeza, que se pegó a los cuartos y entonces se puso en pie en una pieza, no un critiano, sino un espectáculo fiero, como que era el misimisimo condenado en cuerpo y alma.

—Juan Soldado, dijo con un vocejón que helaba la sangre en las venas: ya veo que eres un valiente.

—Sí, señor, respondió éste; lo soy, no hay que decir, ni hartura ni miedo ha conocido. Juan Soldado en la vida de Dios; pues a pesar de eso, ha de saber su mercé, que en veinticuatro años que he servido al rey, lo que he venido a sacar ha sido una libra de pan y seis maravedis.

—No te apesadumbres por eso, dijo el espectáculo,

pues si haces lo que te voy a decir salvarás mi alma, y serás feliz; ¿quieres hacerlo?

—Sí señor, sí señor, mas que sea lañarle a su mercé los cuartos para que no se le vuelvan a desperdigar.

—Lo malo que tiene, dijo el espectáculo, es que me parece que estás borracho.

—No señor, no señor, no estoy sino calomelano, pues ha de saber su mercé que hay tres clases de borracheras: la primera, es de escucha y perdona; la segunda, es de capa arrastrando; y la tercera, de medir el suelo: yo no he pasado de escucha y perdona, señor.

—Pues sígueme, dijo el espectáculo.

Juan Soldado, que estaba peneque, se levantó haciendo su cuerpo para aquí, para allá, como santo en andas, y tomó el candil; pero el espectáculo alargó un brazo como una garrocha y apagó la luz.—No es necesitaba, porque sus ojos alumbraban como dos hornos de fragua.

Cuando llegaron a la bodega, dijo el espectáculo.

—Juan Soldado, toma una azada y abre aquí un hoyo.

—Abralo usted con toda su alma si le da gana, respondió Juan Soldado, que yo no he servido veinticuatro años al rey sin sacar más provecho que una libra de pan y seis maravedís, para ponerme ahora a servir a otro amo que puede que ni eso me dé.

El espectáculo tomó la azada, cavó y sacó tres tinajas, y le dijo a Juan Soldado.

—Esta tinaja está llena de cuartos, que repartirás a los pobres; esta otra está llena de plata, que emplearás en sufragio para mi alma; y esta última está llena

de oro, que será para ti si me prometes emplear el contenido de las otras según lo he dispuesto.

Pierda su mercé cuidado, respondió Juan Soldado; veinticuatro años he estado cumpliendo con puntualidad lo mandado, sin sacar más premio que una libra de pan y seis maravedís, con que ya ve su mercé si lo haré ahora en que tan buena recompensa me promete.

Juan Soldado cumplió con todo lo que le encomendó el espectáculo, y se quedó hecho un Usia muy considerable, con tanto oro como había en su tinaja.

Pero a quien le supo todo lo acaecido a cuerno quemado, fué a Lucifer, que se quedó sin el alma del condenado por lo mucho que por ella rezaron la iglesia y los pobres, y no sabía cómo vengarse de Juan Soldado.

Había en el infierno un Satanasillo más ladino y más astuto que ninguno, que le dijo a Lucifer que él se determinaba a traerle a Juan Soldado.

Tuvo de esto tanta alegría el diablo mayor, que le prometió al chico si le cumplía lo ofrecido, regalarle una jarapada de moños y de dijes para tentar y pervertir a las hijas de Eva, y una multitud de barajas y de pellejos de vino para seducir y perder a los hijos de Adán.

Estaba Juan Soldado sentado en su corral, cuando vió llegar muy diligente al Satanasillo, que le dijo.

—Buenos días, señor don Juan.

—Me alegro de verte, monicaquillo; ¡qué feo eres!
¿Quieres tabaquear?

—No fumo, don Juan, sino pajuelas.

—¿Quieres echar un trago?

—No bebo sino agua fuerte.

—Pues entonces ¿a qué vienes, alma de Caín?

--A llevarme a su mercé.

--Sea en buen hora. No tengo dificultad en ir contigo. No he servido yo veinticuatro años al rey para tocar retirada ante un enemiguillo de mala muerte como tú. Juan Soldado ni teme ni debe. ¿estás? Mira, súbete en esa higuera que tiene brevas tamañas como hogazas de pan, mientras yo voy por las alforjas, porque se me antoja que la vereda que vamos a andar es larga.

Satanasillo, que era goloso, se subió en la higuera y se puso a engullir brevas, entre tanto que Juan Soldado fué por su morral, que se colgó, y volvió al corral gritando al Satanasillo:—¡Al morral!

El diablo chico, pegando cada hipío que asombraba, y haciendo cada contorsión que metía miedo, no tuvo más remedio que colar en el morral.

Juan Soldado tomó un dique de herrero y empezó a sacudir trancazos sobre el Satanasillo, hasta que le dejó los huesos hechos harina.

Dejo a la consideración del noble auditorio el coraje que tendría Lucifer, cuando vió llegar a su presencia a su Benjamín, a su ojito derecho, todo derrengado y sin un hueso que bien lo quisiese en su cuerpo.

--¡Por los cuernos de la luna! gritó, aseguro que ese descarado hampón de Juan Soldado me las ha de pagar todas juntas; allá voy yo por él en propia persona.

Juan Soldado, que se aguardaba esta visita, estaba prevenido y tenía colgado su morral, así fué apenas se presentó Lucifer echando fuego por los ojos y cohetes por la boca, plantósele Juan Soldado delante con inuchísima serenidad, y le dijo:

—Compadre Lucifer, Juan Soldado no teme ni debe, para que lo sepas.

—Lo que has de saber tú, fanfarrón tragaldabas, es que te voy a meter en el infierno en un decir Satán, dijo bufando Lucifer.

—¿Tú a mí? ¿tú a Juan Soldado? ¡fácil era! Lo que tú no sabes, compadre Soberbia, es que quien te va a meter al rasuello para adentro, soy yo.

—¡Tú, vil gusano terrestre!

—Yo a tí, gran fantasmón, en un morral te voy a meter, a ti, a tu rabo y a tus cuernos.

—Basta de jactancias, dijo Lucifer alargando su gran brazo, y sacando sus tremendas uñas.

—¡Al morral! exclamó en voz de mando Juan Soldado.

Y por más que Lucifer se repercutó, por más que se repeló, se defendió y se hizo un ovillo, por más que bramó, bufó y aulló, al morral fué de cabeza sin que hubiese tu tía.

Juan Soldado trajo un mazo, y empezó a descargar sobre el morral cada taramazo que hacía hoyo, hasta que dejó a Lucifer más aplastado que un pliego de papel.

Cuando se le cansaron los brazos dejó ir al preso, y le dijo:

—Mira que ahora me contento con esto, pero si te atreves a volver a ponérteme delante, gran sirvergonzón, tan cierto como que he servido al rey veinticuatro años sin haber sacado más que una libra de pan y seis maravedís, que te arranco la cola, los cuernos y las uñas, y veremos entonces a quién metes miedo. Estás prevenido.

Cuando su corte infernal vió llegar al diablo mayor, lisiado, tullido, más transparente que tela de tamiz y con el rabo entre piernas como perro despedido a palos, se pusieron todos aquellos feróísticos, a echar sapos y culebras.

—Después de esto, ¿qué hacemos señor?, preguntaron a una voz.

—Mandar venir cerrajeros para que hagan cerrojos para las puertas, albañiles para que tapen bien todas las rajas y boquetes del infierno, a fin de que no entre, no cuele ni aporte por aquí el gran insolentón de Juan Soldado, les respondió Lucifer.

Lo que al punto se hizo.

Cuando Juan Soldado conoció que se le acercaba la hora de la muerte, tomó su morral y se encaminó para el cielo.

A la puerta se halló con San Pedro, que le dijo:

—¡Hola! bien venido: ¿dónde se va, amigo?

—Toma respondió muy fantasioso Juan Soldado, a entrar.

—¡Eh, párese usted, compadre, que no entra cada quisque en el cielo como Pedro por su casa! ¿Veamos qué méritos trae usted?

—Pues no es nada, respondió Juan Soldado muy sobre sí: he servido veinticuatro años al rey, sin sacar más recompensa que una libra de pan y seis maravedís. ¿Le parece a su mercé poco?

—No basta, amigo, dijo San Pedro.

—¿Qué no basta? repuso Juan Soldado dando un paso delante: veremos.

San Pedro le atajó el paso.

—¡Al morral!, mandó Juan Soldado.

—Juan, hombre, cristiano, ten respeto, ten consideración.

—¡Al morral! que Juan Soldado ni teme ni debe. Y San Pedro que quiso, que no, tuvo que colar en el morral.

—Suéltame, Juan Soldado, le dijo, considera que las puertas del cielo están abiertas y sin custodia, y que puede colarse allí cualquiera alma de cántaro.

—Eso era cabalmente lo que yo quería, dijo Juan Soldado entrándose adentro muy pechisacado y cuellierguido; pues diga usted, señor don Pedro, ¿le parece a su mercé regular que después de veinticuatro años de servir al rey allá abajo, sin haber sacado más que una libra de pan y seis maravedis, no halle yo por acá arriba mi cuartel de inválidos?

FERNÁN CABALLERO.

(*Cuentos populares andaluces...*)

DUELO DE FLAMENCOS

En el confín de la ribera opuesta,
Iluminada por el sol poniente,
Tiembla una raya, en progresión creciente,
Sobre la ondulación de la floresta.

La remota bandada avanza presta,
Rumbo a los horizontes del oriente,
Aleteando en el éter transparente
Con el ritmo acordado de una orquesta.

Y al mismo tiempo que croantes loros
Manchan de verde la región alada
Llena de errantes pájaros canoros,

El grupo pasa en cadencioso vuelo
Y se pierde cual cinta sonrosada
En la diafanidad azul del cielo.

ELOY FARIÑA NÚÑEZ.

LA POLÉMICA LITERARIA

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres que funda sus artículos en la observación de los diversos caracteres que andan por la sociedad revueltos y desparramados: si hace un artículo malo. ¿quién es él, dicen, para hacerlo bueno? Y si le hace bueno, *será traducido*, gritan a una voz sus amigos. Si huyó de ofender a nadie, son pálidos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si logra sacar a los labios de su lector tal cual picante sonrisa, «es un payaso», exclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignación contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, «es un hombre feroz, a nadie perdona. ¡ Jesús, que entrañas! ¡ Habrá pícaro, que no quiere que escribamos disparates!» ¿ Dibujó un carácter, y tomó para ello toques de éste y de aquél, formando su bello ideal de las calidades de todos? «¡ Qué picarillo, gritan, cómo ha puesto a don Fulano!» ¿ Pintó un avaro como hay ciento? «Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí a la vuelta».

—Y no se desgañite para decirle al público:—«Señores, que no hago retratos personales, que no critico a

uno, que critico a todos. Que no conozco siquiera a ese don Cosme».—; Tiempo perdido! Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer.—Nada.—Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta.—; Ni por esas!—Púsole peluca, dicen, para desorientar; pero es él.—Que no se parece a don Cosme en nada.—No importa; es don Cosme, y se lo hacen creer todos a don Cosme por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es caviloso, es el primero a decir: «ese soy yo». Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los criticados que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran a echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que a ellos les toca? ; Quién sabe! Confesamos de todos modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros pecados, si no creemos que antes de llegar al último renglón han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos.

Como cosa de las doce serian cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase a todos los que le leyesen, y encomendábame a toda prisa, con más fe y esperanza, a Santa Rita, abogada de imposibles, para que me depirara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas a medida de todo el mundo. Pediale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pediale de paso

un buen original francés, de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las más, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el Diabolo mismo que las inventó no entiende, y que por consiguiente no comprometen al que las escribe... Pero estoy para mí que no debía hacer más caso de mis oraciones la santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venía musa, ni yo acertaba a escribir un mal disparate que pudiese dar contento a necios o a discretos. Mesábase las barbas, y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mozalbete con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro piropeo, que yo eché en saco roto, cómo tenía que consultarme y pedirme consejo en materias graves.

Invitéle a que se sentara, lo cual hizo en la punta de una silla, como que no quería abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa a modo de florero.

—¿Y qué es el caso?—le pregunté—; porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

—¿Qué ha de ser, señor Figaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le había leído impreso, cuando, zás, ya me han contestado?

—¡Oh! Son muy bien criados los periodistas— le dije—no saben lo que es dejar a un hombre sin contestación.

—Sí, señor; pero de buenas a primeras, y sin pe-

dirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo también quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

—Cierto: no se piensa en otra cosa en el día sino en Portugal y en su artículo de usted.

—Ya se ve: y como usted entiende de achaques de contestaciones, y de cómo se lleva por aquí eso de polémicas literarias, vengo a que me endilgue usted, sobre poco más o menos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestión se dilucide, se entere el público de quien tiene razón, y quede yo encima, que es el objeto.

—¿Y de qué habla el artículo?

—Le diré a usted: de nada; el hecho es que en la cuestión no nos entendemos ni él ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrían decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir...

—Sí... pues eso es muy fácil... ¿pero trata de?..

—De tabacos, sí, señor. Conque yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot, que los descubrió, hasta Tissot, por lo menos que está contra su uso. Con la vasta erudición que usted me va a proporcionar yo haré trizas a mi contrario...

—¡Ay, amigo — le interrumpí —, y que poco entiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe a pa. ¿Qué quiere usted? así corren los tiempos. En segundo lugar, ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

—¿Y qué falta hace, para aclarar la cuestión al público, saber quién sea el autor del artículo?

—¡ Hombre usted está en el cristus de la polémica literaria! ¿ De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinión de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

—Bueno; pues ya lo sé. Pero el caso no es ése, sino que un periódico dice que mi artículo es malo.

—Calle usted. Somos felices.

—Yo pensaba dar razones y probar...

—No, señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted, ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

—Mucho; se pierde de vista.

—¿Tendrá seis pies?

—Más, más: hágale usted más favor... pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestión de tabacos?

—¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno: primero porque él es alto.

—¡ Hombre!

—Calle usted. ¿Ha escrito algunas obras?

—Sí, señor: en el año 97 escribió una comedia que no valía gran cosa.

—Bravo: añada usted que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia...

—Pero señor, haremos reír al público...

—No tenga usted cuidado: el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reír. ¿Qué más tiene el adversario? ¿Tiene alguna verruga en las na-

rices, debe a alguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinión mala?...

—Algo, algo hay de eso.

—Pues bien, a él: la opinión, la verruga; duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaques de tabacos, si escribió en los periódicos de entonces, si el año 8 jugaba a la pipirijaina o a la pata coja?

—¿Pero adónde vamos a parar?...

—Usted no se desanime: ¿le sorprende usted en un plagio? El texto en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algún cuento? a contársete.

—¿Y si no vienen a pelo los cuentos que yo sé?

—No importa; usted hará reír, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Digale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es un tal; y usted es más: éste es el modo.

—Pero, señor Figaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestión de tabacos?

—¿Y a usted qué le importa ni a nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin, luego que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderación de usted en la cuestión presente: que se retira usted de la polémica: en primer lugar, porque ha probado suficientemente su opinión acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la verruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinión del adversario: y en segundo lugar, porque habiendo usado el contrario de mala fe y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz en atención a que usted respeta mucho al público respetable, la

polémica se ha hecho asquerosa e interminable. Aquí dice usted una gracia o dos, si puede, acerca del mayor número de suscripciones que reúne el periódico en que usted escribe, que es razón concluyente, y que le piquen a usted moscas.

—Señor Figaro, ese pian será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tiene la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos a otros nos damos mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazmerreir del público... y a mí me da vergüenza...

—;Ay! ;ay! ;ay! ;Ahora salimos con que tiene usted vergüenza?... y... ;voto va! Díjéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues amigo, voy a concluir; hace muchos años que ando por este mundo, y las más de las polémicas que he visto se han decidido por este estilo. Fuera, pues, razones, señor mío, látigo y más látigo: no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre: aquí, amigo mío, las más son cuestiones de personas.

Y con esto despedí a mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan sólo le supliqué al salir por el umbral de mi puerta.

—Si acaso — le dije — oye usted decir a las gentes cuando le vean por el mundo: «ahí va el cliente de Figaro: ese es el del artículo».—No lo creo, responda usted: el cliente de Figaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original en ninguna.

FIGARO.—(Mariano José de Larra.)

A CLAUDIO

EL FILOSOFASTRO

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,
Locuaz declamador, a verne vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan sólo es importuno,
Presumido, embrollón, sino que a tantas
Gracias añade la de ser goloso,
Más que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuántas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,
Me pidió de almorzar. Cedió al encanto
De su elocuencia, y vieras conducido
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazón chinesco
Rebosando de hirviente chocolate
(A tres pajes hambrientos y golosos
Ración cumplida), y en cristal luciente.
Agua que serenó barro de Andújar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la poción súaave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Fluésped el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante

Aroma que la taza despedía,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza a devorar. Mas no presumas
Que por eso calló: diserta y come,
Engulle y grita, fatigando a un tiempo
Estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso o no, godos y etruscos.
Al fin en ronca voz: «¡Oh edad nefanda!
¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupción!» exclama; y de camino
Dos tortas se tragó. «¡Que a tanto llegue
Nuestra depravación, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
A la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto
La América infeliz; por él Europa,
La culta Europa en el Oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente:
Y para que más grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,
Que en África compró, simple y desnudo.
«¡Oh qué abominación!» Dijo; y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo canjilón quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa
Llanto causa también, de mármol eres:
Que es mucha erudición, celo muy puro.

Mucho prurito de censura estoica
El de mi huésped; y este celo, y esta
Comezón docta, es general locura
Del filosofador siglo presente.
Más difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres, más innovadores,
Pero mejores no. Mucha doctrina,
Poca virtud. No hay picarón tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria
En la puerta del Sol, y allí gobierne
Los Estados del mundo, las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.
Próculo, que se viste y calza y come
De calumniar y de mentir, publica
Centones de moral. Nevio, que puso
Pleito a su madre y la encerró por loca,
Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
La corrupción de aquí...

... Camilo apunta

Cien onzas, mil, a la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices;
Y habla de patriotismo... Claudio, todos
Predican ya virtud como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora...
Dichoso aquel que la practica y calla.

LEANDRO F. DE MORATÍN.

LA AVISPA SOLITARIA

Entre los insectos que se distinguen por su elevado instinto y por su industria, el más admirable por la apariencia de previsión y de ciencia, y por su ingenio y su historia sorprendente, en una *avispa solitaria*, que aun no tiene nombre porque nadie ha penetrado todavía, con los ojos de la investigación, el arcano de su vivienda. Esta avispa es grande, de más de una pulgada; su cuerpo es esbelto, negro, lustroso, sin vello, y las alas de color café. Sus movimientos son vivos y graciosos, es inofensiva, y tiene un canto melancólico, de sonidos dulces y vibrantes, parecidos a los que resultan girando un corcho por el borde de un vaso de cristal.

No es necesario ir a los campos o a los bosques para observarla; ella misma se nos presenta confiadamente y se establece en nuestras casas, para ejecutar a nuestra vista y ofrecer a nuestra contemplación la obra artística de su ciego instinto, y los admirables resultados fisiológicos de sus misteriosas operaciones, puramente maquinales. Sí, dentro de la habitación del hombre, no solamente en los ranchos de las islas, sino en los edificios urbanos, todos los años se avecinda, y no elige las piezas apartadas para levantar su casita y establecer su familia con más seguridad y sosiego, sino los aposentos habitados, en cuyos techos y paredes trabaja descubierta, como si se complaciese en mostrarnos su habilidad y probarnos su confianza en el rey de la naturaleza, de quien no teme le rehuse la hospitalidad, ni mire con desdén una de las maravillas de su

Creador. ¿Por qué no prefiere, como las demás avis-
pas, la soledad y seguridad de los bosques para cons-
truir el nido a su póstuma prole? ¿No posee, como el
camuatí, el arte de construir una casa sólida, capaz de
resistir las intemperies? Parece, pues, que la avispa so-
litaria nos buscase hasta el interior de nuestra alcoba,
para darnos ejemplo de laboriosidad, de habilidad, de
previsión y también de abnegación, pues que todo lo
hace para sus hijos. Ella no disfruta un solo instante
de las comodidades de su morada ni de sus abundan-
tes provisiones; trabaja con afán, bajo de nuestro te-
cho, pasando las noches al raso; y una vez concluida su
tarea, se aleja para siempre a vivir o morir en la soledad
y desamparo del desierto. ¡Singulares costumbres
las de esta avispa, en oposición completa con todas las
demás especies, que viven en sociedad y se auxilian
mutuamente para la construcción de sus nidos y su de-
fensa!

La *avispa solitaria* tiene una vida enteramente ais-
lada, sin relación alguna con sus semejantes. Es una
viuda desvalida que no ha conocido a sus padres; y
que, sin esperanzas de criar ni aun ver a sus hijos, sabe
sin embargo proveer a la seguridad y subsistencia de
ellos. Ella sola lo hace todo, pues que nunca
se ve sino a la avispa hembra en la obra y provisión
de la casa. Se compone ésta de varios departamentos
o grupos de casillas tubulares hechas de finísimo barro,
paralelamente colocadas. Cada departamento consta de
una casilla central y cinco laterales para las larvas. Las
provisiones consisten en arañas de patas cortas, de di-
ferentes especies. Las trae vivas, pero atontadas por
efecto del venenoso aguijón de la avispa; y así semi-

vivas las amontona, unas sobre otras, en el cañuto o casilla del centro y tapa la entrada. Al mismo tiempo pone un huevo en cada una de las casillas laterales y también la cierra. Dando con esto por concluida su misión, abandona casa, provisión e hijos, para seguir la vida errante y solitaria de los bosques.

Entretanto, los hijos que salen de los huevos, pasan todo el invierno en su encierro, y salen de su prisión abriéndose paso con los dientes; y cada avispa vuela por su lado para volver en el verano a construir, cada una aisladamente, su edificio, repitiendo las mismas operaciones de la avispa madre.

MARCOS SASTRE.

(El Tempe Argentino)

JUAN HOLGADO Y LA MUERZE

Pues señor, han de saber ustedes que había una vez un hombre que se llamaba Juan Holgado, y a fe que a nadie le pudo venir peor el nombre; porque el pobre no tenía más que la mañana y la tarde, tres cuartos de hambre y tres de necesidad.—Pero en cambio tenía un celemin de hijos con unas tragaderas como tiburones.

Dijole un día Juan Holgado a su mujer. — Esas criaturas son un hato de tragaldabas capaces de engullir las estopas del óleo: no tomaría más, sino comerme una liebre so'lo, a mi sabor, y sin estos alanos que de la boca me lo quitan.—Su mujer, que era una bendita (mejorando lo presente) por no verlo rabiarse con los hijos, vendió una docenita de huevos que le habían

puesto sus gallinas, mercó una liebre, la guisó con caldo de empanada, y al día siguiente por la mañanita le dijo a su marido:—Ahí tienes en el hato una liebre guisada y media hogaza de pan: vete a comértelas al campo, y buen provecho te hagan.—No se hizo el sordo Juan Holgado, sino que tomó el hato, y echó a correr que no veía la vereda. Después que se hubo metido legua y media debajo de los pies, se sentó en el chueco de un olivo más satisfecho que un rey, se encomendó a nuestra Señora de la Soledad, sacó del hato el pan y la ollita con la liebre, y se puso a comer.—Pero cate usted que, sin saber ni cómo ni por dónde, vió de repente sentada enfrente de él a una vieja vestida de negro y más fea que un voto a Dios; era más amarilla y más descarnada que un pergamino de Simancas; tenía los ojos hundidos y amortecidos, como candil sin aceite; la boca como una espuerta; en cuanto a nariz, aquí estuvo: no había nada, ni memoria, perdone usted por Dios.—Maldita la gracia que le hizo a Juan Holgado aquella compañía llovida del cielo; ¿pero qué había de hacer?—Como que no era ningún bárbaro, la dijo que si gustaba comer.—¡Toma! como que la vieja no quería otra cosa, le contestó que para no ser descortés admitía el favor: se sentó y empezó a comer.—¡Caballeros!! aquello no era comer, sino devorar.—¡Qué agallas, cristianos!—En dos por tres se metió la liebre entre pecho y espaldas.

—¡Por vida del dios *Vaco*, que es el dios de las vacas—decía para sí Juan Holgado—; ¿pues no hubiera sido mejor que se hubiesen mis hijos comido la liebre, que no esta vieja del demonio? Está visto, ¡el que tiene mala fortuna nada le sale derecho!

Cuando la vieja hubo acabado, que ni el rabo de la liebre dejó, dijo:

—Juan Holgado, me ha sabido muy bien la liebre.

—¡Ya lo he visto!—respondió Juan Holgado.

—Quiero pagarte la fineza.

—Viva usted mil años—contestó Juan Holgado con sorna al ver la decrepitud de la vieja.

—Sí, haré—respondió ésta—; algunos más tengo; pues has de saber que yo soy la Muerte en propia persona.

¡Juan Holgado pegó un repullo que fué flojo, en gracia de Dios!

—No te perturbes, Juan Holgado, que contigo no va nada; para pagarte el beneficio te voy a dar un consejo: métete a médico, que por mí la cuenta que no ha de haber por esos mundos otro más afamado y que más pesetas gane.

—Señá Muerte, yo me contento con que no se acuerde su mercé de mí en una buena parvada de años; en lo demás eso de médico no es para mí.

—¿Por qué no, hombre?

—Porque yo no he estudiado lo fino.

—No le hace.

—Señora, yo no sé ni latín, ni griego.

—No importa.

—Señora, si no sé siquiera geografía.

—Eso no quita.

—Señora, si no sé contar más que la unidad.

—Lo mismo tiene.

—Señora, si no sé escribir, que me tiembla el pulso; ni leer, que me estorba lo negro.

—¡Dale, bola, dale!—dijo la Muerte, que se la iba

llevando el demonio con tantas dificultades.—¡Caramba contigo, Juan Holgado, que tienes la cabeza a prueba de bomba! ¿No te estoy diciendo que no importa, que no importa; desde una hora? Te digo que me da un pito del saber de los médicos; yo no voy ni vengo porque ellos me llamen ni me sapeen; hago lo que me da mi real gana, y me río de los médicos, que cuando se me antoja tomo a uno por una oreja y me lo llevo. Cuando se pobló el mundo no había médicos, y por eso se hizo la cosa pronto y bien, y desde que se inventaron los médicos, se acabaron los Matusalenes. Serás médico y tres más, y si te niegas, te llevo conmigo más fijo que le reloj.—Ahora atiende y chitón. En tu vida de Dios, has de recetar más que agua de la tinaja; ¿estás?

—Ya está acá, contestó Juan Holgado que estaba con la Muerte que trinaba, y con más gana de darle una guantada que de escucharla.

—Si cuando entres en una alcoba me ves sentada a la cabecera del enfermo, di resueltamente que se muere, que no tiene remedio, y que lo preparen.—Si por el contrario yo no estoy allí, asegura que no se muere, y receta agua de la tinaja.

Con eso se despidió la feísima señora, haciendo una cortesía a la francesa.

Buena señora, le dijo Juan Holgado, no quisiera despedirme de usted, con aquello de *hasta más ver*, y espero que su mercé tampoco abrigará el desco de visitarme, porque no siempre tengo yo liebre con que regalarme, y ésta fué una, y se la llevó el gato.

—No tengas cuidado, Juan Holgado, contestó la Muerte; mientras no veas tu casa descascararse, no aportaré por allá.

Juan Holgado se volvió a su casa, y le contó a su mujer cuanto le había pasado, y su mujer, que era más lista que él, le dijo, que cuanto le había dicho la vieja lo podía creer, porque nada había más verídico y cierto que la Muerte.—En seguida echó por ahí la voz de que su marido era un médico de los pocos, y que no tenía más que mirar a un enfermo a la cara para saber si se moría o se vivía.

Un domingo que estaban una porción de mozalejas a la puerta de una casa más alegres que unas sonajas, acertó a pasar por allí Juan Holgado.

Ahí viene Juan Holgado, dijo una de ellas, que al cabo de sus días se nos la viene echando de médico.— ¡Pues mire usted que salir ahora con esa sopa de ensalada al cabo de Ramos Pascuas, parece cosa de juego!—¿Si se habrá imaginado ese vejestorio que tiene unas luces como eslabón de madera, que no hay más sino el decir, y las gentes creer? y no es más sino pura fachenda y para que le digan *Don Juan*, y el *Don* le sienta como a un burro un sombrero de copa alta; y todas se pusieron a cantar.

Don Juan Holgado
Allí en la esquina
Parece un ramo
De clavellinas.

—¿Vamos a darle un chasco a ese presumido? — dijo una de las muchachas: me finjo mala ¿y a que se lo cree?

Dicho y hecho. Las muchachas dejaron plantada una canasta de higos de tuna que estaban comiendo, y en un decir Jesús estaba la que discurrió la guasa me-

tida entre palomas, dando cada ; ay ! que llegaba al cielo. Fueron las otras corriendo a llamar a Juan Holgado comiéndose la risa.—Aeudió éste, y al entrar notó en la puerta de la calle un rimero de cáscaras de higos de tuna tamaño y tan grande. En la alcoba, lo primero con que se dió de narices fué con su convidada la Muerte, que estaba sentada a la cabecera de la cama más seria que un ajo porro. Muy mala está, dijo entonces Juan Holgado y se va.—¿Pues qué es lo que tiene? preguntaron las muchachas que a duras penas podían contener la risa. Tiene, respondió éste, una atraquina de higos de tuna, que no ha de contar. Fuése Juan Holgado, y a las dos horas estaba la muchacha con Dios. Dejo a la consideración de ustedes, caballeros, la fama que esto dió a Juan Holgado.

No había por esos mundos enfermo de cuidado, ni se celebraba junta sin que asistiese a ella Juan Holgado, que ganaba pesetas a manos llenas, que ni sabía qué hacer con ellas; compróle a los hijos un Usía y unas placas que se colgaban por delante y unas llaves que se colgaban por detrás. En cuanto a él, no quiso colgajos sino pasarlo bien: así fué, que se puso tan gordo, tan desarrollado, y tan espelotado, que daba gusto el verlo; tenía más cara que el sol de Dios, las piernas como co'umnas; las manos como embuchados, y la barriga como la de media naranja de la iglesia.

A todo esto Juan Holgado cuidaba grandemente de su casa. Cuando los chiquillos le habían hecho de chicos algún descostrado, les había hecho su padre en castigo, uno en sus pellejos. Siempre tenía en ella un albañil que pagaba por años, reparándola, recordando

lo que le había dicho la Muerte, de que mientras no se descascarase su casa no aportaría por allí.

Pasaron los años, que cada vez corren más, como piedra que rueda cuesta abajo.

Los últimos venían de mala vuelta. Juan Holgado les ponía muy mal gesto, y ellos en venganza, el uno se le llevó el pelo, el otro las herramientas, otro le encorvó el espinazo, que parecía una hoz, y el otro le obsequió con una cojera.—Un día se puso malo, y la Muerte le mandó memorias con un murciélago, lo que no le hizo a Juan Holgado maldita la gracia. Otro día la acometió la pituita y la Muerte le mandó a decir con una lechuza que pronto lo visitaría: Juan Holgado le dijo a la lechuza que se fuese a freir monas. Otro día le dió un accidente, y la Muerte le mandó a decir con un perro que se puso a aullar a la puerta, que estaba en camino. Juan Holgado le tiró la muleta al perro.

Se empeoró el enfermo, y la Muerte llamó a la puerta. Juan Holgado mandó atrancar, y asimismo que no le abriesen; pero la Muerte se coló por una rendija. Señá Muerte, la dijo Juan Holgado con muy mal gesto, me dijisteis que no vendríaís mientras mi casa no se descascarase; así es que, a pesar de los recaditos, yo no aguardaba a su mércé. ¡Y qué!, respondió la Muerte, ¿no se te han ido las fuerzas?, ¿no se te han caído los dientes y el cabello?, tu cuerpo es tu casa.

No sabía tal, señora, dijo el enfermo; así es que fiado en vuestra palabra, vuestra venida me sobrecoge.

Peor para tí, Juan Holgado, respondió la Muerte, puesto que el que está siempre prevenido nunca le

sobrecoge ni turba mi llegada; pero vosotros ciegos estáis, cuando no conocéis, que nacéis para padecer, y morís para descansar.

FERNÁN CABALLERO.

LOS CHICOS DE LA CALLE

I

Los seres que con este nombre se designan vulgarmente en Santander, tienen más de seis años y no pasan de doce: andan en bandadas, como los gorriones, y, como éstos, son dañinos y objeto de la general antipatía.

Usan un remendado pantalón de indefinible género, una camisa que siempre es vieja, y a las veces blusa: nada de zapatos y muy poco de gorra.

Son alumnos de la *escuela de balde*; y aunque concurren a ella dos o, a lo sumo, tres veces al mes, llevan siempre al costado y pendiente de un hiladillo azul, una cartera o bolsa de lienzo manchada de tinta, que contiene un *Amigo de los niños*; una pluma reseca y abierta de puntos; un pliego de papel rayado para planas de *segunda* o, cuando más de *cuarta*, la mitad de ellas en blanco y la otra mitad escritas, todas éstas *corregidas* por el maestro con la calificación de «pésimo» entre unas cuantas crucecitas que significan otros tantos palmetazos, ya cobrados; y, por último, un cuaderno, de hechura casera, para cuentas, con forro de papel de estraza.

El destino de estas criaturas es vivir al aire libre,

fijarse en todo cuanto ven, atropellar lo más respetable, atravesarse donde más estorban...; hacer, en fin, todo lo contrario de lo que conviene a los demás.

Empiezan sus proezas al amanecer, porque es de advertir que los angelitos madrugan tanto como el sol. Revuelven los basureros, y son objetos de su predilección los recortes de papel y de telas de color, los pedazos de cuerda, cacerolas de latón y todo objeto sonoro, y las ratas. ¡Las ratas! Un hallazgo de esta clase es una ganga para ellos: cazarlas vivas, la mayor de sus satisfacciones.

Los recortes de color les sirven de papel-moneda: juegan con ellos al *pinto-blanco*, y el que gana diez o doce pedazos sabe que tiene un cuarto seguro en cuanto los saca a la plaza, es decir, en cuanto propone su venta a cualquier camarada.—Las cuerdas les son indispensables: a un chico de la calle nunca le falta algo que amarrar, y, en último caso, se hace con ellas un látigo que siempre es de gran utilidad en sus manos.—Las cacerolas de latón sirven para hacer ruido empujándolas con el pie de calle en calle, o para colgárselas del rabo al primer perro que se halle durmiendo al sol.—Las ratas muertas, atadas a una cuerda, son de lo mejorcito para dar sustos a los transeuntes, echándoselas, a la descuidada, entre los pies; metérselas en la cesta a la fregona que vuelve de la compra, es para los granujas un lance de primer orden; encajárselas en la pechera de la camisola a un niño decente y vestido a la moda, es poner una pica en Flandes, y si la pobre criatura se accidenta de susto, muchísimo mejor.—Con las ratas vivas tienen mayor efecto estas hazañas, porque las sorpresas son mayores.

A las horas de entrar en la escuela huyen de su puerta como el diablo de la cruz, y se desparraman por las calles para no llamar la atención de la policía; rondan los almacenes del comercio y recogen el azúcar derramado sobre las losas, o lo extraen con una astilla por las hendiduras de las cajas.

Ayudan algunas misas en San Francisco y se pirran por las *recortaduras* de la sacristía; se disputan la campanilla para acompañar al Viático por las calles, y *ufun*, es decir, *trincan*; más claro, roban las lágrimas de los blandones.

Acuden a todos los bautizos, y acorralan, persiguen e insultan, llamándole *pelón* por las calles, al padrino que no les tira *al robo* algunos puñados de monedas.

Se introducen en las cuadras de los mesones de Santa Clara, y arrancan a los machos las cerdas de la cola para hacer aparejos de pescar.

En la plaza de la verdura *afanan*, al paso, huevos y castañas; y encaramándose unos sobre otros, despegan los carteles impresos de las esquinas.

Se fijan en toda persona que se cae en la calle, o que revele en su fisonomía o en su actitud ser víctima de algún suceso extraordinario; la rodean, la siguen, la abochornan con su escandalosa curiosidad; y si los reprende, la silban, y si es muy tímida por naturaleza, la vuelven loca.

En los portales de vecindad juegan a la pelota *o dos paredes*, y hacen de éstas su libro de memorias. En ellas escriben todas sus grandes impresiones del día; es decir, los nuevos motes de sus amigos, lo más grave que a éstos les haya ocurrido recientemente, y

algunas otras menudencias que a mí no me es lícito copiar aquí. También retratan a su modo, a los policías más populares de la ciudad, añadiendo a la efígie observaciones curiosas, y hasta pretenden reproducir las escenas que más les hayan admirado en el teatro o en el circo.

Por no perder tiempo, cuando, consumada una fechoría, se trasladan, para emprender otra, a distinto punto de la ciudad, mientras andan y discuten van rayando con yeso los tableros de las tiendas, abriendo las puertas que están cerradas y tocando marchas en los cristales de los escaparates. Si hay lodo en las calles, es de rigor que borren con él cuanto letrero o muestra, recién pintados, hallen al paso.

Es de su incumbencia exclusiva aclimatar los juegos nuevos y conservar el orden de sucesión establecido para los viejos.

Ocho días antes de Semana Santa recorren las calles formados en pelotones imponentes y batiendo, con entusiasmo feroz, *mazos* y *carracas*, cuyo estrépito aturde al vecindario.

El domingo de Ramos transforman la población en un bosque ambulante de laureles: montan sobre un ramo al camarada que juzguen más a propósito para el caso, y, conduciéndole a hombros, cantan todos a coro:

*«Bendito sea el que viene
en el nombre del Señor;
bendito sea el que viene,
aquí viene el Salvador.»*

El día de la Candelaria recorren las calles en igual

forma, pero llevan romero en lugar de laurel, y en vez del romance del día de Ramos, cantan con la misma música de éste... :

*«Cuando la Candelora llora
el invierno «bota aforas»;
cuando se ríe
está por venir.»*

Aman con delirio los precipicios y las grandes alturas; y no pudiendo, por falta de permiso, montarse sobre la torre de la catedral, se columpian en las cadenas del *warf* del Merlón y se encaraman en las pilas de madera del muelle de Maliaño.

Poseen, como los monos, el instinto de la imitación y remedan en las calles lo que han visto hacer en la plaza de toros a los acróbatas, a los osos o a *Cúchares*.—Merece citarse un ejemplo a este propósito.

Cuando se inauguró el ferrocarril de Santander a Bárcena, recuerdo haber visto a estos chicos jugar a los trenes imitándolos con una precisión pasmosa. Colocábanse diez o doce de ellos en fila, apoyadas la cabeza y las manos de los de atrás en las espaldas de los de adelante. El que formaba el primero hacía de locomotora, y tenía la habilidad de imitar maravillosamente los silbidos y resoplidos de esta máquina. El segundo hacía de maquinista. Diferentes portales, señalados de antemano en la calle en que se jugaba, eran otras tantas estaciones. Formado el tren, el chico-maquinista levantaba la gorra del chico-locomotora, el cual, como si realmente tuviera una válvula destapada, comenzaba a pitar que se las pelaba, y pitando continuaba hasta que la gorra caía otra vez sobre su ca-

beza, siendo de advertir que había tal relación entre la voluntad del maquinista y la suya, que los pitidos seguían los movimientos de la gorra con la misma precisión que siguen a los de la mano del maquinista verdadero los del silbato de la máquina que guía. Después de este requisito, el tren se ponía en marcha poco a poco, y a vuelta de muchos resoplidos, paraba en cada estación, previos los pitidos de rúbrica, y con el mismo ceremonial tornaba a la estación en que se había formado.

Tienen una afición, que raya en locura, a los espectáculos públicos; a los volatines especialmente. Los toros les gustarían mucho más; pero como son muy caros y se ejerce a las entradas de la plaza una vigilancia de todos los diablos, no se atreven a pensar en colarse «de mogollón».—Cuando se acercan las corridas y ha llegado el ganado, se van todas las tardes a verle a los prados de la Albericia, le acompañan al abrevadero al lado de los pastores, averiguan el nombre de éstos, saben cuáles son los toros de cada corrida, y a la cuarta o quinta visita, andan por el prado a media vara de los bichos. Indagan en qué fonda o posada paran los toreros, rondan su habitación, cuando la conocen; y mirando a las ventanas por si se asoman los, para ellos, héroes entre todos los héroes, habidos y por haber, se pasan horas enteras.

Se los halla infaliblemente junto al despacho de billetes del teatro, y piden a cuantas personas se acercan a tomar localidad, dos cuartos que les faltan siempre para completar el valor de una entrada. Los que con este recurso la adquieren, un poco tarde siempre, llegan a la *casuela* pidiendo plaza a todo el mundo y

tierra dichosa en donde

«...de Elio Adriano,

De Teodosio divino,

De Sílio peregrino

Rodaron de marfil y oro las cunas!»

Pensando estábamos algunos amigos en ir cualquier día a Santiponce, por curiosear, cuando una expresa invitación abrió de par en par las puertas a nuestro desco. Mr. Archer Milton Huntington, que así se llamaba el pródigo yanqui, había rogado a un su compañero de hotel, a M. Arthur Engel, insigne arqueólogo francés, que invitase a algunos de sus amigos para visitar las excavaciones. Yo fui de la partida, y ésta se efectuó el día 13 de febrero de 1898.

Acompañados del señor Engel, recorrimos los lugares en donde se habían descubierto interesantes restos de edificaciones romanas; examinamos un gran trozo de la gruesa muralia de la ciudad, en pie, pero muy hundido por un extremo, trastorno indicador de que Itálica fué destruída probablemente por un terremoto, y después, cuando aun molestaba algo el picante solecillo de febrero, nuestro amable guía nos condujo a la casita de Santiponce en que el señor Huntington nos esperaba trabajando.

Ocupábase en unir y pegar con yeso los trozos de un lindo mosaico desenterrado la tarde anterior. La salita en que trabajaba era un improvisado museo: esbeltas ánforas, graciosas lucernas de barro, lacrimatorios de vidrio, tégulas, trozos epigráficos, torsos, brazos y cabezas de marinóreas estatuas... Mr. Huntington, en mangas de camisa, pintadas del yeso las amplias manos, incorporóse al llegar nosotros, y después de las

rituales presentaciones, salió para volver muy pronto *algo limpiamente*, como él decía. Archialto de estatura (un metro y noventa y nueve centímetros), acompañado de carnes, de rostro expresivo y muy de su raza, corto el pelo y recortado el bigote a la usanza de allá, y vivos y chispeantes los ojos detrás de los grandes cristales de sus gafas, el hoy fundador de *The Hispanic Society of America* podría tener entonces hasta treinta y cinco años. Érale familiar nuestro idioma y lo hablaba seguida y correctamente, aunque no sin acento o dejillo extranjero. Respondiendo a nuestras preguntas y mostrándonos los objetos encontrados en las excavaciones, bien nos dejó entrever, llanamente y sin proponérselo, su vasta cultura arqueológica y que estaba muy bien enterado de nuestra antigua historia peninsular.

Con todo eso, mientras nos obsequiaba después con pastas, vinos y cigarros, díjonos que no era su fuerte la Arqueología, sino una de sus aficiones de adolescente, y que su pasión, su amor grande eran los libros españoles: unos diez y ocho mil tenía en Nueva York, del mejor tiempo los más: de los siglos xv y xvi. Amén de esto, él era antiguo huésped de España, aunque hasta entonces no había visitado a Andalucía, ocupado como estaba en preparar una edición, muy trabajada, del *Poema del Cid*, en tres volúmenes: el primero impreso en 1897, que contenía el *Poema*, fijada su lección en presencia de diversos códices y estudios; el segundo, que había de contener la traducción inglesa, y el tercero, de variantes y notas. Y, en efecto, han salido a luz estos dos volúmenes, tan ricamente ilustrados como el primero, en 1901 y 1903, respectivamente.

Con tales noticias subieron de punto nuestra admiración y la simpatía con que mirábamos a aquel extranjero meritísimo. Y cuenta que ya por aquellos días lo yanqui, con harto motivo, nos estaba desplazando muy mucho. Pregunté'e si conocía la biblioteca del marqués de Jerez de los Caballeros; díjome que no, y que lo deseaba con vehemencia; entonces yo me ofrecí a presentarle a mi amigo y a enseñarle con él aquel inapreciable tesoro bibliográfico. Véase por dónde yo, el amor más apasionado de aquella biblioteca, y acaso, y sin acaso, el que, exceptuando al dueño, más a su sabor la disfrutaba, di inocentemente el primer paso para la enajenación que había de apartarme de ella por siempre jamás.

Cumplí mi ofrecimiento a los pocos días, y tanto el marqués, peritísimo en materia de libros españoles, como yo, mero aficionado a ellos, por ser inexcusables instrumentos de mi trabajo, nos admiramos de lo mucho que sabía y conocía de nuestras letras Mr. Huntington. Enumeraba ediciones rarísimas con entera precisión y gentil familiaridad; ya notaba las leves diferencias que existen entre tal y tal obra; ya recordaba en qué apartada biblioteca había visto ejemplar de éste o estotro libro; ahora advertía de golpe ser rehecha tal portada o tal hoja del fin; entrábase luego como por casa propia por los impresos más raros, para hacer ver tal o cual particularidad curiosa de su estampa o de su texto...; y yo, viendo tan especial noticia y tan notable habilidad en lo tocante a libros puramente españoles, hacíame cruces de asombrado.

Larga fué la visita. Ya entrambos en la calle, Huntington, a quien habían enamorado sobremedra los li-

bros del marqués, pues entre ellos había columbrado centenares de *números* de rareza desesperante, me dijo:

—De buena gana compraría esta biblioteca.

Y yo, sandio, le respondí *incontinenti*, como si fuese mío todo aquel tesoro bibliográfico:

—¡Vano deseo! ¡No se vende!

¡Pues vendióse! ¡Vendióse en enero de 1902! Cuatro años de tenaces y reservadas gestiones, del señor Huntington por una parte, y por otra de persona muy allegada al dueño de tal tesoro, resolvieronle al cabo a enajenar su sin par biblioteca. Días de consternación fueron aquéllos para los pocos que verdaderamente amamos las reliquias de nuestro pasado gloriosísimo. ¿En dónde ver ya aquellas peregrinas joyas, aquellas inverosímiles alhajas, que nadie sino el marqués poseía? «Lo que más lamento—escribíame inconsolable el mayor sabio de España—es que salgan de aquí algunos ejemplares únicos y los interesantes manuscritos de poesías varias que fueron de Sancho Rayón y que, a juzgar por lo poco que de ellos pude examinar, deben de contener preciosidades.» Yo, como quien acude tarde a salvar algo siquiera de la voracidad de un incendio repentino e insofocable, dejé a un lado mis tareas y, mientras que a toda prisa iba pasando a las cajas, revestidas de cine, como las de muertos, el contenido de la estantería, apliquéme seis, ocho y más horas diarias, por espacio de medio mes, a copiar o a extractar, no ciertamente lo mejor y lo más curioso, sino lo que había de servirme para algunas obras de mi humilde pluma, unas ya en el telar y otras todavía en la urdidera.

Justo es, empero, reconocer que aquella famosa librería, tal, que no se volverá a ver en España otra como ella, fué a parar a muy buenas manos. Porque Mr. Huntington, por fortuna, lejos de ser uno de esos opulentos engreídos y de minerva escasa que sólo por necia presunción de millonarios allegan y acaparan obras de arte para darse el abominable gusto de hurtarlas a la admiración y al disfrute de los entendidos, goza con comunicar a sus amigos sus mejores y más peregrinas piezas bibliográficas, haciéndolas reproducir en facsímile, a mucho costo, en ediciones de perfección insuperable. Rarísimas obras del marqués de Jerez que no creí volver a ver en mi vida son hoy honra y gala de mi humilde librería de trabajo, como ejemplares de esas famosas ediciones del señor Huntington, a quien, entre otras amistosas finezas—muy cordialmente agradecidas—debo la dedicatoria de la hermosa edición en que reprodujo la príncipe, ultrarrarísima, de la primera parte de *La Araucana* (Madrid, Pierres Cossin, 1569).

Pero el generoso hispanista norteamericano ha hecho más, mucho más que juntar cincuenta o sesenta mil libros españoles y que reproducir regiamente algunas docenas de los más raros y solicitados por los curiosos. Compró amplio solar en uno de los mejores sitios de Nueva York, en Audubon Park, y ha edificado a su costa un palacio magnífico para instalar su biblioteca y su abundante museo de preciosidades históricas y artísticas españolas, poniendo toda esta riqueza, en que alienta, viva y admirable, el alma de nuestra raza, a disposición de los estudiosos de allende el gran mar, y bajo la dirección de *The Hispanic Society of Ame-*

rica, que él ha fundado y dotado, y en la cual tiene el cargo de presidente.

Tampoco será perezosa ni inactiva esta Sociedad, y mucho empieza a deberle el buen nombre de España: creada en 1904, ya al siguiente año, para celebrar el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, acordó reproducir en facsimile, por medio de magníficas ediciones, las principales de todas las obras de Cervantes, y hasta ahora lleva reproducidas maravillosamente—y no hay en el adverbio pizca de andaluzada— las dos ediciones que de la primera parte de aquel libro inmortal hizo en 1605 Juan de la Cuesta, y la edición príncipe de la segunda parte, sacada a luz, como es sabido, en 1615.

Enviados hay más de un año sus títulos a los con-tados españoles que por afectuosa deferencia del señor Huntington pertenecemos a la sociedad por él funda-da, meses después recibimos las hermosas medallas de plata que nos acreditan asimismo como tales socios. Y a fe que son muy significativos sus relieves; porque quienes representan a España mostrando amorosamente a la joven América la historia del mundo, amigos son nuestros, hablen el idioma que hablen. Así Mr. Archer Milton Huntington, él solo, ha hecho y hace en honra de nuestra nación más que innumerables espa-ñoles ocupados de por vida en la negra y traidora ta-rea de renegar de todo lo de casa. Por tan especiales merecimientos debe España a este hispanista insigne y generoso, tan amigo de nuestras pasadas glorias y tan entusiasta amator de nuestra antigua cultura, que fué señora del mundo, agradecimiento cordialísimo, que ya le manifestaron las Academias Española y de la His-

toría, y antes que éstas la Sevillana de Buenas Letras —con frecuencia favorecidas por sus muy estimables donativos bibliográficos—, inscribiendo afectuosamente su nombre entre los de sus correspondientes extranjeros.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

(Burla Burlando.)

TRISTEZAS

Cuando recuerdo la piedad sincera
Con que en mi edad primera
Entraba en nuestras viejas catedrales,
Donde postrado ante la cruz de hinojos
Alzaba a Dios mis ojos,
Soñando en las venturas celestiales;

Hoy que mi frente atónito golpeo
Y con febril deseo
Busco los restos de mi fe perdida,
Por hallarla otra vez, radiante y bella
Como en la edad aquella,
¡Desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,
Prosternaba mi frente
En las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
De luz, de poesía,
De mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo
Levantaban mi anhelo;
Aquella majestad solemne y grave;
Aquel pausado canto, parecido
A un doliente gemido,
Que retumbaba en la espaciosa nave;

Las marmóreas y austeras esculturas
De antiguas sepulturas,
Aspiración del arte a lo infinito;
La luz que por los vidrios de colores
Sus tibios resplandores
Quebraba en los pilares de granito;

Haces de donde en curva fugitiva,
Para formar la ojiva,
Cada ramal subiendo se separa,
Cual del rumor de multitud que ruega,
Cuando a los cielos llega,
Surge cada oración distinta y clara;

En el gótico altar inmoble y fijo
El santo Crucifijo,
Que extiende sin vigor sus brazos yertos,
Siempre en la sorda lucha de la vida,
Tan áspera y reñida,
Para el dolor y la humildad abiertos;

El místico clamor de la campana
Que sobre el alma humana
De las caladas torres se despeña,
Y anuncia y lleva en sus aladas notas
Mil promesas ignotas
Al triste corazón que sufre o sueña;

Todo elevaba mi ánimo intranquilo
A más sereno asilo:
Religión, arte, soledad, misterio, . . .
Todo en el templo secular hacía
Vibrar el alma mía,
Como vibran las cuerdas de un salterio.

Y a esta voz interior que sólo entiende
Quien crédulo se enciende
En fervoroso y celestial cariño,
Envuelta en sus flotantes vestiduras
Volaba a las alturas,
Virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su rauda, viva y luminosa huella
Como fugaz centella
Traspasaba el espacio, y ante el puro
Resplandor de sus alas de querube,
Rasgábase la nube
Que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
¡Oh perdurable gloria!
¡Oh sed inextinguible del desco!
¡Oh cielo, que antes para mí tenias
Fulgores y armonias,
Y hoy tan oscuro y desolado veo!

Ya no templas mis íntimos pesares,
Ya al pie de tus altares
Como en mis años de candor no acudo.
Para llegar a ti perdí el camino,
Y errante peregrino
Entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;
Grito, y nadie responde
A mi angustiada voz; alzo los ojos
Y a penetrar la lobreguez no alcanzo;
Medrosamente avanzo,
Y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
A su impiedad ¡oh Cristo!
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros,
Levanta sobre escombros
Un Dios sin esperanza, un Dios que gime,

¡Y ese Dios no eres tú! No tu serena
Faz, de consuelos llena,
Alumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío:
Su cielo es el Vacío,
Sacerdote el Error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
Un siglo más inmenso,
Más rebelde a tu voz, más atrevido;
Entre nubes de fuego alza su frente,
Como Luzbel, potente;
Pero también, como Luzbel, caído.

A medida que marcha y que investiga,
Es mayor su fatiga,
Es su noche más honda y más oscura,
Y pasma, al ver lo que padece y sabe,
Cómo en su seno cabe
Tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota,
Que el ronco mar azota,
Incendia el rayo y la borrasca mece
En piélagos ignorados y procelosos,
Nuestro siglo-coloso
Con la luz que le abrasa resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!...
A los tristes reflejos
Del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
Y es tarde, es ¡ay! muy tarde
Para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
A todo yugo ajeno,
Que al impulso del vértigo se entrega,
Y al través de intrincadas espesuras,
Desbocado y a oscuras
Avanza sin cesar y nunca llega.

¡Llegar! ¿Adónde?... El pensamiento humano
En vano lucha; en vano
Su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
Y no aclara el problema,
Ni penetra el enigma de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos; es cierto
Que tu poder no ha muerto!
Salva a esta sociedad desventurada,
Que bajo el peso de su orgullo mismo
Rueda al profundo abismo,
Acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de ti se aleja,
En nuestras almas deja
El germen de recónditos dolores,
Como, al tender el vuelo hacia la altura,
Deja su larva impura
El insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
Es, señor, todavía
Raudal de vida tu palabra santa,
Dí a nuestra fe desalentada y yerta:
—¡Anímate y despierta!—
Como dijiste a Lázaro: —¡Levanta! —

GASPAR NUÑES DE ARCE.

VIDA MODERNA

Rio IV, 8, 8.

Mi querido amigo:

Por fin me encuentro solo con mi sirviente y la cocinera, una señora cuadrada de este pueblo, muy entendida en política y en pasteles criollos.

Ocupo una casa vacía que tiene ocho habitaciones, un gran patio enladrillado y un fondo con árboles y con barro. Tengo dos caballos de montar y uno de tiro. Mi dotación de amigos es reducida; total: dos viejos maldicientes. He traído libros y paso mi vida leyendo, paseando, comiendo y durmiendo.

•

¡ Soy completamente feliz! Básteme decirte que nadie me invita a nada, que no hay banquetes, ni óperas,

ni bailes, y, lo que parece mitológico en materia de suerte, no tengo ni un bronce, ni un mármol, ni un cuadro antiguo ni moderno; no tengo vajilla ni cubiertos especiales para pescado, para espárragos, para ostras, para ensalada y para postre, ni centros de mesa que me impidan ver a los de enfrente, ni vasos de diferentes colores, ni sala, ni antesala, ni escritorio, ni alcoba, ni cuarto de espera; todo es todo; duermo y como en cualquier parte; el caballo de montar entra a saciar su sed al cuarto de baño, en la tina, antes que yo me bañe, con recomendación especial de no beber de a poquito, ni dejar gotear en la bañera el sobrante del agua que le queda en el hocico.

*

¿Sabes por qué me he venido? Por huir de mi casa, donde no podía dar un paso sin romperme la crisma contra algún objeto de arte. La sala parecía un bazar, la antesala ídem, el escritorio; no se diga!, el dormitorio o los veinte dormitorios, la despensa, los pasadizos y hasta la cocina estaban repletos de cuanto Dios crió. No había número de sirvientes que diera abasto; la luz no entraba en las piezas por causa de las cortinas; yo no podía sentarme en un sillón sin hundirme hasta el pescuezo en los elásticos; el aire no circulaba por culpa de los biombos, de las estatuas y de los jarrones. No podía comer; la comida duraba dos horas porque el sirviente no me dejaba usar los cubiertos que tenía a la mano, sino los especiales para cada plato. Aquí como aceitunas con cuchara, porque me da la gana, y nadie me dice nada ni me creo deshonrado.

*

Mira, ¿no sabes la delicia que es vivir sin bronce! No te puedes imaginar cómo los aborrezco. Me han amargado la vida y me han hecho tomarles odio. Cuando era pobre, admiraba a Gladstone; me extasiaba ante la Venus de Milo; me entusiasmaba contemplando las nueve Musas; tenía adoración por Apolo y me pasaba las horas mirando el cuadro de la Virgen de la Silla.

Ahora no puedo pensar en tales personajes sin encolerizarme. ¿Cómo no! Casi me saqué un ojo una noche que entré a obscuras a mi escritorio contra el busto de Gladstone; otro día la Venus de Milo me hizo un moretón que todavía me duele; me alegré de que tuviera el brazo roto. Después, por impedir que se cayera la Mascota, me disloqué un dedo en la silla de Napoleón en Santa Elena, un bronce pesadísimo, y casi me cai enredado en un tapiz del Japón.

Luego, todos los días tenía disgustos con los sirvientes.

Cada día había alguna escena entre ellos y los adornos de la casa.

—Señora—decía la mucama—, Francisco le ha roto un dedo a Fidias.

—¿Cómo ha hecho usted eso, Francisco?

—Señora, ¿si ese Fidias es muy malo de sacudir!

Otra vez dejaba Fidias de ser maltratado y aparecía el busto de Praxiteles sin nariz. Francisco se la había echado abajo de un plumero; o bien le tocaba el turno a Mercurio, que se quedaba cojo de algún porrazo; ya sabes que Mercurio tiene un pie en el aire.

Bismarck, el rey Guillermo y Moltke en barro pintado, se han escapado hasta ahora casi ilesos, gracias a que su pequeña estatura les permite esconderse tras

del reloj de la sala. Pero un gran elefante de porcelana cargado de una torre, pierde cada ocho días la trompa, que le vuelven a pegar con goma.

Otro día se le ocurre al mismo Francisco limpiar con kerosene el cuadro del Descendimiento.

En fin, he pasado estos últimos años en cuidar jarrones, cortinas, cuadros, relojes, candelabros, arañas, bronces y mármoles y en echar gallegos a la calle, con plumero y todo, para que vayan a romperle las narices a su abuela.

*

No te puedes imaginar los tormentos que he sufrido con mis objetos de arte; hásteme decirte que muchas veces, al volver a mi casa, he deseado en el fondo de mi alma encontrarla quemada y hallar fundidos en un solo lingote a Cavour, a la casta Susana, al papa Pío IX, a madama Recamier y otros bronces notables de mi terrible colección.

¿Y las flores, las macetas, los ramos, los árboles enteros que mandan a casa y que la señora coloca en mi estudio como si tal cosa? El patio es un bosque; creo que hay en él toda la flora y fauna argentina: leopardes, tigres y millones de sabandijas. Los cactus no me dejan ir a mi cuarto, me enredo en los helechos, y unos malditos arbustos que hay con puntas y que están ahora de moda, tiene obstruida la puerta del comedor, al cual no se puede entrar sin careta, a menos de exponerse a perder un ojo. Ya estuve a punto de quedarme tuerto, a causa de un *alisum espinosum*.

—Mire, Juan—le dije un día al portero—: al primero que venga aquí con árboles, con bronces o con vasijas de loza, péguale un balazo. Ya no hay dónde

poner nada; para pasar de una pieza a otra es necesario volar. Uno de mis amigos, muy aficionado a los adornos, ha tenido que alquilar una barraca para depositar sus estatuas y sus cuadros. Yo tengo una estatua de la caridad que es el terror de cuantos me visitan; no sé qué arte tiene para hacer que tropiecen con ella. En casa de otro amigo se perdió hace poco una criatura que había ido con su mamá. Cuando ésta quiso retirarse, se buscó al niño en todas partes, sin hallarlo; al fin se oyó un llanto lastimero que parecía venir del techo y voces que decían: ¡aquí estoy, aquí estoy! El pobre niño se había metido en un rincón, del que no podía salir porque le cerraban el paso un chifonier, dos biombos, una ánfora de no sé dónde, los doce Pares de Francia, ocho caballeros cruzados, un camello y Demóstenes de tamaño natural en cinc bronceado.

¡Vaya usted a limpiar una casa así! Lo primero que se me ocurre al entrar a un salón moderno es pensar en un buen remate o en un terremoto que simplifique la vida.



Tengo intención de pasar aquí una temporada, y estaría del todo contento si no fuera la espantosa expectativa de volver a mi bazar. Algunas noches sueño con mis estatuas, y creo que sabiendo ellas el odio que les tengo, me pagan en la misma moneda y me atacan en mi cama. Hasta he pensado alguna vez en fingirme loco y arrojar a la calle por la ventana los bustos de los hombres más célebres, los cuadros, las macetas, las arañas y los espejos. En fin, tengo un consuelo; no ocurre casamiento, cumpleaños o bautismo en casa de ami-

gos que no me proporcione el placer de soltarle al beneficiado algún león de alabastro, un oso de bronce o los gladiadores de hierro antiguo. ¡A incomodar a otra parte y allá se las avenga el novio, el bautizado o el que festeja un aniversario!

Excuso decirte que, cuando un sirviente torpe echa abajo un armario lleno de loza y cristales, no quepo en mí de contento.

Escribeme pronto y no te olvides de comunicarme en el acto, si por acaso quiebra la casa de Lacoste o la de algún otro bandolero de su estirpe.

Te recomiendo, además, que si puedes hacerme robar, durante mi ausencia, algunos pedestales con sus correspondientes bustos, varios cuadros y todos los muebles de mi escritorio, no dejes de hacerlo.

Sobre todo, por favor, hazme substraer las palmeras que obstruyen los pasadizos y el *alisum espinosum* que está en la puerta del comedor, y al cual profeso la más corrosiva ojeriza.

En el último caso puedes recurrir al incendio; ¡te autorizo!

Tu amigo:

Baldomero Tapioca.

EDUARDO WILDE.

INSUFICIENCIA DE LAS LEYES

EL REINO DE LOS BEODOS

(Fábula.)

Tuvo un reino una vez tantos beodos,
Que se puede decir que lo eran todos.

En el cual por ley justa se previno:

Ninguno cate el vino,

Con júbilo el más loco

Aplaudióse la ley, por costar poco:

Acatarla después, ya es otro paso;

Pero en fin, es el caso

Que la dieron un sesgo muy distinto,

Creyendo que vedaba sólo el tinto,

Y del modo más franco

Se achisparon después con vino blanco.

Extrañando que el pueblo no la entienda,

El Senado a la ley pone una enmienda,

Y a aquello de: *Ninguno cate el vino,*

Añadió, *blanco*, al parecer con tino.

Respetando la enmienda el populacho,

Volvió con vino tinto a estar borracho.

Creyendo por instinto; más qué instinto!

Que el privado en tal caso no era el tinto.

Corrido ya el Senado,

En la segunda enmienda, de contado,

Ninguno cate el vino,

Sea blanco, sea tinto, les previno:

Y el pueblo, por salir de nuevo atranco.

Con vino tinto entonces mezcló el blanco:

Hallando otra evasión de esta manera.

Pues ni blanco ni tinto entonces era.

Tercera vez burlado,

—«No es eso, no, señor», dijo el Senado:

«O el pueblo es muy zoquete, o muy ladino:

Se prohíbe mezclar vino con vino.»—

Más; cuánto un pueblo rebelado fragua!

¿Creeréis que luego lo mezcló con agua?

Dejando entonces el Senado el puesto,
De este modo al cesar dió un manifiesto:
*La ley es red, en la que siempre se halla
Descompuesta una malla,
Por donde el ruín que en su razón no fia,
Se evade suspicaz... ¡Qué bien decia!*
Y en lo demás colijo
Que debiera decir, si no lo dijo:
*Jamás la ley enfrena
Al que a su infamia su malicia iguala:
Si se ha de obedecer, la mala es buena;
Mas si se ha de eludir, la buena es mala.*

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

UN TRAFICANTE

—Adiós, don Juan.

—Yo creí que ya no vendría usted esta noche.

—He cenado un poco tarde.

—¿Quiere usted que demos un paseo?

—Como usted quiera.

Don Juan se detiene un instante en el portal del Casino, apoyado en su bastón, con la cabeza baja. Parece meditar profundamente. Después levanta su mirada y dice:

—¿Ha estado usted esta tarde en la Fontana?

—Sí—le contesto yo.

—Le he visto a usted pasar desde lejos; no tenía seguridad de que fuese usted, porque llevaba usted sombrilla, y no la lleva ninguna tarde...

La luz de la luna, suave, plateada, baña las fachadas de las casas; de los aleros, de los balcones caen unas sombras largas, puntiagudas, sobre los blancos muros. Las lechuzas, en la torre de la iglesia, lanzan a intervalos misteriosos resoplidos. Don Juan y yo caminamos despacio. Ya hemos marchado a lo largo de una calle, después hemos torcido a la derecha y hemos atravesado una plaza, luego hemos pasado por dos, por tres, por cuatro calles más; al fin nos hemos encontrado otra vez en la puerta del Casino. Esto es fatal. Don Juan se detiene otra vez en la puerta, con la cabeza baja, apoyado en su bastón. Luego sale de sus meditaciones, levanta la vista y dice:

—¿Usted se aburrirá aquí soberanamente?

—No, don Juan—le contesto—; yo estoy aquí muy bien.

En el Casino, la concurrencia de prima noche se ha ido disgregado; en un ángulo, medio sumidos en la penumbra, cuatro jugadores mueven ruidosamente las fichas del dominó sobre el mármol. Las lamparillas eléctricas lucen mortecinas. Hay algo en la atmósfera que es cansancio, tedio, monotonía indefinible...

—¿Subimos?, Azorín?—pregunta don Juan.

—Subamos, don Juan—contesto yo.

Subimos lentamente por las escaleras que llevan al piso principal. De nuevo don Juan se para un momento en la puerta del salón. Yo comienzo a sospechar que hay una secreta afinidad entre las puertas y don Juan. Pero otra vez sale don Juan de sus profundas cavilaciones.

—Deme usted dos pesetas, Azorín.

Yo le doy dos pesetas a don Juan. Y entramos. Los

reflejos verdes de una lámpara caen sobre un grupo de cráneos que se inclinan absortos; una voz grita: «¡Juego!»

—Hemos jugado al caballo—me dice don Juan—. Yo tengo fe en ese caballo...

Transcurre un minuto de ansiedad. Luego, súbitamente, se hace un enorme respiro; las monedas tintinean.

—Hemos ganado, Azorín. ¿Le gusta a usted el siete de copas, o el dos de espadas?

—Como usted quiera; a mí me da lo mismo.

—Entonces pondremos al dos de espadas. Yo tengo simpatías por ese dos de espadas, por más que ese siete de copas...

Don Juan apunta al dos de espadas. El banquero comienza a echar lenta, suavemente las cartas; todos los ojos miran ansiosos, ávidos; la lámpara deja caer sus reflejos verdes.

—¡Juego!—grita de pronto don Juan—. Antofico, esa postura del dos de espadas pasa al siete de copas...

Sale el siete de copas.

—¿Ve usted, Azorín?—me dice don Juan—. ¡He tenido una inspiración. Ese siete de copas era seguro...

Don Juan sigue apuntando a estas o a las otras cartas; yo observo las miradas, los gestos, el ir y venir febril de las manos sobre el tapete. ¿Cuánto tiempo transcurre así? ¿Una hora, dos horas, tres horas?

—Azorín—oigo que me dice don Juan—, tenemos ya seis duros.

—Hay que jugarlos todos—le digo yo.

Él se queda un poco asombrado.

—¿Cree usted...?

—Como usted quiera; pero yo creo que debemos intentar el último golpe y marcharnos.

—Muy bien—dice resuelto don Juan—; pues lo intentaremos... ¿En qué tiene usted más fé: en la sota de bastos, o en el cuatro de oros?

—A mí lo mismo me da—le digo yo.

—Yo creo que esa sota de bastos es de confianza; sin embargo, ese cuatro de oros...

Don Juan juega a la sota. El banquero comienza a echar lentamente las cartas.

—¡Juego!—exclama de pronto don Juan—. Antofónico, esos seis duros de la sota pasan al cuatro de oros... Sale la sota.

—¡Caramba! — grita estupefacto, desolado, don Juan.

—Don Juan—le digo yo riendo—, no hay que hacer caso...

—Hombre, Azorín, le diré a usted: yo tenía fe en la sota; es más, tenía casi la seguridad de que iba a salir; pero ese cuatro de oros... ese cuatro...

Y comienza una larga disertación sobre las probabilidades de la sota y las del cuatro de oros...

—¿Vamos a dar un paseo?—me dice al fin.

—Vamos donde usted quiera—le digo yo.

La luz de la luna baña suave, plateada, las anchas calles; de los aleros, de los balcones, caen unas sombras largas, puntiagudas; reina un profundo silencio en la ciudad dormida; las lechuzas resoplan formidables, y una voz lejana canta una melopea plañidera: *¡Sercno, ¡a una!*

Don Juan y yo caminamos despacio.

—Don Juan—le digo—, ¿usted se acuesta tarde todas las noches?

—Yo, Azorín—me dice él—, no puedo acostarme nunca sin ver la luz del día.

Yo me quedo mirando a don Juan. ¿Puede darse un ser más extraño y más interesante que un trasnochador de pueblo? ¿Qué hacen esos trasnochadores fantásticos durante toda la noche interminable de las ciudades muertas? ¿En qué emplean las horas monótonas, eternas, de las madrugadas invernales?

—¿Y qué hace usted, don Juan, toda la noche?—le pregunto—. Aquí, en el pueblo, será difícil encontrar algo en que entretenerse...

—Le diré a usted—contesta don Juan—; a primera hora de la noche, hasta las doce o la una, estoy en el Casino; luego nos vamos tres o cuatro amigos y hacemos una cena, y al final, yo me marcho a casa y me entretengo en algo. El mes pasado hice un globo de periódicos; cuando trataron de empapelar la Biblioteca del Casino, yo me ofrecí a hacer el trabajo, y la empapelaba de noche, así que se marchaban todos los socios...

Pasamos por dos, por tres, por cuatro calles; cruzamos una plaza. Una ventana aparece iluminada en una casa.

—¿Qué estará haciendo Alfredo? — pregunta don Juan.—Y luego grita: ¡Alfredo! ¡Alfredo!

Un joven surge en el balcon.

—Buenas noches, don Juan, y la compañía—dice.

—¿Pero tan temprano en casa?—le pregunta don Juan.

—Me he de marchar mañana a las ocho a los Calle-

rones, a ver cómo marcha la uva—dice Alfredo—; quiero principiar a pisar el jueves...

Nos despedimos.

—¿Quiere usted que vayamos a casa a tomar algo?
—dice don Juan.

—Como usted guste, don Juan—le digo yo.

En la puerta, don Juan se detiene otra vez un momento, meditando profundamente. Después me dice:

—¡Caramba, Azorín! Si yo no hubiera tenido la mala idea de mudar la postura...

Cuando entramos en la casa, don Juan van encendiendo las lamparillas eléctricas, y, pasamos al comedor. De una alacena saca don Juan vasos, una botella, un salchicón, un queso...

—Aquí hay unas chuletas, Azorín—me dice enseñándome un plato—; ¿quiere usted que las asemos?

La cocina está cerca. Hacemos fuego y asamos las chuletas; pero no encontramos la sal. Don Juan sale y abre una puerta allá en lo hondo de la entrada.

—¡Lola! ¡Lola!—grita—. ¿Dónde habéis puesto la sal?

Luego vuelve, registra un cajón del aparador y saca el salero.

¿Cuántas horas pasan mientras comemos y charlamos? ¿Una, dos, tres, cuatro? Un reloj, uno de esos relojes terribles de las casas de los pueblos, suena cuatro metálicas campanadas; cantan los gallos a lo lejos. En los vidrios de la ventana aparece una claridad vaga, opaca...

—Don Juan, me marchó—digo yo.

—Pues vaya usted con Dios, Azorín, y hasta la tarde.

La puerta hace un ruido sordo al ser cerrada. Yo miro al Oriente, que aparece encuadrado entre las dos ringlas de las casas, y lo veo teñirse de carmín, de nácar y de oro.

AZORÍN.

(Los pueblos.)

EL CAMELLO Y LA PULGA

(FÁBULA)

Al que ostenta valimiento
Cuando su poder es tal,
Que ni influye en bien ni en mal,
Le quiero contar un cuento.

En una larga jornada
Un camello muy cargado
Exclamó, ya fatigado:
«¡ Oh qué carga tan pesada! »
Doña Pulga, que montada
Iba sobre él, al instante
Se apea, y dice arrogante:
« Del peso te libro yo. »
El camello respondió:
« Gracias, señor elefante. »

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

A QUIÉN DEBE DARSE CRÉDITO

Llamaron a la puerta. El mismo tío Pedro salió a abrir y se encontró cara a cara con su compadre Vicentico.

—Buenos días, compadre. ¿Qué buen viento lo trae a usted por aquí? ¿Qué se le ofrece a usted?

—Pues nada... confío en su amistad de usted... y espero...

—Desembuche usted, compadre.

—La verdad, yo he poblado los olivos, tengo en mi olivar lo menos cinco cargas de leña que quiero traerme a casa y vengo a que me preste usted su burro.

—¡Cuánto lo siento, compadre! Parece que el demonio lo hace ¡Qué maldita casualidad! Esta mañana se fué mi chico a Córdoba, caballero en el burro. Hasta dentro de seis o siete días no volverá. Si no fuera por esto podría usted contar con el burro como si fuese suyo propio. Pero, qué diablos, el burro estará ya lo menos a cuatro leguas de aquí.

El pícaro del burro, que estaba en la caballeriza, se puso entonces a rebuznar con grandes bríos.

El que le pedía prestado dijo con enojo:

—No creía yo, tío Pedro, que usted fuese tan cicatero que para no hacerme este pequeño servicio, se valiese de un engaño. El burro está en casa.

—Oiga usted, replicó el tío Pedro. Quien aquí debe enojarse soy yo.

—¿Y por qué el enojo?

—Porque usted me quita el crédito y se lo da al burro.

JUAN VALERA.

SINFONÍA EN GRIS MAYOR

El mar como un vasto cristal azogado
Refleja la lámina de un cielo de cinc;
Lejanas bandadas de pájaros manchan
El fondo bruñido del pálido gris.

El sol como un vidrio redondo y opaco
Con paso de enfermo camina al cenit;
El viento marino descansa en la sombra
Teniendo de almohada su negro clarín.

Las ondas que mueven su vientre de plomo
Debajo del muelle parecen genir.
Sentado en un cable, fumando su pipa,
Está un marinero pensando en las playas
De un vago, lejano, brumoso país.

Es viejo ese lobo. Tostaron su cara
Los rayos de fuego del sol del Brasil;
Los recios tifones del mar de la China
Le han visto bebiendo su frasco de gin.

La espuma impregnada de yodo y salitre
Ha tiempo conoce su roja nariz,
Sus crespos cabellos, sus bíceps de atleta,
Su gorra de lona, su blusa de dril.

En medio del humo que forma el tabaco
Ve el viejo el lejano, brumoso país,
A donde una tarde caliente y dorada
Tendidas las velas partió el bergantín...

La siesta del trópico. El lobo se aduerme.
Ya todo lo envuelve la gama del gris.
Parece que un suave y enorme esfumino
Del curvo horizonte horrara el confin.

La siesta del trópico. La vieja cigarra
Ensayó su ronca guitarra senil,
Y el grillo preludia su solo monótono
En la única cuerda que está en su violín.

RUBÉN DARÍO.

LA CURIOSIDAD INFANTIL

El señor Cristóbal, antiguo servidor de una casa de andaluces, tenía muy cerca de ochenta años, las piernas flojas y la cabeza no muy fuerte.

Aunque no estaba ya para muchos trajines, ni aun para pocos, los señores, agradecidos a los favores que toda la vida les prestó, lo conservaban a su lado de muy buena gana. Añádase a esto, que Cristóbal era pintiparado para entretener a la gente menuda, que en la casa había dos niños, Perico y María: pardo y rosa como dijo el poeta.

Una tarde, entre el niño y la niña agotaron, si no la paciencia, que era inagotable, la sabiduría del pobre viejo, que no lo era tanto.

—Cristóbal, ¿cuántas estrellas hay?

—Según... unas noches hay más... y otras noches menos.

—¿Y por qué?

—¡Toma! porque las noches de luna... las estrellas no salen todas.

—¿La luna no es una estrella, tú?

—No; la luna... es la luna.

—Y las estrellas, ¿dónde están sujetas?

—En el aire.

—¿Y no se pueden caer?

—No tenga cuidado. Mira qué viejo soy yo y no he visto caer ninguna.

—Y el sol, ¿dónde está?

El señor Cristóbal, temeroso de meterse en un callejón sin salida, dió un silbido por respuesta.

—¿No lo sabes?

—¡No lo había de saber! (Claro está que no lo sabía.)

—Oye, Cristóbal, —interrumpió la niña, a quien preocupaban en extremo las cosas santas,—¿quién es más, el Papa o el Rey?

—El Papa.

—Pero Perico dice que el Rey.

—¡Y es más el Rey!—saltaba Perico con aplomo, que hacía dudar del oráculo.

—Sí, ¡porque tú quieres!—replicaba éste como esquivando entrar en discusiones.

—Oye, Cristóbal, ¿el tren cómo anda?

—¿El tren? ¿Tú no has visto el carbón que lleva dentro?

—Sí.

—¿Y el maquinista?

—También.

—¡Pues ahí lo tienes! ¡No hay más que fijarse en las cosas!

—Oye, Cristóbal, ¿los fósforos son veneno?

—Oye, Cristóbal, ¿los moros son malos?

—Oye Cristóbal, ¿por qué llueve?

—Oye, Cristóbal, ¿quién puede más, un toro o un caballo?

—Oye, Cristóbal...

—Oye, Cristóbal...

Cristóbal tuvo que acabar por taparse los oídos.

Cuándo era más vivo el tiroteo acertó a pasar por allí la señora de la casa y preguntó acariciándolos:

—¿Son malos, Cristóbal? Porque si son, desde mañana van a la escuela. ¡No hay vacaciones!

Y el señor Cristóbal, suspirando y riendo a la vez, se atrevió a contestar:

—Señorita Carmen, el que va a la escuela desde mañana soy yo.

SERAFIN Y JOAQUIN ÁLVAREZ QUINTERO.

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO

(FÁBULA)

Un Oso, con que la vida
Ganaba un piamontés,
La no muy bien aprendida
Danza, ensayada en dos pies.
Queriendo hacer de persona,
Dijo a una Mona: «¿Qué tal?»
Era perita la Mona.
Y respondióle: «Muy mal.»

«Yo creo, replicó el Oso,
Que me haces poco favor.
Pues qué, ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?»

Estaba el Cerdo presente,
Y dijo: «¡Bravo! ¡Bien va!
¡Bailarín más excelente
No se ha visto ni verá!»

Echó el Oso, al oír esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademán modesto
Hubo de exclamar así:

«Cuando me desaprobaba
La Mona, llegué a dudar;
Mas ya que el Cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar.»

Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, ¡malo!
Si el necio aplaude, ¡peor!

TOMÁS DE IRIARTE.

BATALLA DE OTOÑO

Al vencer la cumbre se descubrió un ejército poderoso de menos confusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista: último esfuerzo del poder mejicano, que se componía de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separación de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la mul-

titud el capitán general del imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos le mantenían superior a todos, para que se temiese, al obedecer sus órdenes, la presencia de los ojos. Traía levantando sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podía sacar en las ocasiones de mayor empeño: su forma una red de oro macizo, pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios colores, que uno y otro contendría su misterio de superioridad sobre los otros jeroglíficos de las insignias menores...

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad a que debían preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernán Cortés a examinar los semblantes de los suyos, con aquel brío natural que hablaba sin voz a los corazones; y hallándolos más cerca de la ira que de la turbación: «Llegó el caso, dijo, de morir o vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros.» Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la orden de acometer, con que sólo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedía la ocasión. Apellidando, como solía, unas veces a Santiago y otras a San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadrón, para que fuese unido al cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados y asegurar las espaldas. Dióse tan a tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban a pasar de la otra banda para sitiarse por todas

partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de sangre mejicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con elección, buscando a los que parecían capitanes; pero los indios peleaban con obstinación, acudiendo, menos unidos que apretados, a llenar el puesto de los que morían, y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de fresco. Retirábase, al parecer, todo el ejército, cuando cerraban los caballos y salían a la vanguardia las bocas de fuego, y volvían con nuevo impulso a cobrar el terreno perdido. moviéndose a una parte y a otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecía un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentían los flujos y reflujos.

Peleaba Hernán Cortés a caballo, socorriendo con su tropas los mayores aprietos, y llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo; pero le traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operación; y discurriendo en los partidos que podría tomar para mejorarse o salir al camino, le socorrió en esta congoja una observación de las que solía depositar en su cuidado para servirse de ellas en la ocasión. Acordóse de haber oído referir a los mejicanos que toda la suma de sus batallas consistía en el estandarte real, cuya pérdida o ganancia decidía sus victorias o las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponía el enemigo al acometer de los caballos, tomó re-

solución de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocía. Llamó a los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila para que le siguiesen y guardasen las espaldas con los demás que asistían a su persona; y haciéndoles una breve advertencia de lo que debían obrar para conseguir el intento, embistieron a poco más de media rienda por la parte que parecía más flaca o menos distante del centro. Retirándose los indios, temiendo, como solían, el choque de los caballos; y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron a la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar, sin detenerse, al paraje en que asistía el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entre tanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies a su caballo Hernán Cortés, y cerró con el capitán general de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la parte de las andas. Habíale ya desamparado de los suyos; y hallándose cerca un soldado particular, que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba, con el estandarte, que puso luego en manos de Cortés...

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demás insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército. Corrieron despavoridos a guarecerse en los bosques y maizales; cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los

españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos para que no se volviesen a juntar, y mandaba la irritación lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascala dos o tres españoles; y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento que abollando las armaduras, le rompió la primera túnica del cerebro, y fué mayor el daño de la contusión. Dejóse a los soldados el despojo, y fué considerable, porque los mejicanos venían prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieron veinte mil en esta batalla: siempre se habla por mayor en semejantes casos; y quien se persuadiere a que pasaba de doscientos mil hombres el ejército vencido, hallará menos disonancia en la desproporción del primer número.

ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEIRA.
(Historia de la conquista de Méjico.)

EL PATO Y LA SERPIENTE

(FÁBULA)

A orillas de un estanque
Diciendo estaba un Pato:
«¿A qué animal dió el cielo
Los dones que me ha dado?
Soy de agua, tierra y aire:
Cuando de andar me canso,
Si se me antoja, vuelo;

Si se me antoja, nado.»
Una serpiente astuta,
Que le estaba escuchando,
Le llamó con un silbo,
Y le dijo: «Seor guapo,
No hay que echar tantas plantas;
Pues ni anda como el gamo,
Ni vuela como el sacre,
Ni nada como el barbo;
Y así, tenga sabido
Que lo importante y raro
No es entender de todo,
Sino ser diestro en algo».

TOMÁS DE IRIARTE.

LA ENTRADA Y LO INTERIOR DE LA REPÚBLICA LITERARIA

Habiendo discurrido entre mí del número grande de los libros y de lo que va creciendo cada día, así por el atrevimiento de los que escriben como por la facilidad de la imprenta, con que se han hecho ya trato y mercancía las letras, estudiando los hombres para escribir y escribiendo para granjear, me venció el sueño, y luego el sentido interior corrió el velo a las imágenes de aquellas cosas en que despierto discurría. Halléme en vista de una ciudad, cuyos capiteles de plata y oro bruñido deslumbraban la vista y se levantaban a comunicarse con el cielo. Su hermosura encendió en mí un gran deseo de verla; y ofreciéndoseme delante un hombre anciano que se encaminaba a ella, le alcan-

cê; y trabando con él conversación, supe que se llamaba *Marco Varrón*; de cuyos estudios y erudición en todas materias, profanas y sagradas, tenía yo muchas noticias por testimonio de Cicerón y de otros. Y preguntando yo qué ciudad era aquella, me dijo con agrado y cortesía que era *la República literaria*; y ofreciéndose a mostrarme lo más curioso de ella acepté la compañía y la oferta, y fuimos caminando en buena conversación.

Habiendo llegado a la ciudad, reconocí sus fosos, los cuales estaban llenos de un licor oscuro. Las murallas eran altas, defendidas de cañones de ánsares y cisnes, que disparaban balas de papel. Unas blancas torres servían de baluartes, dentro de las cuales levantaba la fuerza del agua unas vigas, cuyas cabezas, batiendo en pilones de mármol gran cantidad de pedazos de lienzo, los reducían a menudos átomos; y recogidos éstos en cedazos cuadrados de hilo de arambre, y enjutos entre fieltros, quedaban hechos pliegos de papel: materia fácil de labrar y bien costosa a los hombres: ;Qué ingeniosos somos en buscar nuestros daños! Escondió la naturaleza pròvidamente la plata y el oro en las entrañas de la tierra, como a metales perturbadores de nuestro sosiego, y con gran providencia los retiró a regiones más remotas, poniéndoles por foso el inmenso mar Océano, y por muros altas y peñascosas montañas; y el hombre industrioso busca artes y instrumentos con que navegar los mares, penetrar los montes y sacar aquella materia que tantos cuidados, guerras y muertes causa al mundo. Están en los mulladares los viles andrajos de que aún no pudo cubrirse la desnudez, y de entre aquella basura los saca nues-

tra diligencia, y labra con ellos nuestro desvelo y fatiga en aquellas hojas donde la malicia es maestra de la inocencia, siendo causa de infinitos pleitos y de la variedad de religiones y sectas.

El frontispicio de la puerta de la ciudad era de hermosas columnas de diferentes mármoles y jaspes. En ellas (no sin misterio), parece que faltaba a sí misma la arquitectura, porque de los cinco órdenes solamente se veía el dórico, duro y desapacible símbolo de la fatiga y del trabajo. Entre las columnas estaban en sus nichos nueve estatuas de las nueve musas, con varios instrumentos de música en las manos; a las cuales había dado la escultura tal aire y movimiento (a pesar del mármol), que la imaginación se daba a entender que imprimía en ella aquellos afectos que suelen infundir desde las esferas del cielo, donde las consideró inteligencias o almas de antigüedad. Clío parece que encendía en los pechos llamas de gloria con las hazañas de los varones ilustres. Terpsícore elevaba los pensamientos con la dulzura de la música. Erato daba números y compases a los movimientos de los pies. Polimnia avivaba la memoria. Urania se servía de ella para persuadir el ánimo a la contemplación de los astros. Caliope levantaba los espíritus heroicos a acciones gloriosas. Melpómene los alentaba con la memoria de muchos que merecieron con las hazañas los elogios. Talía, disimulando en el donaire la censura, a un tiempo entretenía y enseñaba. Euterpe formaba diversas flautas, acomodando a todas diferentes sentidos con tal propiedad, que parecía que para cada uno las había fabricado. Este frontispicio se remataba en la estatua de Apolo, cuya madeja de oro, con lustroso curso de

luz, bajaba sobre los hombros. Ocupaba su mano derecha el plectro y la izquierda la lira, y aún sin herir las cuerdas, hacía armonía al discurso, si no al oído, la propiedad. -

Después entramos en lo poblado y culto de la ciudad, que reconocida por dentro, no correspondía a la hermosura exterior; porque en muchas cosas era aparente y fingida, levantadas algunas fábricas sobre falsos fundamentos, ocupados sus habitantes en fabricar con más vanidad que juicio obras nuevas con las ruinas de unas y con los materiales de otras; en que toda aquella ciudad andaba revuelta y embarazada, con más confusión que fruto de su vana fatiga, que renovaba y no engrandecía la república; antes la defraudaba de aquel lustre y aumentos que tuviera, si sus hijos entre sí compitiesen en buscar nuevas trazas y materias de palacios y otras obras públicas.

En esta república, como en la de los egipcios y la cedemonios, se tenía por virtud el hurtar con pretexto de imitación; y así, los oficiales unos a otros se hacían grandes robos, y cada día se veían levantadas nuevas tiendas con mercancías ajenas. Los que más se aprovechaban de esta licencia eran los letrados y poetas; aquéllos por la variedad de libros y escritos de que se valen, y éstos porque, como entraban a vender sus juguetes por las casas, hurtaban de ellas las mejores alhajas.

Gobernaban esta ciudad diversos senadores autorizados por su ancianidad y experiencia, entre los cuales estaba dividido el cuidado público. Plutarco, Tito Livio, Dión y Apiano gobernaban las cosas del pueblo; Julio César, Velejo, Amiano y Polibio las milita-

res; Tácito las políticas; censores eran Diodoro, Mela y Estrabón. Y porque ningún cuerpo de reino o república se puede mantener sano (aunque su cabeza sea de buen consejo y estén perfectamente organizados sus miembros) si el estómago, que es el secretario, no fuere tan robusto, que sin indigestiones de despachos cueza bien las materias, y con práctica y conocimiento político suministre a cada una de las partes le substancia que ha menester, se servía esta república de Suetonio Tranquilo, varón grande, criado en negocios, versado entre naciones, celoso, prudente y secreto.

DIEGO DE SAAVEDRA FÁJARDO.

SILUETAS DE ZALDÍVAR

Canduela.

¿Dónde he conocido yo a Canduela? ¿En alguna novela de Galdós? ¿En *El amigo Manso*, en *Lo prohibido*, en *El doctor Centeno*, en *Angel Guerra*? Canduela se halla sentado a la mesa, frente a vosotros; tiene la cabeza redonda, fina, y en ella, a los lados, sobre las sienes, dos largas y angulosas entradas; Canduela lleva un bigote que parece recortado, un bigote que os recuerda los bigotes de los oficinistas de 1850, un bigote grueso, negro, que de pronto se estrecha y acaba en dos puntas agudas; Canduela viste un traje sencillo, gris, de alpaca; Canduela luce una corbata indefinible, que creéis haber visto mil veces sobre el pecho de un oficial quinto de un violinista que toca en un café, de un viajante de comercio, de un estudiante de Medicina;

Canduela come en silencio, como todos, lo mismo que el vecino de la derecha, y el vecino de la izquierda, y el vecino de enfrente. Y vosotros lo miráis un momento y decís: «He aquí un hombre perfectamente vulgar; he aquí un pobre hombre; tal vez un empleado de un ministerio; acaso un pequeño industrial».

Pero os engañáis. De pronto, Canduela, que está hablando con don Bernardo, dice: «Yendo yo una vez en el rápido de Bruselas a París...» Entonces vosotros suspendéis en el aire el tenedor que os llevabais a la boca, y miráis asombrados a Canduela. Y Canduela sigue comiendo, correcto y sencillo. Y vosotros tornáis a decir: «Sin duda, este pobre señor ha viajado alguna vez, por casualidad, en un expreso extranjero.» Pero Canduela se ha puesto a charlar otra vez con don Emilio. Y oís que dice, hablando de un conocido: «Sí; lo conocí porque tiene su abono en el Real al lado del mío...» Y otra vez volvéis a levantar la vista y a mirar con más sorpresa, con más asombro, a Canduela. Y así, poco a poco, os vais enterando de que Canduela—sucesor de un famoso banquero—tiene una fortuna considerable, y ha viajado por países extraños, y vive en una casa soberbia, y se pasea en coche cuando le place. Y entonces os recogéis sobre vosotros mismos, aunáis todas vuestras impresiones, y volvéis a decir: «He aquí un hombre sencillo, llano, natural; he aquí uno de estos hombres raros, excepcionales, que lo son todo, y tienen el arte exquisito de no parecer nada.»

Y cuando van pasando los días, cuando habéis

hablado ya largamente con Canduela, veis que este pobre hombre es un madrileño de casta, ejemplar y resumen del verdadero madrileño; es decir, un hombre fino, flexible, irónico, un poco desencantado, cortés, diligente, intuitivo, ingenioso... Sin Canduela, la vida en Zaldívar no se concibe. Canduela viene todos los años; de aquí pasa a San Sebastián; de San Sebastián pasa a Biarritz. Canduela es amigo de todos; os entera en dos palabras sobre la vida de tal o cual bañista; os regala de cuando en cuando una frase ingeniosa. Canduela encanta a todas las señoras con su afabilidad sobria y oportuna. Él les pregunta el primero que tal lo han pasado en la excursión que acaban de realizar; él les tiende la mano en el estribo del coche; él finge con ellas un ligero enfado cómico por tales o cuales fruslerías.

—Marquesa, estoy muy incomodado con usted.

La marquesa de Peña-Fuente, esta dama discreta, un poco ingenua, que todos conocéis, le mira estupefacta.

—¿Por qué, Canduela?

—Ha pasado usted esta mañana por el parque y no me ha saludado.

—;Por Dios, Canduela!— exclama la marquesa con esa voz un tanto llorosa que vosotros todos también recordaréis.

Y Canduela baja la cabeza sobre el plato y simula un mutismo hosco, terrible.

Don Bernardo.

Este es el reverso de la medalla, es decir, un hombre que os inspira tales o cuales fantasías, pero que en realidad no tiene nada de extraordinario... Cuando estáis más tranquilos en la mesa ois una gran voz que grita enfurecida:

—Pero, ¿qué escándalo es éste? Pero ¿es que váis a estar así toda la vida?

Se trata de don Bernardo, que apostrofa a una criada porque el intervalo de plato a plato se le antoja muy largo. ¿Os extrañarán estos furios de don Bernardo? ¿Creeréis que el gritar de este modo en la mesa redonda es acaso abusivo? No lo extrañéis; don Bernardo, según confesión propia, viene a Zaldívar desde hace treinta y nueve años. ¿Cómo no tener derecho a chillar? ¿Cómo no tener derecho a indignarse si transcurren cuatro minutos en inacción forzosa de las mandíbulas? Imaginad un manchón ovalado, rojo, encendido; poned en él dos diminutos granos de mostaza; trazad en la parte inferior una pincelada blanca, y luego perpendicular a ésta, otra ancha pincelada blanca... y tendréis el retrato de don Bernardo.

—Don Bernardo — dice Canduela—, ¿sabe usted a quien vi el otro día en Solares? A Benito.

—¡Hombre!—exclama con una voz recia don Bernardo.

Y se hace un largo silencio; y cuando creéis que ya el tema de este rápido diálogo ha sido olvidado, exclama don Bernardo:

—¡Ya hace tiempo que no le he visto!

—Está muy grueso—replica Canduela.

—No—observa don Bernardo—; digo que no he visto Solares hace tiempo.

—Debe de ser un edificio nuevo — dice Canduela.

—Es antiguo — contesta don Bernardo—; pero habrán hecho reformas.

No me preguntéis más sobre la vida y dichos de don Bernardo. Yo no sé más; nadie sabe más; sería absurdo saber más. Cuando os retiráis de la mesa y vais a tomar vuestro sombrero en la percha, veis un tremendo roten, que más bien semeja el tronco gigantesco de un árbol. Este es el bastón de don Bernardo; él lo ha cortado en el bosque y ha ido haciendo en su corteza, con la navaja, mil pintorescos círculos y arabescos. Y después de comer, don Bernardo se aleja por la fronda apoyado en esta pértiga colosal, con sus ojuelos microscópicos, con su cara encendida, con su barbillas blanca como un fauno, solitario, feroz...

AZORÍN.

(Los pueblos.)

EL BARON DE LA RESCOLDEKA

Cuando llega, en julio, a Santander, viene de Burdeos adonde fué desde París, donde pasó la primavera después de haber repartido el otoño y el invierno entre Madrid (su patria nativa), Berna, Florencia, Berlín y San Petersburgo. Ni los hielos le enfrían, ni el calor le sofoca. Es una

naturaleza de roble que se endurece con los años y a la intemperie.

Pasa ya de los cincuenta, es de elevada talla, trigüeño de color, de pelo áspero y rapado a punta de tijera, derecho como un poste; algo protuberante de estómago y de nariz; pequeño de pies, de manos y de boca; ancho de espaldas y de frente, y muy cerrado de barba, que se afeita todos los días cuidadosamente, menos en la parte en que radican sus anchas y bien cuidadas patillas a la macarena.

Viste todo el año de medio tiempo, y es su traje intachable en calidad y corte, así como es intachable también la blancura de su camisa, de la que ostenta no flojas pruebas en pecho, puños y pescuezo.

Fuma sin cesar grandes habanos, y saliva mucho, e infaliblemente antes de empezar a hablar lo poco que habla; y en cada desahogo de éstos, larga, zumbando, una pulgada de tabaco que ha partido con los dientes.

Para saludar, no da la mano entera, sino la punta del índice... cuando alguno le saluda; pues el no saluda a nadie en la calle, ni tampoco se para. Si el que pasea con él se detiene para hacerle alguna observación, él sigue andando inalterable. Si el detenido le alcanza después, bueno, si no, como si jamás se hubiesen visto.

En estos casos, no usa, para sostener la conversación, más que salivazos y monosílabos; también algún carraspeo que otro. Para las grandes ocasiones tiene disponibles unas cuantas frases y pocas más interjecciones y palabras, tan breves como

enérgicas: las frases para preguntar, las palabras sueltas para responder, y las interjecciones para comentarios.

Es rico y soltero; trae todo su equipaje en una maleta de cuero inglés.

Viene a Santander acaso porque halla esta ciudad en su camino; pero es lo cierto que viene todos los veranos, y no por pocos días.

Se hospeda en la fonda que mejor le parece, y la deja cuando le conviene; y le conviene dejarla, en cuanto observa que una falta grave se repite hasta tres veces: siendo para él faltas graves, el pescado que da en la nariz, el desaseo en su cuarto, la servilleta cambiada en la mesa, y el vino adulterado, o cualquiera de esas carnavaladas que suelen permitirse los huéspedes a las altas horas de la noche sin respeto ni consideración a los que duermen y descansan.

En cuanto a baños, solamente toma dos o tres en la temporada; pero de a hora y media cada uno. Allí se está como una boya en la mar, restregándose la cabeza, carraspeando, escupiendo y estornudando sin cesar y a sus anchas, y con un estrépito que excede a toda ponderación. Cuando sale del agua, no es porque siente frío, sino porque se aburre sin fumar en tanto tiempo.

La primera vez que vino, tuve el gusto de conocerle y de estudiarle, porque un amigo mío con quien yo en cierta ocasión paseaba, era amigo suyo también: saludóle al cruzarse con él, dióle éste el dedo, y juntos, retrocediendo nosotros dos, continuamos los tres aquella tarde; pues por la tarde era

cuando esto sucedía, y en el alto de Miranda, cerca de la ermita.

Según íbamos andando, iba el barón devorando con los ojos el hermoso panorama que se descubría desde allí. A la izquierda, la ciudad amontonada, oprimida, agarrándose unas casas a otras, como con miedo de caerse al agua, y cual si se hubiesen detenido un instante, después de bajar rodando desde el paseo del Alta; la bahía mojando los cimientos de las últimas; la bahía, con sus verdes riberas, sembradas de pueblecillos; después sus cerros ondulantes, y detrás de todo, los abruptos puertos, con su gigantesca anatomía recién desnuda y en espera ya de sus blancas vestiduras de invierno. A la derecha del mar, coronado de rizos por la juguetona brisa del Nordeste... y lo demás que sabe el lector tan bien como yo.

—¡Hermoso es todo esto!—dijo mi amigo al barón, cuando notó, por los gestos de éste, que la misma idea debía andar rodando por sus mientes.

—Sí—contestó lacónicamente el barón.

—Hasta la ciudad tiene algo de curioso, así tendida...

—Derramada,—corrigió enérgicamente el otro, después de lanzar de su boca, con la fuerza de un cohete, medio cuarterón de tabaco.

Y tomó el rumbo del Sardinero, siguiéndole nosotros con trabajillos: tan veloz era su andar.

Hay en aquel crucero, durante las tardes de verano, algo como laberinto de gentes y carruajes, que van y vienen. El barón surcaba impávido sus revueltas dificultades, como si éstas fueran su ele-

mento, o llevara en su mano la punta del famoso hilo de Ariadna. Verdad es que yo no he visto una fuerza de codos como la suya, ni una facilidad más asombrosa para dejar, a su paso, figuras ladeadas y sombreros fuera de la vertical. Nosotros nos colábamos por el surco que él iba abriendo.

Al comenzar la bajada del camino, y en terreno ya más despejado, acortó un poco la marcha, y describió con la vista desde Cabo Mayor a Cabo Quejo; abrió los ojos desmesuradamente, y su pecho y sus narices se dilataron, cual los de noble corcel que aspira el aire de la rozagante pradera, tras de obscuro cautiverio. Era indudable que el espectáculo le agradaba. Después estrelló la mirada contra las tabernas y los bardales inmediatos, frunció las cejas, escupió recio... y apretó el paso.

Así llegamos al Sardinero, y, sin momento de descanso, visitamos la galería, y la playa, y las casas una a una (exteriormente, se entiende), y las fuentes, y los paseos; y como un torbellino atravesamos el puentecillo y llegamos a la capilla, enfrente de la cual tuvo el barón la buena ocurrencia de hacer un alto. Dióse luego media vuelta sobre sus talones, y encarándose con cuanto habíamos visto desde que comenzamos a bajar, como si quisiera hacer un resumen de todo ello,

—¡Gran naturaleza! — exclamó, hasta con su poco de entusiasmo.

—¡Admirable!—dijimos nosotros, haciendo coro a su himno.

—Pero sin arte,—añadió, dejándonos con las notas entre los labios, y en la duda de si también al-

canzaba su censura a la humanidad que hormigueaba por ahí.

Y sin más explicaciones, describió la otra media vuelta que le faltaba, y emprendió la marcha hacia la Magdalena, como si el camino le fuera conocido.

Después de contemplar un instante el panorama del Puntal desde el polvorín, echó cambera arriba por detrás de éste. Indudablemente tiene este hombre un instinto particular para adivinar sendas y caminos.

Has̄ta dar con el de Miranda, no dijo una palabra, ni tampoco su respiración se agitó una sola vez. Lo mismo son para él las cuestas arriba que lo llano. Es un roble que anda.

Al bajar a la ciudad, le pidieron limosna, como a todo transeunte, los pobres del paseo de la Concepción.

Al primero le largó un bufido que heló la plañidera retahila en su gahnate abierto. Más abajo le tendió su arrugada diestra una anciana que estaba sentada a la sombra de un árbol. Entonces el barón, que parecía no fijarse en nada, después de llevar una mano al bolsillo, acercóse a la pobre y depositó algo en su regazo rentendado. Miré hacia ello quedándome dos pasos atrás, y ví que eran monedas de plata. ¿Fué casual la acertada distinción que hizo entre los dos pobres, o es que la costumbre de dar muchas limosnas le ha enseñado a distinguir los buenos de los malos, con una sola mirada?

Ya en Santander, ofrecímosle billete para con-

currir al Círculo de Recreo. Aceptóle, y acompañámosle por si quería ver sus salones y encrucijadas. Preguntónos por el de lectura, llevámosle a él, y no quiso visitar los restantes, especialmente el de juego; enteróse de la lista de los periódicos que se recibían allí, dió un vistazo a la biblioteca, y después de decirnos que en aquel departamento había más pasto para el cuerpo que para el alma (señalando respectivamente a la mesa de los papeles y a los estantes de los libros), salimos hacia la calle, sin mirar él siquiera a los que jugaban a la baraja a cuarenta grados de calor, entre nubarrones de humo de tabaco.

Cuando le dejamos a la puerta de la fonda en que se había hospedado, nos dió el índice, se descubrió toda la cabeza con la otra mano, y ofreciéndonos con un ademán fino y expresivo su habitación, trepó hacia ella... no sin haber estrellado antes, con un resoplido, contra el suelo del portal, el medio tabaco que le quedaba entre los labios.

—¡Vaya un tipo!—dije a mi amigo, llevándome las manos a los riñones, que me dolían de correr tras él.

—Le conocí en Madrid el año pasado—me replicó mi amigo,—y puedo asegurarte, por lo que deduje de sus hechos y lo que de él me contaron los que le conocían mejor que yo, que es hombre que vale mucho. Tiene gran experiencia del mundo, y un ojo sutilísimo para conocer y apreciar las gentes. Es bueno y generoso, hasta el punto de que sería capaz de arrojarse al fuego por sacar de él a su mayor enemigo.

Posteriormente tuve ocasión de ver que no eran exagerados estos informes de mi amigo.

El barón de la Rescoldera, con todos los desabrimientos y resquemores, externos, de su título, es realmente un hombre de positivo valer.

De él puede decirse, como en resumen, que, al revés de tanto farsante y de tanto bribón como vive y medra, a expensas de la pública credulidad, es un hombre que no tiene palabra buena ni obra mala.

JOSÉ M. DE PEREDA.

(Tipos trashumantes.)

EL PAIS DEL SOL

Para una artista cubana.

Junto al negro palacio del rey de la isla de Hierro —(¡oh, cruel, horrible destierro!)—¿cómo es que tú, hermana armoniosa, haces cantar al cielo gris, tu pajarera de ruiseñores, tu formidable caja musical? ¿No te entristece recordar la primavera en que oíste a un pájaro divino y tornasol,

en el país del sol?

En el jardín del rey de la isla de Oro—(¡oh, mi ensueño que adoro!)—fuera mejor que tú, harmoniosa hermana, amaestras tus aladas flautas, tus sonoras arpas; tú que naciste donde más lindos nacen el clavel de sangre y la rosa de arrebol,

en el país del sol!

O en el alcázar de la reina de la isla de Plata—
(Shubert, solloza la **Serenata**...) pudieras también,
hermana harmoniosa, hacer que las mismas aves de tu
áima alabasen dulce, dulcemente, el claro de luna, los
virgenes lirios, la monja paloma y el cisne marqués. La
mejor plata se funde en un ardiente crisol,
en el país del sol!

Vuelve, pues, a tu barca, que tiene lista la vela—
(resuena, lira. Céfire, vuela) —y parte, harmoniosa her-
mana, a donde un príncipe bello, a la orilla del mar,
pide liras, y versos y rosas, y acaricia sus rizos de oro
bajo un regío y azul parasol,
en el país del sol!

RUBÉN DARÍO.

FIN DEL TEXTO DE LECTURA



ÍNDICE

	Páginas
DOS PALABRAS	5

ELEMENTOS DE ANALOGÍA

Sección I.ª: Concepto de la Analogía y otras nociones previas

CAPÍTULO I. — <i>Concepto de la Analogía.</i> — Concepto corriente de la Analogía — Las partes de la oración. Cuestiones a que da lugar este concepto: A, que no hay en absoluto partes de la oración sino funciones gramaticales — B, que las funciones gramaticales pueden ser desempeñadas no sólo por palabras aisladas, sino también por frases y oraciones — Concepto cabal de la Analogía	6
CAPÍTULO II. — <i>Otras nociones previas.</i> — Funciones variables e invariables y accidentes gramaticales — Del género — Del número — De la declinación — De la conjugación — Palabras simples y compuestas — Palabras primitivas y derivadas	18

Sección II.ª: Estudio de los oficios gramaticales en la cláusula

CAPÍTULO I. — <i>Del Sustantivo.</i> — Concepto y definición — Sustantivo vocable, frase y oración — Clasificación de los sustantivos — Accidentes gramaticales del sustantivo, número, género y declinación — Del número; formación del plural en	
--	--

los sustantivos vocáblo de todas clases — Observaciones especiales relativas al número en los sustantivos compuestos — Del género: formación de los géneros en los sustantivos — Declinación del sustantivo — Grados de significación del sustantivo — Grados de significación cuantitativos: aumentativos y diminutivos — Definición, clases y procedimientos de formación — Formación de los aumentativos y diminutivos, mediante terminaciones especiales: cómo se junta la terminación al positivo — Terminaciones aumentativas — Terminaciones diminutivas — Grados de significación afectivos: despectivos o menospreciativos y estimativos	10
CAPÍTULO II.—Del Pronombre. — Concepto y definición — Clasificación de los pronombres — Pronombres personales — Accidentes de los pronombres personales—De la pluralidad ficticia—De la tercera persona ficticia—Del pronombre reflexivo de tercera persona—Pronombres personales enclíticos — Pronombres demostrativos — Pronombres posesivos — Pronombres indefinidos o indeterminados — Pronombres relativos y observaciones particulares sobre ellos	36
CAPÍTULO III.—Del Adjetivo. —Concepto y definición. Adjetivo vocáblo, frase y oración — Clasificación de los adjetivos — Adjetivos calificativos — Adjetivos explicativos — Adjetivos determinativos — Cuadro sinóptico de la clasificación de los adjetivos — Accidentes gramaticales del adjetivo — Apócope de algunos adjetivos — Grados de significación del adjetivo — Grados de significación cuantitativos: positivos, comparativos y superlativos — Grados de significación afectivos: despectivos y estimativos	51

CAPÍTULO IV.— <i>Del Artículo</i> .—Concepto y definición — Clasificación — Observaciones relativas a la palabra <i>lo</i> — Casos de contracción del artículo — Casos de sustitución del artículo — Observaciones relativas al uso del artículo	63
CAPÍTULO V.— <i>Del Verbo</i> .—Su importancia y definición — Verbo vocablo y frase — Clasificación de los verbos atendiendo a su significado — Voces del verbo — Accidentes del verbo: conjugación — Modos del verbo — Tiempos del verbo — Nomenclatura y significado de los tiempos según la Academia — Nomenclatura de los tiempos según Bello — Del número — De las personas del verbo — Clasificación de los verbos por su conjugación — Conjugación de los verbos auxiliares <i>Haber</i> y <i>Ser</i> — Conjugación de los verbos auxiliares en la voz activa — Conjugación de la voz pasiva — De la pasiva con el verbo <i>ser</i> — De la pasiva con <i>se</i> — Conjugación de los verbos irregulares — Verbos de irregularidad común — Verbos de irregularidad propia — Conjugación de los verbos defectivos y unipersonales — Derivados verbales	68
CAPÍTULO VI.— <i>Del Adverbio</i> .—Concepto y definición — Adverbios vocablo, frase y oración — Clasificación de los adverbios — Grados de significación del adverbio — Grados de significación cuantitativos y afectivos — Observaciones relativas al uso de algunos adverbios	113
CAPÍTULO VII.— <i>De la Preposición</i> . — Concepto y definición — Clasificación de las preposiciones — Significado de las preposiciones — Uso de las preposiciones	120
CAPÍTULO VIII.— <i>De la Conjunción</i> .—Concepto y de-	

	Páginas
finición — Su importancia como signo del racio- cinio — Clasificación de las conjunciones	126
CAPÍTULO IX. — <i>De la Interjección.</i> —Concepto y defi- nición — Clasificación de las interjecciones — Observaciones relativas al uso de las interjec- ciones	129
CAPÍTULO X. — <i>Figuras y vicios de dicción.</i> —Figuras de dicción: concepto y clases — Vicios de dicción: concepto y clases	132
CAPÍTULO XI. — <i>Del análisis analógico.</i> — Análisis analó- gico inmediato y secundario	136

TEXTO DE LECTURA

(Índice por orden alfabético de autores)

ALCÁZAR, Baltasar de.	
Redondillas	261
ALVAREZ QUINTERO, Serafin y Joaquín.	
La curiosidad infantil	353
ANDRADE, Olegurio Víctor.	
El nido de cóndores	148
AZCUÉNAGA, Domingo de.	
El Mono y el Tordo	269
AZORÍN.	
El grande hombre en el pueblo.....	229
Un trasnochador	344
Siluetas de Zaldívar	365
CABALLERO, Fernán.	
Doña Fortuna y Don Dinero	153
Juan Soldado	270
Juan Holgado y la muerte	203
CAMPOAMOR, Ramón de.	
Insuficiencia de las leyes	312

	Páginas
CANÉ, <i>Miguel</i> .	
En vacaciones	221
DARÍO, <i>Rubén</i> .	
Sinfonía en gris mayor	352
El país del sol	376
ECHEBERRÍA, <i>Esteban</i> .	
Fragmento	236
FARIÑA NÚÑEZ, <i>Eloy</i> .	
Vuelo de flamencos	280
GOYENA, <i>Pedro</i> .	
Esteban Echeverría	138
HERRERA REISSIG, <i>Julio</i> .	
La vuelta de los campos	192
La siesta	250
IRIARTE, <i>Tomás de</i> .	
El Pato y la Serpiente	300
LARRA, <i>Mariano José de</i> .	
Yo quiero ser cómico	208
La polémica literaria	281
MORATÍN, <i>Leandra Fernández de</i> .	
Elegía a las musas	162
A Claudio	288
NÚÑEZ DE ARCE, <i>Gaspar</i> .	
La esfinge	219
La inundación	310
Tristezas	332
PINEDA, <i>José María de</i> .	
La gran batalla	262
Los chicos de la calle	300
El barón de la Rescoldera	369
RODRÍGUEZ MARÍN, <i>Francisco</i> .	
El fundador de «The Hispanic Society of America»	345

	Páginas
SAAVEDRA FAJARDO, Diego de.	
La entrada y lo interior de la República lité- ria	361
SAMANIEGO, Félix Mañía.	
El Camello y la Pulga	350
El Oso, la Mona y el Cerdo	355
SANTOS CHOCANO, J.	
Ciudad conquistada	197
SARMIENTO, Domingo Faustino.	
El hogar paterno	142
Mi educación	230
La vida pública	311
SASTRE, Marcos.	
Aves de las islas	203
El tigre o yaguareté	250
La avispa solitaria	291
SILVA, José Asunción.	
Vejeces	171
El mal del siglo	324
SOLÍS Y RIVADENEIRA, Antonio.	
Retrato de Hernán Cortés	238
Motezuma	258
El templo de Vizteclipuztli	321
Batalla de Otumba	356
UNAMUNO, Miguel de.	
Mi tercer año de bachillerato	165
Guadalupe	192
Yuste	317
VALERA, Juan.	
Las gafas	160
Los santos de Francia	190
Quien no te conozca que te compre	215
Milagro de la dialéctica	228

	Páginas
La col y la caldera	257
A quién debe darse crédito	354
<i>WILBE, Eduardo.</i>	
Mar afuera	174
Vida moderna	337
<i>ZULUETA, Luis de.</i>	
El Ateneo Enciclopédico Popular de Barcelona ...	161





